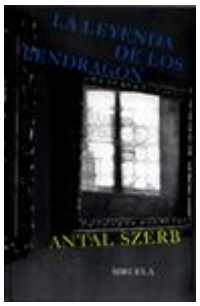
LA LEYENDA DE LOS PENDRAGON

ANTAL SZERB



Traducción de Judith Xantus

Un hombre de letras y doctor en filología, el húngaro János Bátky, de 32 años, se encuentra en Londres en el verano de 1933 estudiando las teorías de los teósofos ingleses del siglo XVII, el ocultismo, la alquimia, la historia de los rosacruces y la vida y obra de Robert Fludd. Su vida fría y ordenada de estudioso se ve sacudida cuando conoce a Owen Pendragon, conde de Gwynedd, un aristócrata quijotesco que lo invita a visitar la biblioteca del castillo de sus ancestros en Llanvygan. Allí, desde la primera noche, comienzan a suceder una serie de peripecias concretadas bajo la forma de amenazas fantasmagóricas. Además, el conde es víctima de una conspiración y realiza visitas clandestinas a una fortaleza en ruinas que esconde la tumba de un antepasado rosacruz y un maravilloso secreto. El robo en Londres de un viejo manuscrito precipita los hechos hacia un final que incluye un ritual mágico de iniciación y una sorprendente resolución del caso. La leyenda de los Pendragon traza un juego inteligente en el que, sobre un decorado de relato gótico e historia detectivesca, se entrecruzan unos episodios propios de las películas del Hitchcock inglés de los años treinta salpicados de agudezas dignas de Oscar Wilde.

Antal Szerb (Budapest, 1901 – Balf, 1945) fue novelista e historiador de la literatura y está considerado el maestro del ensayo literario de la Hungría de entreguerras. Entre sus obras de creación cabe destacar la novela *El viajero bajo el resplandor de la luna* (1937) y *El collar de la reina* (1941), mezcla de literatura y ciencia.

My way is to begin with the beginning, o sea que suelo empezar por el principio, como dijo lord Byron, y es que él sabía perfectamente cuáles son las maneras apropiadas de un aristócrata inglés.

Al fin y al cabo todas mis historias empiezan con mi nacimiento en Budapest y con el nombre que recibía poco después —algo de lo que entonces no fui consciente—, nombre que por otra parte todavía sigo conservando: János Bátky.

Sin embargo, para abreviar, pienso omitir todo lo ocurrido durante los treinta y dos años que transcurrieron entre el momento de mi nacimiento y el de mi encuentro con el conde de Gwynedd, incluida la guerra mundial. Lo voy a omitir, puesto que el héroe de mi extraordinaria historia no soy yo, sino él.

Empezaré, pues, con el relato de nuestro primer encuentro. Ocurrió al final de la temporada de las fiestas de sociedad, a comienzos del verano, cuando participé como invitado en una velada en casa de lady Malmsbury-Croft. Esa dama me tenía en gran aprecio, desde los tiempos en los que yo había trabajado como secretario científico de Donald Campbell. Añado que mi profesión consiste en estar a disposición de ciertos caballeros ingleses, ya mayores, cuya obsesión es intentar llevar a cabo alguna labor intelectual. Sin embargo, no solamente vivo de eso. Poseo una pequeña fortuna personal, heredada de mi madre, que me permite vivir humildemente en cualquier país que libremente escoja. Mi patria elegida es, desde hace muchos años, Inglaterra. Me encanta el carácter aristocrático del paisaje inglés.

Durante la velada, la anfitriona me cogió del brazo y me condujo delante de un señor alto, de cabeza encantadora y de cabello cano que sonreía, en silencio, en su sillón.

—Señor conde —le dijo ella—, este caballero es János Bátky; se ocupa de los insectívoros ingleses de la Edad Media o de las trilladoras italianas de la Antigüedad, ahora no me acuerdo muy bien. Sólo sé que se trata de algo que a usted le puede interesar mucho.

Con lo que nos dejó solos.

Durante unos momentos estuvimos sonriendo para demostrar nuestra buena disposición mutua. La cabeza del conde era muy atractiva. Cabezas así sólo se ven en el frontispicio de ciertos libros antiguos, siempre ceñidas por una corona de laurel. Hoy en día ya no se encuentran cabezas así.

Yo me sentía un tanto avergonzado, puesto que tenía la impresión de que la definición poco exacta de la noble lady me había presentado bajo una luz un tanto cómica.

—Si usted me permite la pregunta —empezó diciendo el conde—: ¿Qué ha querido decir en realidad nuestra anfitriona?

—Lo más triste es, milord, que ella tiene razón, por lo menos hasta cierto punto. Soy doctor en filología, o sea en ciencias innecesarias, y me ocupo de todo lo que nunca se le ocurriría a un hombre decente.

De esta manera trataba yo de hacer una broma graciosa, en vez de abordar un tema más serio, por ejemplo la respuesta a la pregunta de cuál era mi ocupación. Sabía muy bien que los ingleses se toman a mal que alguien dé muestras de interés intelectual.

Sin embargo, el conde sonrió de una manera un tanto extraña.

—No se preocupe, conmigo puede hablar totalmente en serio. Yo no soy inglés. Soy gales, y eso es prácticamente como si sólo fuera inglés a medias. Un inglés nunca le haría preguntas sobre sus ocupaciones, pues lo consideraría una falta de educación. Sin embargo, yo exijo que me responda, simplemente por mi propia curiosidad intelectual.

Parecía tener una cabeza tan inteligente que le dije la verdad:

—Ahora mismo me ocupo de los teósofos ingleses del siglo XVII.

—¿De verdad? —me preguntó el conde, con cierta excitación—. Entonces lady Malmsbury-Croft acaba de acertar de puro milagro. Siempre lo hace. Si consigue que dos caballeros se sienten uno al lado del otro, creyendo que los dos han ido al College de Eton, entonces puede usted estar seguro de que uno es alemán y el otro japonés, pero ambos son especialistas en sellos liberianos.

—¿Así que milord también se ocupa de lo mismo?

—Ocuparse sería una palabra demasiado comprometedora según el significado del término en nuestra isla. Mientras que ustedes estudian cualquier tema desde un punto de vista científico, nosotros tan sólo tenemos caballos de batalla. Yo sólo me ocupo de los teósofos ingleses como un general retirado se dedica a la historia de su familia. Porque en mi caso el ocultismo pertenece, de alguna forma, a la historia de la familia. Pero dígame, doctor..., la teosofía es un concepto muy amplio. ¿A usted le interesa como fenómeno religioso?

—No, no tengo mucho sentido religioso. A mí, de la teosofía me interesa lo que se llama, en general, ocultismo: las obsesiones de índole enigmática, las manipulaciones de las que los antiguos se valían para convertirse en dueños de la naturaleza. Los alquimistas deseosos de convertir el barro en oro, los secretos de los homúnculos, el brebaje curativo universal, los efectos de las gemas y de los amuletos... La filosofía natural de Fludd, sobre todo lo que concierne a las pruebas de la existencia de Dios partiendo del barómetro.

—¿Fludd? —repitió el conde, levantando la cabeza con curiosidad—. A Fludd no se lo puede mencionar junto a esa gran cantidad de locos. Fludd, caballero, escribió muchas insensateces, porque quería explicar ciertas cosas imposibles de explicar en su época. Sin embargo, sabía mucho más sobre lo esencial que los científicos de hoy en día que ya ni siquiera saben reírse de teorías así. No sé qué opinará usted, pero yo pienso que hoy sabemos muchas cosas sobre ciertos detalles nimios de la

naturaleza, pero que en su época la gente sabía más sobre el conjunto. Sobre las conexiones que no se pueden determinar con una pesa, ni ser cortadas en lonchas como el jamón.

Sus ojos eran más vivaces de lo que en la disciplinada Inglaterra se suele permitir a unos ojos. El tema debía de ser el favorito entre sus favoritos.

Parecía sentirse un tanto avergonzado, puesto que sonrió y aligeró el tono de su voz, cuando dijo: —Pues sí, Fludd es mi caballo de batalla. En ese momento, nos interrumpió una señorita encantadora que estuvo diciendo tonterías durante un buen rato. El conde se comportó como un auténtico caballero, escuchándola con enorme paciencia. Estuve muy impaciente, pues me hubiese gustado continuar con nuestra conversación. No hay nada en el mundo que me interese más que la relación sentimental de una persona con algo abstracto: saber por qué cierto señor es tan convencidamente un cristiano anglicano, descubrir por qué cierta señorita se ocupa de los gasterópodos. Un asunto de éstos, altamente estimulante para mí, era saber por qué el conde se entusiasmaba tanto con la persona de Robert Fludd, un médico y mago tan lejano, tan muerto y tan razonablemente olvidado.

Al mismo tiempo, lady Malmsbury-Croft se acercó de nuevo a mí, sin acertar esta vez en sus intuiciones. Me condujo al lado de una señora muy elegante, con aspecto de pieza de museo, que me preguntó sobre la situación de la protección de los animales en Rumania. Por más que yo protestara, ella insistía en complacerme: me contó detalladamente las terribles experiencias adquiridas, en el terreno de los canes, durante su último viaje por Armenia. Había descubierto que muchos perros no tenían dueño y que comían lo que encontraban por las calles.

Por suerte, un amigo mío, Fred Walker, apareció de repente junto a un joven repeinado. Indicándome que me levantara, hizo sentar al joven al lado de la señora, y a mí me condujo lejos de allí. La señora no se dio cuenta del cambio.

—¿Quién es el conde? —le pregunté a Fred.

—¿No lo conocías? Es la única persona digna de interés en toda esta reunión. Es Owen Pendragon, conde de Gwynedd. Un loco muy curioso. Digno de ti.

—Cuéntame su historia.

Uno de los puntos fuertes de Fred era su interés por los chismes.

—*All right*. El conde quiso, hace algunos años, casarse con una amiga suya cuya fama no era del todo irreprochable, por decirlo así. Cuentan que ella había empezado su carrera en las calles de Dublín, paseando de arriba abajo. Todo el mundo estaba muy escandalizado, pero la señorita cambió de opinión, abandonó al conde y se casó con un anciano millonario, un tal Roscoe, el mejor amigo del padre del conde.

»Lo más gracioso del asunto consiste —dijo para continuaren que el conde es, por otra parte, un aristócrata totalmente quijotesco. Parece ser que en su época de estudiante en Oxford fue miembro de una asociación tan distinguida que sólo había en toda la ciudad tres personas dignas de pertenecer a ella. Con el tiempo, los otros

dos acabaron yéndose de Oxford, y el conde se quedó solo en la asociación. Estuvo preguntándose, durante dos años, a quién podría nombrar vicepresidente, pero no encontró a nadie. Al final, él también se fue de Oxford, y la asociación tuvo que disolverse. Por un motivo semejante él nunca ha querido entrar en la Cámara de los Lores.

—Lo siento, Fred, pero no encuentro nada extraordinario en esa historia. Normalmente me sueles contar otras mucho más divertidas. Tratándose de una cabeza tan interesante, yo esperaba una historia mucho más fantástica. Es muy natural que un aristócrata se quiera casar con una joven llegada de los bajos fondos de la sociedad, puesto que su aristocratismo alcanza para los dos.

—Tienes razón, János. No es por eso por lo que te dije que el conde era una persona curiosa. Todo el mundo te puede asegurar que es una persona curiosa y extraña. Sin embargo, las demás historias que escuché sobre él son tan tontas y absurdas que no tengo muchas ganas de contártelas.

—Dímelas, por favor, por más absurdas que sean.

—*Well*..., por ejemplo..., ¿cómo quieres que califique si no la historia de cuando se hizo enterrar como un faquir, para que al cabo de dos años o de dos semanas, ya no me acuerdo, lo desenterraran sano y salvo? ¿Y la de cuando, durante la guerra, en medio de los ataques con gas se paseaba alegremente sin máscara, sin que le ocurriera nada? Por lo menos eso cuentan... Tiene fama de curandero. La historia más increíble es que supuestamente curó al duque de Warwick cuando los médicos aseguraban que llevaba muerto un día entero. Se dice que en su castillo de Gales tiene un laboratorio enorme donde realiza experimentos de todo tipo con animales. Por lo visto creó un animal nuevo que sólo es capaz de vivir en la oscuridad... pero no quiere hacer el hecho público, porque aborrece el democratismo reinante en el campo de las ciencias. Pero todo esto es absurdo. Lo que sí te puedo asegurar es que, cuando te lo encuentras en sociedad, se muestra muy amable, y no es posible notar nada extraño en él. Sin embargo, se lo puede ver en pocas ocasiones. A veces, no sale de su castillo durante meses.

Se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—¡Está loco de remate!

Y se fue.

Durante la velada, tuve ocasión de coincidir otra vez con el conde. Parecía que no me consideraba antipático. Me dijo que mi mirada le recordaba la de un médico del siglo XVII cuyo retrato se encontraba en su castillo. Un tal Benjamin Abravanel. Que murió asesinado.

No voy a describir aquí nuestra larga conversación, puesto que fui yo quien más hablaba, respondiendo a las preguntas del conde. No pude resolver el enigma de lo que el conde pretendía con su interés por Fludd, pero la conversación no resultó infructuosa. Parece que me había ganado la simpatía del conde, porque en el momento de despedirnos me dijo:

—Da la casualidad de que algunos libros antiguos sobre el tema que a usted le interesa forman parte de mi legado familiar. Si le apetece, venga a verme a mi mansión de Gales para pasar allí unas semanas... y poder consultar esos libros.

La invitación me complacía y me halagaba, pero soy un hombre más bien perezoso a la hora de viajar, así que no la hubiese tomado en serio si no hubiera recibido, al cabo de unos días, una invitación por escrito que indicaba incluso la fecha de mi visita. Así fue como empezó todo.

Le conté la historia de la invitación a una de mis conocidas, Cecil B. Howard, empleada del British Museum, que se ocupa de estudios parecidos a los míos. Cuando ella escuchó la historia, palideció, y me dijo:

—Usted es un hombre con suerte, Bátky. Sólo los extranjeros pueden tener tanta suerte en este país. Se cuentan maravillas de la biblioteca de la familia Pendragon. Sin embargo, desde hace ochenta y cinco años, cuando Sackville Williams estuvo allí para elaborar los catálogos, ningún experto ha podido entrar en ella. Los miembros de la familia Pendragon son, por tradición secular, personas muy poco amables. Si usted consigue entrar y estudiar los libros que allí se encuentran, se convertirá en el experto con más renombre en el terreno de la teosofía y del ocultismo del siglo XVII.

»¡Dios mío —continuó entre suspiros—, usted será quien escriba la biografía de Asaph Pendragon! Recibirá telegramas de felicitación de sus colegas americanos, y cada año llegarán cinco estudiantes de doctorado alemanes para pedirle consejo. Hasta las revistas especializadas francesas escribirán algunas líneas sobre usted... Además, no es nada desdeñable el que alguien pueda pasar un tiempo como invitado en el castillo de Llanvygan, el más hermoso y más enigmático que existe en todo Gales.

Dejé que mi colega tuviera envidia de mí, puesto que la envidia de los colegas es la única satisfacción que en esta vida puede compensar a los científicos. No le confesé que probablemente no llevaría a cabo ninguna investigación. No le confesé tampoco que mi naturaleza me lleva invariablemente a reunir con mucho empeño el material necesario para alguna gran obra, y a encerrarlo todo a continuación en algún cajón de mi escritorio, para dedicarme a otra cosa bien distinta. Sin embargo, al conde de Gwynedd sí le había contado mi aversión hacia toda «elaboración», y eso era algo que había logrado conquistar su simpatía. Creo incluso que a ello debo el hecho de que me invitara. El conde sabía que mis investigaciones no abocarían en ninguna obra en concreto.

Tampoco le confesé a mi colega —puesto que con ello me hubiese ganado su desprecio de científica— que el conde de Gwynedd, bien vivo, me interesaba muchísimo más que un Robert Fludd muerto. Su rostro, su ser, su personalidad, además de las historias que Fred me había contado sobre él, habían despertado mi imaginación. Veía en él encarnada la historia misma, de una manera mucho más

impactante que cuando la magia de los libros nos acerca el pasado. Mi intuición me decía que él era el último ejemplar, raro e ilustrativo, de los aristócratas dedicados a investigar enigmas y a transformar el barro en oro. El último descendiente de Rodolfo II, del castillo de Praga. Un hombre en fin que, en 1933, se interesaba más por Fludd que por Einstein.

Me puse, pues, muy contento con la invitación y, a la espera de la fecha señalada —¿qué otra cosa podía hacer en tal situación un aventurero del espíritu como yo?—, ocupé mi tiempo en estudiar la historia de la familia. Encontré material abundante en el *Dictionary of National Biography*, y la compilación de los datos me hubiese podido ocupar un mes de trabajo, si la hubiera llevado a cabo concienzudamente.

La familia Pendragon tiene sus orígenes en Llewelyn el Grande, príncipe de Gwynedd, aunque según mi entender la cosa no está tan clara. Según la tradición familiar, son descendientes de Llewelyn ap Griffith, decapitado por el rey Eduardo I que —montado en su caballo bayo— habita la imaginación de los jóvenes húngaros desde quéjanos Arany le hiciera pasear por uno de sus poemas. Los bardos de Gales que en dicho poema se encaminaban a la hoguera sin dejar de cantar habían celebrado las victorias de la casa Pendragon, en lugar de las del rey, y por eso se vieron condenados a morir. Sin embargo, todo esto pertenece a la prehistoria oscura de la familia, a la historia medieval de una familia cuyos miembros de antaño vivían perdidos en las montañas, junto con sus vasallos pastores semisalvajes, y luchaban contra los ingleses de la misma manera estéril que lo hicieron los pieles rojas contra el hombre blanco.

Mis apacibles y sosegados estudios se vieron interrumpidos por un incidente curioso.

Una noche estaba tranquilamente fumando mi pipa en el vestíbulo de mi hotel, en compañía de Fred Walker, cuando me llamaron por teléfono.

—¿János Bátky? —me preguntó una voz masculina.

—Sí, soy yo.

—¿Qué está usted haciendo?

—Estoy hablando por teléfono. ¿Quién es usted?

—Eso no importa. ¿Está hablando desde una cabina cerrada?

—Sí.

—Escúcheme, János Bátky... Haría usted mejor en no entrometerse en los asuntos de gente a quien no conoce. Puede usted estar seguro de que la gente contra quien usted está trabajando conoce todos sus pasos.

—Debe de haber alguna equivocación, señor mío. Yo nunca he trabajado contra nadie. Soy János Bátky.

—Ya lo sé. No olvide que hasta ahora han acabado mal todos los que han metido las narices en los asuntos de las investigaciones del conde de Gwynedd. El doctor McGregor murió en un accidente de tráfico. A usted, doctor Bátky, le puede ocurrir lo mismo.

—¿Quién era McGregor?
—Su predecesor.
—¿Mi predecesor en qué?
—No puedo hablar con más claridad. Si no sabe de lo que se trata, mejor para usted. Sólo le puedo decir una cosa: ¡no se mueva de Londres!
—Pero ¿por qué?
—El aire de Gales no le sentará bien. Rompa todo tipo de contacto con...
Y a continuación dijo algunas palabras más.
—¡Oiga! ¡Oiga!... No entiendo nada, hable con más claridad...
Pero el desconocido ya había colgado. Regresé con Fred Walker, muy alterado, y le conté lo que acababa de ocurrirme.
—Muy extraño —opinó, mientras limpiaba pensativo la ceniza de su pipa, golpeándola contra la reja de la chimenea.
—Por Dios, Fred, ¡deja de ser tan inglés! ¡Dime algo! ¿No tienes alguna explicación?
—*Well*, ya te he dicho que el conde de Gwynedd es un tipo muy curioso. Todo lo que está relacionado con él también es muy raro. Seguramente vas a tener experiencias extraordinarias en Llanvygan.
Me puse de pie de un salto y empecé a caminar, a un ritmo acelerado, de un lado para otro del vestíbulo. De todas formas, los viajes siempre me sacan de mis casillas. Aunque no me amenacen de una forma tan enigmática.
—¿Quién puede ser ese tal doctor McGregor? ¿Cómo podríamos enterarnos?
—Es difícil. En algunas regiones de Escocia la mitad de los hombres se llaman McGregor, y entre ellos habrá muchos médicos.
Volví a agitarme, totalmente desconcertado. —Dime, Fred, ¿qué me aconsejas? Ya sabes que yo tengo muy poco sentido práctico... Después de todo esto, ¿tú irías a Llanvygan?
Fred me miró muy sorprendido, pero no respondía.
—*Well*, ¡dímelo de una vez!
—¿Decirte qué? —me preguntó, y luego añadió—: No se me ocurriría ni por un instante no ir. Me avergonzaría si algo así me influyera.
Me avergoncé. «Si eres un hombre, sé un hombre...», me repetía. Pero no me acababa de convencer. Al fin y al cabo, nunca había recibido ninguna llamada de ese pelaje, y todo lo que tuviera que ver con el conde me parecía tan extraño...
—Dime —me dijo Fred—, ¿a quién le has contado lo de tu viaje a Llanvygan?
—Sólo a Howard, la que trabaja en el British Museum.
—¿A Howard? Entonces debe de ser una broma suya. Ella conoce tus... nervios continentales...
—O bien... —le respondí con una exclamación—. A lo mejor quiere impedir que vaya, por simples celos científicos.
—Una científica es capaz de lo que sea. *Well*, de eso se trata. No hagas caso, viejo.

Hice caso de su consejo e intenté olvidar aquella extraña conversación telefónica.

Al día siguiente continué con mis investigaciones en la biblioteca del museo.

La familia Pendragon irrumpió en la historia de Inglaterra cuando, en la persona de Enrique VII, un gales llegó al trono del reino. Gwyn Pendragon luchó al lado de Richmond, el valeroso, ataviado con una armadura blanca en la batalla de la llanura de Bosworth. Quizás viera las sombras sangrientas que a medianoche se reunieron como una premonición entre las tiendas de campaña de Richmond y de Ricardo III, quizás al día siguiente oyera el atroz grito del rey, corriendo por el campo de batalla, clamando por un caballo, prometiendo a cambio todo su reino... El hecho es que se movía tan a su aire entre los héroes y los monstruos consagrados por los versos yámbicos de Shakespeare como yo me suelo mover entre los lectores de la biblioteca del British Museum. Como reconocimiento a sus servicios, le fue concedido en 1490 el título de conde de Gwynedd, título hereditario que ahora ostentaba mi futuro anfitrión. El primer conde hizo construir la fortaleza de la familia Pendragon que sirvió como hogar a muchas futuras generaciones. Por otra parte, Pendragon significa, en gales, «cabeza de dragón».

En la sala de lectura, unos jóvenes con pasos silenciosos y rostro inexpresivo me traían todos los libros que mi pasión pseudocientífica deseaba. Bajo la enorme bóveda sólo se oía el ruido de las hojas de los libros conforme iban pasando. Cada cual se encontraba en su lugar: en la entrada el vigilante negro con barba y bombín que según creo había sido colocado allí el siglo pasado, en el momento de la inauguración, y por alrededor los bichos raros que pululan por las bibliotecas del mundo entero.

Sin embargo, faltaba alguien.

Yo estaba acostumbrado, desde hacía varios meses, a que a mi derecha siempre estuviese sentada una dama anciana completamente seca que estudiaba la vida amorosa de los pueblos primitivos, con cierto aire de desaprobación en el rostro. Ahora, sin embargo, la dama no estaba, y tampoco su paraguas delataba su presencia. En su lugar había un joven elegante, de aspecto deportivo, que leía el periódico y que echaba, de vez en cuando, una mirada de desconcierto a su alrededor. No tardé mucho en formular mi diagnóstico: aquel joven se encontraba en una biblioteca por primera vez en su vida, y se sentía como alguien que pasa su primer día en un manicomio.

Sentía pena por el deportista desconocido, y también sorna. Se lo merecía: «Para qué demonios se ha hecho deportista, y, ya que se ha hecho deportista, ¿qué viene a buscar aquí?». Él habría tenido seguramente los mismos sentimientos hacia mí si me hubiese visto en un campo de golf. Proseguí con mi lectura.

En mis libros, después de los primeros representantes del linaje de los Pendragon, constructores de la fortaleza familiar, apareció la época de la belleza, la primavera cósmica. Los siguientes condes de Gwynedd fueron cortesanos de Enrique VIII y de

la reina Isabel, además de embajadores en lejanas cortes del Lacio renacentista. Escribían poesía, dirigían armadas, freían en aceite a los rebeldes irlandeses, se hacían retratar por excelentes maestros italianos, hacían el amor con las cortesanas, saqueaban conventos, se arrodillaban ante la reina virgen recitándole requiebros maravillosos y de vez en cuando envenenaban a sus esposas, según la costumbre de la época, siempre que ellas no se les hubieran adelantado.

Levanté la vista de mi libro, en medio de mis ensoñaciones. Había por lo menos diez volúmenes delante de mí, mientras que delante de mi vecino deportista no había ninguno: se le notaba cada vez más molesto. Finalmente, se dirigió a mí con un gesto decidido, para preguntarme:

—Perdone... ¿Cómo consigue usted que le traigan tantos libros?

—Pongo el título y la signatura en un papel y lo dejo en una de las cestas colocadas en el mostrador circular.

—Muy interesante. ¿Dice usted la signatura? ¿Y eso qué es?

—Algo que cada libro tiene.

—¿Y cómo se sabe cuál es?

—Se busca en el catálogo. Aquellos álbumes negros enormes son los catálogos.

—¿Y qué tipo de libros se suelen leer aquí?

—Lo que usted quiera. Depende de sus intereses.

—¿Y cuáles son los suyos?

—En este momento me dedico a estudiar la historia de una familia.

—Magnífico. Digamos que yo también me quiero dedicar a estudiar la historia de una familia. ¿Qué tengo que hacer?

—Por favor, hable usted tan bajo como pueda. El vigilante ya nos está mirando... Depende de qué familia le interese.

—Aja... A decir verdad, ninguna. Ya siendo un niño tuve muchos problemas con mi propia familia.

—Entonces ¿qué le interesa?

—¿Que qué me interesa? Por encima de todo el alpinismo.

—Bien. Entonces le pediré un libro que seguramente le va a gustar. Ponga, por favor, su nombre en este papel.

Escribió su nombre —George Maloney— con una letra completamente infantil. Le pedí el *Kim* de Kipling, y mi nuevo conocido se sumergió en él, muy interesado. Me dejó en paz durante un buen rato.

Todo lo que iba leyendo sobre la familia Pendragon adquiría una perspectiva enigmática a causa de lo que me había contado Fred Walker, de la llamada telefónica y de la persona del propio conde. Estaba estudiando la época de Jacobo I. Ese rey se dedicó a investigar la naturaleza de los demonios. Hasta entonces, la gente había preferido la belleza y la inteligencia visibles, pero a partir de entonces las almas se inclinaron hacia las cosas ocultas, tratando de buscar la Ultima Razón.

El sexto conde de Gwynedd, Asaph Christian, ya no era cortesano, ni escribía sonetos, ni estaba enamorado, ni tampoco dejó tras de sí quince hijos ilegítimos como había hecho el quinto conde, no dejó ni siquiera hijos legítimos, así que el título de conde fue heredado por el hijo de su hermano menor. Asaph pasó su juventud en las ciudades del sur de Alemania, donde las casas inclinadas simulan espiar las calles estrechas, y donde los científicos nunca parecen dormir en el trajín de unas habitaciones alargadas cuyos rincones llenos de telarañas quedan en la sombra, apartados de la luz de la vela. Entre sus extraños alambiques y crisoles, el conde buscaba el *Arcanum Magnum*, intentando resolver el enigma de la piedra filosofal. Era miembro de la secreta hermandad de los Rosacruces, que apenas se conocía pero de la que se hablaba mucho. Los rosacruces fueron los últimos maestros de las ciencias ocultas, transformaban el barro en oro y ejercían la medicina a través de la magia. Por estas actividades, la cruz con las cuatro rosas enigmáticas llegó a formar parte del escudo familiar. Al regresar a Gales, la fortaleza de la familia Pendragon se transformó en un laboratorio de encantamientos y hechicerías. Llegaban visitantes silenciosos desde tierras lejanas en carrozas con los cristales cubiertos por cortinas. Algunos herejes se refugiaron allí, huyendo de la hoguera; bajaban desde las montañas algunos pastores viejos, conocedores de la sabiduría ancestral de los celtas; aparecían médicos judíos encorvados, expulsados de las cortes regias por aparentar saber más de lo debido; y se dice que había visitado la fortaleza, disfrazado, el rey de Inglaterra y de Escocia, Jacobo I, acechado por los demonios, con el fin de descubrir algunos de los misterios del dueño de la fortaleza en una conversación nocturna. Los primeros rosacruces ingleses iniciaban allí a sus adeptos, y la fortaleza fue el segundo hogar de Robert Fludd, el seguidor más importante del alquimista Paracelso.

Se trataba del mismo Fludd, doctor trismegisto platónico rosacruz, a causa del cual yo había entablado amistad con el conde. Al fin y al cabo, a él debía mi invitación. En aquel momento todavía no podía intuir que esas cosas del pasado, unos nombres que todavía no significaban mucho para mí —el nombre de la fortaleza de la familia Pendragon, el de Asaph Pendragon—, iban a jugar un papel decisivo en mi vida.

En una colección de cuentos populares galeses que contenía las leyendas del norte de Gales me enteré de que Asaph Pendragon se había convertido en personaje legendario poco después de su muerte. La leyenda lo describía como un jinete de la medianoche, puesto que durante el día nunca salía de su fortaleza, sino tan sólo durante la noche, a la cabeza de un séquito muy peculiar, para recoger plantas con poderes mágicos bajo el resplandor de la luna. Sin embargo, el pueblo no se contenta simplemente con una actividad tan aburguesada. Según la leyenda, el jinete de la medianoche también repartía justicia de manera impecable, conservando tal actividad incluso después de su muerte.

Sorprendía durante la noche a los ladrones en sus escondites, mientras se estaban repartiendo el botín, y por las mañanas los despojados descubrían con asombro que

sus tesoros habían reaparecido. Su aparición nocturna repentina sorprendía tanto a los pecadores que al día siguiente realizaban presurosos todas sus promesas incumplidas y morían inmediatamente después.

Lo más aterrador era la historia de los tres asesinos, relatada de manera especialmente hábil en el libro sobre las leyendas.

En alguna parte de las montañas de Gales, tres jóvenes nobles asesinaron en una posada a un médico judío, y lo despojaron de todos sus bienes: el médico se encontraba de camino hacia la fortaleza de la familia Pendragon, para visitar al conde de Gwynedd. El tribunal —de marcado carácter antisemita en aquella época— absolvió a los tres jóvenes, y ellos huyeron en barco a Francia. Una noche, los campesinos galeses vieron con sorpresa que el jinete de la medianoche, junto con su séquito, galopaba hacia el sur, subía entre las rocas áridas de Moel-Sych, y proseguía su camino más hacia el sur, volando por los aires. Al día siguiente se encontraron, en el foso de la fortaleza de la familia Pendragon, los cadáveres de los tres jóvenes, con el cuello quebrado y los miembros destrozados. El conde había impartido justicia en honor de su invitado.

A las once, cuando salí a tomar café, mi vecino me siguió.

—Es un libro muy bueno —me dijo, refiriéndose a *Kim*—, pero que muy bueno. Se nota que el escritor ha estado por allá. Conoce muy bien el lugar.

—¿Usted también ha estado en la India?

—Claro que sí. Crecí allí. Quiero decir también allí. Aparte de en Birmania, Sudáfrica y Rhodesia. Un lugar agradable.

Sentí de nuevo un profundo respeto por lo que significa el Imperio británico. Esta gente se va a Birmania como nosotros a Eger. Sólo que sienten menos curiosidad. Saben que en cualquier lugar del mundo estarán entre ingleses de la misma cepa que ellos.

—Es necesario saber que mi viejo era comandante de un regimiento irlandés —me explicó—. Lo trasladaban constantemente de un lugar a otro. Es por eso por lo que yo me quedé un poco corto de estudios. En lo que a los libros se refiere. Sin embargo, en los países tropicales siempre me las he apañado bien.

—¿También es usted oficial?

—No, no he llegado a formar parte del ejército, puesto que tengo la mala costumbre de suspender todos los exámenes. Ha habido algunos que he intentado pasar hasta cinco veces... No he tenido suerte. Pero dejémoslo. Lo pasado, pasado está. Nosotros, los irlandeses, somos gente de futuro. No he podido entrar en el ejército, no todo el mundo puede. Estuve recorriendo algunos lugares del Imperio por mi propia cuenta. Lugares agradables. ¿Ha oído usted hablar de la expedición Uwinda al este de África?

—Sí, me parece que sí... —le respondí, tratando de conservar mi prestigio.

—Pues yo participé en ella. Llegamos a una altitud de más de nueve mil pies. Fue una escalada excelente. Había una ladera de la montaña que parecía de cristal. Uno daba tres pasos hacia arriba y a continuación se deslizaba cinco. Nos pasamos dos días deslizándonos así, y no podíamos ascender más. Yo le dije al coronel: «Mire, coronel, uno es de Connemara o no es de Connemara», puesto que yo soy de allí —añadió con un profundo respeto hacia su lugar de nacimiento, y prosiguió—: «Bien», me respondió el coronel (un auténtico inglés, un idiota), «también de allí puede llegar gente sensata».

»*Well*, ya te enseñaré yo quién es más sensato de los dos, pensé para mí, y agarré el gato que teníamos en el campamento, atándole una fina cuerda de alpinista a la cintura. En el rabo, a fin de que corriese, le coloqué unas pinzas de médico. Puse en fila india a todos los negros debajo de la ladera resbaladiza. El gato subió directamente por la ladera, los gatos son muy hábiles en asuntos así.

»Arriba, en la cima de la ladera, había un árbol. El gato subió al árbol, y se enredó con la cuerda entre las ramas. Luego se detuvo, pues la cuerda se había enredado tanto que ya no lo dejaba moverse más. Empecé a tirar de la cuerda y vi que estaba bien sujeta al árbol. Entonces trepé por la cuerda, le quité las pinzas al gato (porque no se debe torturar inútilmente a pobres criaturas que no saben hablar), e hice subir detrás de mí, tirando de la cuerda, a todos los demás miembros de la expedición.

Yo miraba a aquel Münchhausen, y empecé a dudar incluso de que hubiera estado en aquellos países. Sin embargo, era un chico simpático. No tenía mentón, sus brazos eran extremadamente largos y se movía con tanta flexibilidad como si fuera un animal. Se encontraba más cerca de la naturaleza ancestral que el común de los mortales.

Al regresar a los jardines de entrada del British Museum, encontramos a la vieja loca que suele venir cada mediodía a dar de comer a las palomas. Su rostro reflejaba la misma expresión trascendental de siempre, la sonrisa voluptuosa de los santos franciscanos que se elevan por los aires; estaba rodeada de palomas, llena de palomas, tres de ellas se habían posado sobre su cabeza, cinco en cada hombro, y un sinnúmero de ellas se encontraban agarradas a su vestido. Yo estaba seguro de que ella creía ser tan bondadosa como san Francisco de Asís, y la detestaba por ello.

—Podría matarla —le dije a mi nuevo amigo, al subir las escaleras.

Nada más pronunciar estas palabras, él se dio la vuelta de repente y lanzó un guijarro —que había recogido sin que yo me diera cuenta de ello— a la nariz de la mujer, que estaba a unos cincuenta metros. Ella lanzó un grito agudo, dejó caer al suelo los granos que traía para las palomas, éstas salieron volando, y la mujer se desplomó en tierra. Seguramente no se esperaba que un rayo le cayera encima exactamente cuando estaba llevando a cabo la acción más piadosa de su vida. Es probable que se desplomara dentro de ella todo el orden moral del mundo. Maloney siguió su camino sin alterarse en absoluto. Todo ocurrió con tanta rapidez que aparte de mí nadie se había dado cuenta de quién había sido el culpable.

—¿Qué ha hecho? —le pregunté, medio desmayado, cuando ya nos encontrábamos en el vestíbulo del museo, a la sombra de las barbas de un rey asirio de cuatro mil años de antigüedad. —¿Cómo que qué he hecho? Si usted mismo ha afirmado que la podría matar. Claro, que usted sólo dice eso de boquilla, puesto que no es de Connemara.

Desde aquel mismo momento, empecé a creerme la mitad de las historias imposibles que Maloney me contaba. Tuve que admitir que la gente de Connemara era efectivamente distinta a los demás.

Nos dedicamos otra vez a nuestras lecturas.

El séptimo conde y los siguientes que vivieron en el siglo XVII fueron hombres silenciosos. Como si el gran conde Asaph hubiese proyectado su sombra sobre ellos, manteniéndolos ocultos. El décimo conde de Gwynedd abandonó la fortaleza familiar y mandó construir el castillo de Llanvygan que los libros calificaban de maravilloso, convirtiéndose éste en el nuevo hogar de la familia Pendragon a partir de 1708.

La historia de la familia se vuelve más alegre cuando se despega de la sombría fortaleza familiar. En el curso del siglo XVIII, la familia Pendragon dio a la patria varios almirantes y diplomáticos destacados, además de poetas diletantes, como suele ocurrir en las familias de la aristocracia, y la sombra enigmática de Asaph parecía no cernirse ya sobre el nuevo castillo. Aunque quizás sí un poco. No podemos olvidar al decimotercer conde de Gwynedd.

Este conde, contrariamente al número desafortunado, fue uno de los miembros más divertidos y humanos de la familia. Era el único conde de Gwynedd que tuvo entre sus amantes a varias actrices, el único que bebía y el único que contaba chistes y bromas en sociedad.

Una de sus burlas se hizo especialmente popular entre sus contemporáneos, aunque hoy en día resulta difícil encontrarla divertida. Una noche, mientras estaba jugando a las cartas, se enteró de que su amante —que había sido vendedora de naranjas antes de que él la recogiera— se había fugado con un maestro de esgrima, llevándose además buena parte de las joyas familiares. Entonces se limitó a observar: «Toda buena acción recibe el castigo que merece». Y siguió jugando.

Le habían puesto el nombre de John Bonaventura, puesto que su madre era italiana. Esa mezcla tan particular —John Bonaventura— me obligó a detenerme, porque tuve la sensación repentina de haberme encontrado antes con dicho nombre, u otro muy parecido, en algún lugar. En aquel momento no pude acordarme de dónde, aunque más tarde me vendría a la mente en unas circunstancias muy peculiares.

El resto me lo leí muy por encima: la historia del siglo XIX de la familia Pendragon se caracterizaba por un desarrollo pacífico y honrado bajo el larguísimo reinado de la reina Victoria. El padre del conde actual se había dejado arrastrar por el imperialismo de sus contemporáneos, apenas vivió en su país, sirvió en varios destacamentos en las colonias, llegando a ocupar puestos importantes en distintos

puntos del Imperio británico, y murió en 1908, siendo gobernador de una de las provincias de las Indias orientales. La razón de su muerte había sido una enfermedad tropical, una epidemia que causaba estragos en la comarca.

Encontré algunos datos sobre el conde actual, el decimoctavo, en la edición de bolsillo de *Who's Who*. Había nacido en 1888, por lo que tenía cuarenta y cinco años, y su nombre completo era Owen Alastair John Pendragon de Llanvygan. Cursó sus estudios en Harrow, Oxford y en el Madeleine College, había servido como oficial en varios destacamentos en las colonias, ostentaba diversas condecoraciones y era miembro de un gran número de clubes. Los tomos de *Who's Who* suelen informar sobre el aspecto más importante para los ingleses: el pasatiempo favorito de la persona en cuestión. Pero parece que el conde de Gwynedd no había dado detalles sobre este punto.

Llegó la hora del almuerzo. Devolví mis libros y los de Maloney y me dispuse a salir.

—Bueno, ya tengo otra experiencia más —me dijo Maloney—. Ya sé cómo es una biblioteca. Prefiero los cenagales, son sitios más agradables. Hace por lo menos diez años que no había leído tanto. ¿Dónde va usted a comer?

—En Greek Street, en un restaurante chino.

—¿Se enfadaría mucho si quisiera comer con usted? No me gusta almorzar solo.

Me sorprendieron bastante sus maneras amistosas, o algo así, demasiado apresuradas incluso para la mentalidad continental. Sin embargo, había algo conmovedor en Maloney, parecía un bondadoso chimpancé recién liberado que vagara perdido por las calles de Londres.

—Me encantaría —le respondí—. Pero tengo que decirle que voy a almorzar con un amigo chino. No sé hasta qué punto es usted sensible a los colores, y hasta qué punto es capaz de aguantar a un *gentleman* amarillo.

—No tengo nada en contra de los amarillos, si no se muestran insolentes. Nosotros, la gente de Connemara, no hacemos distinciones entre los seres humanos. Sólo cuando se muestran insolentes. En una ocasión, uno de mis sirvientes cafres no había lustrado bien mis botas, y cuando se lo hice notar me respondió con insolencia. Por lo que le calcé unos zapatos de niño y tuvo que caminar así durante tres días por el desierto del Kalahari. Es un sitio muy caluroso. Le tengo que decir, caballero, que al tercer día el cafre tenía los pies reducidos a la mitad. Se hubiese podido exhibir en un circo.

Llegamos al restaurante. El doctor Wu-Sei ya me estaba esperando. Al ver que yo iba acompañado de un extraño, se refugió detrás de la sonrisa amable de su rostro amarillo, y se mantuvo en silencio. Maloney, por el contrario, no dejaba de hablar. Volvió a conquistar mi corazón porque no solamente le gustaba la comida china, como a mí, sino que además la conocía muy bien. Yo solía comer en ese restaurante chino dejando la elección de los platos a Wu-Sei, comiéndome sin más lo que me traían, sin enterarme de si la cosa cortada en pedazos pequeños que había ingerido era carne de cerdo, pétalo de rosa o tallo de bambú. Sin embargo, Maloney escogía

por sí mismo, como si estuviera eligiendo entre chuletas de ternera o *boeuf à la mode*. Conocía la diferencia entre las diecisiete variantes del chop-suey, así que se ganó mi más absoluto aprecio.

—¿Qué camino lleva, doctor? —me preguntó después del almuerzo.

Le indiqué la dirección.

—¿Me tiraría algo a la cabeza si quisiera acompañarlo durante un rato?

Yo estaba de verdad muy sorprendido.

—Dígame, caballero —me preguntó por el camino, un tanto perplejo—, usted es un malvado alemán, ¿verdad?

—No. Soy húngaro.

—¿Húngaro?

—Sí, húngaro.

—¿Y eso qué es? ¿Una nación? ¿O está usted burlándose de mi ignorancia?

—¡Qué va! Le juro por mi honor que se trata de una nación.

—¿Y dónde viven los húngaros?

—En Hungría, entre Austria, Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia.

—No me venga con cuentos... Esos países los inventó Shakespeare.

Se rió a carcajadas.

—Bueno..., así que es húngaro... No está nada mal. ¿Y qué idioma hablan los húngaros?

—El húngaro.

—¡Dígame algo en húngaro!

—*Mikor az ég furcsa, lila kék,/ S találkára mennek a lyányok,/ Ó, be titkosak, különösek/ Ezek a nyári délutánok*» [«Cuando el cielo es raro, entre azul y morado/ y las muchachas acuden a sus citas amorosas,/ ¡oh, qué secretas, qué extrañas/ son esas tardes de verano!] —le dije, citando un poema de Endre Ady, un tanto emocionado. Hacía años que apenas hablaba en húngaro.

—Es un idioma bonito. Pero a mí no me va a engañar. Lo que acaba de decir era una frase en indostaní, y significa «deseo, noble extraño, que todos los dioses bailen en zapatillas sobre tu tumba cuanto antes». Ya me han dicho esa misma frase en otra ocasión... Por otra parte..., ya que nunca había hablado antes con ningún húngaro vivo, le propongo que profundicemos en nuestra ya sólida amistad. Venga a cenar conmigo esta noche. ¡Por favor, venga a cenar conmigo! Si me considera un tanto idiota, eso no importa. Se acostumbrará con el tiempo, como los demás. De todas formas, vamos a ser tres. Le quiero presentar a un joven muy inteligente que acaba de llegar de Oxford y que es sobrino de algún lord. Se trata de un joven muy divertido. Es capaz de pronunciar unas palabras de cinco sílabas que yo nunca he oído con tanta facilidad como si dijera «mu».

Después de vacilar unos instantes, acepté su invitación. Me gusta conocer gente nueva, y de todas formas no tenía nada que hacer. Para ser sincero, también me resultaba atractivo que Maloney me invitara al Savoy, un lugar demasiado elegante

como para que yo fuera por mi propia voluntad y por mis propios medios. También empezaba a mirar a Maloney con otros ojos. Está loco, pensé, pero es todo un caballero.

Por la noche nos vimos en el bar del Savoy. Al llegar, encontré a Maloney en compañía de un joven. Era un joven alto, muy delgado, muy atractivo, refinado, y su rostro delataba su inteligencia. Era un tanto afeminado, pero deportista, a la manera atractiva de los estudiantes de Oxford.

—Éste es el *honourable* Osborne Pendragon —me dijo Maloney, presentándome a su amigo.

—¿Pendragon? —le pregunté lanzando una pequeña exclamación—. ¿Acaso es pariente del conde de Gwynedd?

—El conde es mi tío —me respondió Osborne Pendragon con un tono de voz extraño y estilizado, arrastrando las palabras—. ¿Qué cóctel va a elegir?

¡Qué me importaban los cócteles!

—¿Acaso va a pasar sus vacaciones de verano en Llanvygan? —le pregunté.

—Ha acertado. Pasado mañana me traslado a Gales.

—Yo tampoco tardaré en ir.

—¿Quizás va a ir al balneario de Llandudno? Yo prefiero mi propio cuarto de baño. Hay menos gente y es más distinguido.

—No.

—¿Entonces quizás se propone escalar el Snowdon?

—Tampoco.

—¿Pues adonde más puede ir alguien en el norte de Gales?

—Por ejemplo a Llanvygan.

—¿Cómo?

—El conde de Gwynedd ha tenido la amabilidad de invitarme a su castillo.

En ese momento Maloney irrumpió en la conversación con un grito bélico ancestral, típico de los irlandeses.

—¡Hombre! ¡Vaya, hombre! —gritó, y por poco me rompió el brazo. —¿Qué?

—¡Podremos viajar juntos! A mí me ha invitado Osborne. ¡Qué casualidad! Además, ¿qué hago yo en la sala de lectura del British Museum?... Uno tiene momentos en los que no sabe qué hacer. En la sala hay por lo menos quinientos monstruos, y yo empiezo a molestar precisamente a este *gentleman*, y no lo dejo en paz, y resulta que pronto vamos a compartir unas vacaciones. ¡Fantástico! ¡Brindemos por ello!

Era, efectivamente, una casualidad muy extraña. A mí, por poco se me ponen los pelos de punta. La atmósfera misteriosa del castillo de Llanvygan parecía transmitir sus efluvios poderosos hasta el Savoy, casi podía notar una cierta fatalidad, y empecé irremediablemente a sentirme perseguido, a sospechar que en ese mismo instante se estaba preparando algo alrededor de mí, por encima de mí, que las parcas estaban empezando a tejer sus hilos.

Sin embargo, ni el chiflado de Maloney ni el joven aristócrata amanerado parecían llevar el sello del destino sobre su frente, o bien se trataba de un destino altamente humorístico, propio de nuestra época degenerada, repleta de ocurrencias y agudezas.

El joven Pendragon permanecía completamente sosegado.

—Hoy en día hasta la casualidad ha degenerado —observó, levantando la voz al final de la última palabra—. En la época de Lutero, por ejemplo, la casualidad se presentaba bajo la forma de un rayo que caía justo delante de sus narices sin afectarlo. El resultado fue la Reforma. Hoy en día la casualidad se resume en que dos caballeros se van juntos de veraneo. ¿Dónde queda el destino, la fatalidad? ¿Cómo puede experimentarse así dentro de uno la virtud más elevada, el amor fati que mencionaba Nietzsche, si mal no recuerdo?

—Osborne es muy inteligente —observó Maloney.

—Así es. Pero sólo es así porque eso no es usual en Inglaterra. Si yo hubiese nacido en Francia, seguramente me habría convertido en un idiota, por pura rebeldía. ¿Qué les parece si empezamos a cenar?

La cena fue excelente. Hablaba sobre todo Maloney.

Sus aventuras se volvían más atrevidas con cada copa de vino de Borgoña. Al principio, sólo relató sus cacerías, más o menos discretas, de tigres, pero había llegado a incendiar pueblos enteros en Borneo, tratando de demostrar que la gente de Connemara era capaz de prender su pipa incluso cuando corría un fuerte viento, y acabó contando cómo había hecho un nudo en la cola de una cobra real, mientras su fiel mangosta amaestrada, Guillermina, mantenía paralizada la cabeza de la cobra.

—Le tengo envidia a nuestro distinguido amigo —observó Osborne—. Si es verdad tan sólo la cuarta parte de lo que suele contar durante una cena, su vida se puede calificar sin duda como llena de aventuras. Parece que en las colonias todavía ocurren cosas. Un tigre o una cobra podrían despertar en mí cierto *thrill*, cierto agradable estremecimiento. Mi único deseo es viajar a las colonias. A un sitio alejado de la mano de Dios, donde los aborígenes sigan zampándose a los misioneros.

—¿Por qué no va?

—Lamentablemente, cuando mi abuelo, que en paz descanse, murió de una maravillosa enfermedad tropical, mi tío llegó a la conclusión de que el aire tropical no nos sienta bien, así que me temo que tendré que vivir el resto de mis días en Gales, en nuestros nidos de águila provistos de luz eléctrica, donde ya en la época de la difunta reina Victoria habían exterminado a todos los fantasmas decentes. Debe de saber, caballero, que el último fantasma gales fue atacado, hace tres años, por gente armada con gases lacrimógenos, así que el fantasma del pobre viejo almirante lloraba como un niño pequeño. Si no fuera por mí, todas las supersticiones desaparecerían de Gales. Sin embargo, tengo planes grandiosos para

este verano y espero que ustedes dos me ayuden. En Oxford he cosechado éxitos considerables con mis grabaciones de fantasmas y mi minúsculo gramófono. He sido capaz de reproducir lamentos, ruidos de cadenas y larguísimos sermones medievales ingleses en los sitios más inverosímiles. Pero claro, todo esto no son más que juegos. La verdadera aventura ha desaparecido, ha muerto. No pudo aguantar el olor a gasolina.

—Usted tiene ahora mismo dieciocho años, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí.

—En el continente, los jóvenes de su edad entienden por aventura otra cosa bien diferente.

—No sé a qué se refiere con sus suaves palabras.

—Me refiero a las mujeres, caballero.

—Yo nunca me refiero a las mujeres, nunca pienso en ellas —me respondió, un tanto colorado—. De lejos, me gustan mucho. Pero si se acercan a mí siento por ellas una ligera repulsión. Tengo la sensación de que si las agarro se descompondrán entre mis manos. Usted es un hombre continental... ¿No ha experimentado nunca nada semejante?

—No, no me acuerdo de ninguna mujer que se me haya descompuesto entre las manos. ¿A usted ya le ha ocurrido?

—Para ser sincero, nunca me he atrevido a experimentar.

—Permítame una observación: creo que es debido a ese aislamiento el que usted tenga la impresión de que su vida carece de acontecimientos. En el continente se suele llamar vida a ocuparse de las mujeres.

—En este caso le tengo que responder con una frase de Villiers de l'Isle-Adam: «En cuanto a la vida, dejemos que nuestros criados se ocupen de ella».

Debido a los efectos de la cantidad de vino de Borgoña ingerida, salí del Savoy con un estado de ánimo muy optimista. «No es verdad que Londres sea una ciudad aburrida», pensé y me felicité por haber conocido a dos jóvenes tan excelentes. «En realidad es una tontería que pase mis días metido entre libros. Debería vivir, sí, vivir.» Interpretaba la palabra vida según su significado continental. «Una mujer... me vendría bien incluso en Londres.»

Maloney nos propuso que fuéramos a un night-club. Los night-clubs son sitios donde está permitido beber toda la noche. Nos aprovechamos abundantemente de ello. Un trago de whisky seguía al otro, cada vez con menos agua. Osborne se mostró un tanto rígido: el ambiente del local de una clase más baja que los que él solía frecuentar le molestaba obviamente, pero era demasiado vanidoso para reconocer su vanidad.

Maloney se puso a contar una de sus historias, que se podía resumir en que había atado a una mujer malaya a un árbol, pero que en el instante decisivo habían aparecido diez parientes de la mujer, armados con sus cuchillos tradicionales. No pudimos enterarnos del resto, porque él se fijó en una mujer sentada en una de las

mesas cercanas, lanzó un grito para saludarla con un *hello* y nos dejó plantados. Yo observaba con tristeza la amable conversación que mantenía con ella: se trataba de una mujer verdaderamente espectacular.

—Es un joven muy extraño este Maloney, ¿verdad? —me dijo Osborne—. Si leyera sus historias en un libro, lo tiraría a la basura.

—¿Usted cree que alguna vez dice la verdad?

—Lo más curioso es que creo que sí. A veces ha llevado a cabo cosas verdaderamente extraordinarias ante mis propios ojos. Hechos verdaderamente incomprensibles según la lógica tradicional. Debo admitir que la noche de hoy también es una de esas ocasiones. Aunque no sería de buena educación hablar de ello.

—¡Cuéntemelo, por favor! Los continentales somos tan indiscretos que incluso un inglés puede permitirse con nosotros cierto grado de indiscreción.

—Bueno... pues mire: ayer Maloney tenía tan sólo tres peniques y medio en los bolsillos. Creo que no tenía más dinero en su haber desde hacía semanas. Sin embargo, hoy nos ha invitado a un restaurante lujoso. Tiendo a pensar, sin tener que hacer mayores esfuerzos para ello, que anoche pudo haber atracado a alguien en una calle oscura. No lo juzgo por ello, claro está. Solamente habrá querido demostrar que la gente de Connemara es perfectamente capaz de atracar a alguien en la calle. Por supuesto, le habrá quitado todo el dinero que llevara encima, para obtener el debido beneficio de su hazaña. Maloney volvió con nosotros.

—¿Me permiten los caballeros que les presente a mi amiga miss Pat O'Brien? Es de Connemara, y con eso sobran las palabras. Ahora mismo trabaja como cantante en el coro del Alhambra. Es una gran artista.

—A mí me encantaría —le respondí con espontaneidad. Sin embargo, Osborne se puso todavía más rígido.

—*Well*... Debo asegurarle que admiro profundamente a sus paisanos, yo mismo soy de origen celta, o sea casi consanguíneo..., pero tenía entendido que esta noche la íbamos a reservar para estar entre hombres.

—Querido amigo —observó Maloney—, usted es uno de los hombres más inteligentes del mundo, y le aseguro que rompo invariablemente a llorar de emoción cuando me acuerdo de que tengo un amigo así, pero creo que no le vendría nada mal pasar diez minutos cada dos meses en compañía femenina. Le garantizo que se llevaría alguna que otra sorpresa. ¿No es así, doctor?

—¡Claro que sí!

—Bueno, si ustedes dos insisten tanto... —aceptó Osborne, haciendo un gesto de consentimiento.

Maloney ya se acercaba junto con la joven. —¡Feliz Navidad y próspero Año Nuevo! —dijo la joven, y se sentó esbozando una amplia sonrisa, como para señalar que con su saludo ya había contribuido a la diversión. Puesto que era verano, yo sonreí con su frase. Osborne no estaba dispuesto a hacer el más mínimo esfuerzo.

—Muéstrese ligeramente más contento, joven —le dijo ella levantando su copa, y se puso a cantar una canción que versaba sobre el mismo asunto.

—Haré todo lo posible —declaró solemnemente Osborne.

«Está loco», pensé. La joven era bellísima, pertenecía a esa clase de mujeres niveas e inocentes que constituyen la mejor joya de las Islas Británicas junto con el carácter de sus hombres.

A mí, decididamente me animaba. Escuchaba mis piropos rimbombantes con rendida admiración; los hombres ingleses no tratan muy bien a las mujeres en este terreno. Nosotros, si una mujer nos parece simpática, le decimos: «Te adoro». Un inglés, cuando está mortalmente enamorado, dice: *I rather like you*. O sea: «Me gustas bastante».

—¡Venga conmigo al continente! —le decía con entusiasmo, mientras acariciaba sus brazos desnudos—. Usted debería vivir en Fontainebleau, y subir y bajar tres veces al día las escaleras construidas por Francisco I, ataviada con un vestido de cola. Seguro que las carpas tricentenarias del estanque se convertirían en animales de sangre caliente nada más verla. La más bella de Francia se moriría de celos en su presencia.

—¡Qué muchacho más simpático! Tiene un acento tan curioso. No entiendo nada de lo que me dice.

Me sentí bastante dolido, puesto que estoy muy orgulloso de mi pronunciación inglesa. Aunque ¡qué sabrá una lassie de Connemara!... Hablaba con un terrible acento irlandés, y yo tampoco entendía mucho de lo que ella me decía. Dejé que se ocupara de Osborne, y Maloney y yo nos dedicamos a beber más whisky.

Maloney estaba ya ligeramente borracho.

—Usted es un hombre divertidísimo, doctor, es una suerte para mí haberlo conocido. Sin embargo, este Osborne... Me encantaría que Pat lo sedujera. Estos ingleses no parecen hombres. Nosotros, los irlandeses de Connemara... ya no somos unos inocentes a esa edad. Pero, dígame, doctor..., ahora que ya nos hemos hecho buenos amigos..., en realidad ¿qué es lo que lo lleva hasta Llanvygan?

—El conde de Gwynedd me ha invitado para que pueda realizar ciertos estudios en su biblioteca.

—¿Estudios? ¡Si usted es ya todo un doctor! ¿O es que le quedan todavía más exámenes a los que hacer frente? Usted es un hombre inteligentísimo, doctor.

—No se trata de ningún examen... Es sólo por mi propio interés. Hay algunas cosas que me gustaría saber.

—¿Las cosas que va a estudiar allí?

—Así es.

—Y ¿qué es lo que va a estudiar?

—Sobre todo la historia de los rosacruces, y en especial la de Robert Fludd.

—¿Quiénes son los rosacruces?

—¿Que quiénes son los rosacruces? Pues... ¿Ha oído usted hablar de los masones?

—Sí. Son una gente que se reúne en secreto para hacer... ¡qué sé yo!
—Así es. Los rosacruces se diferencian de los masones en que se reúnen aún más en secreto, y en que se sabe todavía menos lo que hacen.
—Bien. Pero usted sabe seguramente lo que hacen cuando se reúnen en secreto.
—Se lo voy a decir, pero prométame que no se lo contará a nadie.
—Le juro que mantendré la boca cerrada. ¡Dígamelo!
—Hacen oro.
—¡Qué bueno! Ya sabía yo que estaba usted de broma. ¿Y qué más hacen?
—Acerqúese más. Hacen homúnculos.
—¿Qué?
—Seres humanos.
Maloney se rió y me dio una palmada en el hombro.
—Ya sabía yo que usted era un guarro —me dijo.
—Está loco. No me refería a eso. Pretenden engendrar hombres por una vía artificial.
—O sea que son impotentes.
Los dos estábamos ya bastante borrachos, y nos divertimos mucho con la idea. Yo me reí tanto que tiré sin querer el vaso que tenía delante.
Maloney pidió otra ronda enseguida.
—Dígame, doctor, ¿de qué conoce usted al conde de Gwynedd? Es un hombre muy poco amistoso.
—Yo no he reparado en ello. Lo conocí en casa de lady Malmsbury-Croft, y esa misma noche me invitó a su castillo.
—¿Cómo consiguió ganarse su confianza?
—Con ese asunto de hacer oro.
La conversación empezaba a molestarme. Se parecía demasiado a una típica conversación de Budapest. Yo ya llevaba muchos años viviendo en Inglaterra, y había perdido la costumbre de que me interrogaran de esa manera. Que me interrogaran, ésa era la expresión justa.
De repente empecé a sospechar. La bebida despierta la naturaleza interior de cada uno. En mí, hace que se acreciente mi rasgo de carácter más fundamental: la desconfianza. «Stop! A lo mejor Maloney se quiere aprovechar de mi borrachera para sacarme algún secreto. No sé qué secretos puedo tener yo, pero seguramente debo de tener alguno, puesto que el hombre que me llamó por teléfono así me lo dio a entender.
»Bueno, también se le puede dar la vuelta al asunto. Maloney también está borracho, pues está bebiendo incluso mucho más que yo. A lo mejor le puedo sacar el secreto de cuál es el secreto que él me quiere sacar a mí.»
Con un leve movimiento volví a tirar mi bebida, fingí una carcajada, como si estuviera totalmente borracho, y le dije, balbuceando:

—Vaya con las copas... Cuando me haga mayor, voy a inventar una copa que no se pueda tirar. Y también un sofá que haga brotar bellas mujeres.

No dejaba de observar a Maloney. Me miraba con una visible satisfacción.

—Tiene usted toda la razón, jefe blanco. El único problema es que a veces se pone a hablar en clave.

—¿Yo? No sé a lo que se refiere.

—En todo ese asunto de los rosacruces no hay nada que sea cierto.

—¡No me diga!

—Sé perfectamente que usted es médico.

—¡Maloney! —le espeté—. ¿Cómo ha podido darse cuenta?

—Basta con mirarlo. De todas formas, usted mismo afirma que es doctor. Ya lo ve... Así que no me vaya a negar que entiende perfectamente de enfermedades tropicales.

—Bueno..., es verdad. Me atraen especialmente la enfermedad del sueño y la mosca tse-tsé.

—Y seguro que le interesa todavía más la enfermedad de nombre muy largo a causa de la cual perecieron el padre del conde de Gwynedd y William Roscoe.

—¿Roscoe?

—Sí, Roscoe, el multimillonario. No intente fingir que no conoce ese nombre. Ya le ayudaré yo a refrescar la memoria. —¡Hágalo, por favor!

—Me refiero al Roscoe que fue asesor financiero del padre del actual conde, en la época en que el padre era gobernador de Birmania o de algún sitio así.

—Aja, se refiere a ese Roscoe... Claro, claro, lo que pasa es que cuando bebo pierdo un poco la memoria. Se refiere al Roscoe que... que después...

—Que después se casó con la lady que estaba comprometida con el actual conde de Gwynedd.

—¡Ya está! Ya me acuerdo de todo. Pero ¿por qué no tomamos otra copa? Después murió, el pobre, a causa de la misma enfermedad que el viejo conde, algo que es bastante extraño.

—Y tan extraño, puesto que se trata de una enfermedad tropical de nombre muy largo, y el viejo Roscoe ya llevaba años viviendo en Inglaterra.

—¡Claro! Para qué se lo voy a negar: es por eso mismo por lo que voy a Llanvygan. Pero ¡por Dios!, no se lo diga a nadie. Dígame una sola cosa más: ¿qué tiene que ver el conde de Gwynedd actual con la muerte del viejo Roscoe?

—Claro, eso a usted no se lo han dicho... Pero como usted ha sido sincero conmigo, yo también lo voy a ser con usted, y se lo voy a decir. Acerqúese más, para que Osborne no nos pueda oír.

—Le escucho.

—En su testamento, Roscoe dispuso que su fortuna pasara a su benefactor, el viejo conde de Gwynedd, o a sus descendientes en el caso de que él falleciera de muerte violenta.

—Eso es absurdo, Maloney. Ni siquiera en Inglaterra se puede hacer un testamento así.

—Pues no es absurdo. El viejo Roscoe tenía la obsesión de que su esposa quería envenenarlo. Por eso lo dispuso así, en secreto.

—¿Y por qué iba a recibir su fortuna la familia Pendragon?

—Porque el viejo Roscoe se lo debía todo al viejo conde. Y también porque le había quitado la novia al conde actual, por lo que luchó toda su vida contra los remordimientos y quiso poner remedio de esa forma.

—Así que ése es el motivo por el cual el conde actual se interesa por esa enfermedad tropical. Porque supone que la enfermedad de Roscoe no se debió a causas naturales, y que por tanto la fortuna de Roscoe le corresponde heredarla a él.

—Así es.

Ya estaba claro. Mi profunda atracción hacia lo inusitado me había conducido ante un enigma colosal que a lo mejor me había estado esperando para ser resuelto. En realidad, me temía que podía entender más de cualquier otro asunto que de enfermedades tropicales, y eso me producía una gran aflicción. También podía intuir que todo estaba estrechamente relacionado con la llamada telefónica. Algo se estaba tramando. Las parcas seguían tejiendo sus hilos.

Llegado este punto, la conversación entre Pat y Osborne se había atascado completamente. Se mantenían sentados en silencio, con una expresión grave. El rostro de la joven reflejaba irritación y el joven parecía decididamente aburrido. Me levanté para sentarme al lado de Pat. Maloney se puso a hablar con Osborne.

—¿Con qué la ha entretenido el *honourable*? —le pregunté a Pat. —*Honourable* o no, sólo le puedo decir que es un caballero muy extraño. A mí me importan un comino los títulos, mientras la gente se muestre cortés conmigo.

—¿Por qué dice eso? ¿Es que no se ha mostrado cortés?

—Claro que no. Me estuvo hablando todo el rato de un tal Dante, un alemán que mandaba a todo el mundo al infierno. Y también de una cantante, una colega mía, de quien este Dante escribió que nadaba en... No le voy a decir en qué. Un periodista no debería escribir cosas así de una muchacha decente. Aunque, claro, este joven sólo tendrá amigos así.

—A mí me encantan las muchachas decentes —le dije, cogiéndola de la mano—. Usted es una muchacha decente, yo soy un muchacho decente, así que debemos ayudarnos mutuamente en este mundo vil.

—Claro, me he dado cuenta inmediatamente de que usted es un hombre con buen corazón —observó Pat, tras lo cual me acerqué más a ella y la agarré por la cintura.

—Soy más bueno que el pan —le aseguré con mucho sentimiento.

—Sí, se nota en su mirada que debe de ser un hombre muy agradable cuando se lo conoce de cerca.

Esto me autorizó para besarle el hombro.

—Yo no sé cómo puede ser usted conociéndola de cerca. Pero me gustaría verlo.

Continué haciéndole la corte, aunque no con palabras, sino con actos. ¡Oh, la flexibilidad maravillosa y electrizante de los cuerpos femeninos ingleses! Sólo un poema podría reflejar lo agradable que es acariciar a una muchacha inglesa después de medianoche.

Sin embargo, mi naturaleza retorcida me obligaba, incluso en medio de unos ejercicios corporales eróticos así, a atender a lo que Maloney y Osborne estaban hablando.

Lo que pude oír me sorprendió sobremanera. Creí entender que Maloney comentaba que yo había hecho todo lo posible para poder viajar a Llanvygan. Y decía que yo había ido a casa de lady Malmsbury-Croft sólo porque ya sabía que el conde estaría allí.

Al mismo tiempo, Pat me seguía contando cosas, así que no podía atender bien. A lo mejor los dos estaban hablando de otro asunto, y lo mío eran sólo imaginaciones, puesto que los nervios me empezaban a fallar.

Solté a Pat, y ella se extrañó, ya que las cosas empezaban a ir mucho mejor que bien.

Pero ¿por qué diablos había dicho Maloney una mentira así? ¿Porque era incapaz de decir la verdad o porque no entendía lo que se le decía? O quizás... ¿también con eso pretendía algo, y formaba parte de la conspiración que yo intuía con verdadero pánico?

Osborne escuchaba a Maloney con indiferencia y acabó poniéndose en pie.

—*Sorry*, pero me tengo que ir. Les veré en Llanvygan.

Desapareció sin darnos la mano, como el gato de Cheshire en aquel relato inglés. Probablemente no aguantara más tiempo sentado a la misma mesa con una mujer.

Maloney se fue a otra mesa, y yo me quedé a solas con Pat. «Lo quiera o no Maloney, yo me voy a llevar a esta muchacha a mi casa», pensé. «Al fin y al cabo, incluso un filólogo es un hombre. Debe de tener un cuerpo blanco y preciosísimo cuando se estira. Durante una hora entera sólo la estaré mirando.»

—¿Le gusta la música? —le pregunté.

—Muchísimo. Debería usted ver lo bien que bailo.

—Sabe qué... Vayámonos de aquí. Venga a mi casa a tomar una taza de té. Le pondré algún disco y bailaremos.

—¿Qué se cree usted? Si lo acabo de conocer.

—No importa. Ya pondremos remedio a eso.

—Si fuera usted inglés, ya le habría dado una buena bofetada.

—Pero como soy extranjero, mejor déme un beso.

—Aquí hay demasiada gente —me dijo como para darme confianza.

La cosa iba bien. Sólo hubiese tenido que levantarme, irme a mi casa y disfrutar de una noche maravillosa en Londres, donde hasta Casanova vivió seis semanas de celibato. Sin embargo, la mala suerte quiso que en ese momento mirara hacia la mesa de Maloney.

No sé si se trató tan sólo del fruto de mi imaginación o si era verdad, no siempre soy capaz de hacer tal distinción. El hecho es que creí ver a Maloney haciéndole señas a la muchacha. La desconfianza brotó en mí con más fuerza que nunca. No era una sospecha normal, sino un pánico enajenador, ancestral y terrible. «La muchacha debe de formar parte de todo el asunto. Estaba previsto por adelantado que nos encontráramos aquí con ella. Si ahora rne la llevo a casa, Dios sabe lo que puede pasar», pensé.

¿Pero qué podía pasar? ¿De qué tenía miedo? ¿Cómo se podía tener miedo de una joven tan esbelta y tan preciosa? No sabía dar respuesta a ninguna de estas preguntas. Por lo que respecta a Maloney..., era fácil imaginar que me asesinara o que me asaltara, pero eso era lo de menos.

En medio de esta maraña de oscuros complejos me imaginaba que si caía en esa trampa, me sumergiría irremediablemente en el misterio sombrío que rodeaba Llanvygan: la llamada telefónica, el jinete de la medianoche y la muerte enigmática de William Roscoe formaban ya parte íntegra de mis miedos. Y el miedo era más fuerte que yo. El miedo es como la pasión.

—*Darling* —le dije a Pat—, me temo que esta noche no va a ser posible. Me acabo de acordar de que ha venido a verme un sobrino de provincias, y se va a quedar a dormir en casa. Espero que tengamos otra ocasión. Prométeme que nos volveremos a ver.

Pat me miró con un aire de aborrecimiento que ni siquiera intentó disimular.

Me despedí de Maloney, quedando en vernos pronto, y me marché a mi casa.

Al día siguiente estaba muy arrepentido. No dejaba de maldecir mi desafortunada naturaleza, basada en la desconfianza. Otros hombres se vuelven atrevidos e irresponsables con el alcohol, y en mí sólo aumenta la cantidad de bilis negra. Sin embargo, ya era tarde. Nunca más he vuelto a ver a Pat.

Durante los días siguientes continué con mis preparativos intelectuales y espirituales para la aventura en Gales. Repasé los folios que contenían los escritos de Fludd. Tuve dificultades para comprender el texto en latín, plagado de términos cabalísticos en hebreo, si bien creo que aunque lo hubiese leído en húngaro tampoco habría comprendido mucho más. Tomé notas, preso de la sensación de que el conde de Gwynedd me lo aclararía todo.

Me enteré con sorpresa, consultando el libro *Medicina Catholica* de Fludd, de que el origen de toda enfermedad está en los meteoritos, los vientos y los puntos cardinales, amén de los arcángeles que soplan dichos vientos. También de que el carácter de los seres humanos se descubre por su orina, según nos enseñan los principios de la ciencia de la uromantia.

Estudié la biografía de Fludd escrita por el diácono Craven y releí el maravilloso libro de Denis Saurat sobre Milton y el materialismo cristiano, en el que dedica un capítulo muy interesante a Fludd.

Según su valoración, Fludd, Milton y su entorno intelectual y espiritual nunca creyeron en un alma independiente del cuerpo. Puesto que eran cristianos rigurosos, no dudaron ni por un instante de la inmortalidad, viéndose obligados a llegar a la conclusión de que el cuerpo es inmortal.

Me acordé del lema de los rosacruces: «Creo en la resurrección de los cuerpos». «¿Qué habrá significado esta frase para los antiguos, que interpretaban todo de una manera absolutamente literal?», me pregunté, con un cierto sentimiento inexplicablemente molesto, y lleno de supersticiones. «¿Quién sabe? A lo mejor pensaban que en un futuro cercano volverían a salir de sus tumbas.» Según la leyenda, el jinete de la medianoche lo había hecho para administrar justicia en el caso del médico asesinado.

Maloney me llamó para decirme que no podía acudir a la cita acordada para fijar los últimos detalles de nuestra partida. Así que creí que viajaría solo, pero el último día se presentó en mi casa.

—¡Buenos días, doctor! ¿Nos vamos a Gales?

—Yo, por mi parte, voy a ir con toda seguridad. ¿Y usted?

—Estuve dudando durante unos días, porque me invitaron a Cuba, donde se va a celebrar una pelea de gallos sensacional, la olimpiada internacional de las peleas de gallos. Pero pensé que no le podía fallar a Osborne, ni tampoco permitir que usted vagara absolutamente solo, con esas gafas que lleva, en medio de la Inglaterra más salvaje. Se arriesgaría a perderse y a llegar por casualidad a Escocia, de lo cual Dios lo guarde.

—Entonces saldremos mañana en el tren de la una y cuarto.

—No. Eso es lo que le quería decir. Una conocida mía, muy amable, una tal Mrs. St. Claire, se ha ofrecido a llevarnos en su automóvil hasta la estación de ferrocarril de Chester. Allí tomaremos un tren y después otro hasta llegar a Corwen, donde nos estará esperando Osborne en su coche. ¿Está bien así?

Mi ataque de desconfianza se había disipado, y hasta sentía un ligero remordimiento por Maloney, así que acepté la propuesta con mucho gusto.

—Agradezco mucho a Mrs. St. Claire su amabilidad. ¿Quién es ella? ¿No se sentirá incómoda al tener que viajar junto a un desconocido?

—Al contrario. Le conté algunas cosas sobre usted y, ¡mire por dónde!, me comentó que los húngaros existen de verdad, y que ella los tiene en gran aprecio, porque su historia se parece mucho a la de los irlandeses, es decir a la nuestra. Usted nunca me lo había dicho. Quiere conocerlo y hablar con usted sobre Hungría. En agosto viajará a su país.

La historia parecía bastante creíble, en las mentiras de Maloney siempre había más elementos de pura fantasía, así que nos pusimos de acuerdo para reunimos al día siguiente en el lujoso hotel Grosvenor House, donde ella se alojaba.

Al día siguiente, al llegar al hotel, encontré a Maloney en el vestíbulo.

—Ayer puse un telegrama a Osborne, diciéndole que llegaríamos hoy y que nos esperara. Me mandó una respuesta, diciendo *All right*. Ella no tardará en bajar.

A los pocos minutos llegó una dama alta y elegante, vestida con una capa de viaje, que no dejaba de sonreír. Cuando se acercó lo suficiente para que yo pudiera apreciar, con mis ojos miopes, la belleza singular e impresionante de su rostro y de su figura, me resultó extrañamente familiar, y mientras nos dábamos la mano y nos decíamos el obligatorio *how do you do*, ya sabía quién era, y el descubrimiento me provocó unos violentos latidos en el corazón.

Tres años atrás, yo había pasado mis vacaciones en Fontainebleau, con mi amigo Cristofoli, el arqueólogo y poeta. Mi pobre tía Anna acababa de fallecer, así que yo tenía mucho dinero. Nos alojábamos en el Hotel de l'Angleterre et de la France, muy elegante, justo enfrente del parque.

Un día Cristofoli, el hombre más sensible del mundo, se mostró todavía más vivaz que de costumbre. Me anunció que estaba enamorado.

La dama de su elección no tardó en aparecer. Yo ya la había visto el día anterior, a la hora de la comida: iba siempre sola. Era efectivamente muy hermosa, no según las pautas uniformizadas de nuestra época, no parecía una estrella de cine, sino que era bella de verdad, de un modo particular, sin que se la pudiese comparar con nadie.

Cristofoli era un joven muy apuesto y tenía un espíritu emprendedor. Ya había averiguado que la dama se llamaba Eileen St. Claire, que era británica, y que había llegado a Fontainebleau en su propio coche. Nadie sabía nada más de ella. Sólo se la veía durante las comidas, y se pasaba los días conduciendo sola su Hispano por los bosques.

Cristofoli se pasó el día entero recitando a Petrarca, aguardando la llegada de la noche para, en el momento del baile, poder tener la ocasión de presentarse. Sin embargo, Eileen St. Claire no bajó al salón. Cristofoli no durmió en toda la noche y no me dejó dormir tampoco a mí. Empecé a sentir cierta antipatía por aquella mujer.

Los días siguientes fueron más excitantes que una cacería. Cristofoli era inventivo y pegajoso. Al ser poeta, se sentía libre de las ataduras de las convenciones sociales. El automóvil de Eileen St. Claire nunca llegaba al hotel sin que él estuviera allí para abrirle la puerta, brindándole su brazo para ayudarla a bajar. Ella lo agradecía con un movimiento amable de la cabeza y seguía su camino sin decir palabra. Con tanta rapidez y frialdad que Cristofoli no podía ni empezar a recitar el poema que tenía en mente para la ocasión.

El 14 de julio, el efluvio de la Fiesta Nacional que acerca los corazones era su última esperanza. La ciudad entera se encontraba en la calle, bailando, bebiendo, entablando amistad con todo el mundo. Yo me temía que Eileen St. Claire no se iba a rebajar a esa fiesta popular. Nosotros dos lo estábamos festejando cerca del hotel, y habíamos entablado ya amistad con todas las dependientas y con todos los negros

de los alrededores, cuando de repente reparamos en la alta figura de Eileen St. Claire.

Cristofoli atravesó, en cuestión de segundos, la multitud enardecida y, con un gesto impulsivo, lleno de ternura, le ofreció lo único que tenía en sus manos: una pequeña trompeta de juguete.

—*Thank you* —le dijo la dama entre sonrisas y desapareció de forma milagrosa, como un conejo en la chistera de un prestidigitador. Cristofoli rompió su corbata en mil pedazos.

Ya sólo esperaba que se produjera un incendio, para poder así salvar a la dama, en sus brazos, de entre las llamas.

Un día ella no estaba sola. En su mesa había un hombre de rostro verdusco, de aspecto vicioso. El hablaba en voz baja, con mucha rapidez, y ella lo escuchaba alterada. Cristofoli estaba fuera de sí. Cuando se enteró, por boca del camarero, de que el hombre era médico, se calmó un poco. Eileen St. Claire y el médico pasaron la tarde en la habitación de la mujer.

—Se trata, sin duda, de un reconocimiento médico —le aseguraba yo a mi pobre amigo desgraciado, para tratar de consolarlo.

Aquella misma noche ocurrió un desenlace inesperado e incomprensible.

El médico se marchó en el tren de la noche. Lo que ocurrió después sólo he podido reconstruirlo a partir de las confusas palabras que Cristofoli soltaba a borbotones sin querer.

Hacia las once él subió del salón de baile a su habitación. Por el pasillo se encontró con Eileen St. Claire; se detuvo y la miró, sin poder articular palabra. La mujer lo cogió de la mano, sin decirle nada, y se lo llevó a su propia habitación.

A las cinco de la madrugada me desperté porque Cristofoli entró en mi habitación. Su rostro rezumaba una expresión de dicha más allá de lo meramente humano; no era capaz de hablar, sólo recitaba poemas y lloraba. Le dije que se tomara un calmante y que me dejara dormir.

Por la mañana se vistió con tanto cuidado como una muchachita que se prepara para su primer baile. Yo estuve listo media hora antes que él. Cuando bajó a desayunar, yo ya sabía la terrible noticia, y no supe cómo decírsela sin herir sus sentimientos. Tuve que confesarle que Eileen St. Claire se había marchado esa misma mañana, muy temprano.

Nos fuimos inmediatamente a París, a la policía, a varias agencias de detectives, a muchos sitios más. Buscábamos su rastro, pero todo fue en vano.

Los nervios sensibles de Cristofoli no resistieron el golpe. Tuve que llevarlo a un sanatorio, donde estuvo en tratamiento durante tres semanas. Después de curarse, ya nunca más volvió a ser un hombre cabal. Rompió relaciones conmigo, con la arqueología y con la poesía. Perdí su huella y hasta llegué a creer que se había suicidado. Sin embargo, alguien me contó que lo había visto en Persia, donde ejercía de ministro del Aire del gobierno revolucionario.

Y ahora yo tenía delante de mí a Eileen St. Claire. Me sentía incómodo, y estuve dudando durante unos instantes si decirle o no que la conocía. Me pareció más sensato no decirle nada.

Subimos al automóvil. Maloney se puso al volante, y nosotros dos nos sentamos atrás. Mis recuerdos de su historia con Cristofoli aumentaban el enigmático aire de Eileen St. Claire. No hablamos mucho, y nuestras voces sonaban apagadas, lejanas, faltas de interés. Ella sacó el tema que Maloney me había mencionado. Me explicó su punto de vista sobre las semejanzas entre húngaros e irlandeses.

—Ambas naciones se mantuvieron, durante siglos, bajo el yugo asfixiante de unos vecinos más astutos. Los dos pueblos se comportaron de manera extraordinaria mientras se vieron obligados a luchar contra el tirano, pero en el momento de conseguir su independencia, los dos se volvieron taimados y perdieron el rumbo a seguir.

A continuación, me habló de la historia trágica de los irlandeses, de sus mártires, de Kathleen-ni-Hoolihan, una anciana encorvada e inmortal, símbolo fantasmagórico de una Irlanda poblada de fantasmas...

Me contó todas las cosas hermosas y emocionantes que yo ya había oído sobre los patriotas irlandeses, pero lo hacía con tanta frialdad como si estuviera recitando una lección. Yo me preguntaba sorprendido si existía algo en el mundo que para ella no fuera una lección ni una obligación.

En Birmingham tomamos un *lunch* ligero y continuamos viaje. Habíamos agotado los temas generales sin que se hubiese establecido ningún contacto personal entre nosotros. Confieso que me sentía triste, pero notaba que todo era en vano, que nunca sería capaz de atravesar el muro detrás del cual ella se escondía.

Ya no estábamos muy lejos de Chester cuando se dirigió a mí con estas palabras:

—Quisiera pedirle un favor. Usted va a Llanvygan, al castillo del conde de Gwynedd. El conde fue amigo mío durante muchos años, quizás haya sido mi mejor amigo. Después nos distanciamos irremediablemente, debido a un malentendido. Yo sigo queriéndolo y quiero su bien aun desde la lejanía. No puedo remediar el deseo de llamar su atención sobre el hecho de que sigo existiendo, incluso después de tantos años.

Una confesión lírica. Sin embargo, su tono de voz sonaba, por decirlo así, como si me confesara que estaba muy contenta con su nueva criada. Cuando esa mujer se descubría, resultaba todavía más enigmática que cuando permanecía en silencio.

—Quisiera pedirle que le entregara este anillo. Quizás le parezca extraño que se lo pida a usted, y no a Maloney a quien conozco desde hace años..., pero ya sabe cómo es Maloney. Es un muchacho excelente, procede de una buena familia, y sin embargo no me atrevería a confiarle ni dos chelines. Así que se lo pido a usted, espero que no se moleste.

—Me hace feliz poder serle útil, señorita.

—También le ruego que no le diga al conde quién le ha entregado el anillo. Dígale que lo ha recibido en un sobre sin remite, y que en la carta le pedían que se lo entregara.

—Perdóneme, pero ¿no quería que el anillo le recordara su existencia?

—Sí, pero quiero que sea él mismo el que adivine quién le envía el anillo. Si no es capaz de darse cuenta, no se merece que yo piense tanto en él. Por favor, déme su palabra de honor de que bajo ninguna circunstancia le confesará que yo le he entregado el anillo.

Sin embargo, no me lo pedía de corazón, ni me lo ordenaba, tan sólo pronunciaba la frase con el mismo tono apagado de antes. Constataba sin más que yo iba a dar mi palabra de honor. Me lo decía como alguien que ni siquiera se plantea la posibilidad de que se le pueda contradecir.

Le di mi palabra de honor.

A pesar de ello, había algo dentro de mí que protestaba enérgicamente. Independientemente del fatal halo de gloria que le confería su relación con Cristofoli, no podía olvidar que era una conocida de Maloney. «¿Quién sabe? A lo mejor todo se ha previsto por adelantado y se trata de un complot. Todo lo que resulta sospechoso se encamina en dirección a Llanvygan, componiendo un secreto indescifrable; hasta el secreto de Eileen St. Claire forma parte ya del secreto del conde de Gwynedd, del secreto que mi intuición presiente, del secreto que debo resolver buscando incluso debajo de las piedras, del secreto que me atrae y que al mismo tiempo me repele.» Sin embargo, le di mi palabra de honor. ¿Por qué? Porque Eileen St. Claire era muy hermosa, y porque yo soy muy tímido.

Guardé el anillo.

Llegamos así a Chester. En la estación de ferrocarril bajé del automóvil junto con Maloney, y nos despedimos de Eileen St. Claire.

—Hará lo que le he pedido, ¿verdad? —me preguntó ella—. Cuando regrese a Londres ya me contará la reacción del conde. ¡Adiós!

Me miró, sonrió y se quitó el guante de la mano derecha.

—Sí. Me puede besar la mano.

Tomamos el tren para continuar nuestro viaje. Maloney me pidió que guardara un paquete en mi maleta porque no cabía en la suya. En el tren no ocurrió nada más digno de ser mencionado.

Este se adentró entre los montes del norte de Gales. Más adelante cambiamos de tren. El paisaje se volvía cada vez más romántico, y cuando llegamos a Conven ya era totalmente salvaje. Osborne nos estaba esperando. Nos saludamos y subimos a su automóvil.

El camino discurría en medio de un valle estrecho, entre dos laderas escarpadas. Osborne redujo la velocidad.

—Ahí, a la izquierda está el camino que lleva a la antigua fortaleza de los Pendragon. Ya ven que el camino está muy abandonado. Sólo los turistas se atreven a subir de vez en cuando, a los campesinos no les gustan esos parajes. Le siguen teniendo miedo al viejo Asaph, el sexto conde de Gwynedd, que hacía sus hechizos y encantamientos allí arriba.

Llegamos a otro valle, más ancho, desde donde se podían divisar las ruinas de la fortaleza en la cima del monte. Había sido levantada sobre unas rocas abruptas y áridas, como si formara parte de ellas. Alrededor de su torre de estilo normando, medio derruida, unos cuervos volaban en círculo. Maloney expresó también la impresión que yo sentía cuando dijo:

—Debe de haber sido muy desagradable vivir allí arriba.

Más tarde llegamos por fin a unos parajes más agradables y atravesamos el pueblo de Llanvygan hasta llegar a la verja de hierro forjado del parque. Un ancho camino bordeado por árboles nos condujo hasta el castillo. Era un edificio enorme, esplendoroso y acogedor, no se parecía en absoluto a la imagen que yo había concebido de antemano de él, si bien es verdad que en su interior las salas poco iluminadas, los muebles antiguos y el profundo silencio me resultaron deprimentes.

Mientras me cambiaba de ropa, compuse mentalmente un pequeño *speech* para saludar al conde. Me condujeron a una sala enorme, donde ya nos esperaba él mismo, que salió a nuestro encuentro, andando con paso rápido, acompañado de una muchacha joven a su lado y de tres lacayos vestidos con librea detrás de ellos. La escena recordaba una recepción regia. El rostro del conde era rígido y solemne y no se parecía al del científico aristócrata que yo había conocido en la velada en casa de lady Malmsbury-Croft. No esperó a que lo saludáramos, sino que nos dio la mano y empezó a hablar como alguien acostumbrado a repartir órdenes.

—¿Usted es Maloney? Pues bien. Pásenlo bien en Llanvygan. Esta señorita es mi sobrina, Cynthia, la hermana mayor de Osborne. Rogers, el mayordomo, ya ha recibido instrucciones de conducirlo a usted, mañana por la mañana, a la biblioteca. Lamentablemente, esta noche no puedo cenar con ustedes. ¿Alguna otra cuestión, doctor?

—Sí. He recibido una carta anónima que contenía este anillo, con el ruego de que se lo entregara a usted. Creo que lo mejor es que se lo dé ahora mismo.

El conde cogió el anillo y su rostro se puso todavía más serio.

—¿Dice usted que no sabe quién le ha enviado este anillo?

—No lo sé, milord.

El conde se dio la vuelta y se fue sin despedirse.

—Es un hombre interesante —observó Maloney.

Yo me sentía incapaz de recuperarme de mi aturdimiento. Estaba desesperado. Mis intuiciones no eran equivocadas. Eileen St. Claire sólo traía problemas. Por ella acababa de perder la disposición favorable del conde. ¡Qué locura! Siempre que le

hago un favor a alguien me meto en problemas. Tenía razón John Bonaventura Pendragon: toda buena acción recibe el castigo que merece.

Tomé un baño, me cambié y bajé a cenar. Durante la cena, la señorita del castillo estuvo sentada a mi lado, ataviada con un precioso vestido de noche. No pude contribuir a su distracción: tenía demasiados motivos para mostrarme tímido y sentirme desgraciado.

Por una parte, ella era muy hermosa. Y aunque no hubiese sido hermosa, era descendiente de la familia Pendragon, la dueña del castillo... De todas formas yo sentía que no era digno de abrir la boca. El lector pensará que soy un esnob. ¡Pues que lo piense! Confieso mi convicción secreta de que un conde es superior al resto de los humanos.

Lo que ella le estuvo diciendo a Maloney me retraía todavía más en mi timidez: le contaba que dos años antes la habían presentado en la corte, que pasaba la temporada de vida social en Londres, con su tía, la duquesa de Warwick, en una mansión del barrio de Belgravia, en una calle tan elegante que me hacía llorar cuando pasaba por ella. Le hablaba de *garden parties* en casa de tal o cual lady, veladas en casa de tal otra, mercadillos en casa de una tercera... Los nombres de sus amigas —todos con tintes históricos, aunque mencionados sin darles importancia— caían como martillazos sobre mi cabeza.

«Acabaré por adelgazar con tantas emociones», pensé, «si tengo que comer y cenar en un ambiente tan señorial». La verdad es que en Inglaterra —debido a mi profesión— me movía bastante entre la alta sociedad. Pero la mayoría de las veces ocurría por mi condición de secretario a sueldo de alguien, y no por mi propia persona. Y la familia Pendragon constituía lo mejor de la más alta sociedad. Y además —*last but not least*— una joven señorita de la aristocracia era, a mis ojos, alguien mucho más majestuoso e imponente que, por ejemplo, un señor mayor de la aristocracia.

A todo esto se añadía la frustrante sensación de que —debido a las intrigas de Eileen St. Claire— había perdido definitivamente el derecho a ser considerado como un invitado bienvenido en Llanvygan.

En mi desesperación, bebí mucho del magnífico vino del castillo, un caldo de elevada graduación, y esperaba que ello me ayudara a dormir bien. Así llegó mi primera noche en Llanvygan, el comienzo de mis aventuras fantasmales e inexplicables.

Me acosté en mi cama, deprimente de puro histórica (de la época de la reina Ana, me imagino), y me puse a leer. Leía y leía. Una obra de filosofía, puesto que la filosofía ejerce un efecto balsámico sobre mí y me ayuda a dormir. Quizás porque mi conciencia se refugia en el sueño ante tanto aburrimiento. El Sujeto y el Objeto, cuya relación peculiar se describía en el libro, ya iban adquiriendo forma humana en mi estado de duermevela.

—¡Qué viento! —decía Sujeto a Objeto.

—No importa, no es un viento violento —consolaba Objeto a Sujeto, como cuando el hemisferio derecho del cerebro mantiene una conversación con el hemisferio izquierdo..., con lo que yo me desperté.

«¿Qué es eso?»

Me di cuenta de que llevaba un rato oyendo algo. Era un sonido entre humano y no humano, un sonido indefinible. En la oscuridad sólo parecía existir aquel ruido. Primero sonaba como «tap», luego como «tip». A lo que seguía un suspiro indescriptible mediante la palabra humana, un suspiro ahogado, asustado, muy desagradable.

Los sonidos se repetían a intervalos de tres minutos, más o menos. Sin embargo, tampoco se trataba de intervalos regulares, sino más bien aleatorios.

En cualquier caso, encendí la lámpara. La habitación parecía todavía más legendaria que cuando me había acostado, como si hubiese retrocedido doscientos años en el tiempo. Yo sólo había visto habitaciones así en los museos londinenses y en los castillos franceses, pero allí los rótulos y las guías me ayudaban a imaginar las situaciones: imaginaba, por ejemplo, a Napoleón, con las manos juntas detrás de la espalda, o a una señorita muy delgada, hilando sentada detrás de su rueca.

Sin embargo, en esa habitación no había ningún rótulo acerca de los armarios tallados en madera. Nada encadenaba a la imaginación en un dócil carril. «Quizás en esta misma cama haya muerto uno de los antiguos miembros de la familia, qué sé yo, a lo mejor confesando sus inefables pecados entre terribles alucinaciones...», pensé. Al mismo tiempo, los sonidos de «tap» y de «tip» y los suspiros se seguían oyendo desde fuera. Era una sensación muy molesta.

Encendí un cigarrillo. El humo del Gold Flake recorría la habitación danzando, intentando hacerla más acogedora, pero sin conseguirlo. Yo me sentía mortalmente cansado. El viento se escuchaba por el hueco de la chimenea, como si fuera el sonido caótico de una radio imposible de apagar. Se repetían los sonidos de «tip» y de «tap» y también los suspiros.

Tengo que admitir que suponía que era una ventana o algo así lo que producía esos ruidos. Durante otras noches de fuerte viento, ya se habían librado batallas parecidas entre ventanas mal cerradas y mi imaginación.

También sabía que —lo quisiera o no— acabaría saliendo afuera para enterarme de lo que estaba ocurriendo. Me conozco, y no podía calmarme de otra forma.

Me levanté de la cama, me puse la bata y abrí la puerta sin hacer ruido.

La puerta daba a un pasillo. El pasillo estaba totalmente a oscuras, era muy poco acogedor, y había corriente. Volví a mi habitación como quien mete un pie en el agua fría y lo retira enseguida.

En casos así, me suelo amparar en mi revólver, pues para eso lo tengo. Es más propio de una película el dormir con un revólver cargado con todas sus balas,

especialmente con mi forma de vida más bien pacífica, pero qué puedo hacer si me he acostumbrado a ello.

Abrí el cajón de mi mesilla de noche, y creí que estaba teniendo visiones. Si hubiese encontrado una tortuga, en vez del revólver, no me habría sorprendido tanto. El revólver no se encontraba en la esquina derecha, donde yo lo había dejado, sino en la izquierda. No había lugar a equivocaciones. Hasta suelo contar los cigarrillos que me quedan antes de guardar la cajetilla en un cajón.

Para la secuencia siguiente, no hacía falta recurrir a la fantasía cinematográfica. Miré el revólver. Estaba vacío. Alguien había sacado todas las balas.

Generalmente me suelen robar tres cosas: cigarrillos, hojas de afeitar y pañuelos de bolsillo. Nunca antes me habían robado las balas de un revólver. Lo más triste era que no tenía más balas. Un día había puesto seis, hacía diez años, cuando compré el arma. Desde entonces me quedaban cinco, ya que había disparado una para probarla. Pensé que me bastarían para toda la vida. Nunca consideré en serio que la fuera a utilizar.

Si digo que la cosa no me hacía ninguna gracia, me quedo muy corto.

Al mismo tiempo, el ruido proveniente del exterior iba *in crescendo*, en paralelo al empeoramiento de mi estado nervioso. Parecía como si unos altavoces colocados en las sesenta habitaciones del castillo transmitieran los sonidos de «tap», «tip» y «ah»... «Vaya amabilidad hacia los invitados, tener ventanas que no dejan de hacer ruido», dije para mí. «No, no son las ventanas.» Había llegado la hora de la terrible aventura innombrable que llevaba esperando diez años entre angustias y sudores.

A falta de revólver, cogí mi linterna, suspiré profundamente y salí al pasillo de un salto.

La ventana que se encontraba enfrente de mi puerta estaba cerrada. El sonido venía del lado izquierdo, así que me dirigí hacia allí. La ventana siguiente estaba a más de diez pasos, el pasillo hacía una ligera curva. La gente de antaño no se preocupaba demasiado por la iluminación. De repente, para mi mayor tranquilidad, me encontré delante del culpable. Claro que era la ventana. No estaba bien cerrada. Se mecía con el viento como el triste cuerpo de un ahorcado. Me dispuse a cerrarla de inmediato.

Me dispuse, digo, porque la cosa no era tan sencilla. La ventana tenía un cierre complicado, un cierre antiquísimo. En aquel momento comprendí por qué había sido tan inteligente por mi parte haber leído en su día un libro excelente sobre el oficio de los antiguos herreros ingleses. Esta fue una de las pocas ocasiones —dejando a un lado los crucigramas— en que he podido aprovechar, en un sentido práctico, mis conocimientos. Cerré la ventana debidamente, ni una criada de la época de Shakespeare lo habría podido hacer mejor.

Se acabó mi estado nervioso. Me sentía agotado, pero volví muy tranquilo a mi habitación. Había vencido al mayor enemigo, gracias a mi valentía y a mis amplios conocimientos. «Me tomaré un somnífero, y dormiré bien el resto de la noche»,

pensé. «Dejaré el asunto de las balas del revólver para mañana.» Sin embargo, el destino no lo quiso así. Lo de la ventana había sido sólo un pequeño preludio.

Al llegar a la curva del pasillo, veo una luz delante de mi habitación. Doy dos pasos más hacia delante y —perdiendo por completo mi sentido de la orientación geográfica— empiezo a gritar en tres idiomas.

Delante de la puerta, con una antorcha en la mano, había un gigante de la Edad Media.

Para evitar malas interpretaciones: ni por un instante pensé que se tratara de una aparición o de un fantasma. Es un hecho que los castillos ingleses están llenos de fantasmas, aunque sólo los ven los aborígenes. Ningún natural de Budapest había visto nunca uno.

Lo más sorprendente era, precisamente, que no fuera un fantasma. Porque si en un castillo aparece, en plena noche, el fantasma de un viejo inglés, esto es más o menos normal, y uno está preparado para ello, gracias a sus lecturas. Uno simplemente le promete que pondrá sus huesos, llevando a cabo un entierro religioso, bajo tierra, y ya está.

Lo más fantasmagórico del mundo es que los fantasmas no existen. Todo tiene un sentido, aunque yo lo desconozca. ¿Qué se puede hacer si, a medianoche, uno encuentra delante de la puerta de su dormitorio a un gigante de la Edad Media que no es ningún fantasma? Muy al contrario, tiene buen aspecto, mira con cara de pocos amigos, y pregunta muy cortés:

—¿Ha perdido algo?

—¿Tendría la amabilidad de decirme quién es usted? —le pregunté.

—Me llamo John Griffith, sir.

—Encantado. Seguramente es...

—Sí, sir, estoy al servicio del conde de Gwynedd. ¿Ha perdido usted algo?

Le expliqué lo de la ventana. Mi nuevo conocido me escuchaba con la flema típica de los ingleses. Yo tuve la sensación de que no se creía ni una sola palabra de la historia. Callamos. A continuación me dijo:

—Bueno, entonces todo está bien. Buenas noches, caballero... Si yo estuviera en su lugar... preferiría no salir al pasillo durante la noche... En estos pasillos antiguos... hace mucha corriente. Se lo digo para que lo tenga en cuenta.

Y se fue, antorcha en mano, a un ritmo muy moderno.

El que en su aviso hubiera algo de amenaza, a lo mejor sólo me lo imaginaba yo.

Tras entrar en mi habitación, primero me tuve que corregir. John Griffith no llevaba un vestido medieval: si mi estado de ánimo, un tanto peculiar, me permitía confirmarlo, iba vestido según la moda de comienzos del siglo XVII. Llevaba una vestidura negra de manga ancha, unos pantalones negros igualmente anchos y tenía el cuello de la camisa vuelto hacia abajo, como Shakespeare en los retratos de su vejez. Pero dejémoslo.

Me sentía como el judío aquel de la Biblia, no me acuerdo de su nombre, que se fue a buscar los asnos de su padre, y en su lugar encontró un reino. La ventana que fui a buscar por la alarma de mis nervios sólo era una ventana, pero era un hecho innegable que me habían quitado las balas de mi revólver y que un gigante vestido de manera teatral me cuidaba. Todo eso da que pensar.

Quise cerrar la puerta. Me tuve que fijar en algo que ya había constatado antes pero que no me había sorprendido hasta ahora: la puerta tenía cerradura pero no tenía llave.

De todas formas, me volví a acostar. Estaba cansado, y conseguí de algún modo dejar para más tarde las cosas que me inquietaban. Estaba a punto de dormirme cuando oí que la puerta se abría.

Corría el viento, y entraron en mi habitación todas las amenazas de la noche. Mi corazón dejó de latir, se paralizó en mí la vida consciente, pero mis instintos seguían funcionando: me parecía a san Dionisio paseando por Montmartre con la cabeza cortada en la mano.

Encendí la luz, apunté con mi revólver sin balas a la persona que estaba entrando y le dije:

—*Stop.*

Parece que una cierta elegancia propia de un detective estaba germinando en mí.

Me di cuenta con tranquilidad de que en la puerta se encontraba Maloney, así que recobré mis constantes vitales. Llevaba un traje negro, muy pegado a su cuerpo, y reparé en que se trataba de un traje de alpinista. Cerró la puerta tras de sí con sumo cuidado, y me dijo susurrando:

—*Hello-ello-ello.*

—*Hello-ello-ello* —le respondí, con un ligero tono interrogante. Guardé el revólver.

—Espero no molestarle —me dijo.

—Usted se muestra muy optimista, como de costumbre —le respondí—. ¿Qué busca aquí? ¿Qué hace vestido así? ¿O es que siempre se viste así cuando sale de paseo?

—Querido doctor, no tenemos tiempo para que yo disfrute de su sentido del humor. En este castillo están ocurriendo cosas muy extrañas.

—Es verdad.

—Si no fuera un hombre de Connemara, diría que es un sitio habitado por fantasmas. Pero, como lo soy, no sé qué decir. Dígame, ¿usted no se ha encontrado, por casualidad..., con..., no sé cómo decírselo..., con una aparición?

—Depende de a qué aparición se refiera.

—Un gigante vestido como los actores de las pantomimas navideñas. Lleva una antorcha en la mano, mira a uno y se va. Es un tipo muy desagradable.

—Hasta he hablado con él. Se llama John Griffith.

—*Well*, su nombre no es muy fantasmagórico. En Gales, la mitad de los habitantes se llaman Griffith. ¿Pero qué busca merodeando por nuestras habitaciones?

—No tengo ni la menor idea.

—No puedo remediarlo, pero no me gusta que unos tipos así anden alrededor de mi habitación. ¿No ha notado nada más? Por ejemplo, ¿tiene usted llave en la cerradura?

—Pues no.

—Yo tampoco. ¿Y no han rebuscado también entre sus pertenencias mientras cenábamos?

—La verdad es que me han quitado las balas del revólver.

—Ajá. Ahora que me acuerdo. Querido doctor, ¿podría mirar, por favor, si tiene todavía el paquete que pusimos en su maleta?

La idea de que se hubiesen llevado algo de mi equipaje me parecía poco probable, pero me levanté de la cama, abrí mi segunda maleta que todavía no había tocado y me puse a buscar. No había ni rastro del paquete.

—Muy interesante —observó Maloney—. En este castillo andan sueltos unos ladrones o bien unos fantasmas. ¿Qué le parece?

Yo no veía la cosa así de fácil. Si hubiesen sido ladrones, se habrían llevado mi dinero o mi pitillera, no las balas de mi revólver o el misterioso paquete de Maloney. Empecé de nuevo a sospechar de él.

—Dígame, Maloney, ¿qué había en ese paquete suyo? Maloney me miraba con ojos inquisidores.

—¿O sea que usted ha abierto el paquete?...

—¿Está loco? ¿Acaso pretende sugerir que yo mismo haya hecho desaparecer su paquete? ¡Dígame inmediatamente lo que había en él!

—Cosas de alpinistas que usted desconoce. El polvo que ha visto era una especie de polvo de resina. Con eso suelo untar las cuerdas, antes de usarlas.

En ese momento, Maloney se acercó corriendo hasta la puerta y pegó una oreja en ella para escuchar. Yo mismo pude oír unos pasos que se acercaban. Maloney volvió al centro de la habitación, y se puso a cantar sin previo aviso: *Happy days are here again*, marcando el ritmo con un abrecartas sobre el borde de un vaso. Hacía mucho ruido. Los pasos se alejaron.

—Usted me perdone —me dijo—, de repente me he puesto tan contento. La vida es bella. Este castillo es un lugar casi tan excitante como la jungla. Me acuerdo de una vez en Labuan, jugando tranquilamente al póquer con el mayor, cuando entra, de repente, un policía local y nos dice que se está acercando una banda organizada de orangutanes que ya han estado robando en tres casas. Los orangutanes, organizados así, son muy desapacibles. En el grupo siempre hay una hembra adulta, y si uno consigue matarla, los demás se retiran. Claro que ¿cómo distinguir dentro de la banda de monos peludos cuál es la lady más vieja? Le digo al mayor que no se preocupe, que me los deje a mí. Yo conozco el idioma que hablan. Salgo y me

encuentro a esos monos riéndose a carcajadas...

Yo no tenía paciencia para escuchar la historia de Maloney hasta el final. De repente, tuve la absoluta certeza de que detrás de su falta de habilidad y de sus manías se escondía algo, una oculta intención, algo que él intentaba esconder bajo la toga de su locura, como ocurría con Bruto en nuestras lecturas del Liceo.

Es verdad que soy suspicaz, pero estaba totalmente seguro de que Maloney se había puesto a cantar, en el momento justo en que alguien pasaba delante de mi puerta, para tener una coartada. Para demostrar que se encontraba en mi habitación, que se encontraba bien y que no estaba preparando nada malo, sino que estaba simplemente cantando...

—*Sorry* —le dije—, vamos a dejar a la hembra adulta de los orangutanes para mejor ocasión. Por favor, explíqueme por qué, siendo noche cerrada, va vestido con traje de alpinista. Debo recordarle que en las películas los ladrones que roban en los hoteles suelen llevar una vestimenta así... Por otra parte, todavía no me ha dicho qué ha venido a buscar a mi habitación.

—Pues es muy sencillo. Cuando llegamos me fijé en que en este mismo piso hay un balcón con unas estatuas que sostienen sobre su cabeza el balcón de más arriba. Enseguida me entraron ganas de escalarlas. Nunca he escalado unas estatuas barbudas. No podía dormir, me inquietaba el hecho de que el conde nos hubiese recibido con tanta animosidad. Escalar siempre me viene bien. Y escalar por la noche es mi especialidad. Así que me he vestido, y he salido al balcón.

—¿Y ha escalado las estatuas?

—No exactamente, y de eso se trata. Nada más salir al balcón veo que todo el castillo está rodeado.

—¿Cómo?

—Sí. Delante del castillo había un jinete con una antorcha. Me vio y empezó a gritarme cosas.

—¿Qué decía?

—No lo sé. Tenía un acento muy extraño. La verdad es que sólo pronunciaba una palabra, pero no la comprendí. De todas formas, me pareció una palabra muy desagradable. Así que me metí dentro.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Quise regresar a mi habitación y por el pasillo me encontré con esa... con esa aparición. Me sorprendió mucho. Así que pensé que debería venir a verlo. Usted es un hombre muy inteligente, y me interesaba saber su opinión acerca de estas cosas. ¿Qué opina?

—¿Qué puedo opinar? «Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía.»

—¿Por qué me llama Horacio? ¿Es un cumplido o es un insulto?

—Según lo quiera interpretar. Y ahora le tengo que desear buenas noches.

—Buenas noches, doctor. Y no sueñe con gigantes de vestidos tétricos.

Maloney se retiró. Yo regresé de nuevo a mi cama, agotado como un náufrago arrojado por las olas a la consabida isla desierta.

No podía dormir. Estuve acostado durante lo que me parecieron varias horas; agotado, sin poder pensar, en un estado de sorda inquietud, si es que eso existe. Algo estaba ocurriendo. Algo estaba ocurriendo. Las parcas seguían tejiendo sus hilos. El fatum del castillo de Llanvygan parecía revelarse en alguna de sus salas, y la historia de la casa Pendragon se encontraba de nuevo ante un grave giro.

«Y aquí estoy yo, acostado sin poder dormir, János Bátky de Budapest, con mis eternos presentimientos, con mis temores, sin poder hacer nada, sin saber nada, engañado y a merced de los acontecimientos, en medio de una historia que no entiendo.»

De pronto, oí un ruido repentino que me hizo saltar de la cama y asomarme por la ventana.

Maloney no me había mentido. Debajo de la ventana, un jinete vestido de negro iniciaba el galope, con su antorcha y su alabarda, y enseguida desapareció en la oscuridad.

A la mañana siguiente, el sol brillaba tan suavemente sobre el fabuloso césped verde del parque que otra vez le di las gracias a Dios por estar en Inglaterra. En Inglaterra, el sol brilla en pocas ocasiones, pero cuando brilla es tan magnífico como si brillara por primera vez encima de un mundo nuevo.

Estaba afeitándome cuando Osborne entró en mi habitación. Su presencia después de una noche tan poco amistosa me resultó tan reconfortante como el brillo del sol. Todo su ser emanaba juventud, el principal tesoro de los británicos, imposible de encontrar en otro lugar. «No puede haber nada malo en un castillo donde este joven se siente tan magníficamente bien», pensé.

—*Hello*, doctor. Espero que haya pasado bien la noche. Según se dice, todo lo que uno sueña durante la primera noche se cumplirá.

—*Well*, para decirle la verdad he pasado una noche muy interesante, y no estoy seguro de qué es lo que vi de verdad y de qué se me apareció en sueños. Me alegro de poder hablar con usted a solas. Ya le digo, han ocurrido cosas un tanto peculiares.

—¿Cosas un tanto peculiares? Lamentablemente, hace doscientos años que no ocurre nada peculiar en Llanvygan. Antes sí, en la época en que todavía vivíamos allí arriba, en la fortaleza de los Pendragon. Llanvygan es el lugar más aburrido y aburguesado del Reino Unido.

—Yo tengo otro concepto de lo aburrido y de lo aburguesado.

—Venga, cuénteme sus aventuras.

—¿Cómo podría empezar? Primero: ¿no opina usted que el conde nos recibió de manera un tanto indiferente, por decirlo así?

—No, en absoluto. Ya sabe, en Inglaterra la costumbre dicta ocuparse lo menos posible del invitado, para que se sienta como en su casa. A lo mejor mi tío ha exagerado un poco.

Se quedó reflexionando y continuó así:

—Bueno, tengo que reconocer que hasta cierto punto tiene usted razón. Mi tío no recibe invitados casi nunca, y usted debe de haberle cautivado para que lo invite así sin más. Cynthia y yo recibimos la noticia de su llegada con alegría. Albergábamos la esperanza de que el carácter tan cerrado del tío se abriera algo. Ambos quedamos sorprendidos de que no lo recibiera con mayor júbilo.

—¿Puede usted explicarme por qué?

—Claro que sí. El es de ese tipo de gente que antes se llamaba de carácter melancólico. A veces es muy amable, puede parecer el hombre más amable del mundo entero. Luego se encierra otra vez en sí mismo. Una vez compartimos con él seis semanas en el castillo sin que nos dirigiera la palabra. No estaba enfadado en absoluto. Suele encerrarse en su laboratorio, donde nosotros tenemos prohibido entrar. Toda la segunda planta es de su uso exclusivo.

—¿Con qué se entretiene en tales ocasiones? —Creo que está investigando con sus animales mágicos. Mi tío es una especie de biólogo aficionado. Sin embargo, no habla de ello nunca con nadie. A veces, baja a pasear al parque, se mantiene callado, creo que ni siquiera nos reconoce. Está prohibido dirigirle la palabra. Una vez, después de haber curado supuestamente al duque de Warwick, vino a verlo un periodista, pero él lo amenazó y lo obligó a subirse a un árbol. Se ve que ayer tuvo un día malo. No debe tomarlo demasiado en serio. Siéntase como en su casa en Llanvygan, al menos todo lo que le sea posible.

—Gracias. Pero dígame: ¿qué le parecería si delante de su puerta hubiese estado velando durante toda la noche un gigante vestido al estilo medieval? Osborne se rió.

—*Dear old man*... Usted es demasiado sensible. Durante las noches, los criados de Llanvygan parecen todos gigantes vestidos al estilo medieval. Una vieja ley ordena que el conde de Gwynedd debe obligatoriamente disponer en su castillo de treinta alabarderos como guardianes nocturnos. Hasta su uniforme está estrictamente reglamentado. No hay nada de extraño en eso. Inglaterra se caracteriza por estas normas de tipo feudal. Los treinta alabarderos suponen, en todo caso, menos problemas que los soldados con coraza que uno de mis nobles antepasados debía tener dispuestos constantemente. O que el corneta que debe estar dando la señal sin cesar cuando su señor se encuentra de caza en compañía de un determinado aristócrata. Sin hablar del montón de nieve que un noble escocés debe presentar cada año en la corte. ¿Ya está usted más tranquilo?

—No del todo. Ya que he empezado, se lo voy a contar todo.

—¿Acaso han ocurrido otros horrores más? Doctor, empiezo a sentir envidia. ¡Qué suerte tienen los extranjeros! Yo llevo tres años viviendo aquí, y ni siquiera una miserable mesa se ha puesto a bailar en mi presencia.

—Por favor, no pierda la serenidad. Han sacado las balas de mi revólver. De mi maleta ha desaparecido un paquete que me había confiado Maloney. Enfrente del castillo, he visto a un jinete con una antorcha en la mano. ¿Suele ocurrir todo esto a menudo?

Osborne reflexionó. No me respondió hasta que yo le insistí. Entonces me preguntó, dándose un aire de importancia:

—Dígame, doctor: ¿se enseña geografía en Hungría?

—Claro que sí —protesté contrariado—, y mucho mejor que en Inglaterra.

—Entonces usted debería haber aprendido que los galeses son todos unos locos de atar. Esto lo sabe en Inglaterra hasta el niño más pequeño. No sé lo que le estará ocurriendo a mi tío, pero tampoco me voy a romper la cabeza para adivinarlo. De todas formas, un loco raras veces puede adivinar los pensamientos de otro loco. Además, a lo mejor ni sabe nada de todas esas cosas. El mayordomo también está loco, y los criados tampoco están completamente cuerdos. Hace falta una cierta dosis de locura para poder vivir en Llanvygan. Incluso por tradición. Por eso me he atrevido a invitar a Maloney.

—Y el conde a mí. *Thank you*.

—Yo no me preocuparía tanto por esas nimiedades. Puede estar seguro de que esta noche todas sus balas estarán de nuevo en su lugar. Probablemente habrá sido una apuesta entre el mayordomo y el cocinero. No es la primera vez que ocurre. El jinete, lo habrá soñado. Porque, si no, yo lo debería saber, ¿o no? Por favor, créame, puesto que llevo años viviendo aquí, créame que en Llanvygan no ha ocurrido nada especial desde hace doscientos años; unas pequeñas travesuras, como mucho, sin ninguna consecuencia, algo que lamento profundamente.

Bajé a desayunar más tranquilo. En la mesa encontré a Maloney que no dijo nada sobre nuestro encuentro nocturno.

Cynthia Pendragon, ataviada con un vestido de corte deportivo, no me causó tanta impresión como la noche anterior. La miré con sosiego. Si no hubiese tenido detrás de ella a los Pendragon y Llanvygan, además de unos cuantos siglos de la historia inglesa más apasionante, también la habría considerado atractiva.

Lo más hermoso de ella era su frente. Una frente limpia y alta que dominaba su rostro un tanto picaro. Un rostro amplio, inteligente y honrado, con unos enormes ojos azules. Su labio superior sobresalía por encima del inferior, y esto le confería un aspecto aristocrático, lleno de gracia femenina.

Después del desayuno, Osborne y Maloney se fueron a jugar al golf, y yo me dispuse a desplazarme a la biblioteca. El mayordomo, con una barba parecida a la del emperador austrohúngaro Francisco José, me esperaba con expresión rígida. Para mi sorpresa, Cynthia no se había ido a jugar al golf, algo que le hubiese

quedado muy apropiado a su vestimenta, sino que se unió a mí. Me comunicó que me iba a acompañar. No digo que estuviera del todo contento con la noticia. Hasta los mahometanos dejan a las mujeres fuera del paraíso. Yo las dejaría fuera de las bibliotecas, especialmente a las guapas. Con su mera presencia me impiden concentrarme en la lectura.

—¿Le gustan los libros? —le pregunté en un tono ingenuo.

—Los libros son mi *hobby*, mi caballo de batalla. Y las tradiciones galesas. En el fondo me hubiese gustado ser maestra, para trabajar en algún pueblo perdido entre las montañas y pasar mi vida recogiendo datos sobre el folclore gales. Pero mi tío no estuvo de acuerdo con la idea. No tenía problemas con el folclore, pero sí con lo de trabajar de maestra.

Ese *hobby* no se correspondía exactamente con la idea que yo tenía sobre la sobrina de un conde. Hubiese preferido que me confesara que no sabía ni siquiera escribir sin faltas de ortografía. Pero, en fin..., parece que la oscura herencia de la casa Pendragon incluye también la inteligencia.

Entramos en la biblioteca. Era una sala estrecha, muy larga, con los muros cubiertos por estantes llenos de libros, todos encuadernados de igual manera y todos marcados con el sello de la casa Pendragon, con los símbolos rosacruces.

Me entregué de lleno al incomparable sentimiento de placer que suelo experimentar al estar entre libros. Me gustaría bañarme en ellos, chapotear, respirar el olor a polvo de los viejos tomos, acercarme a los libros con todos los sentidos.

Cynthia me enseñó con orgullo los principales tesoros de la biblioteca, entre ellos unos códices galeses. Se mostró especialmente orgullosa de los que estaban escritos en gales, en vez de en latín.

—Ya ve: esto podría ser una meta en mi vida —me dijo—. Publicar en ediciones críticas estos manuscritos únicos en el mundo. Sería una gran aportación a la historia de la literatura celta.

—Seguramente. Pero... ¿sabe usted la cantidad de trabajo que supone preparar una edición de ese tipo? Es un trabajo para un viejo profesor, no para una señorita aristocrática tan joven y tan guapa como usted.

Cynthia se ruborizó.

—Ya veo que usted cree que soy como la mayoría de las jóvenes inglesas: *oh yes, oh no,* un baile, una preciosa sonrisa detrás de la cual no hay absolutamente nada.

—¡Por Dios! —protesté—. Con tan sólo verla se nota que es usted muy inteligente.

Al decir esto, estaba yo mintiendo. Ella era demasiado guapa como para que yo pudiera suponer tales detalles. Pero, como parecía que la inteligencia era su *hobby*, había que hacerle la corte desde este lado. Algo que para mí resultó más fácil que si sólo le hubiesen interesado los deportes.

Me mostró unos códices persas que uno de los Pendragon había conseguido para la biblioteca en un viaje realizado a finales del siglo pasado. Yo sabía algo acerca de

esos códices, porque había investigado el tema tras la exposición sobre los Persas en el Burlington House de Londres.

Había una veintena de códices persas, y yo estaba en trance. En ese momento no me imaginaba qué papel tan activo iban a tener todos esos manuscritos en mi propia historia personal. Entusiasmado por encontrarme entre unos libros tan maravillosos, olvidé la regla básica de la buena educación inglesa que prohibe expresamente el más mínimo tono didáctico. Le resumí a Cynthia todo lo que sabía sobre los códices persas y las características de sus ilustraciones, y ello no me pareció excesivo.

Cynthia me escuchaba totalmente entregada. No creo que le interesaran demasiado los detalles técnicos que yo le explicaba, pero era obvio que se lo estaba pasando bien. Probablemente no le ocurría a menudo que alguien le contara unas cosas tan serias y tan aburridas, así que se sentiría halagada.

En aquellos momentos yo no pensaba en nada de eso. No estaba completamente en mis cabales, me encontraba en un estado de éxtasis bibliofílico. Cynthia me parecía un hada de una isla mágica, y nuestra amistad parecía aumentar de repente, como cuando a medianoche se toma champán en una fiesta.

Pero ¡qué son unas cuantas copas de champán en comparación con esos incunables! Yo tenía en una mano un libro editado por Caxton y dos de Wynkyn de World en la otra, sin olvidar los incunables y los dos tomos de Aldina que se encontraban en un estante aparte.

¡Qué cosa más maravillosa es un libro! Está allí, en el estante, sin aparentar nada en especial, sin llamar la atención. Entonces lo abres y sigues sin saber nada, puesto que los incunables no tienen página de portada. A continuación miras el colofón, en la parte de atrás, y ves que tienes en la mano un libro de Caxton, de un príncipe, de un papa. ¿Hay, acaso, alguien que sepa llevar la discreción a esas cimas de la perfección?

Pasé la mañana presentándome personalmente a los libros más ilustres. Una campanilla me avisó de la hora del almuerzo. Me sentía tan feliz que le canté una alegre canción magiar a Cynthia.

—Ustedes, los continentales, son tan diferentes... —observó ella con un aire soñador.

—Yo he conocido a algunos ingleses que aman los libros.

—No me refiero a eso. Ustedes conservan todavía algo de... pasión.

Y se puso muy colorada.

Durante el almuerzo, Osborne y Maloney hablaron de golf, y estuvimos haciendo planes para realizar excursiones. El conde no se presentó.

Nos encontrábamos tomando café y coñac cuando anunciaron la llegada del reverendo del pueblo, Dafyd Jones. El reverendo resultó ser una persona muy inestable, parecía nervioso, con la mirada asustada.

—Perdonen la molestia. En realidad hubiese deseado ver al señor conde, pero no me ha querido recibir.

—¿A usted tampoco? —preguntó Cynthia, sorprendida.

—Creo que no está en casa —opinó Osborne.

—Por la mañana lo vieron pasear cerca de la fortaleza —añadió el reverendo—. Creí que para la hora de la comida ya estaría de vuelta. ¡Qué lástima! Bueno..., me tendré que ir...

Soltó un suspiro y se sentó.

—¿Ocurre algo malo en Llanvygan? —preguntó Cynthia.

—Malo..., pues no, nada malo... Sólo es una superstición, esa enemiga ancestral de nuestro pueblo. Parece que no hay manera de erradicarla de las montañas que nos rodean —añadió con un retintín profesional.

Osborne se interesó por lo que el reverendo decía y se dirigió a él:

—Vamos a ver, padre, beba usted un poco y cuéntenos lo que ha ocurrido. ¿Acaso ha vuelto a bailar la mesa de su estimada hermana?

—Eso no es una superstición, sino un experimento científico muy serio. Usted mismo puede comprobarlo cuando quiera. El problema es otro: el pueblo entero se ha vuelto loco.

—Me complace oír esto. Por favor, expóngame los detalles.

—¿Conoce usted al viejo Pierce Gwyn Mawr?

—¿El vidente Habakuk? Claro que sí. Es uno de los recuerdos más bonitos de mi infancia. Últimamente no había oído hablar de él, creí que estaba muerto.

—¡Qué va a estar muerto! ¡Muy al contrario! Esta mañana ha empezado a manifestar otra vez sus presagios.

—Muy bien. Ahora bajaré a escucharlo. Pero... ¿cuál es el problema?

—Se ha reunido el pueblo entero, y todos están fuera de sí. Se ha paralizado toda actividad.

—¿Y qué es lo que dice Pierce?

—Pues según él lo más importante es que todos hagamos penitencia, porque está próximo el fin del mundo.

—¿Y cómo lo sabe el viejo Habakuk? ¿Quizás han aparecido señales en el sol y la luna?

—Dice que todavía no, pero que pronto ocurrirá. De momento...

—*Well*...

—Sólo han llegado los jinetes del Apocalipsis. Los ha visto esta noche, alrededor del castillo, y luego los vio alejarse al galope hacia la fortaleza.

—Yo también los he visto —declaró Maloney y preguntó—: Pero ¿cómo se sabe que son ésos los jinetes del Apendicitis o comoquiera que se llamen?

—La cosa empieza a ponerse interesante —observó Osborne levantándose—. También el doctor ha visto a los jinetes, y eso que en él no hay ni la menor inclinación hacia tales delirios.

El rostro pálido del reverendo se puso todavía más agitado.

—También mi hermana oyó el ruido de los cascos de los caballos... La pobre tuvo una noche muy intranquila, como siempre que sopla el viento. Creí que eran imaginaciones suyas... Mister Osborne, ¿cómo explica usted todo esto?

—De momento no tengo ninguna explicación. De todas formas..., ¿qué hay de extraño en que aparezcan algunos jinetes alrededor de Llanvygan?

—Entonces... entonces... —balbuceó el reverendo, agarrándose a su silla, y continuó así—: entonces usted mismo reconoce que hay algo de cierto en lo que dice el viejo Pierce...

—*All right*... —respondió Osborne—, pero estará usted de acuerdo, padre, en que hace falta una exagerada dosis de amor a la patria chica para suponer que los jinetes del Apocalipsis inician su viaje exactamente en Llanvygan. Para mí sería más probable que aparecieran en Londres o en París, en algún lugar importante, o tal vez en Roma, donde en el trono del papa se encuentra sentado el Anticristo.

—No se trata de eso, señor... Yo me estoy refiriendo a otra cosa bien distinta..., a algo que sólo puede ocurrir en Llanvygan... Pero me es muy difícil hablar de ello.

—¿Por qué?

—Pues por respeto a... a la familia.

—¿Qué familia?

—La familia Pendragon.

—No puedo ni imaginarme a qué se refiere —confesó Osborne tras una larga reflexión.

El reverendo se frotaba las manos. Empezó a contar las cosas como si estuviera recitando una lección.

—Todos conocemos perfectamente la tradición local y familiar, los cuentos y leyendas relativos a la persona de Asaph Christian, el sexto conde de Gwynedd. Tales leyendas, además de...

—¡El jinete de la medianoche! —exclamó Cynthia, incorporándose de un salto.

—Pues sí... —concluyó el reverendo con una inclinación, y prosiguió así—: la señorita Pendragon y yo mismo llevamos tiempo recogiendo todo lo relativo a su persona. Según las creencias supersticiosas del pueblo llano, el sexto conde, muerto, reaparece cada vez que el país o la casa Pendragon se encuentran ante un gran acontecimiento o cambio. La última vez fue visto en 1917, cuando los alemanes iniciaron su campaña con submarinos contra Gran Bretaña.

—Pues sí... —intervino Cynthia, para añadir—: pero ya habíamos aclarado que debió de haber sido una patrulla militar a caballo, camino de la costa.

—Así es... —respondió el reverendo, pensativo, para continuar eufórico y ruborizado—: ¡Qué va a ser así! ¡Y una porra! En diez años que llevo aquí no hemos aclarado nada de nada, al contrario... Perdonadme. Perdonadme. Últimamente estoy muy nervioso. Lo lamento...

Hizo un ademán como para hacer olvidar su vergüenza.

—De todas formas, yo me voy a ver al viejo Habakuk —concluyó Osborne y añadió—: ¿Quieren ustedes acompañarme?

Bajamos andando al pueblo.

El vidente se encontraba sentado en un sillón, delante de su casa, rodeado de mucha gente que escuchaba atenta las palabras pronunciadas en voz baja por el anciano. El aspecto del hombre recordaba casi el de un profeta: llevaba una larga barba.

Sin embargo, su modo de hablar no era el típico de los adivinos o augures, no se parecía a los gritos histéricos a los que yo me había acostumbrado en Hyde Park o en las asambleas del Ejército de Salvación. No entornaba los ojos, ni tampoco utilizaba palabras raras como sus colegas norteamericanos, que han hecho de las falsas profecías un negocio sumamente rentable. Hablaba de manera sosegada, como cualquier anciano que contara sus experiencias.

—Todo esto seguirá igual, mientras no cambiéis vuestra manera de vivir. Yo no estoy en contra de nadie, ya sabéis que sólo hablo en vuestro propio interés. Pero ya podéis ver todo lo que está ocurriendo en Gales, en Pembroke y en Carnarvon, donde se han cerrado todas las minas. Miles y miles de personas se han quedado sin trabajo, y la falta de actividad es el nido del mismísimo diablo. Hace poco llegó alguien de Rhiul y rae contó que ya ni siquiera el mar es como era antes. En Anglesea, los marineros han pescado un hada que tenía el aspecto de una niña y decía que se acercaba una hambruna... Yo no sabía cómo interpretar todo esto, hasta que me encontré, hace quince días, con el Perro. Estuve allí arriba, en una de las laderas del Moel-Sych, y se estaba haciendo de noche. De repente vi que más arriba, en un prado, a unos cien pasos de donde yo me encontraba, estaba el Perro. Su pelo era blanco como la nieve, sus orejas rojas como la sangre, al igual que en los viejos cuentos que mi abuelo, Owain Gwyn Mawr, me había referido. El Perro estaba escarbando en el suelo sin descansar. Yo no me atrevía a acercarme a mirar qué estaría escarbando... De todas formas sé que estaba escarbando una tumba para alguien, para una persona sumamente importante. Morirá mucha gente en Gales y en Inglaterra, gente que cree que tendrá una larga vida en la tierra...

Sacó de su bolsillo una Biblia y leyó unos párrafos del Apocalipsis donde se habla de la estrella de la mañana. A continuación, siguió relatando de memoria, destacando las partes más importantes.

—Sacaron el libro sellado con siete sellos que nadie era capaz de abrir, sino un Cordero, blanco como la nieve. Cuando éste abrió los sellos, el ángel hizo sonar su trompeta y aparecieron los jinetes. El primer jinete cabalgaba sobre un caballo blanco y llevaba un arco con flechas en la mano y una corona en la cabeza. El segundo jinete —el que tenía el poder de quitar la paz de la tierra— iba montado en un caballo bermejo. El tercer jinete estaba sentado sobre un caballo negro y tenía un peso en su mano. El cuarto montaba un caballo amarillo y su nombre era

Muerte... El que no lleve la señal en la frente morirá aplastado por el terrible peso de la Ira de Dios. Todas las islas serán movidas de su lugar y no se volverá a ver ni un solo monte. Esta noche he visto a los jinetes. Las cabezas de los caballos eran cabezas de león y arrojaban fuego y azufre por la boca. Se ha cumplido la profecía. Reflexionad y haced penitencia, antes de que sea tarde. La piedad de Dios es infinita. Y si no lo hacéis, los días de los vecinos de Gales estarán contados.

La segunda noche empezaba mejor que la primera. No soplaba viento, y pude dar un largo paseo con Cynthia recorriendo el parque iluminado por el resplandor de la luna; mis pensamientos se presentaban mucho más agradables que la noche anterior.

Cynthia me contó cosas de su infancia, algo que no me resultaba muy divertido pero que interpreté como una buena señal. Cuando alguien quiere entablar amistad con una persona del sexo opuesto, le suele contar detalles de su infancia, para hacerlo partícipe y compartir algo, para que no parezca tan extraño, tan advenedizo.

Me dormí con facilidad y estuve durmiendo sin despertarme hasta la una de la madrugada. Entonces me desperté porque oía gente charlando en el pasillo: eran voces de hombres y de mujeres. En un primer momento me sentí ultrajado por la molestia.

«Han tenido que reunirse exactamente delante de mi puerta para montar una fiesta», pensé en un estado de duermevela. «Los habitantes de Ceilán consideran un pecado despertar a un perro dormido. En el futuro, viajaré a Ceilán.»

Sin embargo, ya no podía seguir durmiendo. El ruido era cada vez más fuerte e inquietante. Según pude oír, estaban hablando en gales, así que yo no entendía nada de nada.

Me levanté, me vestí a medias y salí al pasillo. Encontré a John Griffith, a quien había conocido la noche anterior, junto a otros dos gigantes vestidos de manera semejante, además de dos doncellas del personal, ligeramente uniformadas. La escena no tenía nada de idílico, ni nada de inmoral. John Griffith no me inspiraba ni el más mínimo temor. Su camisa de estilo shakesperiano estaba abierta a medias y dejaba entrever su camisón de dormir, y él parecía más bien asustado. Su colega llevaba una alabarda en la mano, pero la mantenía al revés, como si fuera una escoba.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Me miraron, pero no me respondieron. Siguieron hablando en gales, sin que yo pudiera entenderlos, y pronto desaparecieron corriendo.

Los seguí. La excitación se había apoderado de mí.

Nos detuvimos en una gran sala casi vacía, y nos mantuvimos en actitud de escucha. Desde lejos, nos llegaban unas voces muy extrañas. Era como si alguien estuviera rezando una melodía.

Pasamos a la habitación contigua, donde las voces se oían mejor. John Griffith se dirigió a mí:

—Señor, las voces hablaban en inglés, pero ahora utilizan otro idioma distinto. Quizás usted lo entienda y nos pueda decir qué quieren.

Me concentré mejor y efectivamente comprendí aquellas palabras.

—Panem nostrum quotidianum da nobis hodie. Et dimitte nobis debita nostra...

Era el padrenuestro en latín, recitado con la entonación típica de una misa.

—¿Quién está celebrando misa? —pregunté.

—¿Misa? ¡Dios mío! —gritó una de las sirvientas, y rompió en llanto.

Los metodistas de Gales siguen considerando el catolicismo como obra del diablo.

—Llevamos así toda la noche —me dijo Griffith—. Las voces rezan y gimen en varios idiomas. Hace poco empezaron a cantar algo así...

Y se puso a tararear *La Marsellesa*.

—Pero... ¿de quién se trata?

—No se sabe. No hemos alcanzado a verlo. Lo hemos buscado por todas partes. No se ve a nadie.

De repente se oyeron unos pasos que se acercaban. Las muchachas se escondieron entre gritos de pavor en uno de los rincones más alejados. El alabardero levantó su arma y montó guardia en la puerta.

Esta se abrió. Entró Cynthia, vestida de amazona, con un revólver en la mano. Se notaba que disfrutaba con su papel de guerrera imperturbable.

—¡Arriba las manos! —nos gritó.

Alzamos las manos. Ella nos reconoció. Bajamos las manos. Cynthia se ruborizó y nos pidió perdón.

—¿Ustedes también pueden oírlo? —nos preguntó, y añadió—: ¿Qué es esto?

Al mismo tiempo, las voces dejaron de oírse. Griffith contó sus experiencias a Cynthia, quien lo observaba sin saber qué decir.

—Canta *La Marsellesa* y celebra misa. Se trata de motivos nuevos en la historia de la familia. Son elementos absolutamente desconocidos en el folclore del norte de Gales. En todo caso habría que tomar notas.

Se volvieron a oír unos pasos apresurados, y entró otro criado.

—¡Está en la biblioteca! ¡En la biblioteca! ¡Se lo aseguro!

Nos dirigimos a la biblioteca. Griffith y los demás se detuvieron, muy sorprendidos, delante de la enorme puerta de roble. Una puerta cerrada puede resultar especialmente amenazadora.

La voz se oía con toda nitidez.

—...cuando éste abrió los sellos, el ángel hizo sonar su trompeta y aparecieron los jinetes... El primer jinete cabalgaba sobre un caballo blanco y llevaba un arco con flechas en la mano y una corona en la cabeza...

La aparición hablaba en un tono metálico, con pronunciación galesa, de la misma manera que hablan el húngaro los alemanes que viven en Hungría: pronunciando

«p» en vez de «b», «t» en vez de «d», y también pronunciaba mal la «s», como suelen hacer los campesinos galeses.

—¡Pero si es Pierce Gwyn Mawr! —concluyó de repente Griffith.

Así era, efectivamente. Y decía exactamente lo mismo que había dicho el vidente aquella misma tarde.

—Imposible... —dijo el alabardero—. Todas las puertas del castillo están cerradas, no puede haber entrado de ninguna manera.

—Dios mío... —dijo una de las sirvientas—, pero si los fantasmas entran hasta por el ojo de la cerradura.

—No puede ser el fantasma del viejo Pierce, puesto que él está vivo —observó la otra.

—Puede ser su álter ego. Como ocurrió una vez con mi tío, que estaba durmiendo tranquilamente en su casa mientras que su álter ego se emborrachó en la Taberna del Elefante, y al día siguiente él tuvo que pagar toda la consumición.

—Vamos a entrar —propuse. Ya intuía de lo que se trataba.

Sólo Cynthia y yo nos atrevimos a entrar. Al encender las luces, la voz se apagó. Cynthia tenía una expresión un tanto asustada y muy grave.

—Ha llegado el momento solemne —le dije—. Usted va a presenciar el nacimiento de una leyenda familiar.

Rebuscamos por la biblioteca entera, descorrimos todas las cortinas. Entraron también los demás, para ayudarnos, pero todo fue en vano. Pasó media hora, y la voz no se volvió a oír. Entonces urdí un plan estratégico.

—Vamos —les propuse—, no se encuentra aquí, sino en la sala superior. La voz baja por el hueco de la chimenea, por eso suena como si viniera de la biblioteca.

Griffith y los demás salieron deprisa. Yo me las apañé para quedarme atrás, al lado de Cynthia. Cuando llegamos a la puerta, los demás se habían alejado por el pasillo. Retuve a Cynthia en la biblioteca, le indiqué que se mantuviera callada y apagué la luz.

En el instante de quedarnos a oscuras, la voz se volvió a oír. Continuó relatando el Apocalipsis allí donde lo había dejado.

Cynthia sintió miedo y se agarró de mi brazo, así que yo me sentí como un hombre fuerte y poderoso, capaz de protegerla, y la agarré por la cintura. Con la otra mano le acaricié el cabello, para darle ánimos. Ella se dejaba.

Yo bendecía mi fortuna en nombre del fantasma del castillo, por haber hecho posible que experimentáramos aquellos instantes íntimos que se convertirían en una base sólida para nuestra futura intimidad y ternura. Estaríamos así unidos por un recuerdo en común, por un secreto compartido.

Cogí a Cynthia de la mano, y caminando de puntillas la conduje a la chimenea. No había duda alguna: la voz procedía de allí.

Me incliné y encendí la linterna que llevaba. Era tal como me lo imaginaba. En la chimenea estaba sentado Osborne, en posición fetal, con el magnetófono en el

regazo, con la cinta en donde la voz de Pierce Gwyn Mawr proseguía con el relato del Apocalipsis.

—Vaya, Osborne... —dije—. ¡Qué sorpresa! ¡Salga de ahí, jovencito!

Osborne salió, lleno de hollín, pero muy satisfecho.

—A que estuvo bien, doctor... Estoy muy contento con la voz del vidente. La he grabado esta misma tarde. Si ustedes no se lo cuentan a nadie, mañana tendremos otra leyenda familiar. Mañana mismo, el reverendo y su hermana explicarán, con métodos metapsíquicos, cómo pudo haber sonado la voz del vidente en el castillo de Llanvygan, y en cien años se habrá forjado una leyenda de lo más interesante para la Cynthia de entonces, una leyenda más que estudiar y que presentar en *The Brython*. Ahora les propongo que vengan a mi habitación para tomarnos una copa de Hennesy por el susto.

Subimos a la habitación de Osborne que yo veía por primera vez. Era una habitación de lo más peculiar. Creo que Osborne pretendía imitar un *bungalow* tropical. No había cama, sólo una hamaca, todos los muebles eran de mimbre y había multitud de cosas colgadas de las paredes. Alrededor de éstas había un pequeño canalón con agua.

—Es para que no puedan pasar las serpientes —me aclaró Osborne—. Bebe, Cynthia, bebe por el amor fraternal. Al fin y al cabo, somos colegas. Yo fabrico las leyendas, y tú las apuntas. ¡Doctor! Usted probablemente no sepa que mi hermana es una destacada investigadora del folclore local. Ya tiene publicados dos artículos sobre el tema.

—¡Cállate! —gritó Cynthia.

Osborne cogió una revista llamada *The Brython*. Buscó un artículo de unas veinte líneas que llevaba como título «Danzas folclóricas navideñas en el condado de Merionethshire». Firmado por Cynthia Pendragon de Llanvygan.

La felicité desde el fondo de mi corazón. Cynthia se sentía avergonzada y orgullosa a la vez. Seguramente no cambiaría el artículo publicado por nada. Así son las mujeres.

—No apruebo en absoluto tu comportamiento, Osborne —dijo, muy seria—. Si sigues así, arruinarás mis investigaciones sobre el folclore. Ya nunca podré saber qué hay de verdad en las leyendas y qué es mentira.

—Muy bien —observó Osborne—. Así ha sido siempre: mitad milagro, mitad broma.

—¿El jinete de la medianoche también era usted? —le pregunté.

En ese mismo instante se oyó un disparo.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Cynthia—. ¡Un revólver!

—¡Qué va! —objetó Osborne—. ¿Un revólver en Llanvygan? Habrá sido una puerta que alguien ha cerrado.

—No, no. Ha sido un revólver —insistió Cynthia—. Vengan rápido. Vamos a ver qué ha ocurrido.

Salimos al pasillo a toda prisa. Atravesamos corriendo algunas salas.

Las mismas salas que parecían pacíficas durante el día, por la noche presentaban un aspecto que inspiraba pánico. Los muebles parecían haberse hecho más grandes, y de debajo de las alfombras salían unos garfios oscuros que intentaban agarrar nuestros pies. Se oían pasos por doquier, y los criados asustados corrían como locos... Esa noche parecía haber doscientas personas como mínimo en Llanvygan.

En el primer piso no encontramos nada de nada. Nos topamos con Maloney que salía de su habitación, vestido con su pijama, despeinado.

—¿Lo han oído? Me pareció oír un disparo...

Se presentó Rogers, el mayordomo, para tomar el mando de la operación.

—No podemos excluir que el disparo haya sonado allí arriba, en la segunda planta. Nos vemos obligados a entrar en el laboratorio del señor conde.

Todos pensamos lo mismo... Cynthia estaba pálida como una muerta. El conde... quizás había perpetrado un suicidio. Habría llegado al fondo mismo de su melancolía, a un callejón sin salida. Las profecías estaban en lo cierto...

Subimos las estrechas escaleras que constituían la única manera de llegar al laboratorio del conde. Nos detuvimos ante una enorme puerta de hierro que llevaba grabada la cruz ornada con la rosa, el símbolo de los rosacruces, propio de los Pendragon.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Osborne—. Esta puerta está siempre cerrada.

Rogers sacó una llave.

—De acuerdo con las disposiciones del conde, yo puedo entrar cuando sea necesario, sir.

Abrió la puerta, y entramos todos.

Tras atravesar dos salas vacías, Rogers se detuvo.

—Los criados deberán quedarse aquí —dispuso—. Basta con que entremos nosotros.

La habitación contigua ya pertenecía a los laboratorios secretos del conde. Se encontraba sumergida en una leve luz verdosa, dando la sensación de estar en una cueva subacuática.

La verdad es que nos encontrábamos en una cueva subacuática. Junto a las paredes, todo en derredor, había unos enormes acuarios salpicados de rocas artificiales incrustadas. Entre las mismas, había unas extrañas plantas submarinas de tallos larguísimos, entrelazados. Sobre las rocas y en medio de las plantas nadaban unos animales terribles que nunca podré olvidar. Me persiguen hasta en mis sueños, pero es peor cuando me acuerdo de ellos en vigilia, en medio de la oscuridad.

Tenían forma de lagartos, pero eran mucho más grandes. Medían un metro, y hasta había algunos más creciditos, y ninguno tenía ojos...

Sus cuerpos parecían ser muy blandos, mortecinos, de tonos blancos, grandes y gelatinosos, transparentes. Tenían en la sien una excrecencia llena de colorido y

agitaban sus patas delanteras, las únicas que tenían al lado de la cabeza. Daban vueltas, nadando muy despacio, entre las rocas artificiales.

La habitación siguiente era fría como una tumba: se trataba de una cámara frigorífica. Al lado de las paredes se veían unos armarios de plomo, con cajones. En el centro había una mesa blanca de disección, con tres de esos animales encima, inmóviles. En la mesa había también varios instrumentos médicos: bisturíes, guantes de plástico, frascos y jeringuillas. El conde debía de haber estado trabajando allí.

En un momento dado, se abrió la puerta de enfrente, y apareció el conde, vestido de bata blanca.

Nos miró con cara de pocos amigos, sin decir palabra.

Al final, habló Rogers:

—Usted nos disculpará, milord... Hemos oído un disparo.

—Claro —respondió el conde—. Pero no por ello deberían haberse presentado todos.

De inmediato pareció darle cierta vergüenza, y se dirigió a nosotros con una leve sonrisa:

—No me interpreten mal..., no estoy acostumbrado a recibir visitas aquí. Vamos a pasar a una habitación menos austera.

Nos condujo a una habitación próxima, amueblada normalmente.

—Siéntense, por favor.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Cynthia—. Me he asustado mucho.

—Bueno, la verdad es la verdad —respondió el conde—. Me han disparado.

Cynthia soltó una exclamación. El conde se acercó a ella y le acarició el rostro.

—Ya ves que no me ha ocurrido nada de nada. En el momento del disparo me incliné a recoger un bisturí que se me había caído. Creo que si llego a permanecer en pie... Bueno, lo mismo da.

Estábamos todos agitados, gritándole al conde, olvidándonos por completo del debido respeto hacia su persona.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Dónde?

—Siéntense, por favor. No sé nada en absoluto. Rebusqué por el laboratorio entero, y no encontré a nadie. ¿La puerta de hierro estaba cerrada?

—Sí, milord —respondió Rogers.

—No entiendo nada de esta historia. Lo único que pudo haber ocurrido es que me dispararan por la ventana abierta... Bueno..., esto parece imposible, a no ser que quien me disparó supiera volar... Pero Cynthia..., y también vosotros..., ¡calmaos ya! No ha ocurrido nada grave, ni siquiera se ha dañado el mobiliario. Si no tienen inconveniente, yo rae voy a la cama.

—¡Por Dios! —exclamó Osborne—. Pero si el asesino debe de estar por aquí cerca, escondido en algún lugar del laboratorio. Permítanos revisarlo todo.

—Qué va, hijo, no puede ser. Rogers y quizás Ifan se pueden quedar, y con ellos dos volveré a revisarlo todo. Id a dormir y estad absolutamente tranquilos. Los miembros de la familia Pendragon tienen siete vidas...

Al decir esto, me pareció que se estaba fijando en mí y en Maloney. No estaría pensando que nosotros...

Con esto nos dejó ir.

Ésta era la segunda noche. Nos quedamos despiertos durante largas horas, intentando aclarar algo. Maloney tenía algunas ideas excelentes, inspiradas en historias de detectives, que nos exponía mezcladas con anécdotas de los trópicos. Yo, por mi parte, acabé renunciando a poder dormir en Llanvygan.

Al día siguiente me enteré de todo. O por lo menos de muchos detalles. Maloney y Osborne se entregaron a su instinto de detectives de pacotilla. Constataron que mientras los criados habían estado ocupados con la historia del fantasma del magnetófono de Osborne, uno de los portones del castillo se había quedado sin cerrar, y alguien pudo haberse metido a hurtadillas en el interior. Quizás hubiera abierto la puerta de hierro con una llave maestra, y la hubiese vuelto a cerrar al salir.

Cynthia y yo nos fuimos a la biblioteca. Nos dedicamos a hojear algunos libros, pero ya sin el entusiasmo del día anterior. Yo no había dormido lo suficiente, me sentía melancólico e inquieto. Ya no tenía duda alguna: mis presentimientos habían sido absolutamente fundados, me encontraba de repente en medio de una aventura oscura y peligrosa, en el centro de un castillo asediado. Me hubiese gustado huir. «¡Qué tengo que ver yo con ese conde a quien alguien pretende asesinar!» Hubiese preferido volver al British Museum, para encontrar de nuevo la paz inquebrantable entre los libros...

«Cuando hablan las armas, callan las musas», recité el verso clásico. Tuve la sensación de haber llegado a Llanvygan en el momento menos apropiado. Me sentía un extraño, un intruso, testigo involuntario de los problemas de la familia Pendragon. El conde ni siquiera me había dirigido una mirada desde que me encontraba allí. No debía de estar muy contento con mi presencia... Decidí volver a Londres. Le dije a Cynthia que sólo pretendía que nuestra amistad..., si podía llamarse así..., permaneciera.

—Si de verdad se considera usted mi amigo —objetó ella—, no se vaya todavía. Si no es por otra cosa..., si usted considera que aquí no existe un ambiente apropiado para sus estudios..., quédese unos días más, aunque sólo sea por complacerme a mí.

Hice, sin querer, un gesto como para acariciarle el cabello. Cynthia se alejó de mí, asustada.

—Lamento que me interprete usted mal. Ahora mismo, su presencia aquí es indispensable. Digamos que yo lo necesito, que necesito a alguien en quien confiar.

—En ese caso me quedaré hasta que me echen por la fuerza. Pero..., discúlpeme..., no puedo ni imaginarme en qué podría ayudarla. Al fin y al cabo, para serle sincero, no entiendo mucho de folclore.

—¡Qué me importa el folclore ahora! Se trata de otra cosa. De la vida de mi tío.

—¿Cómo? ¿Usted cree que el suceso de anoche se repetirá?

—No es que lo crea. Lo sé con toda certeza.

—*My dear*... Usted se encuentra todavía impresionada por el susto que pasó anoche.

—Doctor, usted no sabe nada de nada. Nunca le hubiese hablado de estas cosas, pero ahora sí que se lo tengo que contar todo. Esta ha sido la tercera ocasión, en un mes, en que alguien ha intentado asesinar a mi tío.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Cómo han ocurrido?

—La primera vez estaba yo presente, y por poco me matan también. ¡Escúcheme! Mi tío y yo nos encontrábamos en Llandudno, en la playa. Estábamos volviendo a casa, en el Delage descapotable, abierto, que yo misma conducía. De repente, mi tío me gritó, diciéndome que me detuviera, y sin esperar a que yo reaccionara, él mismo accionó el freno del vehículo, de manera que por poco salimos disparados al exterior. Nos bajamos del coche. A unos diez metros de distancia había un cable metálico, atado entre dos árboles que bordeaban el camino, justo a la altura donde se encuentran las cabezas de los que viajan en un coche. Si hubiésemos seguido, corriendo a la velocidad a la que avanzábamos, el cable nos habría decapitado...

Me estremecí.

—Lo más extraño fue —continuó ella— que mi tío tuviese esa intuición. Ya le digo, estaba oscureciendo, nadie podía haber visto el cable. Él tampoco supo explicar cómo había ocurrido. Dice que fue el hada familiar, Tylwyth Teg..., pero sólo lo dice en broma, para burlarse de mis manías folcloristas.

—¿Cómo fue la segunda ocasión? —le pregunté.

—No podría explicárselo con claridad. No fue aquí, sino en Londres, en la casa de los Pendragon. Unos días después de haberlo conocido a usted en casa de lady Malmsbury-Croft, mi tío regresó a casa de manera inesperada. Mucho antes de lo previsto. Me dijo a mí, y sólo a mí, que habían intentado asesinarlo... Todo esto resulta tan extraño...

—¿Por qué?

—*Well*, usted puede pensar lo que quiera. Mi tío afirma que alguien intentó llenar su habitación con un gas venenoso. Pero..., cómo decirlo..., a él no le afectan los gases... Ya durante la guerra...

Naturalmente, no pude dar crédito a lo que ella me contaba acerca de esta segunda ocasión. El conde, como otras personas demasiado enfermizas, parecía

tener la idea fija de que lo querían asesinar con gas venenoso. Era una suerte que, según otra idea fija suya, eso no le pudiera perjudicar.

—Dadas las circunstancias, no es de extrañar —observé— que su tío no tenga ni las más mínimas ganas de charlar conmigo sobre el ocultismo del siglo XVII. Creo que cualquiera hubiese anulado la invitación.

—Eso no resultaría muy *gentlemanlike*.

—Ahora ya comprendo otra cosa también —dije de repente—. ¿Usted sabe que Maloney y yo estamos siendo aquí constantemente vigilados?

—Son imaginaciones suyas —sugirió Cynthia.

—Claro. Las tengo constantemente. Pero ahora le estoy hablando de hechos. Han sacado las balas de mi revólver. Han rebuscado en mi equipaje. La verdad es que hubiese tenido que partir inmediatamente después de haber llegado. Pero de alguna manera... todo me resultaba tan inverosímil que no podía tomarlo en serio.

Cynthia me miraba desesperada.

—¡Dios mío! ¡Qué horror! Pero, por favor, trate de comprender que nos encontramos en medio de una situación extraordinaria... y quién sabe qué peligros acechan todavía al conde... De todas formas, yo le rogaría que se quedara. Ya sé el sacrificio que supone para usted permanecer en un lugar donde existen terribles sospechas relativas a su persona... pero hágalo por mí. Es preciso que sepa que yo, como miembro de la familia Pendragon, le confiaría mi vida. Creo en mis intuiciones... También mi tío afirma que quien ama los libros no puede ser mala persona. Usted verá qué pronto se aclarará todo, y mi tío le recompensará con creces. En todo caso —añadió, agarrándome de la mano—, le ruego de verdad que no me abandone ahora. No tengo a nadie. Mi tío es una persona que se aisla de los demás. Con Osborne no puedo contar. Doctor..., yo paso miedo en el castillo de Llanvygan.

Le acaricié las manos y le prometí que permanecería a su lado. Sabía perfectamente que no me parecía en absoluto a los jóvenes héroes de las películas americanas, quienes se lían a golpes con los matones de los bajos fondos neoyorquinos para salvar a su bienamada en peligro..., pero se trataba fundamentalmente de un apoyo moral: no dejar sola a Cynthia con sus temores, ayudarla a resolver el enigma.

—Cynthia —le pregunté—, ¿sospecha quién intenta asesinar al conde?

—No tengo ni la más mínima idea. Ni la más mínima.

—¿Y los herederos de Roscoe? —pregunté de repente, guiado por una intuición repentina. Me acordé de algunos detalles oscuros que me había contado Maloney, durante aquella noche llena de sospechas, en aquel night-club de Londres.

—¿Quiénes? —me preguntó ella, muy sorprendida.

—¿Cómo? ¿Usted no ha oído hablar de William Roscoe?

—Claro que sí. Era un amigo de mi tío, un hombre extremadamente rico. Espere... Sí, ya me acuerdo: mi tía, la duquesa de Warwick, me pidió en una ocasión que no

mencionara ese nombre delante de mi tío... Ya recuerdo el porqué. ¿Qué sabe usted, doctor? ¡Dígamelo ya!

—La verdad es que no sé nada de nada, y sólo me baso en las palabras de una persona de poco fiar...

—De todas formas, ¡cuéntemelo todo, por favor!

—Parece ser que William Roscoe dispuso en su testamento que su fortuna, destinada a su esposa, debía llegar a manos del conde de Gwynedd en el caso de que él falleciera a causa de una muerte violenta, pues sospechaba que su esposa pretendía acabar con su vida.

—¿Y entonces?

—Más adelante, William Roscoe falleció debido a una enfermedad tropical, la misma que su abuelo de usted, el decimoséptimo conde de Gwynedd. La herencia acabó en manos de su esposa, y de no sé quién más. Ahora, los herederos piensan que el actual conde de Gwynedd pretende demostrar que la enfermedad tropical que acabó con la vida de William Roscoe había sido provocada de manera violenta por esos herederos. Si su tío pudiera demostrarlo, esa enorme fortuna le correspondería a él. Los herederos piensan que las investigaciones secretas que su tío lleva a cabo en su laboratorio van encaminadas en tal dirección. Quizás intenten asesinar al conde por temor.

Cynthia se quedó pensativa.

—¡Tonterías! —concluyó—. Las investigaciones biológicas del conde son de carácter puramente teórico. Una vez me lo aclaró. Se ocupa del problema fundamental de la biología, investiga sobre la esencia de la vida. Pretende saber con exactitud en qué consiste la diferencia entre un ser vivo y otro que no lo es, y conocer los distintos matices entre esos dos estados.

—Sin embargo, eso no anula los temores de los herederos de Roscoe.

—Es verdad. Pero yo no puedo imaginar... no puedo comprender las razones del conde para conseguir esa herencia. La verdad es que no somos gente pobre. Sería absolutamente indigno del conde de Gwynedd hacer el más mínimo esfuerzo por aumentar su fortuna. Es algo totalmente contrario al carácter de mi tío. Una fortuna sólo se consigue por herencia, por herencia de algún familiar.

—Quizás pueda haber otras razones..., venganza, justicia o Dios sabe qué.

—Todo esto me parece absurdo. Debe de haber otro secreto, doctor. Quién sabe qué venganza ancestral..., es que parece que todos nuestros antepasados se hubiesen presentado estos días por aquí... Pierce Gwyn Mawr habla de destrucción en sus augurios, y también se ha visto al jinete de la medianoche...

—¿Tiene el conde algún enemigo?

—No lo sé. Sé muy poca cosa acerca de él. Osborne y yo llevamos viviendo sólo tres años en Llanvygan, desde que murió nuestra madre. Antes, veía al conde en contadas ocasiones. Sólo sé que es la persona más maravillosa que hay en el mundo entero. Los antiguos caballeros deben de haber sido así: ellos demostraron en su

época, con su mera existencia y sin haber hecho o dicho nada para ello, que existe una vida más hermosa más allá de la vida. No se puede saber por qué todo el mundo tiene un profundo respeto por mi tío. Sin embargo, si la sangre de la nobleza tiene algún sentido profundo, éste se encarna en su persona. No puedo ni imaginar que tenga enemigos. El se encuentra por encima de la gente común, no puede tener ninguna contrariedad con nadie en absoluto. Por eso es por lo que no tiene amigos.

Yo pensaba del conde lo mismo que Cynthia. Existen ciertas personas nacidas para que otros les sirvan con toda felicidad.

Es difícil explicar estas cosas, comprender la simpatía sin razón alguna, toda la magia tan compleja que me retenía atado a Llanvygán. Había en ello algo de esnobismo, algo de curiosidad espiritual y también algo de amor. También anidan en el alma de uno algunos sentimientos de verdadera pasión de carácter feudal: servicio, respeto, entrega.

Si hubiese sido yo un caballero andante, habría propuesto mis servicios al señor del castillo, y le habría pedido una cinta a la doncella de la torre, para llevarla atada a mi escudo. ¡Ojalá hubiera sido un caballero andante!

Le besé la mano a Cynthia, y ella me miró conmovida, como si fuera la doncella de la torre, mirando desde su ventana gótica a su caballero. Balbucí unas palabras inconexas, una verdadera confesión de amor e incluso algo más: la feliz sublimación de mi mejor parte que se alzaba sobre la resaca de los años. Es una verdadera lástima que algunos instantes sean tan fugaces, esos instantes en que uno se revela absolutamente puro y noble, parecido a los ángeles, instantes tan fugaces que sólo dejan atrás un Yo cualquiera, un Yo del que sólo se puede hablar con ternura y con una leve ironía.

De una manera maravillosa, los días siguientes transcurrieron tranquilos y agradables. No ocurrió nada especial, y yo dormía bien por las noches. No se habló más del jinete de la medianoche.

El verano seguía en su apogeo, y el parque era un parque muy agradable donde yo daba paseos en compañía de una joven. Jugaba al tenis, me bañaba, tomaba el sol, o sea que pasaba mis días con absoluta tranquilidad, a la sombra de las amenazas, de la misma forma que lo hace la gente rica en las laderas de los montes altos y nevados bajo la amenaza de las avalanchas.

Poco a poco me fui acomodando en la biblioteca de Llanvygan y continué mis estudios allí donde los había dejado en el British Museum.

En la biblioteca había unos volúmenes importantísimos del siglo XVII. Yo consultaba tratados sobre ocultismo que sólo conocía por referencias bibliográficas, puesto que esos tomos no se encontraban ni siquiera en el British Museum.

Entre los libros del siglo XVII había muchos tomos escritos en alemán. Tenía yo entre las manos la *Naometría* de Simón Studion, los originales de Paracelso, de Weigel, de Johann Valentín Andreae; libros que Asaph Pendragon había traído de

Alemania en su juventud, libros que él había consultado junto con su amigo Robert Fludd, escritos en caracteres góticos y que revelaban muchos secretos del carácter mágico de la naturaleza. Sentado en aquella penumbra, me sentía como una motita de polvo a la sombra de unos enormes estantes llenos de libros, mientras siglos y siglos de historia desfilaban ante mis ojos. ¿Dónde estarían ya los Estuardo, dónde estaría ya Cromwell?... Sin embargo, quedaban los libros, y la eterna sed humana por desvelar sus misterios.

Me parecía que tan sólo tenía que abrir una puerta para aparecer en plena época de Asaph Pendragon. A veces me embargaba una extraña felicidad salpicada de dolor. Tenía la sensación de ser un viejo, como si se me hubiese dejado allí, olvidado, desde la época de los incunables, para que yo observara la gente de la época contemporánea sin poder comprenderla.

Me sentía preso de la poesía. Escribía sonetos en inglés. Escribía, por ejemplo, que estaba enamorado de Cynthia. Pretendía reflejar así la realidad, a través de una doble mentira. Porque no estaba enamorado, y mucho menos de Cynthia.

No suelo enamorarme, algo así sólo me había ocurrido en mi más tierna juventud. Incluso suponiendo que se pudiera llamar enamoramiento a la sensación de agradable solemnidad que yo sentía en las venas, no estaba enamorado de Cynthia, sino de la doncella del castillo de Llanvygan.

El valor de una mujer reside en su entorno, en su buena o fama, en sus ex amantes, en el país extranjero de donde ella procede. El amor es como un paisaje pintado a la antigua: una diminuta figura en el primer plano, la dama amada, y detrás de ella los montes y los ríos, un paisaje rico, pleno de significado, un paisaje amplio.

El paisaje de Cynthia era Llanvygan y Pendragon, el folclore galés y la historia de Inglaterra. El que se casara con Cynthia, se convertiría en pariente, aunque lejano, de los versos eternamente maravillosos de Shakespeare y Milton.

La Cynthia de verdad, sin embargo, era una persona absolutamente sencilla, bondadosa y directa, como suelen ser los verdaderos aristócratas vistos de cerca. No era para nada una dama mundana, no tenía nada del carácter exigente de las señoritas mimadas. Debido a la muerte de su madre, su vida social había empezado un poco tarde, y ella apenas frecuentaba la sociedad.

Estaba sinceramente contenta de que yo permaneciera en Llanvygan, donde ella había pasado tanto tiempo en soledad, así que nuestra amistad se hacía cada día más íntima. Le gustaba el deporte, pero no le apasionaba, y, sin embargo, le encantaba pasear, como a mí, y me mostraba los sitios más destacados de los alrededores, mientras me apabullaba, encantada, con sus conocimientos sobre el folclore del lugar.

Se mostraba muy comunicativa. Poco a poco, llegué a familiarizarme con los *garden parties* que ella frecuentaba, y conocí a fondo a todas sus amigas. De ellas no me transmitía muy buena opinión, porque ninguna se interesaba por el folclore.

Sólo adoraba a una amiga suya, una señora cuyo nombre no quiso revelarme. Rodeaba su amistad con una aureola secreta que me provocaba celos.

Unos celos absolutamente fundados, puesto que al hablar de su amiga su voz se teñía con los tonos de la pasión amorc sa. La inocencia de Cynthia ni siquiera intentaba disimular si sentimientos, puesto que se trataba de una mujer. Esa amistac despertaba muchas fantasías en mí, con lo que ella, para fastidiarme, se volvía todavía más enigmática.

Vino a verme a la biblioteca en varias ocasiones, aunque siempre por poco tiempo. No quería molestarme en mis estudios, y yo no le revelaba el carácter pasional de los mismos, porque intentaba salvaguardar mi reputación.

Llegó a descubrirme en una ocasión, cuando yo me encontraba rodeado de varios libros antiguos, en un estado de duermevela, en una especie de trance, mirando el escudo con los símbolos de los rosacruces, grabados en la encuademación de uno de los libros.

—¿Qué está haciendo? —me preguntó, un tanto asustada.

—El símbolo de los rosacruces... —balbucí.

—Hace ya tiempo que tenía yo ganas de pedirle que me contara cosas sobre los rosacruces. Sólo sé que mis antepasados lo eran.

—Nadie sabe mucho más sobre ellos, Cynthia. Todas las fuentes concuerdan en que se trata de una sociedad secreta, predecesores de los masones, y que desarrollaban sus actividades en la Alemania del siglo XVII. Sin embargo, al contrario de los masones, ellos no tenían metas de carácter humanitario. Pretendían fabricar oro. Desde Alemania, el movimiento de los rosacruces llegó a Inglaterra, y sus líderes fueron Robert Fludd y ese antepasado suyo, Asaph Christian, sexto conde de Gwynedd. Afirmaban ser invisibles, y hasta hoy les rodea un cierto secretismo. Cuando uno cree haberlos descubierto, resulta que se trata de falsificaciones o de fantasías... Descartes, su contemporáneo, viajó por toda Alemania para encontrar a un solo rosacruz, sin haberlo conseguido...

—Sin embargo, usted debe de saber todo sobre ellos, doctor.

—Gracias, es usted muy amable al suponerlo. Sin embargo, no se puede saber nada del todo cierto. Mire: tengo aquí, delante de mí, los cuatro libros que por lo menos sus contemporáneos consideraban como auténticos documentos rosacruces. Este, por ejemplo, es el *Chymische Hochzeit Christiani Rosencreutz*.

—*Dear me*... Tiene una calavera grabada en la portada. ¿De qué se trata?

—De una novela de carácter alegórico. Su autor acabó afirmando que se trataba de pura mistificación, una obra que pretendía burlarse de los hacedores de oro. Sin embargo, puede ser que fuera en serio.

—¿Y éste?

—Es un conjunto formado por dos tratados cortos. Son sumamente interesantes, la primera edición es de Kassel y data de 1614. Uno de los tratados, titulado *Allgemeine Reformation*, tiene, sin duda alguna, un carácter satírico, su autor se

burlaba de los rosacruces y de toda su historia. Nos queda el otro, la *Fama Fraternitatis R. C.*, o sea *Rosae Crucis*, es decir «la Fama de la Fraternidad Rosacruz». Este libro iba en serio, pero ¿quiénes lo escribieron? Aquí está el tercer tomo, la *Confessio Fraternitatis R. C.* Éste también iba en serio, pero está plagado de tonterías.

—Dígame, doctor, ¿quién era el Rosacruz? ¿O es que ya me lo ha explicado?

—Se trataba de un médico y alquimista, quien, según la *Fama Fraternitatis*, había traído consigo, desde Arabia, toda la sabiduría oculta de la Ciudad Secreta donde vivían los sabios árabes. Sin embargo, es sólo una leyenda. No sabemos siquiera si llegó a vivir de verdad. Se dice que murió y lo enterraron, y es entonces cuando la leyenda cobra verdadero interés.

—¡Cuéntemelo! Ya sabe que las leyendas son mi *hobby*.

—No se trata de ninguna leyenda popular. Tiene un ambiente muy particular. A mí me deja perplejo, y no puedo explicarle el porqué. Tiene que saber, Cynthia, que después de la muerte del primer rosacruz sus discípulos se encargaron de velar por la Casa del Espíritu Santo que él había hecho construir. Muchos años después, el Maestro de entonces quiso llevar a cabo unas reformas en el edificio... Le traduciré del alemán el pasaje pertinente: «*...entonces encontró unas tablas de cobre donde estaban grabados los nombres de los miembros de la fraternidad y de algunos más. Quiso trasladar las tablas a una habitación contigua donde consideraba que estarían más seguras. Los detalles relativos a la muerte del Frater Rosacruz, la fecha y el lugar de la misma, permanecían ocultos ante los antiguos y tampoco eran conocidos por nosotros. La tabla, por su parte, tenía también un clavo incrustado, y cuando quisieron sacarlo por la fuerza, se desprendió una de las losas incrustadas en la pared, que ocultaba una puerta que se hizo visible, para nuestra sorpresa, pared que desmontamos llenos de ilusiones y de esperanzas, así que apareció una puerta. Tenía escrito esto: POST CXX ANNOS PATEBO (Me abriré al cabo de 120 años). Tenía también una fecha grabada. Aquella noche dejamos las cosas como estaban... y por la mañana abrimos la puerta. Encontramos al otro lado una sala que tenía siete lados y siete ángulos, cada lado medía cinco pies de ancho y ocho de altura. En esa sala, aunque el sol no podía penetrar en ella, todo estaba iluminado por otro sol que había conseguido su luz con el sol verdadero, iluminándolo todo desde el mismísimo centro de la estancia. En el centro de la misma se encontraba una tumba con un altar redondo, cubierto por una placa de cobre que llevaba la siguiente inscripción: A. C. R. C. HOC UNIVERSI COMPENDIUM VIVUS MIHI SEPULCHRUM FECI (He construido esta tumba para mí, en mi vida, a semejanza del Universo)...*».

—¿Qué significa todo esto?

—El suelo de la habitación estaba dividido de manera que representaba los imperios terrestres, mientras que la bóveda simulaba las esferas celestes. En la misma sala encontraron los libros ocultos donde los rosacruces tenían recogida su

máxima sabiduría, además de todos los instrumentos que ellos necesitaban para llevar a cabo sus prácticas.

—¿Qué más?

—El relato de la *Fama Fraternitatis* se interrumpe en este punto, y aborda otras cuestiones. Deja entrever que sabría contar muchas cosas más, pero que se trata de cosas que no son apropiadas para el común de los mortales... Al mismo tiempo, otros escritos rosacruces, menos auténticos, cuentan que, cuando se abrió la tumba, se encontró en ella el cuerpo incorrupto de su Maestro, un anciano que se encontraba allí íntegro, como si estuviera vivo y tan sólo durmiera.

—Creo comprender por qué lo cautiva esta historia... A mí también me resulta sumamente familiar. No se vaya a reír de mí, pero considero que se parece a las leyendas galesas. Los habitantes de Gales nunca han sido capaces de aceptar que muriera alguno de sus grandes. Existen muchas leyendas sobre gente que sigue viva en la tumba, sobre gente que se levantaría en la hora final. Así lo esperaba el rey Arturo en la isla de Avalon, así dormía, encantado, el mago Merlín, así se preparaba para la siguiente batalla, vestido con su coraza completa, Owain el Sangriento...

—Dios mío... —le dije—, no son sólo los habitantes de Gales... Resulta muy difícil imaginar que alguien pueda morir...

—Dígame, doctor, ¿usted no ha pensado nunca que... digamos que la muerte... el estar muertos... es sólo un estado transitorio del cuerpo, como el sueño, como la enfermedad, como la juventud..., y que si supiéramos cómo conservar el cuerpo ese estado quizás resultaría pasajero? Piense usted en la clavellina.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no sé qué es una clavellina.

—Una especie de animal acuático, transparente, parecido a los lirios marinos. Si las condiciones no le son favorables, poco a poco van desapareciendo sus órganos vitales, su cabeza, su corazón, su estómago, y el animal se reduce, poco a poco, a un pequeño montón insignificante. Cuando las circunstancias se vuelven otra vez favorables, la clavellina deja crecer otra vez sus órganos.

—¡Qué curioso! —observé, y añadí—: La metafísica de Fludd se parece sobremanera a ese animalito insignificante. Él afirma que el espíritu, la vida se retira a veces de la materia. La materia misma se hizo cuando Dios, quien se expandía al principio por todas partes, se retiró a Sí mismo, y el espacio dejado libre es la materia.

—¿Verdad que sí? ¿No puede ser acaso que la vida se retire a un punto determinado del cuerpo, mientras que todo lo demás se encuentra muerto... hasta que vuelve a despertar? Ya sabe, como afirma nuestro lema: «Creo en la resurrección de los cuerpos». Pero ya veo que este tema no le apasiona en absoluto. Yo soy demasiado celta. Se dice que los celtas se rebelan constantemente contra la

tiranía de los hechos... Pero, dígame, por favor, ¿qué pretendían, en realidad, los rosacruces?

—Pues sólo con lo que dicen sus libros no se puede llegar a saber bien. Prometían maravillas a los que se unían a ellos. Estaban especialmente orgullosos de cuatro de sus ciencias: de la transformación de los metales en oro, del alargamiento voluntario de la vida, de la visión clara de las cosas alejadas y de un método cabalístico con la ayuda del cual eran capaces de desvelar todos los misterios. Al mismo tiempo —continué diciendo—, no se puede decir que fueran especialmente populares. En el año 1623, por ejemplo, se desató en París una verdadera epidemia, un pánico a los rosacruces. En los mesones y tabernas de entonces aparecieron algunos clientes que, a la hora de pagar, desaparecían, o bien pagaban con monedas de oro que se transformaban en barro después de que ellos se fueran. Los habitantes de la ciudad se despertaban por las noches y se encontraban a un desconocido misterioso, sentado al lado de sus camas, que desaparecía sin más. Los parisinos reaccionaban de la manera usual: maldiciendo a los extranjeros. Me temo que algunos de éstos se llevaron incluso alguna que otra paliza...

—¿Ha estado usted en Francia, doctor?

—Claro que sí, en más de una ocasión.

—¿Habla francés igual que inglés?

—Más o menos.

Estaba oscureciendo. Sin embargo, yo podía ver con toda claridad que Cynthia me miraba con mucha admiración.

—Doctor..., usted es como la Enciclopedia Británica... Lo sabe todo.

—Sé muchas cosas —observé, muy nervioso.

—Seguro que hasta habla sánscrito...

—Perfectamente —le dije. Cynthia se lo creyó.

—Seguramente conoce a los novelistas rusos. Cuénteme algo de Dostoievski o de Béla Bartók. Tengo una amiga que habla de ellos constantemente.

—A Bartók, no lo he conocido —le mentí, sorprendido por su falta de cultura—. Sin embargo, al viejo Dostoievski lo conocía bastante bien. Iba a la misma escuela primaria que mi padre, y venía a menudo a casa para cenar. Tenía una barba parecida a la de Pierce Gwyn Mawr.

—¡Qué envidia! Usted ha conocido, desde su más tierna infancia, a personas célebres. Estoy segura de que hasta sabrá explicarme por qué Aix-la-Chapelle se llama Aachen en alemán.

No se lo expliqué. Por una parte porque no lo sabía, y por otra parte porque de repente llegué a ver a Cynthia tal cual era en el fondo de su alma, y me enfadé conmigo mismo. Las mujeres siempre consiguen engañarme. Hay algunos instantes en que las mujeres se comportan exactamente como si fueran seres humanos. En estos casos, un filólogo bonachón como yo empieza a explicarles cosas y se cree que la mujer en cuestión se interesa por lo que él está contando. Sin embargo, nunca

jamás una mujer se ha interesado por nada espiritual en sí mismo. Sólo pretende complacer al hombre prestando atención, o bien quiere instruirse, y eso es todavía peor. Algunas mujeres pretenden conseguir dinero, otras quieren adquirir sabiduría, pero siempre por puro interés: para engalanarse con la sabiduría de una mujer culta, como si fuera una preciosa capa de vestir.

Me levanté y empecé a andar en círculos, muy enfadado. Cynthia me contemplaba, con aire soñador, desde su sillón; su mirada aristocrática se perdía en la lejanía, parecía un hada de los cuentos galeses, de ese país de las hadas adonde uno siempre desea volver tras haber estado allí en sueños.

En ese momento, tras habérseme revelado la ausencia de valores espirituales de Cynthia, me sentí aliviado. Me volví a fijar en lo guapa y joven que ella era. Nunca he sido capaz de sentirme atraído por ninguna mujer que considerara muy inteligente. Me parecería una forma de homosexualidad. Sin embargo, al darme cuenta de que ella también era medio tontita, comencé inmediatamente a hacerle la corte.

—Cynthia —empecé diciéndole—, me da mucha pena haber pasado tanto tiempo entre libros. La vida transcurre con rapidez, ya ve usted, yo mismo me he hecho adulto sin darme cuenta, y de la misma manera me haré viejo. Y no quedará absolutamente nada. Mi memoria se deteriorará, y yo olvidaré todo lo que he aprendido en los libros. Recordaré mi vida, y tendrá que reconocer que siempre he estado solo.

La habitación estaba a oscuras. Yo me encontraba al lado de la ventana, mirando un sugestivo crepúsculo, prometedor de ámbitos muy placenteros. Las frases llenas de sentimentalismo tienen doble efecto en tales circunstancias, tanto según los testimonios literarios como según mis propias experiencias. En este punto empecé a contarle cosas más personales.

—Nunca he encontrado a nadie que me comprendiera. Usted es la primera mujer, Cynthia, ante quien me muestro como soy. Me parece como si usted hubiese sido mi hermana o mi esposa.

El viejo Goethe se revolvía en su tumba.

Cynthia se levantó del sillón, soñadora, y se acercó a la ventana para estar a mi lado. Ésta era la señal que yo esperaba. Ya sabía que no me iba a dar una bofetada. Sin embargo, antes de que pudiera reunir mis fuerzas y pasar a la acción, Cynthia me preguntó, con una voz emocionada:

—Dígame, doctor..., ¿también sabe usted de logaritmos?

—Por supuesto —le respondí, y la atraje hacia mí.

La besé, y ella no se apartó. Yo veía ante mis ojos unos días soleados de primavera, lagos de aguas purísimas, cielos azules, como si estuviera mirando por la ventanilla de un tren que corriera a toda velocidad. La vida me parecía bellísima.

Terminó apartándose de mis brazos. Me miró muy emocionada, y a continuación observó:

—Todavía no me ha dicho por qué Aix-la-Chapelle se llama Aachen en alemán...

Eran las diez y media de la noche. Yo me encontraba en mi habitación, en una *easy-chair* comodísima, más bien tumbado que sentado. Sentía demasiada pereza para irme a la cama, y mi atención estaba demasiado dispersa para leer.

Los acontecimientos de los días anteriores se diluían ante mis ojos como en una bruma dorada, salpicada por unas chispas amenazadoras e incomprensibles: la atmósfera centenaria del castillo de Llanvygan, los monstruos acuáticos del conde de Gwynedd, los rosacruces y Cynthia... Pensaba en Cynthia como en la diosa de la luna, en la reina de los cielos, en mi recién conocida y quizás futura amante..., así llamaban los poetas a Isabel de Inglaterra: «Cynthia»... Por sus venas corría la sangre de los condes de Gwynedd, llena de misterios seculares, la elegancia ancestral de una familia aristocrática, un destello de luz resplandeciente. Yo me felicitaba a mí mismo por haber besado ese destello de luz, a esa Isabel de Inglaterra, ese soneto antiguo. Alguien tocó a mi puerta, y entró Osborne. A él también le tenía yo en gran estima.

—Usted me perdonará, doctor... He visto que tenía la luz encendida.

—Siéntese —le dije—. ¿Ocurre algo para que esté tan serio? Acaso el conde de Gwynedd...

—Mi tío lleva varios días sin mostrarse ante nosotros. Ahora se trata de otra cosa. Si esto sigue así, yo mismo llegaré a creer en las supersticiones. ¿Sabe usted, doctor, que el viejo vidente desapareció al día siguiente de revelar sus profecías apocalípticas? —Sí, ya me lo han contado. El reverendo me dio unas explicaciones totalmente fantásticas.

—Yo he encontrado al viejo... Pero ¿para qué voy a contarle nada? ¿No tendrá usted ganas de dar un pequeño paseo? Yo, por
mi parte, no he podido llegar a ninguna conclusión válida...

—Me voy a poner mi abrigo.

—Avisaré también a Maloney, si no está durmiendo. La cosa le gustará.

En la habitación de Maloney había luz. Tocamos a la puerta y entramos tras oír que nos invitaba a ello.

La luz estaba encendida, pero no vimos a Maloney. Yo me acordé de los rosacruces que se hacían invisibles.

—¿Dónde está este hombre? —preguntó Osborne—. Si nos acaba de invitar a entrar...

—Ya voy —dijo Maloney. Su voz sonaba distante, como si no estuviera en la habitación.

Pasados unos instantes, aparecieron unas piernas colgando por el hueco de la ventana, y detrás de ellas apareció también Maloney, que saltó dentro de la habitación, vestido de negro.

—Estaba entrenando —dijo impasible.

—¿De noche? —le pregunté.

—Pues sí... Nosotros, la gente de Connemara, siempre escalamos de noche. Cuando uno no puede ver, tiene que fiarse obligatoriamente de sus instintos, y los instintos nunca engañan. Y cuando no hay rocas que escalar, siempre puede haber algún muro o algunos árboles en el parque.

—*All right*. Venga con nosotros a ver qué está haciendo el viejo vidente. Traiga consigo sus cuerdas de escalar.

Nos subimos al Delage, y avanzamos unos veinte minutos por la carretera iluminada por la luna. Osborne se detuvo de repente.

—Desde aquí iremos andando, para no molestarlo. No hace falta que nos vea. Ayer tampoco me vio.

Seguimos avanzando un buen rato por la carretera, sin decir palabra. El profundo silencio, las montañas altas y oscuras de los alrededores, la luz plateada de la luna nos dejaba impresionados. Por encima de nosotros se levantaba, en una altura impresionante, la enorme roca en cuya cima se encontraban las ruinas de la fortaleza de los Pendragon.

Osborne se desvió de la carretera, y empezamos a andar entre matorrales. Estuvimos avanzando a duras penas, apartando las ramas, bajando por pendientes pronunciadas, y tras unos quince minutos nos encontramos delante de un alto muro de piedra.

—Son las ruinas del muro que antaño protegía la fortaleza de los Pendragon —dijo Osborne—. ¿Dónde estaba aquel hueco? ¿A la derecha o a la izquierda?

Tras unos breves instantes, encontramos el hueco.

—Observen con atención, por favor —nos dijo Osborne—, y verán que este hueco ha sido abierto hace poco. Antes, había que dar la vuelta al muro para poder llegar a la puerta de la fortaleza. ¿Quién habrá abierto este hueco y por qué? Por favor, síganme en absoluto silencio, sin hacer el más mínimo ruido.

Maloney avanzaba muy rápido, sin hacer el más mínimo ruido. Bajo mis pies, sin embargo, no dejaban de crujir las ramas caídas, así que mis acompañantes me lanzaban miradas asesinas.

Llegamos ante otro muro de piedra, muy abrupto. —Vamos a tener que trepar —nos dijo Osborne—. Desde arriba, podremos ver el paisaje entero, incluso el lago, sin ser vistos.

Antes de poder preguntarme cómo íbamos a trepar hasta tan alto, me di cuenta de que Maloney ya se encontraba arriba. Desató la cuerda que llevaba alrededor de la cintura, y nos hizo subir a los dos: a Osborne con facilidad y a mí con dificultad.

—Usted no serviría para ser mono —me dijo con desprecio. Debajo del peñasco, al otro lado, se veía un lago bañado por la luz de la luna. Nunca había visto yo nada más fantasmagórico. Por los alrededores, se veían árboles que bordeaban el lago de aguas tranquilas, enfrente se veía la enorme roca con la fortaleza en su cima. El lago parecía ilustrar un cuento de hadas, con el castillo de coral de la reina en el fondo.

En medio del lago, en una pequeña embarcación, se encontraba sentado el viejo Pierce Gwyn Mawr. Tenía los brazos cruzados, y apoyaba la cabeza en ellos, de modo que su larga barba cubría su regazo. Estaba inmóvil, con la mirada fija en las aguas. Tenía los ojos medio cerrados. A lo mejor estaba durmiendo. —¿Qué está haciendo el viejo? —preguntó Maloney, nervioso. —No lo sé —confesó Osborne—. Quizás esté esperando al hada que habita en el fondo del lago. Lo único seguro es que está esperando. Vamos a esperar nosotros también.

Esperamos durante un buen rato, tumbados sobre el peñasco. Maloney se mostraba nervioso, proponía arrojar algo al lago para despertar al viejo, o bien irnos de allí. El ambiente peculiar del lugar provocaba en él los mismos efectos que los fantasmas en los perros.

Sin embargo, Osborne y yo contemplábamos aquel fenómeno legendario sin poder quitarle los ojos. Aquello parecía una ilustración de algún cuento de Andersen. Me acordé de mi infancia: me parecía oír el sonido lejano de unos violines.

En un momento dado, el viejo levantó los brazos y empezó a cantar. Su extraña voz de anciano no llegaba a entonar una verdadera melodía, sólo salían de su boca unos sonidos quebrados e interrumpidos, seguidos por otros, que nada tenían que ver con los anteriores y que no llegaban a transformarse en una melodía. Yo no entendía las palabras: cantaba en gales.

Entonces, de repente se abrieron los matorrales que se encontraban en el lado opuesto del lago. Alguien salió de entre ellos y llegó hasta la orilla. El viejo dejó de cantar, se volvió hacia el recién llegado y se inclinó profundamente, aunque sin levantarse.

El otro ya se encontraba encima de una pequeña piedra, bañado por la luz de la luna que dejaba ver sus rasgos.

Era un anciano gigante, bastante más alto que un hombre común, y llevaba una vestimenta negra, de corte español. La misma que llevaban los guardianes nocturnos del castillo. Sólo el cuello era distinto: un cuello blanco y redondo, parecido a una piedra de molino. Su rostro recordaba... el rostro de una estatua, un rostro ancestral, atemporal, un rostro noble y maravilloso, un rostro muy poco humano. El rostro de una deidad nórdica, rudo e insensible.

El desconocido empezó a hablar en gales, en un tono de voz penetrante. Pierce empuñó los remos y se dirigió a la orilla del lago. Saltó de la embarcación y la ató a un árbol. A continuación, le besó la mano al anciano. Luego desapareció entre los matorrales. El extraño se quedó un rato más.

Lentamente se dirigió hacia el peñasco donde nos encontrábamos. Nos miró fijamente, como si pudiera vernos. Maloney se agarró de mi brazo, muy asustado. Aquellos ojos tenían algo terrible. Pensé que no podía más, que saldría a su encuentro. Maloney emitía unos sonidos raros, guturales.

El anciano se dio la vuelta y desapareció entre los árboles.

—Ya nos podemos ir —dijo Osborne.

Bajó del peñasco, nosotros le seguimos. Atravesamos los matorrales, el muro, y salimos a la carretera.

Maloney estaba preocupado.

—*I say*... Vamos a ver por lo menos a dónde han ido a parar.

Pero Osborne negó con la cabeza.

Nos dirigimos al Delage casi corriendo: el coche nos esperaba en la carretera donde lo habíamos dejado. Después del lago, el muro, los ancianos fantasmales, el coche tenía un aspecto absolutamente pacífico, significaba la victoria de la técnica, representaba el siglo XX, tan familiar.

Regresamos a casa a un ritmo acelerado. De repente, Osborne paró el vehículo en medio de una curva.

—Miren aquello —dijo, señalando la fortaleza de los Pendragon que se veía perfectamente.

En la torre más alta de la fortaleza se veía luz, claramente y sin duda alguna.

—¿Quién vive allí arriba? —pregunté.

—Desde hace doscientos años no vive nadie allí arriba, por lo menos que yo sepa —me aclaró Osborne al poner de nuevo el coche en marcha. Se notaba que estaba muy preocupado, y no quiso hablar más para no descubrir su estado de ánimo. Llegamos al castillo de Llanvygan en silencio.

—Vengan a mi habitación a tomar una copa —nos propuso Osborne.

Tras haber ingerido una cantidad considerable de whisky en vasos de agua —algo que nos parecía bien merecido—, Osborne se mostró menos tenso.

—Siéntense, por favor. ¿Qué les ha parecido todo esto? —preguntó.

—Se trata de saber qué le ha parecido a usted —observó Maloney—. Yo creo que usted conoce a aquel anciano atractivo. Tienen un gran parecido. Debe de ser un tío suyo o el fantasma de su estimado abuelo.

—No lo he visto nunca —confesó Osborne.

—Y sin embargo el anciano parecía saber que nosotros estábamos allí. Nos miraba como si nos estuviera viendo. No sé por qué, pero el hecho es que todo aquello me resultaba muy, pero que muy desagradable.

—¿Dónde habrán ido? —se preguntaba Osborne—. Desde el lado opuesto del lago, el camino no lleva a ningún lugar. Unos veinte metros detrás del lago se alza la roca en cuya cima se encuentra la fortaleza. No puedo imaginar otra cosa sino algún camino secreto que suba a la cima. Cuando nosotros llegamos a la curva donde nos detuvimos, ellos ya estaban arriba, con la luz encendida en la torre.

—Eso suena más que probable —observé—. Nunca he leído nada sobre ninguna fortaleza antigua que no tuviera una puerta secreta. Así ocurre también en la vida real. Se trata de uno de esos casos raros en que se descubre una relación orgánica entre vida y literatura.

—En este caso, nuestra tarea parece sumamente sencilla —concluyó Maloney—. Mañana, a la luz del día, podremos examinar bien el otro lado del lago. Apuesto

cualquier cosa a que encontraré la puerta secreta. Nosotros, la gente de Connemara, somos infalibles en asuntos de esa índole.

—En todo caso, vamos a tener que subir también a la fortaleza —observé—, para ver quién está allí viviendo.

—*Well*, *Well* —musitó Osborne, no estoy del todo de acuerdo con este plan. Porque supongamos que el anciano que acabamos de ver vive efectivamente allí arriba... Ahora bien, sea hombre, sea fantasma, está claro que se trata de un *gentleman*. ¿Tenemos acaso el derecho de presentarnos en su fortaleza sin haber sido previamente invitados?

—Entiendo perfectamente lo que quiere decir —le aseguré—. *My home is my castle*, o sea mi fortaleza. Sin embargo, no olvide que la fortaleza es, hasta cierto punto, también su hogar de usted, como futuro heredero del título de conde de Gwynedd. Usted tiene más derecho que otros a entrar en esa fortaleza, sin contar al actual conde de Gwynedd.

—Hay algo de verdad en eso —opinó Osborne—. Consultaré con la almohada.

—Otra pregunta... —le dije—. ¿Cómo es que se le ocurrió ir al lago? No me había mencionado que le gustaran los paseos nocturnos...

—Es que no me gustan en absoluto. Por las noches prefiero dormir, por más conformista y aburguesado que esto pueda parecer. Sin embargo, el haberme trasladado a los alrededores de la fortaleza tiene su explicación. Miren esto, por favor. Abrió el cajón de su escritorio y sacó un trozo de papel.

—Ayer encontré esto fijado en el limpiaparabrisas de mi coche.

Miré el trozo de papel. Tenía algo escrito, con unos caracteres extraños que parecían muy antiguos, como los que se ven en los manuscritos del siglo XVII del British Museum. Hoy en día ya no se ven este tipo de caracteres. Nuestras manos ya no serían capaces de trazarlos.

En el trozo de papel figuraba la frase siguiente: *Pendragon, forte si vellis videre Petrum senem vade ad lacum castelli media nocte ubi et aliorum rerum mirabilium testis eris.*

—Está en español —dijo Maloney—, y yo, lamentablemente, no hablo ese idioma.

—¡Qué va a ser español! Está en latín —aclaró Osborne y tradujo la frase: *Pendragon, si quieres ver al viejo Pedro* (es decir a Pierce), *vete al castillo* (o sea a la fortaleza) *a medianoche, y allí serás testigo de otras cosas maravillosas.*

—Supongo que habrá sido el anciano atractivo quien redactó esta nota, y ello me lleva a la conclusión de que se trata de un profesor, en cuanto a su profesión, porque si no... ¿por qué se habría molestado en ponerlo en latín? De todas formas, debe de ser un engreído.

—Quizás no sepa inglés —observó Osborne.

—O bien... —grité de repente, pero me callé enseguida. La idiotez de mi idea superaba la demostrada por Maloney.

Mi idea era que quizás el que hubiera redactado la nota, aquel anciano del lago, era tan anciano que no se entenderían sus palabras escritas en inglés antiguo. Por esto tuvo que recurrir al único idioma eterno, al latín. Claro, no llegué a contarles tal tontería que sólo pudo habérsele ocurrido a un filólogo.

—¿Ayer también llegó usted a ver al anciano? —preguntó Maloney.

—No —le respondió Osborne—, ayer sólo vi al viejo vidente, sentado en su embarcación, igual que hoy. El otro no vino. O a lo mejor sí vino pero yo ya no estaba.

Pronto nos fuimos a dormir, mientras cada uno intentaba explicar las cosas según su peculiar manera. Maloney debió de estar pergeñando alguna maniobra para capturar ancianos.

A la mañana siguiente llegó del pueblo un muchacho que preguntaba por mí. Lo había enviado el reverendo Dafyd Jones. Me entregó una carta que decía que el reverendo deseaba hablar conmigo sobre un tema confidencial y con la mayor urgencia. Me pidió que me reuniera con él a las diez en punto, en el pequeño cementerio que se encontraba detrás del templo; se excusaba por molestarme y me aseguraba que se trataba de un asunto sumamente importante.

No podía ni imaginarme de qué se trataría. ¿Contra qué horrores inexistentes pretendería pedirme ayuda ese hombre nervioso, con ganas de huir, ese visionario? Me acordé de los sucesos del lago de la noche anterior, y me dirigí al pueblo a toda prisa.

No me fue muy difícil encontrar el pequeño cementerio detrás del templo, con sus preciosos árboles que parecían invitar al descanso eterno. El reverendo estaba allí, paseando de arriba abajo. No se dio cuenta de que me estaba aproximando. Estaba gesticulando, hablando consigo mismo. No parecía demasiado excitado, gesticulaba con dulzura, en armonía con su dignidad eclesiástica y con Inglaterra. Yo pensaba que se estaba preparando para su sermón del domingo.

Cuando le dirigí la palabra, se estremeció de tal manera que me asustó a mí también.

—Sí, sí, sí, señor —me dijo—, usted es un médico de mucho renombre.

—Señor mío, no soy ni médico, ni nada de renombre —le respondí, muy sorprendido. Me pareció que todos se habían puesto de acuerdo para nombrarme médico.

—Ya entiendo —dijo el reverendo—. Se trata de un secreto. El conde pretende mantener en secreto sus investigaciones. Pero no puede. En absoluto. Porque he aquí que se revela todo. Todo y más. ¿Sabe usted, señor mío, lo que se ha encontrado esta mañana en el lago de la fortaleza?

—¿En el lago de la fortaleza? ¿El qué?

El reverendo me miraba con una expresión triunfal, como si me hubiese descubierto.

—*Come along.*

Con paso apresurado me condujo a una pequeña cabana, donde se guardaban los utensilios del sepulturero. Se trataba de un lugar inhóspito, oscuro y húmedo. En uno de los rincones había una pequeña mesa que tenía algo encima, algo que yo no podía ver bien pero que me provocaba una sensación muy poco agradable.

—Esto es lo que se ha encontrado —me dijo el reverendo, arrojando luz con su linterna.

Uno de los monstruos del conde se encontraba sobre la mesa, muerto.

Ya no era transparente. Era una masa indecisa, de contornos poco precisos, una especie de gelatina en descomposición. Me pareció abominable.

—¿Lo reconoce? —me preguntó el reverendo.

—Sí. Es uno de los animales misteriosos del conde... Pero ¿cómo ha ido a parar al lago?

—Eso lo tiene que saber usted.

—¿Yo?

—Sí, y a usted me dirijo para que haga algo. Esto no puede seguir así. Yo no puedo hacer nada. Dependo por completo del conde. Usted es quien debe hacer algo. Ya es bastante escandaloso que el conde haga tales experimentos, totalmente contrarios a la voluntad del Señor, en su castillo, como para que ahora empiece a repoblar los lagos de Dios con estos monstruos suyos.

—¿Dónde exactamente se ha encontrado el monstruo?

—Se lo diré. ¿Sabe usted que Pierce Gwyn Mawr ha desaparecido? Alguien, un campesino medio loco, me contó que había visto el fantasma de Pierce, subido en una embarcación, en medio del lago. No estaba solo...

El reverendo se agarró a mi brazo, miró a su alrededor y me susurró al oído:

—No estaba solo. Había alguien más con él. Un gigante, así lo afirma el campesino, vestido de negro, al igual que los guardianes nocturnos del castillo. Al principio pensé..., sí, llegué a la conclusión de que... se trataba del jinete de la medianoche. Pero ahora ya sé quién ha sido. Este monstruo lo ha delatado.

—¿Quién ha sido?

—No pudo haber sido otro que el mismísimo conde de Gwynedd. El fue quien arrojó el monstruo al lago. Yo fui al lago al alba. Las olas lo habían arrojado a la orilla...

«No fue el conde», pensé para mí, «se le parecía, pero no era él. O quién sabe...».

Sin embargo, no dije nada de mis experiencias de la noche anterior. No quería mezclarme en el asunto... Al fin y al cabo, soy János Bátky, de Budapest, y no tengo nada que ver con nada... La mía es una curiosidad puramente científica...

—Usted es un médico de renombre... —repitió el reverendo, en un tono totalmente cambiado, digno de un sermón—. Su juramento hipocrático como médico le obliga a no hacer el mal, sino a ayudar a los que sufren. Y yo, en mi calidad de médico de las almas, le ordeno que abandone inmediatamente sus terribles investigaciones.

—Señor..., está usted completamente equivocado...
—No estoy para nada equivocado. El animal se llama ajolote, vive en México y lo trajo consigo el conde cuando estuvo viajando por América. Allí son mucho más pequeños. El conde, con unas prácticas secretas, contrarias a las leyes de la naturaleza y al mandato divino, aumenta su tamaño hasta multiplicarlo por diez. Utiliza para ello extractos de tiroides de buey... ¡Qué horror!
—Y ¿por qué le parece tan horroroso?
—...Sé también lo que hace el conde con esos animales. Interrumpe sus funciones vitales. Los congela. Los envenena. Y después los resucita. Tiene algunos ejemplares que han muerto y resucitado más de diez veces.
—¡Qué maravilla!
—También sé por qué el conde hace todo esto.
—¿Por qué? —le pregunté, agarrándolo por el brazo.
—El lema de los Pendragon, o sea la maldición de la familia, es: «Creo en la resurrección de los cuerpos». En esta creencia perecieron los mejores miembros de la familia: Asaph Pendragon, Bonaventura Pendragon y el conde Owen Alastair.
—Pero... ¿cómo puede uno perecer por una creencia?
—El conde estuvo estrujándose tanto el cerebro para comprenderlo que llegó a perder el sano juicio. ¿No entiende la relación? Él quiere tener el poder de resucitar a los muertos... A sus antepasados que están descansando en la fortaleza.
En este punto, yo ya estaba seguro de que tenía delante a un loco. «Hace falta una cierta dosis de locura para poder vivir en Llanvygan», como me había dicho Osborne.
—Disculpe, reverendo, que le interrumpa... ¿Suele comentar el conde con usted algunos detalles de sus investigaciones?
—¿El conde? ¿Conmigo? ¿Qué se cree? El conde me toma por un idiota. A eso debo mi parroquia. Él no aguantaría a un clérigo inteligente a su lado.
—Entonces... ¿cómo sabe usted todas esas cosas?
—Me las contó el pobre del doctor McGregor.
—¿Quién?
—El doctor McGregor.
«¿McGregor?... ¿De qué me suena ese nombre? Ya lo sé: es el nombre que me citó aquel hombre misterioso que me llamó por teléfono al hotel.»
—¿Quién era el doctor McGregor?
—¿No lo sabe? Pues aquel médico joven que estuvo aquí hace unos meses, ayudando al conde en sus investigaciones. Era un escocés muy honrado y muy simpático, dejando a un lado sus experimentos. Pero... tuvo un final muy triste. Falleció en un accidente de coche. Murió en el acto. Era su predecesor, así que usted debería reflexionar, todavía tiene tiempo para rectificar. Señor mío, piense usted en su alma. Puedo contar con usted, ¿verdad? Estoy seguro de que usted tiene

un corazón muy noble bajo ese aspecto tan rudo que tiene... Prométame, se lo ruego...

«¡Dios mío! ¡Ojalá este loco me dejara en paz! ¿Qué tengo yo que ver con todo esto, con el castillo, con la fortaleza, con esos bichos asquerosos?... Me iré de aquí esta misma tarde.»

—Reverendo... Le juro por mi honor que no soy médico. Ni nunca lo he sido. Mis papás y mis tías querían que estudiara medicina, pero yo no tenía talento para ello.

—¿No es médico? —preguntó el reverendo, muy sorprendido—. Entonces ¿qué es?

—Bueno... Sería difícil definirlo. Vamos a decir que soy historio-sociólogo. O algo así. Pero en ningún caso soy médico. Se lo juro. En mi vida he visto una autopsia.

El reverendo se puso nervioso.

—Más complicaciones... Historionosequé... Entonces, ¿por qué me ha dejado contarle todo esto? Todos estos secretos tan abominables... Usted perdone... Encantado de haber charlado con usted...

—Lo mismo digo...

Respiré profundamente y me fui rápido de allí.

Por la tarde nos pusimos en camino para visitar la fortaleza de los Pendragon.

Al pasar por el pueblo, nos encontramos con el reverendo Dafyd Jones. Nos detuvimos unos momentos para charlar, por pura cortesía.

—Dígame, padre, ¿cuándo estuvo usted por última vez en la fortaleza? —le preguntó Osborne.

—Hace muchísimo. Hará unos cinco meses que vinieron unos arqueólogos a quienes tuve que acompañar.

—¿No ha oído usted mencionar que alguien se haya instalado entre las ruinas?

—Pues sí... —reconoció tras una breve pausa, muy nervioso—. Hay quienes han visto luz en la torre.

—¿Qué se cuenta? ¿Quién está viviendo allí?

—Pues no se sabe gran cosa. Últimamente el conde sube con frecuencia a la fortaleza. Quizás él mismo pase algunas noches allí arriba. Quizás tenga algún invitado. De todas formas, no sería de buena educación investigar.

Miraba delante de sí, bastante confuso.

—En cualquier caso —insistió Osborne—, no me parece probable que un hecho así de extraño no se comente en el pueblo. Dígame con toda claridad lo que se dice.

—Señor Osborne —respondió el reverendo, ruborizándose—, no pensará usted que yo atiendo el chismorreo de la gente... De todas formas, la fortaleza pertenece al conde, así que él puede hacer allí lo que le dé la gana. Sin embargo, me resulta difícil imaginar que el conde, un auténtico *gentleman*, aloje a sus invitadas en un lugar tan poco hospitalario...

Osborne se rió.

—¿A sus invitadas? No creo que se trate de eso. Los miembros de la familia Pendragon sólo se relacionan, y sólo por obligación, con mujeres después de haber contraído matrimonio con ellas... Nosotros hemos decidido subir a la fortaleza y ver lo que pasa allí. ¿Nos acompaña, padre? Quizás se le necesite para espantar el mal... El reverendo se puso pálido. —No me diga, Osborne, que pretende subir a la fortaleza en serio...

—Pues sí... No veo razón para no hacerlo.

—¡Dios mío! —exclamó el reverendo frotándose las manos, y añadió—: No puede ser... No puede ser... Como usted sabe, mi hermana tiene facultades paranormales...

—Sí, lo sé.

—Esta misma mañana me dijo que...

—*Well*?

—Que usted corría un peligro mortal si subía a la fortaleza...

—¡Fantástico! ¿Y cómo lo sabe?

—No se le vaya a olvidar que ella sabía por adelantado que alguien iba a atentar contra la vida del conde. Sin embargo, yo no dije nada, porque no confiaba del todo en las facultades de mi hermana, y no quise alarmar a nadie, ni parecer supersticioso. Claro, después he tenido serios remordimientos de conciencia.

—Dígame, padre... ¿No sería posible que habláramos directamente con miss Jones?

—Claro que sí. Eso sería lo mejor. Sería un honor para nosotros que nos visitaran en nuestra humilde morada.

Nos bajamos del coche. La casa del reverendo estaba a unos metros de distancia. Entramos en la casa.

Miss Jones se encontraba sentada al lado de la ventana de la sala de estar. Se disculpó por no levantarse al recibirnos. Aquella mujer diminuta estaba completamente envuelta en mantas, de modo que sólo se veía su rostro, muy feo y alargado. Sus ojos de miope reflejaban la actitud visionaria de una persona introvertida.

—Escucha, Jane —le dijo el reverendo, muy nervioso—, Osborne quiere subir a la fortaleza...

El rostro de la mujer quedó desfigurado, como si alguien la hubiese abofeteado. Dejó caer unos gruñidos. Poco a poco fue recobrando su capacidad para el habla, y dijo esto:

—Querido Osborne, no vaya usted a la fortaleza. Porque allí se encuentra el mismísimo infierno. La familia y la casa Pendragon se encuentran ante unos cambios terribles, todos ustedes corren un serio peligro de muerte. Usted en especial, claro, si sube a la fortaleza...

—Le agradezco que se preocupe por mí, miss Jones. Sin embargo, tanto en mi calidad de interesado como en mi condición de persona intrigada por los augurios, le ruego que me explique cómo puede saberlo con tanta certeza como si lo hubiese leído en el periódico...

La vieja dama se serenó y tranquilizó.

—¿Creen ustedes en los sueños? —nos preguntó.

—Yo no —respondió Osborne y continuó así—: Si creyera en los sueños, hubiese tenido experiencias terribles con las mujeres. Sueño a menudo con una dama que resulta no tener rostro. También sueño a veces que quiero subir unas escaleras, pero me resbalo. Sin embargo, nunca me he resbalado en la vida real.

—Yo, por mi parte, sí que creo en los sueños —confesé.

—Ya lo ven —observó la anciana.

—Desde el punto de vista del psicoanálisis.

—¿Cómo dice? —me preguntó miss Jones, un tanto atrasada en sus conocimientos de la vida moderna.

—*Well*, se trata de una cosa de mal gusto que sólo vale la pena explicar a señoritas muy jóvenes.

—Bueno, crean ustedes en los sueños o no —concluyó miss Jones—, si no creen, cometen un grave error.

No nos atrevimos a gastarle más bromas, se veía que la anciana se iba a enfadar muchísimo si no la tomábamos totalmente en serio.

—Le ruego, miss Jones, que nos cuente usted su sueño y que nos lo interprete, por favor —le dijo Osborne.

La expresión de la anciana reflejaba una honda satisfacción.

—Acerquen sus sillas, por favor, y atiendan bien. La noche pasada soñé que era una jovencita y que paseaba a orillas del lago. Llevaba un sombrero florentino de ala ancha, vuelta hacia abajo.

Aquello resultaba difícil de imaginar.

—Y Arthur Evans... ¿Han conocido ustedes a Arthur Evans? No, no, no lo han conocido... Bueno, no les contaré todo, me limitaré a lo más importante... Bueno, pues yo le decía a Arthur que avanzara solo, que yo ya le alcanzaría... Y de repente vi que se encontraba a mi lado el Perro... ¿Lo comprenden? El Perro.

La anciana empezó a toser tan fuerte que daba verdadera pena.

—Usted perdone..., ¿qué Perro? —preguntó Osborne cuando miss Jones dejó de toser—. ¿Este? —añadió, señalando al caniche que se encontraba sentado a los pies de la anciana.

—¡Qué va! Este no es un perro, es un angelito. El Perro, ¿no entiende? El Perro de pelo blanco y de orejas rojas.

—Ajá.

—Me asusté mucho. Pero no pude huir, por más que intentara salir corriendo. Entonces el Perro me miró y me preguntó: «¿Qué has almorzado?». Yo le respondí: «Coliflor», y añadí, porque no quise engañarlo: «También tomé café y me comí un trozo de tarta de fresa». El Perro me respondió: «Hay que comer cosas frescas. Mucha verdura. Muchos brotes. Es muy sano. Yo comeré brotes frescos». «¿Dónde

los tienes?», le pregunté. Y él me respondió: «En la cabeza». Y efectivamente, tenía un brote verde en la cabeza. Me asusté tanto que me desperté.

—Una historia muy instructiva y muy interesante —observó Osborne—. Sobre todo lo de la tarta. Di la verdad y te romperán la cabeza. Lo que no entiendo es qué tengo que ver yo y qué tiene que ver la fortaleza con todo esto.

—¿No entiende? ¿De veras que no lo entiende? Sin embargo, está más claro que el agua. El Perro era, y usted lo sabe muy bien, Osborne, Cwn Annwn, el perro guardián del infierno, y el brote verde que se iba a comer era usted mismo, el brote más joven de la familia Pendragon. Y la cabeza del Perro, la cabeza del Cwn Annwn, es Pen-Annwn, puesto que *pen* significa «cabeza» en gales, y la fortaleza de los Pendragon se llama, en gales, Pen-Annwn. Los sueños siempre hablan en gales.

—Ya lo entiendo.

—Bueno..., en este caso..., querido Osborne..., prométame que nunca subirá a la fortaleza.

Osborne dudó durante unos segundos, y para sorpresa de todos acabó prometiéndolo. Nos despedimos del reverendo y de su hermana y subimos al coche. Osborne salió del pueblo y se dirigió a la fortaleza.

—¿Qué hacemos? —preguntó Maloney—. ¿No subimos?

—Claro que sí —aclaró Osborne—. Se lo tuve que prometer. Conozco bien a la hermana del reverendo, sé que se preocuparía tanto que podría incluso morir. De todas formas, lleva ya tres años muñéndose. A mí me tiene mucho cariño. Por otra parte... sería algo sensacional si de verdad muriera en la fortaleza. La premonición se habría cumplido. Me convertiría en leyenda, como mis antepasados que vivieron en épocas más interesantes. Me convertiría en un héroe como los personajes de Homero, cuya muerte se anuncia siempre por adelantado. ¡Sería fantástico!

Detuvo el coche en una curva del camino. Celebramos un consejo de ministros para saber si deberíamos buscar la puerta secreta o bien subir a la fortaleza por el camino de siempre. Al final, se aceptó mi proposición: considerando que los habitantes de la fortaleza construyeron la puerta secreta para no ser descubierta, no teníamos muchas esperanzas de encontrarla, o sólo la encontraríamos por pura casualidad. Resultaba más sencillo subir por el camino de siempre. Así lo hicimos.

El antiguo camino, ya abandonado, por donde solían cabalgar los jinetes hasta la fortaleza, no era muy escarpado. Pudimos subir en coche casi hasta la entrada. Sólo tuvimos que bajarnos del vehículo al llegar a las ruinas, y seguir subiendo por unas escaleras en mal estado, cubiertas de moho.

De la fortaleza, sólo quedaban en pie las paredes, las habitaciones estaban casi todas destruidas por el paso de los siglos. El suelo de piedra estaba ya cubierto de tierra y de hierba, las paredes se erguían sin que tuvieran utilidad alguna, como si fueran decorados de teatro, y el techo era simplemente el cielo.

Pasamos por espacios amplios y descubiertos, lugares que antaño habían constituido las enormes salas. Sólo habían permanecido en su lugar los marcos de las puertas y de las ventanas, sin cristales, pero que conservaban sus líneas góticas, con las formas peculiares del gótico inglés, los arcos ojivales.

Cruzamos el ala oeste, la parte mejor conservada de la fortaleza, cubierta por un techo. Atravesamos varias estancias, parecidas a cuevas, habitadas por murciélagos que despertamos al llegar; tras lo cual llegamos de repente a un pequeño patio en donde se alzaba la torre.

Ésta permanecía intacta. A su alrededor había una serie de ventanas minúsculas que se abrían al exterior. La torre había servido probablemente como prisión, al igual que en la mayoría de las fortalezas de la época, así que la iluminación no importaba demasiado. Las paredes, con su aspecto árido, causaban un efecto terrorífico sobre nosotros.

Dimos la vuelta a la torre, examinando cualquier detalle, pero no encontramos ni la más mínima señal de que allí hubiese indicios de vida humana. Además, tampoco encontramos la entrada a la torre.

—¿Cómo es esto? —preguntó Maloney—. ¿Acaso sus antepasados entraban por los aires?

—Pues sí, por lo menos en las ocasiones más festivas —respondió Osborne—, pero creo que tiene que haber una entrada para los días de diario. Me acuerdo vagamente de haberla visto.

Conducidos por Osborne, volvimos al ala oeste, y tras una breve búsqueda encontramos unas escaleras de piedra. Bajamos y llegamos a un pasillo iluminado por unas rendijas en el techo.

—Este pasillo atraviesa el espacio existente debajo del patio y conduce a las escaleras que suben —nos comunicó Osborne.

Fuimos andando a lo largo del pasillo y nos detuvimos ante una enorme puerta de roble. Estaba reforzada por unas bisagras de hierro y parecía estar sellada.

—No me acuerdo de esta puerta —confesó Osborne—. Cuando vine, no estaba o bien estaba abierta.

La puerta estaba cerrada, como suponíamos.

—Bueno, hasta aquí hemos llegado —sentenció Osborne—. Lo más interesante está del otro lado, pero no podemos acceder a ello. Así es mi destino.

—Deberíamos intentar abrir. Quizás lo consigamos —propuso Maloney—. Yo tengo cierta práctica en abrir puertas de todo tipo. Los de Connemara tenemos talento para estas cosas. Aunque ésta parece muy, pero que muy bien cerrada. La cerradura semeja una especie de reloj de precisión.

—Vamos a dejarlo —opinó Osborne—. No me parece probable que pueda usted abrirla, y en todo caso... probablemente la cerraron para que no se pueda abrir. Vamos a ser discretos.

Nos dimos la vuelta y nos dispusimos a salir.

Al llegar a las escaleras, dije:

—Vamos a ver la estancia que hay al lado de las escaleras. A lo mejor encontramos algo interesante.

Entramos en una sala abovedada, vacía y oscura. íbamos a salir cuando, acostumbrado ya a la penumbra, me percaté de algo conocido, grabado en la pared.

—¡El símbolo de los rosacruces!

En la pared estaba grabada la cruz, con una rosa en cada punta. La miramos emocionados.

De repente, habló Maloney:

—¿Se dan cuenta de que la piedra en la que está tallada la cruz es distinta de las demás?

—Pues claro que sí —dije—. Naturalmente. Es un relieve. Fue colocada encima de la puerta con posterioridad.

—Sí, pero a lo mejor... a lo mejor... —balbució Maloney y, sin darnos más explicaciones, se acercó a la cruz, la tocó y he aquí que la cruz se movió. Maloney le dio la vuelta, muy lentamente.

Al mismo tiempo, se movió también una parte de la pared, deslizándose hacia atrás, como una puerta que se abre. Teníamos ante nosotros la boca de la entrada secreta.

—¿Bajamos? —nos preguntamos.

No se veía lo que había detrás de la pared abierta, puesto que todo estaba a oscuras.

Maloney sacó su linterna.

—Vamos a bajar. Quién sabe... A lo mejor encontramos hasta tesoros. Síganme. Confíen en mi instinto de escalador.

Atravesamos un pasillo estrecho y húmedo y llegamos a una antigua escalera de caracol. Empezó la bajada. La escalera tenía una columna de piedra en el centro, y estuvimos girando a su alrededor según descendíamos durante algún tiempo.

Al final, llegamos abajo.

Nos encontramos en otra sala abovedada, tan grande que no pudimos ver el lado opuesto. A la luz de la linterna sólo podíamos ver que la sala estaba repleta de mesas largas, rectangulares. Cuando nos acercamos, nos dimos cuenta de que no eran mesas, sino catafalcos, todos ornamentados con el escudo de los Pendragon y los símbolos de los rosacruces. Nos encontrábamos en la cripta.

Avanzamos a lo largo sin despegarnos de las paredes. La cripta era enorme. Quien la hizo construir albergaba seguramente la esperanza de tener una descendencia muy numerosa. Quiso asegurarse de que todos los miembros de su familia tuvieran su lugar en la cripta.

—Esta cripta ya no se utiliza, ¿verdad? —le pregunté a Osborne.

—No. No sabía ni que existiera. Desde el siglo XVIII, los difuntos de la familia Pendragon se entierran en el parque de Llanvygan.

—Creo que deberíamos volver —opiné.

No lo lamenté. La escalera de caracol y la cripta ya me habían impresionado lo suficiente. Me sentía angustiado y anhelaba volver a ver la luz del día cuanto antes. Las expediciones subterráneas no tenían un alto atractivo para mí.

—Vamos a ver —dijo Osborne—. Al dar la vuelta, he visto otra cruz igual. A lo mejor esconde otra puerta. Quizá mis antepasados utilizaban cruces en vez de picaportes.

Encontramos la cruz con las cuatro rosas, aunque era ligeramente distinta a la de arriba. Tenía también una inscripción.

Al leerla, me quedé impresionado, así que me eché hacia atrás y si Maloney no me sujeta, me caigo.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha visto? —me preguntaron, asustados.

—¡De esto se habla en aquel libro! —exclamé en húngaro, y me sorprendió que no me entendieran—. POST CXX ANNOS PATEBO. *Me abriré al cabo de 120 años*. ¡Dice lo mismo que en la tumba del Rosacruz!

Maloney deshacía el nudo de mi corbata.

—No, no, no hace falta. Déjeme. No me pasa nada —le dije al volver en mí—. He leído cosas sobre este lugar, sé todo sobre él, y estoy seguro de que debe de haber una puerta. Y detrás de ella el milagro.

Examinamos mejor la pared y acabamos por encontrar una rendija en ella. Maloney estuvo manipulando la cruz hasta que consiguió abrir la puerta.

Los tres retrocedimos, asustados. Por la rendija vimos una luz, muy fuerte, mucho más potente que la de un foco.

Del otro lado... todo aparecía como lo descrito en el libro.

Llegamos a una sala heptagonal. El suelo estaba cubierto por signos misteriosos que representaban los distintos imperios de la tierra. El techo, por su parte, estaba decorado con las esferas celestes.

En el centro de la sala había algo que irradiaba aquella luz potente, el sol subterráneo, la eterna lámpara que mencionan los libros antiguos.

Como si hubiese estado ya allí, conduje a mis compañeros hasta el centro de la sala. Les enseñé el altar y la inscripción:

A. C. R. C.
HOC UNIVERSI COMPENDIUM VIVUS
MIHI SEPULCHRUM FECI

Estábamos ante la tumba legendaria del Rosacruz. La leyenda de la cual se habían burlado tantos y tantos no era ninguna leyenda. Estábamos en la Casa del Espíritu Santo ante el altar con la inscripción, según se decía en la *Fama*. Encima del altar se encontraba la lámpara de la luz eterna.

Entonces... todo lo demás también sería cierto...

Luego deberíamos encontrar, debajo del altar, al Rosacruz o a quien se decía Rosacruz..., su cuerpo incorrupto, intacto durante siglos.

«¿Debo atreverme o no?», pensé.

La curiosidad intelectual, mi pasión más fuerte, venció a mis temores más supersticiosos.

—Ayúdenme —les dije a mis compañeros—. Vamos a mover el altar y a mirar la tumba.

Maloney se santiguó y se echó a un lado. Osborne y yo intentamos levantar la losa.

Nos resultó tan fácil como si la losa nos hubiera estado esperando. Había una lápida de mármol, como las que suelen cubrir las tumbas. Tenía grabada en relieve la cruz con las cuatro rosas y el escudo de los Pendragon. También la inscripción con el lema familiar:

CREO EN LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS

Más abajo ponía lo siguiente:

HERE LIETH ASAPH CHRISTIAN PENDRAGON, THE SIXTH EARL OF GWYNEDD

Me encontraba al lado de la tumba del jinete de la medianoche, sumido en mis reflexiones. «Cómo podría explicar este misterio: esta tumba es la del Rosacruz, según queda reflejado en los libros antiguos, y al mismo tiempo es la tumba de Asaph Pendragon.

»Sólo puede haber una explicación: el Rosacruz es la misma persona que Asaph Pendragon. Las cuatro letras de la inscripción corroboran mis suposiciones: A. C. R. C. seguramente significa Asaph Christian *Rosae Crucis*.»

Este descubrimiento me era más valioso que si hubiese leído todos los volúmenes de la biblioteca de los Pendragon. Acababa de encontrar la base histórica de la leyenda de los rosacruces. Ya me imaginaba el libro que escribiría sobre el tema, libro que se convertiría en el fundamento de mi carrera científica y que me aseguraría la fama mundial.

Me acordé de nuevo de la tumba y del cuerpo. El verdadero milagro nos aguardaba.

—¿Qué opinan ustedes? ¿Podríamos levantar la losa?

—No creo que tengamos derecho a ello —objetó Osborne—. No podemos perturbar el descanso de mi antepasado sólo por curiosidad.

—Debe comprender, Osborne, que no se trata de simple curiosidad, sino de una curiosidad muy especial. Si aquí todo sigue igual desde siempre, según quedó escrito, entonces debemos encontrar ahí debajo el cuerpo incorrupto de Asaph Pendragon.

Maloney nos interrumpió:

—Vamonos de aquí lo antes posible —sugirió—. No me gustan estas cosas. Una tumba es una tumba, un cuerpo muerto es un cuerpo muerto, y lo mejor es dejarlo en paz. Este lugar es tan extraño que me arrepiento de haber venido.

—Escúcheme, doctor —me dijo Osborne—. O bien podemos abrir la tumba, o bien no podemos abrirla. Si podemos abrirla, nos quedan dos posibilidades. Lo más probable es que encontremos unos cuantos huesos, nada más. O bien puede ser verdad todo lo que figura en ese libro suyo, y entonces encontraremos el cuerpo de Asaph Pendragon... incorrupto y entero, con las manos unidas encima del pecho y las sortijas de poderes mágicos en los dedos que menciona la tradición familiar... *Well*, usted me perdonará, doctor, pero no me gustaría verlo. Hay algo en mí que protesta contra mi afán de robarles su secreto a los muertos.

Estaba muy pálido y me miraba muy asustado.

Comprendí que no había nada que hacer. Me enfrentaba a los temores de los habitantes de las Islas Británicas, a su afán de discreción y a su falta de curiosidad. Si insistiera, me tomarían por cínico o incluso algo peor.

Mientras yo discutía con Osborne, Maloney estudiaba el altar. De repente me di cuenta de que la losa de la tumba se movía. Se abría un poco y se volvía a cerrar, como una puerta. Maloney había encontrado una cruz sobre el altar y sin querer la había manipulado de la misma manera que había hecho con la puerta.

Debajo de la losa se podía ver una pequeña sala rectangular. En el centro había un catafalco, con unos cojines antiguos, como si de una cama se tratase. Como una cama de la cual se hubiera levantado alguien. Del muerto no había ni el menor rastro. No había ni huesos ni sortijas de ningún tipo.

—Si otra cosa no, por lo menos deberían estar las sortijas —opiné—. Aunque, en un sitio cerrado como éste, incluso los huesos suelen conservarse durante trescientos años. Ya ven, los cojines se han conservado intactos.

—La tumba ha sido robada y los huesos también —concluyó Maloney.

—O bien los restos del sexto conde de Gwynedd han sido trasladados a otro lugar. Preguntaremos al conde, él lo debe de saber —propuso Osborne.

Observé de nuevo todo lo que había en la tumba del Rosacruz, examiné el cuerpo luminoso, sin que pudiera descubrir su naturaleza, y a continuación nos dispusimos para marchar.

Cerramos la puerta cuidadosamente detrás de nosotros. Tuve un mal presentimiento, como si hubiese olvidado apagar la luz antes de salir. Luego me acordé de que aquella lámpara llevaba trescientos años iluminada, así que continué mi camino.

Atravesamos la cripta, subimos por la escalera de caracol y, al llegar arriba, vimos que el pasillo por el que habíamos llegado hasta esa escalera se bifurcaba. No pudimos acordarnos de si, para llegar afuera, teníamos que coger el camino de la derecha o el de la izquierda. Al final, decidimos ir hacia la derecha.

En realidad, deberíamos haber ido hacia la izquierda. Nos dimos cuenta de ello tras haber pasado por varias salas subterráneas. Nos resultaba muy difícil orientarnos en medio de la oscuridad, apenas iluminada por la linterna de Maloney.

Nos confesamos, muy confusos, que no sabíamos cuál era el camino de vuelta. Cada habitación se abría a otra, idéntica en todo a la anterior.

—Confíen en mi instinto —nos pidió Maloney—. Los de Connemara somos capaces de ver incluso en la oscuridad. No digo que siempre, pero sí la mayoría de las veces.

Confiamos en el instinto de Maloney.

Dar vueltas en medio de la oscuridad me resultaba bien conocido: muchas veces suelo soñar que estoy dando vueltas por pasillos a oscuras, sin saber adonde voy, presa del pánico. Sabiendo además que hay una puerta que no debo abrir, una habitación donde no debo entrar, porque allí ocurriría algo terrible.

Maloney iba delante con la linterna. Nosotros intentábamos seguirlo de cerca, para ser capaces de ver algo. Sin embargo, a Maloney su instinto lo llevaba a tal velocidad, y los pasillos eran tan serpenteantes, que lo perdimos de vista, junto con la linterna.

Yo intentaba seguir a Osborne, pero lo perdí en un recodo, y sólo podía oír sus pasos que se alejaban. Maloney nos lanzaba gritos para indicarnos por dónde teníamos que seguir.

Osborne iba a unos diez pasos delante de mí, y de repente lanzó un grito de espanto. Corrí para alcanzarlo.

—¿Qué ocurre?

—Doctor..., ¿tiene usted cerillas?

—No... pero a lo mejor funciona mi mechero...

Lo probé. A la luz tenue del mechero miramos a nuestro alrededor. Al principio, no pudimos ver nada especial. Luego sí. A unos pasos de distancia, en la dirección que teníamos que seguir, había una puerta abierta. Si hubiésemos seguido, nos habríamos precipitado por un boquete, o por lo menos Osborne, que iba delante.

—¿Usted no ha oído nada? —me preguntó, muy asustado.

—Le he oído gritar a usted.

—¿Sabe, doctor, lo que ha ocurrido?... Al llegar aquí, alguien me agarró del brazo y me dijo *Stop*! Por eso me detuve. ¿Usted no ha visto nada? ¿No ha oído nada?

—Nada en absoluto.

—Qué extraño... Si sigo unos tres o cuatro pasos más, miss Jones hubiese tenido razón.

Llegó Maloney, de regreso, con su linterna.

—¿Por qué no me siguen? —nos preguntó gritando—. ¿Qué hay aquí?

—¡Pare! ¡Deténgase!

Maloney se detuvo. Cerramos la puerta.

—¿Cómo es que usted no se ha caído? —le preguntó Osborne.

—Creo que yo iba por otro camino distinto. Así es el instinto de la gente de Connemara.

Nos quedamos allí un buen rato, sorprendidos y asustados, intentando comprender, presos de la superstición y de la sensación de que estábamos en manos de nuestro destino. Luego continuamos el camino. En poco tiempo llegamos a la superficie.

Al llegar a Llanvygan, un pensamiento me atormentaba sin dejar que me entregara al placer de mi descubrimiento. El pensamiento que me impedía concentrarme en la sorpresa y en la envidia que mi descubrimiento iba a causar entre mis compañeros de profesión era el siguiente: «¿No habrá sido Maloney quien encontró y abrió aquella puerta para que Osborne cayera por ella?».

En el castillo la actividad era más febril de lo habitual. El conde de Gwynedd estaba de vuelta.

Durante la cena, le conté a Cynthia que había encontrado la tumba del Rosacruz y le expliqué a Osborne cómo sabía de su existencia. Osborne me escuchaba muy serio, se notaba que todo aquel asunto despertaba en él sentimientos contradictorios. Era obvio que empezaba a darse cuenta de que vivía en un lugar muy peculiar.

Cynthia palidecía con mi historia.

—Ya le dije que la leyenda de la tumba del Rosacruz irradiaba un ambiente gales... Sin embargo... ¡qué horrible!

—¿El qué?

—No se lo puedo explicar. ¿Usted no lo ve así? Es como si fuese una cosa de otro tiempo... Y ¿adonde ha ido a parar el cuerpo del muerto? ¿Adonde ha ido a parar el cuerpo de Asaph Pendragon?...

Después de la cena, el conde mandó llamar a Osborne, y Cynthia se retiró. Yo me quedé bebiendo a solas con Maloney.

—Escúcheme, doctor —me dijo, tan tenso como no lo había visto nunca. Me estaba mirando fijamente, cuando en general solía pasear la mirada de arriba abajo, sin rumbo fijo—. Escúcheme con atención. Me acabo de acordar de algo que ocurrió hace ahora diez años. Los revolucionarios me apresaron en mi Connemara natal. Esos sinvergüenzas decían que yo había delatado sus planes a las tropas gubernamentales. No era cierto, aunque las apariencias estaban en mi contra. En aquella época, la vida humana no importaba mucho. Faltaba media hora para que me fusilaran. Eileen St. Claire me salvó la vida. A ella, los revolucionarios la obedecían en todo.

Se calló y me miró con expectación.

—¿Por qué me lo cuenta ahora, Maloney?

—Porque... porque si entonces yo hubiese sido más inteligente... lo habría contado todo a las tropas gubernamentales. Y ahora tendría un puesto magnífico en la India,

en el Civil Service. Pero yo era un idiota y me callé, así que la única recompensa fue salvarme la vida. Usted también debería mostrar su inteligencia, doctor.

—No sé a qué se refiere.

—Piense en lo que le acabo de decir —sentenció al dejarme solo.

Los nervios se apoderaron de mí. Me levanté y me fui a mi habitación.

Durante unos minutos, estuve yendo y viniendo, con presteza. Tenía los nervios a flor de piel, todo me molestaba. La habitación, la ropa que llevaba, el roce de los pantalones arrugados alrededor del tobillo, donde no me protegían los calcetines; incluso me acordé de una carta que debería haber escrito para responder a una conocida mía.

Se confundían en mí todos los detalles molestos, se unían en un solo nerviosismo, muy desagradable, puesto que ya ni sabía por qué estaba tan nervioso. Es el peor de los estados de ánimo.

Me senté en el sillón, saqué mi bloc de notas, como suelo hacer en estos casos, y empecé a anotar las razones de mi preocupación:

1. ¿Quién disparó contra el conde? ¿Quién podría tener interés en ello?
2. ¿Quién dejó abierta aquella puerta en el pasillo subterráneo de la fortaleza?
3. ¿Quién avisó a Osborne para que se detuviera?
4. La tumba del Rosacruz.
5. ¿Acaso tienen que ver todas estas cosas con el anciano de la orilla del lago o con los monstruos del laboratorio del conde?

A la tercera pregunta se podía responder con un «Nadie». El instinto de supervivencia es capaz de producir un cúmulo de circunstancias que se pueden calificar sin duda alguna como milagro. Yo he conocido a alguien que se disparó a sí mismo en el corazón, después de haberse palpado bien las costillas para asegurarse de dar en el blanco. Sigue tan vivo como siempre, si no se ha muerto desde entonces; los médicos le aseguraron que en el momento decisivo su corazón se apartó de su sitio.

Los instintos avisan a uno de los peligros mortales. Algún órgano oculto nos avisa de la cercanía de la muerte. Parece que los miembros de la familia Pendragon tienen ese órgano muy bien desarrollado. El conde había detenido su coche a unos metros del cable, Osborne se detuvo ante el precipicio. La orden interior era tan fuerte en él que se imaginó que alguien le había agarrado del brazo para detenerlo, diciéndole *Stop*! Un juego del subconsciente.

A la segunda pregunta, la de quién había dejado la puerta abierta, también se podía responder que nadie. A lo mejor llevaba trescientos años abierta. «Sin embargo, con eso no se explica el disparo contra el conde..., esto no se puede poner en entredicho... Si alguien dejó la puerta abierta con alguna mala intención, sólo pudo haber sido Maloney, puesto que él iba delante de nosotros y de milagro se salvó de caer por el abismo. Y en cuanto al disparo... Maloney sube y baja por las paredes como si fuera una araña... Lo he visto yo mismo con mis propios ojos...»

Entonces se abrió la puerta y Maloney se acercó a mí. Durante unos instantes estuvo observando la habitación. A continuación, agarró el bloc de notas que yo tenía en la mano y se acercó con él a la luz de la lámpara.

—¿Se ha vuelto loco? —le pregunté gritando, tras levantarme de un brinco.

—¿Qué pone aquí? —preguntó, y prosiguió así—: Yo no entiendo su idioma, pero estoy seguro de que aquí pone «Roscoe».

Me señaló el punto donde yo había anotado la frase sobre el Rosacruz.

—No pone Roscoe, sino Rosacruz. De todas formas... ¿qué tiene usted que ver?

Maloney se puso a hablar muy rápido:

—Perdóneme, doctor... Usted es tan inteligente... Usted lo sabe todo... Siéntese... A lo mejor sólo disponemos de unos breves momentos...

Se acercó corriendo a la puerta, la abrió y miró afuera, al pasillo, tras lo cual regresó.

—Dígame, doctor —me preguntó, fuera de sí, agarrándose de mi brazo—: ¿Usted vio los papeles?

—¿Qué papeles?

—No se haga el tonto. Las cartas del viejo Roscoe en las que afirma que lo quieren asesinar. Y las supuestas pruebas. Usted debe saber...

—*Well*...

En un lapso de algunos segundos me pasaron por la cabeza cientos de posibilidades.

—Sí, los he visto —le dije tras una decisión repentina.

—Y ¿cuál es su opinión?

—Mi opinión... —balbucí, muy confundido—. ¿Qué le importa a usted mi opinión? Mi opinión, se la comunicaré al conde, y sólo a él.

—Sólo quiero que me responda a esto: ¿opina usted que se puede provocar de manera artificial la enfermedad que acabó con la vida de William Roscoe?

—Sí que se puede.

—¿Sabrá usted probarlo?

—Sí que sabré —dije, para mantenerme fiel al papel que acababa de elegir.

—¡Escúcheme! ¡Piénselo bien! ¿Qué espera usted de los Pendragon?... Como mucho, le pagarían sus honorarios de siempre... No le pagarán más... Si fuera usted inteligente, se pondría de nuestro lado. No tengo mucho tiempo para darle explicaciones, pueden llegar de un momento a otro... Ya se puede imaginar que disponemos de sumas muy importantes. Le pagaremos lo que usted quiera... Póngase en contacto con Morvin. Si usted consiente, le daré sus señas.

Entonces tocaron a la puerta. Entró Osborne. Estaba muy excitado, su rostro estaba rojo y jadeaba.

—*Sorry* —le dijo a Maloney—. Me veo obligado a pedirle poder hablar con usted a solas. Por favor, venga a mi habitación.

—Yo no tengo secretos ante el doctor. El doctor es mi amigo.

—Como quiera, Maloney. Sin embargo, debo advertirle que lo que tengo que decirle no es para que lo oigan terceras personas. Sería muy desagradable para usted que así fuera. Debo transmitirle un mensaje de mi tío.

—Dígamelo. Por fin el noble señor se digna dirigirse a mí.

—Me siento muy incómodo —insistió Osborne, mientras se sentaba, se volvía a levantar, buscaba la manera de empezar, y al final dijo lo siguiente—: Mientras mi tío estaba fuera, en el castillo han ocurrido cosas muy extrañas. En el laboratorio de mi tío, han forzado las cerraduras del escritorio y de los armarios. Parece que se trata de un ladrón muy listo, aunque los rastros son evidentes.

—¿Se han llevado dinero?

—No, no se han llevado nada.

—Entonces no hay ningún problema. De todas formas... ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

—El conde de Gwynedd me ha encargado que le diga que los papeles relativos al asunto Roscoe no los conservamos en el castillo.

Maloney se puso en pie de un salto.

—No querrá decir que yo...

De repente, se calló.

—Tengo que decirle otra cosa más, Maloney —continuó Osborne con mucho énfasis. Ya no parecía molesto, sino que se mostraba muy severo, aunque también irónico, al continuar así—: La persona en cuestión sólo pudo haber entrado en el laboratorio del conde por la ventana. La puerta permaneció cerrada con llave y constantemente vigilada por un guardián. Ahora bien, como el conde conoce sus habilidades para escalar...

—¡Basta! —exclamó Maloney, y continuó así—: ¡Basta ya de insinuaciones! ¡Me voy del castillo en este mismo instante! Y el conde tendrá que responder...

—El conde también me ha pedido que le devolviera esto. Parece haberlo olvidado...

Y le entregó un cuchillo de los que sólo se fabrican en las Indias orientales. Yo mismo conocía el cuchillo y sabía que pertenecía a Maloney.

—*Damn!* —gritó Maloney como despedida. Salió de la habitación.

Lo seguimos y, llegados al pasillo, tuvimos que ayudar a John Griffith a levantarse, puesto que Maloney lo había dejado tirado.

El portero pudo ver que se había ido corriendo hacia el garaje.

Lo vimos alejarse en una moto, a toda prisa, por el camino del parque.

—¡Sinvergüenza! —sentenció Osborne—. Nunca volveré a tener una moto tan buena.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Vamos a dejar que se escape. El conde no tiene intención de emprender medidas legales.

Nos quedarnos unos momentos sin saber qué hacer.

—¿No está usted cansado, doctor? —me preguntó Osborne, y continuó así—: Si no le importa, vaya usted a la biblioteca, por favor. Mi tío quiere hablar con usted de algunas cosas.

Me fui a la biblioteca, lleno de expectación.

El conde estaba sentado al lado del enorme escritorio. Cuando entré, se levantó. De pie parecía todavía más alto, tan alto que yo me sentía muy pequeño a su lado, la verdad es que me sentía muy incómodo al lado de aquel hombre gigante.

La biblioteca era enorme, y su extensión parecía de alguna manera más acentuada todavía con la presencia del conde. Incluso los libros se veían distintos en los estantes, no recordaban objetos expuestos en algún museo, sino más bien piezas de ganado que habían engordado con los cuidados del amo. De repente, todo parecía estar en el lugar más apropiado, en el lugar que correspondía según las leyes de la metafísica, las largas mesas de lectura, los globos terráqueos, las estatuas semidesnudas que decoraban la parte superior de los estantes.

Estuvimos unos minutos en silencio.

—Se ha ido —dijo el conde—. Al fin y al cabo, me alegro de que haya sido así. ¿Está usted cómodo?

Le aseguré que sí, aunque me sentía muy tenso e incómodo a la espera de lo que fuera a decir.

El conde se levantó y llamó al mayordomo con el timbre. Rogers entró trayendo una bandeja con una botella de vino llena de telarañas y dos copas de cristal tallado.

—Debe probar este oporto, doctor. Es de la cosecha del año 1851, especialmente buena. Le gustará, ya que le gustan las cosas raras. Vamos a brindar por nuestra amistad.

El oporto era efectivamente excelente, tanto que me entraron ganas de llorar. La botella contenía el sol de los mares del Sur, un sol que se podía beber. Mientras bebimos, el conde estuvo jugueteando con una llave.

—Usted a lo mejor ya lo sabe todo. Usted está acostumbrado a poner los hechos unos tras otros, y a buscar las relaciones de causa y efecto. De todas formas, considero que debo pedirle disculpas. Lo he recibido como recibe el comandante de una fortaleza sitiada a un amigo que puede provenir de las filas del enemigo.

—Milord, la imagen es muy acertada. Creo que usted no hubiera podido haber hecho otra cosa. Puede que yo, en su lugar, hubiese echado a mi invitado o bien me hubiese ido de viaje yo mismo.

—¿Usted cree?

—Sí, estoy seguro de ello.

—¿Por qué?

El método que el conde empleaba era digno de un monarca: tenía la sensación de que estaba obligado a disculparse, pero prefería dejar las disculpas a la persona

ante quien debería haberse explicado. Como yo sentía un profundo respeto por el conde, consentí con sumo placer en intercambiar los papeles.

—Dos veces han intentado asesinarlo antes de que yo llegara. Seguramente habrá tenido sus razones para suponer que uno de sus invitados no llegaba con las mejores intenciones.

—Tenía mis razones para sospechar de Maloney.

—En cuanto a mi persona, ya veo que, debido a las habilidades de Maloney, llegué aquí tan bien equipado que despertaba incluso más sospechas que él. Yo mismo traía la bomba en bandeja.

El conde sonreía.

—*Well*, como usted se está defendiendo de maravilla en mi nombre, creo que yo debería defenderme en el suyo. Puesto que yo mismo lo había invitado, ¿por qué debería haber albergado sospechas?

—El hecho mismo de ser amigo de Maloney despertaba ya suficientes sospechas sobre mí.

—¿Puedo preguntarle algo? —me preguntó el conde—. ¿Hace mucho que conoce a Maloney?

—No. Hace tan sólo unos días que lo conocí en la biblioteca del British Museum.

—¿Cómo? ¿O sea que conoció a Maloney después de que yo lo invitara a venir a Llanvygan?

—Sí. Ahora ya estoy seguro de que Maloney insistió en conocerme para poder venir juntos aquí y así poder cargarme a mí las sospechas que él despertaría.

—¿Podría usted decirme cómo sabía Maloney, o la gente que mandó aquí a Maloney, que usted se preparaba para viajar aquí?

—No tengo ni la más mínima idea.

—Me temo que hay algún espía aquí mismo, en mi castillo. No hay otra explicación posible. ¿Quién será? Pero, por favor, continúe.

—Maloney le dijo a Osborne, y Osborne probablemente le repitió a usted, señor conde, que yo había ido a casa de lady Malmsbury-Croft para conocerlo a usted y conseguir que me invitara a Llanvygan. Algo que tampoco es verdad. No se lo tome a mal, pero como soy extranjero había oído hablar muy poco de usted y de su castillo.

—Lo sé desde que llamé a lady Malmsbury-Croft, quien me aseguró que usted ni siquiera tenía previsto ir a su casa aquella noche.

—O sea que el momento en que llegué al castillo fue un momento muy poco apropiado y lleno de sospechas. Usted acababa de pasar el susto del atentado en Londres. También contribuyó a aumentar la sospecha contra mi persona el anillo que le entregué en el momento de mi llegada. Aunque no entiendo del todo la historia de dicho anillo.

—Yo tampoco. Es decir, que no entiendo cómo había llegado el anillo hasta usted.

Me sentí muy confundido. Hubiera tenido que contar todo sobre mi encuentro con Eileen St. Claire. Pero no me gusta romper mi palabra dada. Empecé a toser e intenté explicarme así:

—No se lo puedo explicar. He dado mi palabra de honor a la persona que me entregó el anillo de que no se lo diría a usted. Aunque era la primera vez que yo tenía trato alguno con dicha persona, y tampoco sé muy bien quién es. Sólo sé que conocí a dicha persona a través de Maloney.

—Está bien —me dijo el conde—. Yo sí sé quién es. Sigamos.

—En estas circunstancias, usted se vio obligado a tomar ciertas precauciones relativas a sus invitados.

—Lo siento mucho, doctor. La verdad es que yo sólo le di unas instrucciones muy generales a Rogers, y no sé qué es lo que ocurrió exactamente.

—Lo primero que yo observé es que me quitaron las balas del revólver.

—¡Vaya! ¡Qué vergüenza! —dijo el conde, ruborizándose.

—Ya que estamos hablando del tema, me gustaría que me devolvieran dichas balas. No tengo más que éstas, y no espero tener más en el futuro. Y la verdad es que duermo mal si no tengo el arma cargada en mi mesilla de noche. No puedo remediarlo. Me he acostumbrado a ello.

—Tendrá sus balas. Se lo prometo.

Se levantó y tocó el timbre para avisar.

—Continúe, por favor.

—También revisaron mi equipaje y se llevaron un pequeño paquete.

—¿Sabe usted qué contenía dicho paquete? —A decir verdad, no tengo ni la más remota idea. El paquete me lo dejó Maloney, puesto que no cabía en su equipaje.

—El paquete contenía explosivos. Lamento mucho lo ocurrido, pero, en fin, uno se sorprende a veces con las cosas que no puede comprender. Nunca en la vida he tenido ningún invitado que trajera consigo explosivos. De todas formas, sospechaba que era de Maloney.

Llegó Rogers, y el conde le ordenó que me devolvieran mis balas y que vigilaran el parque, para ver si alguien se escondía detrás de los árboles.

—Gracias por su confianza, milord. ¿Puedo yo también formularle algunas preguntas?

—Pregúnteme, doctor, y le responderé si puedo. —Quisiera saber cómo se descubrió que yo soy inocente. Porque tengo que reconocer que era sospechoso. Ahora mismo me siento tan incómodo como una persona que se entera de que alguien le acaba de robar el reloj de oro a su vecino. Me gustaría estar libre de cualquier sospecha.

—*Well*, estaba cada vez más claro que Maloney tenía malas intenciones. Sólo me pueden haber disparado por la ventana, y sólo alguien que sepa escalar puede haber subido por las columnas hasta el segundo piso.

—Bueno, con eso todavía no se sabe si yo fui cómplice o no. —Con el tiempo llegué a conocerlo mejor a través de lo que me contaban Cynthia y Osborne. He investigado también en Londres y he visto como flirteaba en mi biblioteca...

—¿Perdón?

—...con mis libros. Usted sería incapaz de cometer un asesinato premeditado. Creo que sería incapaz incluso de cortar una flor, puesto que la violencia le repugna. Con esto no estoy diciendo nada bueno de usted. Usted no es ni buena persona ni mala; un intelectual no se define por esas categorías. Usted es capaz, por puro egoísmo y por mera comodidad, de no hacer ciertas cosas que cualquier persona haría por sus semejantes. Pero nunca sería capaz de hacer nada que de una manera calculada y premeditada hiciera daño a alguien. Es demasiado pasivo para ello.

—Gracias por el diagnóstico. Me temo que tiene usted toda la razón, milord. Pero... ¿acaso basta con unas razones de tipo psicológico para que yo haya quedado libre de toda sospecha?

—Absolutamente. Uno nunca hace cosas contrarias a su propia naturaleza. Nuestro amigo Maloney nunca se dedicará al estudio de la teología neoescolástica. Cynthia nunca será cantante de ópera. Y Osborne nunca aprenderá a atarse la corbata.

—Por esta regla de tres, Maloney, en vez de dedicarse al estudio de la teología neoescolástica, se seguirá dedicando a atentar contra su vida, señor conde.

—Pues sí. Estoy seguro de que me volveré a topar con él. Y si no con Maloney, con otra persona. Mis enemigos son pacientes y astutos, como los Borgia. A veces siento verdadero orgullo por su destreza. Y se trata de una fortuna considerable, así que comprendo que no escatimen gastos ni esfuerzos...

—Entonces... ¿usted sabe a quiénes se enfrenta?

—Claro que sí.

—¿A los herederos de William Roscoe?

—Dejemos ese asunto. Ya se investigará después de mi muerte.

Me di cuenta de que había llegado al límite. El carácter reservado del conde no permitía aclarar más.

—¿Y qué pretende hacer para defenderse?

—No mucho. Seguiré intentando esquivarles.

—¿Cómo?

—De momento me quedaré encerrado aquí, en mi castillo. Después de la huida de Maloney no existe peligro alguno aquí, en Llanvygan. Esperaré aquí mismo a que lleguen tiempos mejores. El que ríe el último... A usted, doctor, quisiera rogarle que se quedara todo el tiempo que le sea posible. Sé que es egoísta por mi parte pretender que se quede para aliviar los aburrimientos que me esperan, pero le prometo hacer todo lo posible para que ese tiempo no le sea inútil.

—Milord... —dije, e intenté pensar alguna fórmula útil para expresar mi agradecimiento por poder quedarme en el castillo. La idea me encantaba, pero en cuanto a las fórmulas, siempre tengo problemas.

—Así que se queda —concluyó el conde—. Hace muy bien. Los libros que ha visto hasta ahora no son los más interesantes. Hasta ahora he mantenido cerrada ante usted la sección donde se encuentran los archivos de la familia, es decir todos los documentos de gran interés. Ahora permitiré que los estudie. Y le proporcionaré con sumo gusto toda la información que tenga al respecto.

Abrió un armario cubierto por espejos que se encontraba detrás de su espalda; hasta ese momento no me había dado cuenta de que existía. Desplegó unos papeles amarillentos encima de la mesa.

Los estuvimos ojeando a gusto durante largo tiempo, leyendo algunas frases en voz alta, discutiendo su significado. Estaba toda la correspondencia de Fludd y Asaph Pendragon, algunos manuscritos del primero que nunca habían sido publicados, las actas de los rosacruces ingleses, toda una serie de documentos cuyo valor científico era incalculable.

Las semanas y los meses siguientes que yo pasaría estudiando dichos documentos desfilaban ante mis ojos como si fueran otras tantas bailarinas con dotes científicas, todas muy contentas y felices de tener en sus manos dichos manuscritos, en vez de *thyrsus*.

Yo también tenía en la mano uno de dichos manuscritos. Se trataba de un códice muy antiguo, escrito con caracteres góticos. No sé por qué, si por la cubierta morada o por el magnífico papel, pero había en ese libro algo muy solemne.

—¿Qué es esto? —le pregunté al conde.

—Usted encuentra los tesoros auténticos como si tuviera una varita mágica. Éste quizás sea el volumen más valioso de toda mi biblioteca. Es el libro llamado «T» que los antiguos alquimistas y rosacruces mencionan constantemente.

—¿Cómo? ¿Entonces el libro existe de verdad?

—Lo tiene usted en la mano. Es el libro que contiene toda la sabiduría de los rosacruces.

—Pero si este libro... —exclamé—. Este es el libro al que se refiere incluso la *Fama Fraternitatis*. Este libro se encontró en la tumba del Rosacruz, y es uno de los libros secretos y sagrados.

El conde sonreía y no decía nada.

Tal como Fausto abrió el libro mágico, abrí yo el códice al azar, y empecé a leer. Esperaba que ocurriese de inmediato algo milagroso, que todo se oscureciera, que se oyera un trueno y que se mostrara ante nosotros, en todo su esplendor terrible, el espíritu de la Tierra...

Sentí casi inmediatamente vergüenza por mi inocencia. El libro era como todos los libros que contienen la sabiduría de los alquimistas: estaba lleno de alegorías y de frases oscuras de las que no comprendía casi nada.

Sólo fui capaz de retener algunas frases en griego, unas frases incomprensibles pero muy hermosas de Ostanes, el sabio persa: *E physis te physei terpetai. E physis te*

physei nika. E physis te physei kratei. La Naturaleza se alegra con la Naturaleza. La Naturaleza vence a la Naturaleza. La Naturaleza reina sobre la Naturaleza.

—¿Quién escribió este libro? ¿Cuándo? —le pregunté al conde.

—No se sabe. Es imposible saberlo por su contenido. No se excluye que sea la traducción al latín de un libro árabe, muy antiguo. Este ejemplar data probablemente del siglo XIV.

—¿De qué trata?

—Según lo que se comprende, trata de saber cómo se puede alargar la vida humana durante siglos y siglos.

—¿Contiene algo concreto, alguna instrucción, o sólo se queda en generalidades alegóricas, como los demás?

El conde reflexionó y me respondió así, en voz muy baja:

—Se puede decir que da instrucciones precisas a los que las comprenden.

—Milord..., se. trataría de saber si hubo alguna vez alguien que comprendiera todos estos misterios...

—Sí que lo hubo. Fludd los comprendía. Y Asaph Pendragon también.

Estuvo callado durante unos momentos, mirándome fijamente, y después siguió hablando en voz muy baja:

—Existe una sabiduría ancestral, un saber primario, que se va mostrando de una forma diluida a través de las distintas ciencias humanas. Todo lo que los hombres hemos olvidado a medida que hemos ido adquiriendo la capacidad de raciocinio.

—Sí —dije—, hoy esto se puede considerar ya como una tesis científica. La mitología de todos los pueblos empieza con la historia de un sabio que dicta las leyes: Hammurabi en Babilonia, Hermes Trismegisto en Egipto...

—Y todos los sabios afirmaban que los humanos hemos recibido nuestros conocimientos sobre la verdad desde tiempos muy remotos. Piense usted en el relato de Platón sobre la Atlántida en el *Timeo*... Existía una isla, un continente que se hundió en las aguas del mar. De allí trajeron todos s\is secretos los sacerdotes egipcios. La isla sumergida quizás sea tan sólo un símbolo, el símbolo del conocimiento mágico, algo que quedó sumergido en el subconsciente de la gente y que tan sólo aparece en sueños aquí y allá... Y siempre hubo personas y sociedades secretas que afirmaban ser los guardianes de ese antiguo saber. Los sacerdotes egipcios se lo comunicaron a los adeptos de los cultos alejandrinos de los misterios, de allí pasó a la cabala de los judíos y a los gnósticos, los gnósticos se lo comunicaron a los caballeros templarios, de la cabala se alimentaron los místicos y humanistas, Pico della Mirándola, el abad Trithemius, Cardano, Raimundo Lulio, Paracelso y los rosacruces. Los rosacruces son el último eslabón de la cadena...

—¿Y qué hay después de ellos?

—El racionalismo. La gente empieza a pensar de forma metódica y científica, basándose en las ciencias naturales. Se inventa la máquina de vapor y la democracia moderna. El antiguo saber se reduce a meras paradojas, y con nuestro

entendimiento sistemático no comprendemos nada, puesto que no somos capaces de comprender, y todo aquello empieza a considerarse como una superstición. Lo que viene después es ciencia oculta, engaño y parodia. El baile de máscaras del hombre racional en medio de lo irracional. Los masones del siglo XVIII, los espiritistas, los teósofos, Saint-Germain y Cagliostro afirmaban de sí mismos que tenían miles y miles de años de edad. Seguramente mentían. Pero... si suponemos que muchas personas mienten cuando dicen conocer al príncipe de Gales, ¿se puede llegar a la conclusión de que la existencia del príncipe de Gales es una pura superstición?... Con la ayuda de nuestra manera de pensar actual, somos incapaces de comprender tales cosas. Estamos convencidos de que el cuerpo es una maquinaria que se deteriora y se echa a perder con el tiempo. Pero Asaph Pendragon y Fludd sabían todavía que la vida humana se puede alargar según se desee. *Physis te physei kratei*. La Naturaleza reina sobre la Naturaleza.

Se levantó y empezó a andar con pasos largos por la sala.

—Milord... Tanta gente dice conocer los secretos para fabricar oro y nadie llega a fabricarlo. ¿Por qué los que conocían los secretos de la vida eterna no han intentado nunca llevarlos a la práctica?

La voz del conde sonaba muy lejana al decir:

—¿Puede usted afirmar tal cosa con certeza?...

De repente me acordé de lo que sabía sobre los experimentos del conde. Los enormes ajolotes cuya vida él llegaba a suspender durante varios años para luego resucitarlos... y la historia de cuando él mismo se enterró para que más adelante lo desenterraran...

Empecé a atisbar algunas relaciones entre los diversos hechos.

—Milord —le dije, poniéndome en pie de un brinco—, esta tarde estuve en la fortaleza de los Pendragon...

—Lo sé —me respondió el conde.

—¿Lo sabe? ¿Entonces usted estuvo en la torre?

—No. Ni tampoco hizo falta. También sé que bajaron ustedes a la cripta. También creo que usted ya ha desvelado el secreto de la identidad del Rosacruz...

—Rosacruz y Asaph Pendragon son la misma persona, ¿no es así?

—Así es. Asaph fue el primer Maestro Rosacruz. Los demás fueron tan sólo sus discípulos. Incluso Fludd. Y ni siquiera era el mejor de los discípulos. Fludd no era de muy buena familia, y quería comunicar todo lo que sabía. Por eso escribió tantas cosas que hoy se han vuelto ya ridiculas. Toda comunicación tergiversa la realidad. Los verdaderos sabios no ponen su saber en palabras. Asaph no sentía ningún impulso de comunicar sus descubrimientos a los tenderos.

Tuve la sensación de que el conde quería escaparse de la pregunta principal.

—¿Dónde está el cuerpo de Asaph Pendragon? La tumba está vacía...

El conde tardó en responder.

—Quizás lo hayan trasladado a otro lugar... —concluyó al final—. Quizás lo hayan traído al parque de Llanvygan... El decimotercer conde de Gwynedd, John Bonaventura, hizo abrir la cripta de la fortaleza...

¡John Bonaventura! Ese nombre me había cautivado desde que empecé a estudiar la historia de la familia Pendragon en la biblioteca del British Museum. Ya entonces tuve la sensación de conocerlo previamente por mis lecturas. De repente me acordé de dónde lo había leído por primera vez. Se lo dije al conde:

—Ya lo sé. Abrió la tumba que había quedado intacta durante ciento veinte años.

—¿Cómo lo sabe? —me preguntó el conde, muy sorprendido.

—Lo he leído en las memorias de Lenglet du Fresnoy.

—¿Lenglet du Fresnoy? ¿El mismo que escribió un libro sobre la historia de los alquimistas hacia 1760?

—Sí, ese mismo.

—¿De qué más habla en sus memorias?

—No me acuerdo muy bien, sólo sé que dice cosas muy extrañas. Dice algo como que Asaph Pendragon no ha muerto... o algo así... No me acuerdo muy bien...

—¿Cómo llegaron a sus manos las memorias de Lenglet du Fresnoy? ¿Dónde se conservan?

—El manuscrito perteneció al legado del vizconde de Breadhill. Lo incluimos en el catálogo hace un año apenas. Lo vi entonces. Ahora ya está en la biblioteca del British Museum.

—¿Qué me dice? ¿En el British Museum? Pero si eso es terrible...

El conde iba y venía dando grandes zancadas. Ahora lo comprendí: las dimensiones de la sala estaban previstas para tales andanzas. El parqué crujía, las estatuas que decoraban los armarios y los estantes se movían con tanta agitación.

—Debemos hacer algo, doctor, debemos hacer algo. No puedo soportar la idea de que los secretos mejor guardados de mis antepasados se encuentren al alcance de cualquier persona. Me da la sensación de tener que compartir la cripta familiar con los lectores de la biblioteca del British Museum. Por otra parte, me tengo que enterar de lo que hay en aquellas memorias. Tenemos que conseguir ese manuscrito... Pero yo no puedo ir a Londres ahora mismo. Esos malvados... ¡Ya está! ¡Doctor! ¡Usted mismo irá a Londres por mí!

—Con sumo placer, milord.

El conde se calmó, como se calma el mar tras la tormenta, y volvió a su sillón.

—La verdad es que el British Museum me debe mucho. Cuando me convertí en conde, les regalé muchos volúmenes de esta biblioteca. Usted irá a ver al director de la biblioteca y le hará la oferta de intercambiar algunos libros. ¿Qué deberíamos proponerles?

—Quizás alguno de los códices persas.

—Muy buena idea. Mañana por la mañana haremos un inventario de los códices persas, y usted les dirá que pueden escoger el que quieran. Creo que uno de estos

códices vale diez veces más que las memorias de Lenglet du Fresnoy. Si se presenta algún inconveniente, usted irá a ver a mi abogado, Alexander Seton del Inner Temple. Vaya a verlo de todas formas y coméntele el asunto. Ahora mismo escribiré las cartas: una para él y otra para el director de la biblioteca.

—Milord —le dije con toda sinceridad—, me presentaré en la biblioteca del British Museum con la debida dignidad de un emisario de Llanvygan...

Entró Rogers y me entregó mis balas.

—No he encontrado nada sospechoso en el parque —informó.

—Revise de nuevo todas las entradas —dispuso el conde—. Y ponga un guardián en el pasillo que conduce a las habitaciones de Cynthia y de Osborne. Nunca se sabe, desde el asunto de la puerta y del boquete...

A continuación se despidió de mí, y yo me fui a dormir.

Estuve en mi habitación, muy alterado, fumando un cigarrillo tras otro. Era una de esas noches en que uno es incapaz de traer a la memoria la paz que proporciona al rostro humano el hecho de fumar en pipa.

«Mañana iré a Londres para cumplir con el encargo del conde. ¡Cuántas cosas han ocurrido hoy! La tumba del Rosacruz, la puerta y el boquete, el desenmascaramiento y posterior huida de Maloney, además de los secretos recogidos en todos esos libros valiosos. ¿Quién sería capaz de dormir tras un día así, después de haber estado entre paredes a punto de derrumbarse?»

Hay algunos momentos en que todo adquiere un profundo significado. A través de la ventana abierta, penetraba en mi habitación el aroma de distintos perfumes: el perfume dulce y embriagador de las flores del jardín, de los árboles, un olor a paja y a establo, además de otro olor amargo que no podía identificar. Me sentía triste como un adolescente, como si contemplara el gráfico descendente de mis historias amorosas; por otra parte también confiaba en el futuro, claro, pero con cierta cautela; anhelaba la piel del oso que iba a cazar, y tenía la sensación de poder oír cualquier ruido, aunque procediera de un lugar situado a diez kilómetros de distancia.

Sabía que en la cocina se desarrollaba una actividad frenética, que alguien —probablemente el jardinero— se paseaba por el jardín, que en la habitación de Cynthia había luz, así que me entraron ganas de ir a verla. Seguramente estaría escribiendo a máquina, pergeñando una carta. Cada dos días, ella escribía una misiva de unas veinte páginas a su misteriosa amiga.

Era verano, pero yo sabía que el otoño y el invierno no tardarían en llegar, que las Navidades serían blancas, y que entonces daría un gusto especial la ceremonia de tomar el té. Me hubiese encantado navegar por lagos verdes en cuyo fondo estarían escondidas unas hermosas islas de coral... Hubiese querido hacer muchas cosas, y mis deseos me hacían partícipe de todo lo que existía.

Así suelen ser los días en que alguien muere.

Así me había sentido antaño la noche en que el pobre Joe había ingerido veneno tras no haber encontrado a nadie que le comprara su máquina de escribir. Así me había sentido también la mañana en que leí en el periódico que Jennifer Andrews se había ahogado en el mar, junto con un grupo de excursionistas. No sabemos dónde termina nuestra alma. (Creo que esto lo escribió Imre Madách.)

Decidí dar un paseo por el parque. No podía pensar en dormir. Sin embargo, me atormentaban varios temores indefinidos.

Unas imágenes terribles desfilaban ante mis ojos. No quería pensar en ellas, pero tampoco podía impedirlo. Mi imaginación estaba invadida por las figuras de los extraños animales del conde. Veía flotar los cuerpos transparentes de esos enormes ajolotes entre plantas acuáticas de largos tallos. Algunos de ellos habían muerto más de diez veces... Si alguno de esos bichos se liberara... y entrara en mi habitación...

Encendí la luz de la lámpara del techo y me puse a andar de arriba abajo.

Me embargaba un extraño nerviosismo, la natural consecuencia de un día agitado, demasiado cargado de acontecimientos. En otras ocasiones transcurren meses enteros sin que me ocurra nada especial.

Llegaron hasta mí unos sonidos que identifiqué como los de un buho. Un ave extraña que puede ver en la oscuridad, como la gente de Connemara.

Hubo otro grito..., el grito de alguna otra ave que se despertaba. Si entendiera de ornitología, sabría decir de qué tipo de ave se trataba...

Se oyó el crujido de una rama rota por el viento.

Se oyeron también unos pasos sosegados..., me imaginé que los de alguno de los dos perros grandes: uno se llamaba Maxim y el otro, un San Bernardo, Emir. Me pareció bastante extraño que unos animales tan grandes caminaran sin hacer más ruido.

A continuación hubo también otros ruidos apagados, me parecía como si alguien estuviera golpeándome en la cabeza con un palo envuelto en trapos... Una persona andaba de un lado para otro en la habitación de arriba, la del conde. Por lo visto, él tampoco podía dormir.

La luna era como... como..., bueno, quién sería capaz de hacer una comparación sobre la luna que no se haya dicho todavía. La luna era como suele ser la luna.

Hubo otro ruido más, como si alguien estuviera arañando las paredes. Quizás los ángeles de la guarda del castillo estuvieran limpiando las paredes tratando de dejarlas relucientes para el día siguiente.

«¡Doctor! ¡Es que están arañando las paredes de verdad!»

En un momento dado, se oyó un terrible grito inhumano que quebraba la quietud de la noche. A continuación, se escuchó un golpe seco desde abajo, desde muy abajo, desde las más oscuras profundidades.

Me fui corriendo a la ventana. Abajo se veía un cuerpo oscuro que se contorsionaba. Encima de mi cabeza, en el balcón, había alguien de pie. Me parecía

que flotaba, pues todo era extraño e inverosímil. Imaginé que llevaba una vestimenta negra y un cuello parecido a una piedra de molino. Por unos momentos pensé que todo aquello era tan sólo fruto de mi imaginación, instigada por la noche llena de enigmas...

La aparición sólo duró unos segundos y se desvaneció.

De repente, como una explosión, se impuso la realidad. Se abrían y cerraban puertas, voces nerviosas formulaban preguntas por todas partes. Por el jardín corrían varias personas, provistas de linternas.

Salí al pasillo y bajé al jardín, completamente igual a mí mismo, siendo por entero János Bátky. Se habían terminado las brujerías.

Ya en el jardín, nos reunimos alrededor del cadáver. Estaba presente el conde, despeinado y en bata, también Osborne, vestido con un impermeable, todos extraños y extrañados.

Alguien levantó la cabeza del cadáver, y todos reconocimos inmediatamente a Maloney.

Así de sencillo e inequívoco es todo cuando alguien muere. Mientras vivía, albergaba astucia y malas intenciones que intentaba disimular hablando constantemente, como un auténtico barón de Münchhausen. De repente, su cuerpo yacía ante nosotros: había regresado tras haber conseguido una perfecta coartada con su huida en moto, había querido penetrar en la habitación del conde trepando por el muro y se había caído, quizás empujado por unas manos invisibles. Incluso la gente de Connemara muere tras una caída desde dos pisos de altura.

El conde asumió inmediatamente el mando. Con espíritu militar dispuso lo que debía hacerse con el cadáver.

Cuando lo levantaron, me di cuenta de que el pobre infeliz había caído de una manera muy extraña: se le había torcido el cuello y miraba hacia atrás, como los adivinos en la *Divina Comedia*.

Subí a las habitaciones junto con Osborne y escuché su comentario, un extraño discurso fúnebre sobre Maloney:

—Era el asesino más simpático que yo haya conocido jamás.

Durante la noche, volví a oír el ruido de unos cascos de caballo. Siempre duermo medio despierto, y las tensiones de esa noche me mantenían todavía más en vigilia. Me despertaba sobresaltado cada cinco minutos, y me lanzaba, entre gemidos, en brazos del sueño que se encontraba del lado opuesto de la cama.

Escuché el galopar de un caballo hacia las tres de la madrugada. Me acerqué inmediatamente a la ventana y vi alejarse hacia la fortaleza al jinete con la antorcha: el mismo que había visto durante la primera noche de mi estancia.

Al día siguiente el conde bajó a desayunar, puesto que había invitado al reverendo Dafyd Jones. Con la excepción del conde, todos estábamos nerviosos y a todos se nos notaba la falta de sueño, especialmente a Cynthia. Aquel día, con sus ojeras y su

palidez, acentuada por su vestido negro, me gustaba todavía más. Parecía la doncella del castillo, asediada por la mala fortuna de la familia.

El conde le comunicó al reverendo la noticia de la muerte de Maloney. Le informó de las sospechas existentes en torno a éste, le explicó que Maloney no había podido defenderse de ellas y que había huido en moto, pero que había vuelto aquella misma noche, había intentado penetrar en su habitación del segundo piso, y se había caído y se había matado.

Dispuso que lo enterraran ese mismo día, según el rito de la Iglesia anglicana, aunque no se sabía qué religión había profesado Maloney. Encargó a Osborne que se ocupara de todo lo demás. Ninguno de nosotros conocía a la familia de Maloney, él nunca nos había mencionado a nadie. Rogers observó que Maloney no había recibido ninguna carta durante su estancia en Llanvygan.

A mí, el conde me pidió que me ocupara sin más dilaciones de lo que me tenía encargado. Me di cuenta de que nos sería imposible catalogar debidamente los códices persas, puesto que ninguno de los dos sabíamos persa. De los códices, sólo entendíamos las ilustraciones. Así que el conde me propuso escoger los cinco manuscritos que a tenor de sus ilustraciones parecían los más antiguos y valiosos, y que me los llevara conmigo.

Escogí cinco códices y los envolví bien para el viaje. Después del almuerzo, me despedí del conde y le prometí volver lo antes posible con el libro que tanto le interesaba.

A continuación, me despedí de Cynthia, bastante emocionado, puesto que se trataba de nuestra primera despedida. Cynthia, acorde con la timidez típica de los ingleses, me dijo conmovida:

—Espero que haya tenido una estancia agradable entre nosotros...

Ambos estábamos tan desconcertados que aquello resultaba más significativo que cualquier palabra.

Llegué a Londres por la noche, a mi pequeño hotel habitual, uno de los muchos que hay detrás del British Museum. Deshice mi equipaje y bajé al restaurante para cenar el roastbeef de siempre con las horribles verduras con las que lo servían.

Después de cenar, estaba removiendo, con expresión afligida, el líquido pardusco que llaman café, mientras me preguntaba si el hecho de que los ingleses sean incapaces de preparar un café de verdad se debe a su puritanismo o bien a sus creencias metodistas, cuando sentí que unas pesadas manos se apoyaban en mis hombros. Parecían las manos de una estatua de piedra.

Levanté la vista y constaté con alegría que se trataba de una antigua conocida mía, Lene Kretzsch, becaria del Estado prusiano en Oxford, donde llevaba a cabo estudios de Historia. Ella casi siempre pasaba sus vacaciones en Londres, investigando en el British Museum. En tales ocasiones se alojaba en mi hotel y mantenía conmigo una estrecha amistad, puesto que era para ella casi un colega, asiduo de la biblioteca del British Museum.

Pero yo le tenía cierto temor, y a veces, sobre todo cuando me sentía algo triste, no volvía al hotel a cenar, para evitar así que ella se uniera a mí con la intención de tomar unas cuantas cervezas. No es que ella fuera fea, era una mujer bastante guapa, alta y fuerte, y tenía mucho éxito con los hombres. Era decididamente atractiva. Era una de esas mujeres que tenían siempre una carrera en las medias, o bien perdía un botón, o incluso se le rompía la blusa, así que daba la sensación de estar en constante crecimiento.

Yo le tenía cierto recelo por su carácter. Lene Kretzsch era *Gemütsmensch*, es decir que tenía un corazón grande y siempre estaba dispuesta a ayudar. Al mismo tiempo, era una mujer moderna y por lo general se adelantaba unos quince días a su época. Odiaba el sentimentalismo, cualquier expresión de cualquier estado emocional, y era partidaria fervorosa del *Neue Sachlichkeit*.

Nuestra amistad tenía su origen en el siguiente hecho: ella me apagó cuando ardí. Esto ocurrió un día en que yo estaba leyendo el *Times*, sentado al lado de la chimenea. (Tengo que confesar que nunca he llegado a dominar el manejo de los periódicos ingleses, parece que hay que nacer para ello, para saber doblar esos diarios tan enormes de manera que sean manejables.) Aquel día la cosa fue así: toda la sala del hotel parecía estar llena de *Times*.

El joven mozo llamado *page* acababa de echar leña a la chimenea, sin poner mucha atención en lo que hacía. El *Times* ardió, y yo mismo parecía una zarza ardiente. No me acuerdo de los detalles, sólo sé que Lene se me acercó de un salto y apagó el periódico echándome por encima el contenido de una tetera que tenía delante, me agarró del cabello para ver si estaba chamuscado, a continuación me subió a su habitación, me quitó la ropa, me lavó y me puso un vestido de corte masculino que me quedaba muy ancho; todo esto sin que me diera tiempo a darle las gracias. Al final me echó una bronca descomunal, afirmando que yo era un inútil.

Desde aquel día, me fue imposible quitarle de la cabeza que yo era un inútil, que en consecuencia no servía para nada, y que necesitaba que alguien cuidara de mí, así que me colocó bajo su tutela.

Entraba sin llamar a mi habitación varias veces al día —¿para qué iba a llamar?—, revisaba mis trajes por si les faltaba algún botón, me traía un vaso de leche antes de irse a dormir, me afilaba las cuchillas de afeitar. Se me acercaba también en la biblioteca, recogía mis notas cuando me disponía a partir, me entregaba mi cartera o bien la llevaba ella misma hasta llegar al hotel.

Me recordaba sin parar lo inútil que yo era. A mí, el asunto no me apasionaba en especial, puesto que lo que ella decía era verdad. La tutela de Lene tuvo sus efectos sobre mí. Poco a poco me volví todavía más inútil de lo que ya era. Empecé a tropezar con las alfombras, intentaba abrir la puerta hacia fuera, cuando se abría hacia dentro, me pasaba largo tiempo buscando mi reloj de pulsera cuando lo llevaba puesto en la muñeca, perdía mis apuntes y, si ella no me avisaba, se me olvidaba almorzar.

La situación era desastrosa. Por suerte, un día caluroso Lene se dio cuenta de que el verano londinense no me sentaba bien, así que hizo mi maleta, me compró un billete de tren y me mandó a Escocia.

La idea no había sido tan mala; hice un bonito viaje por la región de los lagos y no regresé hasta que se reanudó el curso universitario, y Lene volvió a Oxford. Seguíamos viéndonos durante las vacaciones, y nuestra amistad se mantuvo, aunque de una forma menos tormentosa.

Para mi mayor suerte, Lene cambiaba a menudo de protegidos. Era otra cosa que me sorprendía de la naturaleza de Lene: tenía una vida amorosa muy extensa. No soy nada puritano, considero que el amor es un asunto privado, y soy consciente de que Lene se entregaba por tener un corazón muy grande y por ser muy abnegada, pero me sorprendía que se entregara con tanta facilidad al primero que se cruzara en su camino.

Estuvo dos días con un ingeniero chino, una semana con un granjero canadiense, después se lió con un gigoló francés que cedió su lugar a un filólogo alemán que estaba de paso, y al mismo tiempo a un campeón de ping-pong polaco. Ella contaba sus historias de amor a cada uno de sus amantes, y también a mí, y las contaba con todo tipo de detalles increíbles, aunque nunca hablaba de sus sentimientos, si bien a veces ponía mucho énfasis en la *Moralische*, diciendo que era *versteht sich von selbst* (nunca me enteré de qué quería decir con esto); el hecho es que contaba sus historias con aire de objetividad.

He aquí que al volver de Llanvygan me encontré de nuevo bajo las alas protectoras de Lene Kretzsch. Dijo algunas frases faltas de educación sobre mi regreso y me llevó a tomar cerveza. Nunca me había atrevido a tomar tanta cerveza como ella, ni a fumar tantos cigarrillos. Yo la observaba con cierta melancolía, y estuve escuchando sus historias hasta que nos echaron: me contó cómo había sacado del río a dos atletas de Oxford que estaban a punto de ahogarse, cómo había salvado de la ruina absoluta a un escocés millonario que empezaba a derrochar su dinero, cómo había seducido a un profesor de teología que había conservado su virginidad hasta la edad de 45 años.

No tenía ni la más mínima idea de cómo su carácter militar se entrometería en mi pequeña aventura personal en Gales, de la cual no le comuniqué demasiados detalles, puesto que soy partidario de la objetividad y no me gustan las historias confusas. Pero vayamos por partes.

A la mañana siguiente rae preparé para cumplir con mi misión.

No me resultó difícil. El director a quien fui a ver ya había recibido la carta del conde de Gwynedd. Me explicó con todo tipo de detalles que en la historia del British Museum nunca se había producido ningún caso en el que se desprendieran de un libro perteneciente a su colección, y añadió que se trataba de una situación excepcional, debida a los méritos del conde de Gwynedd que había contribuido a la

misma con valiosos obsequios..., y me detalló una larga serie de donaciones que el conde, al convertirse en conde, les había hecho.

A continuación examinó los códices y me rogó que tuviera paciencia hasta la tarde, cuando él obtendría la autorización de sus superiores para entregarme el libro solicitado y los expertos en temas orientales escogerían uno de los códices. Me despedí de él y le envié un telegrama al conde, diciéndole que llegaría al día siguiente con el manuscrito solicitado.

Almorcé en un pequeño restaurante italiano, en el Soho; me había acostumbrado a comer fuera y a cenar en mi hotel, puesto que me resultaba imposible soportar dos comidas inglesas al día.

Al volver al hotel, me esperaba una carta de Eileen St. Claire.

Estimado doctor, creo que ya está usted de vuelta. Le ruego que venga a verme al Grosvenor House.
Eileen St. Claire.

No tenía ni las más mínimas ganas de ir a verla. Desde el incidente del anillo no le tenía demasiada confianza. Estaba seguro de que ella formaba parte del complot contra la vida del conde de Gwynedd. Decidí mantenerme bien lejos del Grosvenor House.

Por la tarde fui a ver a un par de conocidos y luego me acerqué al British Museum. Todo estaba en orden, había llegado la autorización para que me entregaran el libro solicitado, y los expertos ya habían elegido uno de los códices.

—Tengo que admitir que el museo ha hecho un buen cambio —me dijo el director—. Este códice vale su peso en oro, mientras que el manuscrito sólo contiene una serie de idioteces. Claro, al conde le interesarán los datos familiares. El libro cuenta una historia imposible sobre uno de los condes de Gwynedd.

Al llegar al hotel, el portero me miró con aire de darse importancia y me dijo:

—Una señora le está esperando en el salón.

Acudí al salón y encontré a Eileen St. Claire. A su lado, unas damas respetables de Nueva Zelanda realizaban encaje de bolillos, todas con expresión de sentirse ultrajadas. No decían absolutamente nada, pero contemplaban a Eileen St. Claire con esa expresión desaprobatoria típica de las mujeres ante la belleza despiadada de otras.

Me recibió con una sonrisa, lánguida y flemática, como si resultara más que natural que ella me estuviera esperando.

—Tiene que cenar conmigo sin falta —me dijo—. Tengo que hablar con usted. Se trata de algo muy importante.

Le solté una serie de mentiras piadosas. La verdad es que no soy muy bueno para mentir. Las historias de mis citas con amigos sonaban totalmente inverosímiles. Creo que exageré mucho.

Eileen St. Claire no se molestó en perder ni un segundo en creerme. Ni siquiera argumentó. Simplemente se mantuvo en sus trece, repitiendo que teníamos que cenar juntos.

Mi resistencia resultó demasiado débil. La verdad es que no todas las noches tengo la ocasión de cenar con una mujer tan bella. Además, la cena en el Grosvenor House sería diferente a la que me esperaba en mi hotel. ¿Qué podría ocurrir? Sólo le contaría cosas sin importancia. También podría enterarme de algunos detalles que todavía desconocía.

Las razones de mi resistencia tampoco eran muy fundadas. De una forma absolutamente supersticiosa, estaba convencido de que todo lo relacionado con Eileen St. Claire era esencialmente perverso. Quizás porque ella me gustaba muchísimo. Uno suele protegerse contra lo que más desea.

Al final le dije que sí, y llegado ese punto me hubiese parecido terrible que ella cambiara de parecer. Deseaba verla comer y beber, o sea mostrarse como un ser humano.

Subí a mi habitación para dejar los libros, que encerré en el armario. Me cambié con la mayor rapidez y volví a bajar al salón. Ella me ajustó la corbata.

El coche de Eileen St. Claire nos esperaba delante de la puerta del hotel, y en él nos trasladamos al Grosvenor House.

Al subir al coche, ella me preguntó:

—¿Cómo le ocurrió aquella desgracia a Maloney?

—Como habrá podido leer en la prensa: cayó desde el segundo piso, víctima de su pasión por escalar.

—¡Qué terrible! ¡No me lo puedo creer! Una vez estuve con él en Suiza, donde escalaba los picos más escarpados sin problema alguno. Me cuesta imaginar que se haya caído desde un balcón.

—Esas cosas suelen ocurrir. Uno escala cientos y cientos de montañas y rocas, hasta que un día se cae. A lo mejor en un sitio de los más fáciles.

—Maloney no.

—¿Entonces qué le ha podido ocurrir? —le pregunté alterado.

—Lo han empujado.

—¿Cómo? ¿Quién?

—No lo sé. De momento no albergo ninguna sospecha contra nadie. Pero yo conozco mejor a los habitantes del castillo de Llanvygan que usted. Usted, doctor, no sabe en la que está metido.

No quise decirle que sí que lo sabía. Que sabía que Maloney y ella misma formaban parte de un complot. Prefería cenar simplemente con esa mujer bellísima, y no hablar de más cosas que de las que se suele hablar en ocasiones así.

Llegamos al Grosvenor House. Constaté con sorpresa, placer y cierta inquietud que no cenaríamos en el restaurante, sino en la *suite* de Eileen St. Claire.

Nuestro *tête-à-tête* empezaba como el de dos personas que no tienen más intención que la de pasar una velada agradable. Aunque resultaba bastante difícil divertir a Eileen St. Claire. Ella hablaba poco y apenas contestaba a lo que yo le iba diciendo. Yo, por mi parte, hablaba mucho. La excelente cena y el buen vino me habían desatado la lengua.

Eileen St. Claire comía y bebía como cualquier ser humano, comía con apetito y bebía en serio. La bebida parecía haberla hecho más humana. Su voz sonaba menos despiadada, más natural, y ella no dejaba de mirarme a los ojos, con una expresión casi amable, así que me resultaba sumamente atractiva. A veces intenté preguntarle algo sobre su vida, pero ella se negaba a responder.

Estábamos tomando el postre cuando descubrimos que teníamos algunos conocidos en común. A la hora del café me atreví a contarle que lady Nichols solía recibir las visitas íntimas de su chófer ruso vestida con un traje típico de Rusia, para complacer así la nostalgia tan propia de los eslavos... Que Edwin Ponsonby prefería los hombres a las mujeres porque ellas le recordaban todas a la reina Alejandra y le provocaban con ello un respeto desmesurado... Que madame de Marignan se sentía afligida por ciertas costumbres poco higiénicas de sus compatriotas y dejó un letrero colgado de una palmera que se encontraba delante de la entrada de su mansión de Juan-les-Pins que decía: *Pour chiens seulement*... Con estas cosas llegamos a intimar.

Poco a poco se encendía mi imaginación, y yo me sentía cada vez más atrevido. Mi intención era llegar a intimar más con ella... Con Eileen St. Claire nunca se sabía... Cristofoli tampoco lo sabía aquel 14 de julio... Me parecía una buena señal que ella se riera con las tonterías que yo le contaba y que no me preguntara por el anillo ni por otros asuntos desagradables.

El oscuro secreto que ella albergaba en su interior la hacía todavía más atractiva, aunque ya de por sí me resultaba muy guapa.

De repente, sin saber por qué, le solté la siguiente frase:

—He entregado el anillo al conde de Gwynedd.

—Me lo imaginaba. El conde se habrá mostrado... poco contento.

—Pues no lo sé. No me dijo nada, se fue enseguida.

—¿Le dijo usted quién le había entregado el anillo?

—¿Qué se imagina? Usted tenía mi palabra.

—El pobre Maloney me contó en una carta que habían ocurrido cosas terribles en Llanvygan. Me dijo que alguien había disparado al conde. ¿Qué se piensa sobre esto? ¿Quién pudo haber sido?

—A mí no me lo dijeron.

—Y si se lo dijeron, no le habrán dicho la verdad. Si nos llegamos a conocer mejor, le contaré unas cuantas cosas sobre la familia Pendragon.

—¿Cuándo nos llegaremos a conocer mejor? Espero que tengamos repetidas ocasiones para hacerlo. Usted se dará cuenta de lo buena persona que soy.

—Sólo depende de usted que nos llevemos bien. Hasta ahora, sólo le he pedido una cosa y usted no la ha cumplido.

—¿Acaso no he entregado el anillo?

—El anillo..., de eso hace ya mucho. Casi lo he olvidado. Le he pedido que me contara lo que se sepa sobre la muerte del pobre Maloney.

Le volví a contar todo lo que sabía. Le relaté la historia de los entrenamientos nocturnos, le dije que yo mismo había oído cómo cayó y que también vi su cuerpo sin vida.

—Dígame..., ¿antes del suceso no hubo alguna escena entre el conde y Maloney?

—No. Sé con toda seguridad que el conde nunca sostuvo ninguna conversación en serio con Maloney.

Algo que era verdad. Que el conde le mandara aquel mensaje con Osborne era otra historia que no tenía nada que ver. No quería que ella se enterara de que yo estaba al tanto de las oscuras maniobras de Maloney. Tuve cuidado de no excederme con la bebida, para no perder el control de lo que decía.

Eileen St. Claire cambió de táctica. Su rostro adquirió una expresión sentimental, incluso su cuerpo se volvió más dulce, y empezó a contarme una larga historia:

—Ya le he contado, cuando viajábamos hacia Chester, que el conde de Gwynedd había sido uno de mis mejores amigos. Nadie lo conoce como yo, y quizás nadie lo ame como yo. Sé que últimamente han ocurrido muchas cosas terribles, verdaderamente espantosas..., al conde lo quieren asesinar..., usted también lo sabe. Y lo más terrible de todo es que el conde no hace nada para defender su vida. Sólo dos personas saben quién pretende asesinarlo: el mismo conde y yo. Como él no hace nada para defenderse, creo que es mi obligación hacerlo. Quisiera que usted me ayudara a conseguirlo. Usted, según lo que yo sé, lo tiene en gran respeto por...

—Sí, estoy dispuesto a hacer lo que sea en beneficio de la seguridad del conde. Dígame de lo que se trata.

Sin embargo, no le creía ni una palabra. Aunque no hubiese sabido nada acerca de Maloney ni de que ella era su cómplice, tampoco le habría creído nada. Por una parte porque ella estaba de nuevo hablando en ese tono frío, distante e inhumano más propio de un autómata. Por otra parte porque era guapísima.

Nada en el mundo despierta tanto mis sospechas y mi pesimismo como la belleza femenina. Si fuera un dictador, encerraría en la cárcel a todas las mujeres guapas. Las cosas del mundo resultarían así mucho más fáciles.

—Escúcheme, doctor... —me dijo Eileen St. Claire—. Quizá le resulte increíble lo que le voy a decir. Pero a lo mejor lo sabe ya usted mismo. En el castillo o en el entorno del castillo debe de haber alguien que... alguien cuya presencia es, por así decirlo, enigmática y poco definible... o alguien que sabe cómo conseguir que lo envuelva un aire misterioso, echando mano de una serie de supersticiones. Maloney me habló, en su carta, de un campesino loco que había lanzado una serie de premoniciones, y también de un anciano misterioso a quien ustedes habían visto

una noche. El pobre Maloney no podía imaginarse entonces que... ¡Doctor! Sé con toda certeza que ese alguien mató a Maloney...

Eché hacia atrás mi silla, muy sorprendido, y miré fijamente a Eileen St. Claire. Yo también estaba convencido de que el jinete de la medianoche había empujado a Maloney a las profundidades. Fui capaz de verlo durante un instante...

Sin embargo, no había hablado de ello con nadie más que con Cynthia. ¿Cómo podía saberlo entonces Eileen St. Claire?

Por un momento sentí una fuerte tentación de creerla, y de contarle lo que sabía. Pero logré vencer la tentación y no dije nada.

—Ahora ya es demasiado tarde —continuó ella—. Ahora ya no le sirve de nada poner esa cara de tonto. Ya se ha delatado, ya me ha dado a entender que sí que lo sabía. Eso es todo lo que yo quería saber.

—No voy a negarle que yo mismo he visto al anciano enigmático al lado del lago de la fortaleza. Pero no veo la posible relación con todo lo demás.

—Pues es él... Él es quien mató a Maloney, él es quien intentó asesinar al conde. Y yo sé quién se esconde detrás de su máscara. Si usted me ayuda, podremos desenmascararlo.

—¿Cómo?

—Para lograrlo, se necesita su confesión, doctor. Ponga usted por escrito ante testigos que usted ha visto a aquel hombre enmascarado en el balcón desde donde Maloney cayó.

Qué extraño... ¿Cómo podía saber ella que yo lo había visto?...

Ya comprendía yo de lo que se trataba. La trampa había sido urdida con mucha habilidad. Parecía efectivamente que ella rogaba mi confesión para asegurar los intereses del conde de Gwynedd. Probablemente la hubiese creído, si Maloney no me hubiese hablado de ciertas cosas la última noche de su vida, olvidándose por completo de tomar ciertas precauciones. Si él no me hubiera confesado que era miembro de una banda de malhechores que pretendía impedir que la herencia de William Roscoe llegara a las manos del conde, si no me hubiese propuesto formar parte de la misma...

—Lamento decirle que no puedo firmar nada sin consultar previamente con el conde. Al fin y al cabo, él es el principal interesado por lo que respecta a salvar su vida.

—Bueno, si usted no quiere ayudar a salvarle la vida...

—En todo caso prefiero consultar antes con él.

Eileen St. Claire parecía estar un tanto confundida.

—El conde nunca lo consentiría... Nunca permitiría que la policía interviniera en sus asuntos. Es mucho más orgulloso... Y sin embargo, es preciso salvarlo.

Eileen St. Claire se levantó, se acercó a mí y me puso la mano sobre el hombro. Sus senos casi rozaban mi rostro. Creo que tal cercanía de su cuerpo hubiese despertado sentimientos amistosos incluso en una momia.

Le rodeé la cintura.

—Tenga usted confianza en mí —me pidió, y me preguntó, mientras me acariciaba el cabello—: ¿Verdad que la tiene?

Incluso la momia arriba mencionada le hubiese asegurado tener confianza en ella. Sin embargo, en mí se despertó el diablillo de la paradoja, más fuerte que mis instintos, que a veces me obliga a hacer cosas de lo más inverosímiles.

—No tengo ni la más mínima confianza en usted —le declaré, con ternura pero con seriedad—. Estoy informado de todo. Sé que usted también se interesa por la herencia de Roscoe.

Eileen St. Claire me apartó de su lado con un empujón.

—¿Qué puede saber usted? —me preguntó con una risotada.

Me levanté. Estuvimos mirándonos sin decir nada. Incluso iracunda, seguía siendo muy hermosa.

—Vayase a su casa —concluyó.

—Me voy —le dije—. Por otra parte, creo que sería más sensato aclarar ciertas cosas.

—No sé a qué se refiere. No hay nada más que hablar. Vayase usted a su casa. ¡Qué descarado!... Nunca en mi vida me he visto obligada a desengañarme así de nadie. Usted parecía tan tierno, tan sencillo... ¿Quién se cree usted que es? —me preguntó de repente, con los ojos abiertos como platos.

—Le doy mi palabra de honor de que no soy detective y de que no tengo nada que ver con este asunto. Me veo involucrado en ello por su culpa, por culpa del anillo.

El tono asustado de su voz, al formular su última pregunta, hizo que yo me sintiera dueño de la situación. Desapareció mi timidez, y me aproveché de la circunstancia, puesto que nunca en mi vida ninguna mujer había tenido miedo de mí.

La novedad de la experiencia me volvió casi cruel. Creo que me comporté de una manera muy extraña, como Schlesinger con la manguera del zoológico en el momento de darse cuenta de que en realidad era una cobra.

—Quizás le pueda interesar —le dije, con la seguridad de una cobra— lo que sé de verdad. Lo que me han contado y el daño que le puedo causar a usted, si me lo propongo.

—¿Daño? ¿A mí?

—Si le interesa, siéntese aquí en el sofá, a mi lado. Le voy a contar todo.

Eileen St. Claire se sentó, resignada.

Un psicólogo calificaría seguramente como sadismo puro y duro lo que hice, el placer que sentía al acariciar ese cuerpo femenino sin igual que estaba muy tenso debido a la ira que esa mujer tenía que reprimir, cuando en realidad le hubiese gustado abofetearme; pero tenía que aguantarse, porque sólo así podía enterarse de lo que tenía que enterarse como fuera.

Le conté lo poco que sabía. Le dije que Maloney había llegado a Llanvygan por encargo de los herederos de Roscoe, que él mismo había disparado al conde, que él

mismo había abierto aquella puerta en la fortaleza, que él mismo había querido robar los documentos con los que el conde podría probar que la enfermedad de William Roscoe había sido provocada de forma artificial... Le dije que sabía que ella misma formaba parte del complot, que me había entregado el anillo para que yo también despertara sospechas y así desviara la atención sobre Maloney hacia mi propia persona...

La verdad es que en mi relato no había absolutamente nada que me sirviera si quería perjudicar a Eileen St. Claire, si quería llevarla delante de un tribunal. No había prueba alguna, todo eran meras suposiciones. Cuando le hube soltado todo, consideré que mi actuación había tocado a su fin. Eileen St. Claire me podía echar, todavía más furiosa, puesto que la acababa de asustar sin fundamento alguno..., y me disponía a partir, con calma, aunque con el cuerpo enardecido, pero con la certeza de haber acabado con Eileen St. Claire.

Sin embargo, no ocurrió así. Cuando, tras terminar mi historia, me levanté, Eileen St. Claire esbozó una sonrisa irónica y me dijo:

—*Well*..., ¿ya no le apetece hacerle más caricias a la pobre Eileen?

Me tendió la mano, y cuando me di cuenta ya estábamos abrazándonos y besándonos con mucha pasión.

En ese momento, me pareció que ese beso, totalmente inesperado, era lo menos comprensible de toda mi oscura aventura en Llanvygan.

Unos momentos después, cuando nos volvimos a sentar a la mesa, extenuados, mientras ella pedía una botella de champán, empecé a atisbar de lo que se trataba. Yo no soy nada vanidoso, y ni por un instante me imaginé que mi «éxito» se debiera a mi *sex-appeal* masculino. De todas formas, Eileen no era el tipo de mujer que se entretiene con sentimientos inútiles de esa índole.

Al contrario: de una forma extraña, pero comprensible, ella había interpretado mal mi comportamiento. Tras hablar yo mal de ella, no me comporté como lo hubiese hecho cualquier inglés, no le había gritado *Vade retro*, Satanás, sino que compartí con ella la cena y hasta la obligué a flirtear conmigo. Es una verdad innegable que los malvados piensan que todos los demás también lo son. Eileen, basándose en mi propio comportamiento, había llegado a la conclusión de que podía llegar a un acuerdo conmigo, aunque yo no quisiera ceder a la primera; creía que sólo tenía que esperar el momento más apropiado, que sólo tenía que pagarme el tributo justo y merecido. Y ese tributo, o por lo menos parte del precio, era ella misma.

Mientras estábamos bebiendo champán y nos íbamos haciendo cada vez más amigos, se despertó en mí el universitario que se había examinado de ética kantiana.

Me preguntaba lo siguiente: como Eileen St. Claire no conseguiría de mí lo que pretendía, como nunca obtendría mi confesión, ni mi complicidad o no sé bien qué, ¿tendría yo derecho a aceptar su entrega? ¿No sería ésta la actitud abominable de un hombre que no paga por los placeres recibidos?

Sin embargo, logré apaciguar mi conciencia. En estados de ánimo así, la conciencia es lo único que se puede apaciguar. Yo no le había prometido nada, era ella la que había empezado este juego de azar.

—Y ahora váyase de verdad —me dijo después de terminar la botella de champán, aunque sus ojos parecían sugerirme que me quedara toda la noche.

—¿No pretenderá que termine la cena a la hora de los entrantes?

—Han sido unos entrantes muy copiosos... De todas formas... sólo depende de usted...

—*Well*?

—Váyase al escritorio y ponga sobre el papel lo que vio en Llanvygan durante la noche de anteayer.

Me levanté, dominado de nuevo por la ética kantiana.

—Escúcheme, Eileen... Irme ahora sería la cosa más indignante que le puede ocurrir a un hombre... pero yo prefiero irme. No firmaré nada sobre el particular, no cuente usted conmigo.

—Bueno, váyase, pues... —me dijo Eileen, y en un instante estaba ya en la habitación contigua, en la cama, sonriendo, esperándome.

No entiendo cómo podía tener tanta práctica en quitarse la ropa con tal rapidez. Debo confesar que yo tardé mucho más que ella. Un traje de hombre es muy difícil de quitar, y en estas ocasiones festivas siempre tengo dificultades para desatarme los cordones de los zapatos.

El regalo de Eileen St. Claire era indudablemente muy valioso. Nunca he pasado una noche amorosa tan intensa y tan variada como ésa. El cuerpo que vibraba y ondeaba entre mis brazos ejecutaba miles de movimientos sugerentes y se mostraba siempre maravilloso, admirable, imposible de abarcar, como el mar.

Me desperté al alba, tras un breve sueño agotador. Ella dormía con una expresión cruel, de belleza impenetrable, cubriéndose el rostro a medias con su hermoso brazo derecho.

Me levanté, me acerqué a la ventana y encendí un cigarrillo. Del otro lado se veía, iluminado por una luz azulada, Hyde Park. Por encima del césped flotaban unas nubes blancas que parecían no saber qué hacer. Todo me pareció entonces pecaminoso, incorrecto, tuve la sensación de haber hecho algo indebido. La mala conciencia del muchacho se mezclaba con las preocupaciones del hombre neurótico: me preguntaba qué buscaba allí, en vez de estar paseando por Hyde Park con la frente limpia y bien alta...

—*Chéri* —me dijo Eileen, despertada por el humo.

Me acerqué a ella y le besé la mano.

—*Chéri* —me preguntó con voz cansada—, ¿no habrás cambiado de opinión?

—¿En qué debería haber cambiado de opinión, *chérie*?

—Pues ya sabes, *chéri*, en lo de poner por escrito tu confesión..., ya sabes..., sabes muy bien que lo necesito... —me repitió, ligeramente enfadada, como si yo me

estuviera mostrando olvidadizo, como si ella estuviera absolutamente segura de que yo acabaría por escribir lo que me pedía.

Hubiera podido matarla y sentía muchísima vergüenza.

Desayunamos y nos despedimos.

Ella estaba sentada en la cama, sonriendo, y me dijo:

—Has estado encantador, *chéri*, y espero que nos volvamos a ver. Pero sólo si me traes lo que te pido. Si no, no volveré a hablarte. Por otra parte, estoy segura de que me traerás tu confesión. Mañana..., ¿vale? *So long!*

Tomé un taxi, avergonzado por mi traje de noche, tiritando de frío y de sueño.

En el taxi tuve tiempo para reflexionar y creí haber comprendido el secreto de Eileen St. Claire. Me acordé de Cristofoli, y llegué a la siguiente conclusión: «Eileen confía totalmente en su talento para la seducción y en sus artes amorosas. Piensa, probablemente basándose en sus experiencias, que alguien que la haya conocido de manera íntima no podrá vivir sin ella, o por lo menos no por largo tiempo. Se cree que el recuerdo de su cuerpo me atormentará y se convertirá en una idea fija, en una obsesión, en un sentimiento amoroso obligado, y que volveré a su lado, cueste lo que cueste».

Al llegar a esa conclusión, una sonrisa irónica cubrió mi rostro, aunque sin utilidad alguna, puesto que en el taxi nadie me veía.

Eileen no conocía mi naturaleza o mi falta de naturaleza. No soy como Cristofoli, que se había separado de ella con la repugnante sonrisa de los beatos en los labios y enloqueció totalmente por no poder volver a verla. En mí, de una noche como ésta no suele quedar más que el molesto cansancio de haber dormido poco y un desagradable remordimiento.

Tampoco soy un *gourmet*, no me cautiva la perfección de unas hermosas curvas femeninas, ni la de las técnicas amorosas que Eileen St. Claire me había demostrado. Tampoco soy de naturaleza fogosa, es decir que sólo lo soy para las cosas relacionadas con la Historia o con las Bellas Letras. Busco otra cosa en las mujeres, no me importa demasiado la armonía fugaz de sus curvas o sus artes amorosas, esas cosas nimias... Amo otra cosa en las mujeres, algo que está más allá de todo eso.

Me cautiva de las mujeres el que hayan sido símbolos de algo. Una mujer me cautivó porque representaba para mí Suecia, otra porque me hacía presente el siglo XVIII con su fragilidad parecida a una porcelana de Sévres. Otra me recordaba a Juana de Arco, otra a Diana, la divina cazadora. Al besar a Cynthia, sentía que estaba flirteando con los sonetos ingleses de versos yámbicos. Otra logró cautivarme porque me recordaba las vacas que pastan por los verdes prados suizos de los Alpes. *Deie Weiber sind silberne Schalen, in die wir goldene Äpfel legen.*

A Eileen St. Claire la amaba porque ella representaba ante mis ojos lo Malvado. Había ocurrido, yo ya sabía todo sobre el asunto, lo había experimentado, ya sabía qué significaba pasar una noche con la mentira y el asesinato. Me había encantado,

pero ya no me interesaba para nada. Mi curiosidad erótica había quedado satisfecha. Estaba seguro de no volver a desear los besos de Eileen St. Claire.

Si alguien me hubiera dicho entonces que yo volvería a hacer el amor con Eileen St. Claire, me habría reído en su cara, y si me hubiese dicho además en qué circunstancias, habría creído que dicha persona estaba loca.

No sé a qué trucos inconscientes recurro para que las habitaciones en donde me alojo se conviertan en un lapso de tiempo muy breve en unos lugares absolutamente inhóspitos. Se dice que una habitación delata inmediatamente que la ocupa una mujer: esas habitaciones suelen estar llenas de cachivaches, de mantelitos, de florecitas; y el aspecto íntimo de esos artefactos de belleza irradia la calidez del cuerpo femenino. Mis habitaciones suelen ser muy distintas. En ellas nunca hay cachivaches, la habitación recuerda más bien una celda. Se llena por completo de libros que cubren cualquier superficie, y sólo la presencia de algunas pipas baratas rompen la monotonía.

Al entrar en mi habitación, su aspecto me pareció especialmente árido. La cama estaba hecha, yo no había dormido en ella, me sentía agotado y tenía frío, y la habitación no mostraba ni una pizca de hospitalidad. Tuve un mal presentimiento.

De repente, me di cuenta de qué se trataba, y me acerqué corriendo al armario. La cerradura había sido forzada. Conté los códices persas. Estaban todos. Pero faltaban las memorias de Lenglet du Fresnoy que el conde me había encargado. El libro había desaparecido: me lo habían robado.

Mi primera idea fue saltar por la ventana. Bajé a la planta baja, y me presenté en el despacho del gerente.

Le expliqué lo que me había ocurrido, le conté que la cerradura del armario había sido forzada. El gerente se mostró muy preocupado, pero no supo qué decirme. Había mucha gente en el hotel. La noche anterior había llegado un nutrido grupo de escoceses que venían a un partido de rugby que se iba a celebrar entre los equipos de Inglaterra y Escocia. La ciudad entera se había llenado de escoceses vestidos con faldas y gorros de Tam-o-Shanter.

—En todo caso, habría que avisar a la policía.

—Sí, me voy ahora mismo a las dependencias de Scotland Yard —le dije. Mi alma burguesa pretendía refugiarse bajo las alas de la policía.

Sin embargo, el pesimismo se apoderó de mí. Estaba seguro de que el libro en cuestión no se encontraba en el hotel, y me parecía poco probable que lo pudieran encontrar en Londres, donde vivían ocho millones de personas en un territorio del tamaño de una provincia entera. Es posible que el libro ya ni siquiera se encontrase en la ciudad. Es posible que estuviera ya a bordo de un avión de la compañía India Mail, rumbo a Oriente...

De todas formas decidí ir a la policía. Subí a mi habitación, me bañé, me afeité y me vestí. Tuve la sensación de que al ponerme un flamante traje de día había roto el

hechizo de mis extraños amores de la noche anterior. Pensé que quizás todo se arreglaría.

Al bajar, una carta me esperaba en recepción. El portero me dijo que la había traído un muchacho, un cuarto de hora antes. La carta estaba escrita a máquina y decía lo siguiente:

No haga cosas precipitadamente. Si quiere recuperar el libro, venga esta noche, a las nueve, al Café Royal. Si avisa a la policía, nunca lo recuperará.

La carta tenía probablemente razón: la policía no podría ayudarme a recuperar el libro. Tampoco el conde estaría de acuerdo en comunicar sus asuntos a la policía. A la mañana siguiente aparecería todo en los periódicos, y el conde se enfadaría.

Tras una breve reflexión, llamé al *page* y puse un telegrama al conde, con la siguiente frase:

Libro robado, estoy en ello, espero recuperarlo pronto, mandaré carta.

A continuación, escribí la carta que mandé urgente.

Almorcé, tomé un calmante y me acosté. Aunque el mundo se derrumbara, yo no renunciaría a mi siesta.

El Café Royal es casi la única cafetería que existe en Londres. Pretende parecer una cafetería francesa. La puerta de entrada, la gorra del portero y hasta las cucharillas llevan una hoja de laurel con una «N» en el centro, como si todo aquello hubiese pertenecido a Napoleón. El café se sirve en vasos, el aire está siempre viciado y las sillas son incómodas, así que uno tiene la sensación de estar en París. La cafetería había servido de punto de encuentro para los miembros de la inteligencia inglesa, y sigue atrayendo unos clientes interesantes, sobre todo actrices y extranjeros.

Me senté al lado de una de las paredes y esperé.

A las nueve y cuarto, un hombre desconocido se acercó a mí.

—¿El doctor Bátky? —me preguntó.

—El mismo.

El desconocido se sentó.

Lo reconocí enseguida. Un hombre de aspecto tan desagradable, de cara gris y verdosa, parecida a la de un cadáver, con ojeras marcadas y orejas minúsculas, no se ve todos los días. Era el mismo individuo que yo había visto en compañía de Eileen St. Claire en Fontainebleau, del cual se decía que era su médico, el que había dejado tan afligido a Cristofoli.

—*Well*... Me pregunto si podemos hablar tranquilamente... —me dijo y miró a su alrededor.

Una de las mesas contiguas a la nuestra estaba vacía y la otra la acababan de ocupar un hombre hindú con barba y turbante y una señora vestida según la costumbre indostaní, muy voluminosa.

—Si no tiene usted inconveniente, le propongo que hablemos en alemán —me dijo el hombre, hablando en alemán, con un fuerte acento inglés—. Creo que así nuestros vecinos no nos podrán entender.

—De acuerdo —respondí.

—Dos personas inteligentes se entienden con pocas palabras —continuó.

Tengo que confesar que por muy repugnante que me pareciera aquel hombre, tenía el aspecto de ser un hombre inteligente.

—El libro que usted ha venido a buscar a Londres está en mi poder. Nosotros lo sabemos absolutamente todo. Usted todavía no había llegado a Londres cuando nosotros ya sabíamos que usted venía a buscar un libro que le interesa muchísimo al conde de Gwynedd.

—Estupendo —le dije—. Sin embargo, me veo obligado a advertirle de algo, para abreviar las cosas. Usted me dirá ahora mismo la siguiente frase: «Doctor Bátky, usted es un famoso médico». Permítame hacerle ver mi pasaporte para convencerle así de que no soy médico.

—Ya lo sé. Eso es agua pasada. Pero vayamos por partes. No veo ninguna razón para no decirle que el manuscrito me ha decepcionado profundamente. Sé que contiene algunas alusiones a asuntos familiares, cosas que sólo le pueden interesar al conde, pero no hay nada que nos pueda importar a nosotros.

—¿Quiénes son «nosotros»?

—Ya se lo explicaré. Lo que le quiero decir es que yo no necesito para nada dicho manuscrito. Estoy dispuesto a entregárselo, con ciertas condiciones.

—Es decir que se propone chantajearme. Quiero que sepa, señor, que no tengo fortuna, y que no tengo absolutamente nada que ver con el asunto. Usted debería dirigirse directamente al conde de Gwynedd.

—¡Qué va! El conde de Gwynedd es un pobre diablo en comparación con nosotros. No necesitamos su dinero. Todo depende de usted.

—No entiendo nada.

—Le pido lo mismo que le ha pedido Eileen St. Claire: que ponga usted por escrito sus recuerdos sobre la muerte de Maloney, con especial mención de la persona que se encontraba en el balcón en el momento de la caída de Maloney.

—Ya le he dicho a ella que no podía hacerlo. Para empezar porque no he visto a nadie en el balcón.

—Y sin embargo, yo sé con absoluta certeza que usted sí ha visto a alguien.

—¿Cómo lo sabe?

—Lea usted esto.

Me entregó una carta escrita a máquina, plegada de tal manera que yo sólo fui capaz de leer lo siguiente:

He visto claramente cómo Maloney salió al balcón, desde la habitación que ocupaba en el castillo, y cómo subió trepando al balcón superior. Entonces salió al mismo balcón un hombre vestido de negro y agarró a Maloney. Estuvieron forcejeando durante unos segundos, tras lo cual Maloney cayó del balcón. Cuando la gente llegó abajo, él ya estaba muerto. Nadie mencionó el hecho de que Maloney tuviera el cuello retorcido. Al gigante del balcón sólo lo llegó a ver una persona aparte de mí: el doctor húngaro. Apareció en su ventana en el mismo instante en que se oyó el grito de Maloney...

Es decir que yo no fui el único que llegó a ver aquella aparición terrible en el balcón. Ya no me era posible pensar que se trataba de una visión producida por mi estado nervioso. Alguien empujó a Maloney desde el balcón, o por lo menos estuvieron forcejeando, y Maloney cayó después. Así se salvó el conde de Gwynedd, a costa de la vida de Maloney. Y sus enemigos quieren utilizar este hecho en contra del conde.

Y también es obvio que tienen un informador dentro del castillo que sabe todo lo que ocurre. ¿Quién puede ser?...

—La carta afirma que la tragedia de Maloney tuvo otro testigo, además de mí. Por otra parte, esta persona parece haber visto mucho más que yo. ¿Por qué no utilizan su testimonio?

—Usted es demasiado curioso. De nosotros dos, sólo yo tengo derecho a hacer preguntas. Si usted me pone su testimonio por escrito, le entregaré el manuscrito.

—Muy bien. Sin embargo... Dígame: ¿para qué quiero yódanos Bátky, dicho manuscrito? No soy el responsable de que me lo hayan robado. Si usted no me entrega el manuscrito, mañana volveré a Llanvygan y dejaré lo demás en manos de la policía. Después de nuestra entrevista, seré capaz de dar una descripción perfecta de usted.

—Muy bien. Pero ¿no cree que lo primero que hará la policía será detenerlo a usted?

—¿A mí? ¿Por qué razón? El conde me conoce y sabe que soy inocente.

—¿Está usted seguro de ello? —preguntó el asqueroso desconocido, riéndose para sí de una manera antipática.

—Estoy absolutamente seguro —le respondí, ultrajado—. El mismo conde me lo ha asegurado, al enviarme a buscar el manuscrito.

—Eso fue anteayer. Desde entonces, la situación ha cambiado. Puede que usted sea inocente, pero las apariencias lo perjudican.

—¿Por qué?

—Debido a su maravillosa inocencia. ¡Da gusto ver gente así de limpia y pura! ¡Escúcheme bien! Usted todavía ni había llegado a Londres cuando el conde le hizo saber a su abogado, Alexander Seton, lo que usted venía a hacer a la ciudad.

Conozco a Seton, lo he tratado en un par de ocasiones, y le puedo asegurar que es el escocés más cauto que ha nacido jamás. No tengo ni la más mínima duda de que lo están siguiendo desde el momento de su llegada. Probablemente tenga aquí mismo a uno de sus hombres. Usted cometió el primer error cuando no fue a ver a Seton de inmediato. Por otra parte, es mejor que no haya ido, si hubiese cogido un taxi podría haberle ocurrido un accidente... Pero como no fue a verlo, hizo todo lo posible para convertirse en sospechoso.

—¿Como qué?

—Apenas le fue entregado el manuscrito, lo primero que hizo fue ponerse en contacto con Mrs. Roscoe, con quien pasó toda la noche...

—¿Mrs. Roscoe? No tengo el placer de conocer a esa dama.

—Claro. Usted puede alegar que no sabía que Eileen St. Claire es la viuda de William Roscoe, pero ¿quién se lo creería? Si lo sabe hasta el último limpiabotas en el barrio de Mayfair.

Me agarré a la mesa y tiré la taza del café. Por suerte no tenía nada de líquido.

El hombre de la cara verde le pidió dos copitas de brandy al camarero. La verdad es que necesitaba tomar algo para reconfortarme después del rayo que me acababa de caer del cielo. Eileen St. Claire era la secreta heredera de William Roscoe, y en sus manos se tejían los hilos del complot. Y yo... ¡Vaya!

—¿Se encuentra usted bien? —me preguntó el desconocido—. Por otra parte, si no por otro motivo, el conde lo odiará toda su vida, debido al hecho de que... Mrs. Roscoe lo haya recibido con tanto placer... Por razones sentimentales. No sé si sigue amando a su antigua prometida, pero sí sé que ella es su talón de Aquiles. Ha habido ya varias personas que tuvieron problemas con el conde por mantener lazos de amistad con Eileen St. Claire. Sin ir más lejos, yo mismo.

En su rostro impasible y cruel aparecieron inesperadamente unos rasgos llenos de amargura. Debe de haberse tratado de otro talón de Aquiles...

—Ahora me doy cuenta de que se me ha olvidado presentarme. Me llamo James Morvin, soy médico, el médico de cabecera de la familia Roscoe, el mismo Morvin de quien el conde cree que mató a William Roscoe, provocándole una enfermedad tropical. Ahora ya puede usted atar todos los cabos del asunto.

—Pues sí —le respondí. Me sentía muy mal. ¿Por qué tenía que aguantar que un asesino me invitara a una copita de brandy? En todo caso, pedí yo también dos copitas, para estar en orden.

—Además —continuó él—, si Seton le ha seguido, también informará de que usted ha estado esta noche en mi compañía. Creo que es absolutamente inevitable que lo consideren sospechoso. Desde que llegó a Londres, sólo se ha relacionado con los peores enemigos del conde.

—La verdad ha prevalecido sobre las apariencias en otros casos más complicados —declaré, muy digno, pero poco seguro.

—La cosa no ha terminado todavía. Para colmo de los colmos, el manuscrito ha desaparecido, y usted no sabe nada sobre su paradero. Un día, sin embargo, el conde recibirá dicho manuscrito, acompañado de una carta mía. En dicha carta le informaré al conde sobre la cantidad por la cual usted me lo vendió.

—No creo que el conde se vaya a creer todo eso.

—Usted sabe muy bien que la calumnia más falsa deja manchado el mejor renombre. Y esto no es todo. El conde también se enterará, por boca de alguien en quien confía plenamente, de que usted ha estado contando a varias personas en Londres que Maloney murió asesinado.

De repente me di cuenta de algo y le dije:

—No vaya a olvidar que tengo una prueba escrita de mi inocencia. La carta que usted me hizo llegar esta mañana. En dicha carta, usted reconoce que tiene el manuscrito en su poder.

Morvin estuvo varios minutos riéndose a carcajadas.

—¿Qué probaría con eso? Con una carta sin firmar, escrita a máquina, para colmo con la Royal Portable que le pertenece a usted... Todo el mundo pensará que usted mismo ha escrito la carta.

Me sentía tan nervioso que me costaba permanecer en mi sitio.

—¿Sabe qué, señor? Si usted pretende empezar una campaña de calumnias y de mentiras contra mi persona, puede contar incluso cosas más fantásticas. ¿Por qué no cuenta, por ejemplo, que yo asesiné a mi abuela a la edad de tres años? O que juré cortarle la barba ajorge V. Pero ¡por el amor de Dios! Dígame: ¿de qué le sirve empezar una campaña contra mí? ¿Contra mí, János Bátky, nacido en Budapest? Prefiero irme de este país mañana mismo.

—No se ponga nervioso. Mantenga la calma. La cosa es bien sencilla. Sólo pretendo hacerle ver que usted tiene todas las de perder en su negocio con el conde. Usted no puede cosechar ningún éxito en Llanvygan. No sé cuál ha sido su propósito: si quería conseguir dinero del conde por sus servicios (aunque tengo entendido que no lo necesita), si acaso quería huir con la joven Cynthia, tan sabihonda, o si está usted enamorado del joven Osborne..., lo mismo da. Cualquiera que haya sido su propósito, tiene que renunciar a ello. Por el contrario, se abren ante usted varias posibilidades inesperadas si se muestra inteligente y me hace caso.

—¿Cómo?

—No sé si es usted consciente de la fortuna y de la influencia de Mrs. Roscoe. Creo que la fantasía de los científicos no llega a tanto. No quiero sacarle la lista de sus bienes, las empresas, las minas... Sólo le mencionaré un detalle para que se haga una idea: hemos calculado que Eileen St. Claire gana cincuenta libras por minuto incluso cuando está durmiendo.

—¡Qué horror!

—Sólo depende de usted si quiere formar parte de esta riqueza. De la forma que usted desee. Si tuviera pretensiones de una vida más activa, se podría convertir usted en el gerente de alguna de las empresas multinacionales...

—Prefiero no...

—Ya me imaginaba que esto no le atraería. Pero piense y díganos lo que quiere. Si alberga ambiciones de índole científica, díganos en qué universidad inglesa desea convertirse en *reader*. Si le interesa la literatura, podemos fundar una revista que sería capaz de arruinar, por sus críticas, cualquier manifestación artística del Reino Unido. Puede convertirse en un terrateniente en la puszta magiar, si así lo desea. Si prefiere viajar, pondremos a su disposición un yate, con todos los gastos pagados, durante un año, dos años si quiere... o incluso tres. ¿Qué le parece?

—...

—Si, como veo, su única pasión son los libros, lo nombraremos bibliotecario mayor en el castillo de Rainbow Head de Mrs. Roscoe. Dicha biblioteca no existe en este momento. Usted podrá comprar todos los libros que considere necesarios. Y además —añadió entre sonrisas— podrá asegurarse la amistad de Eileen St. Claire, si eso le importa.

—Y ¿qué debería hacer a cambio?

—Nada malo, nada inhumano, nada que pueda herir su sensibilidad. Tan sólo tiene que afirmar, en su calidad de testigo, que Maloney fue asesinado. Sólo tiene que decir la verdad.

Me sentía como si algo pesado hubiese caído sobre mi cabeza. La maldad se había manifestado ante mí en su forma más sencilla y palpable: puesto que era verdad que Maloney había sido asesinado. «A lo mejor los herederos de Roscoe son los que tienen la razón.» Pero deseché la idea de inmediato.

—No sé qué pretenden conseguir ustedes —dije—, pero me parece obvio que quieren hacerle daño al conde. Pero no lo conseguirán. Si Maloney fue asesinado, lo fue probablemente por alguien en defensa propia. Ya conoce usted los hechos: Maloney pretende penetrar, por la fuerza, en las habitaciones del conde..., ciertamente no para despedirse de él entre lágrimas. Si alguien quiso impedir tal incursión por la fuerza, y causó así, sin querer, la desgracia de Maloney, nadie es responsable de ello.

—Así como usted lo presenta, no. Pero todo depende precisamente de usted: de lo que diga y de cómo lo diga. ¿No lo comprende? ¿Quiénes conocen las acusaciones contra Maloney y el hecho de su huida? Usted, el conde, los dos jóvenes Pendragon y quizás un par de criados. Usted es el testigo principal, puesto que usted lo vio todo. Si usted quisiera, se podría probar que el gigante no era otro que el conde de Gwynedd, disfrazado. Usted podría declarar bajo juramento que ya lo había visto disfrazado de la misma manera.

Quedé atónito. Yo como testigo principal. No existe otra ocupación que deseara menos. Incluso me podría parecer más atractivo convertirme en el comandante de alguna guerrilla en América del Sur. Aquello me parecía una auténtica pesadilla...

—Le diré otra cosa para calmar su conciencia, tan leal, tan humana. Se trata de mi principal argumento. La única manera de que usted pueda salvar la vida del conde es diciéndome que sí.

—Está usted bromeando...

—En absoluto. Si usted hace lo que yo le pido, ¿qué ocurrirá? Nosotros tenemos pruebas que demuestran que el conde asesinó a Maloney. El conde tiene pruebas que demuestran que nosotros causamos la muerte de William Roscoe. Usted dice que Maloney fue asesinado en defensa propia... Lo mismo da. El conde estará dispuesto a cualquier sacrificio con tal de no tener que aparecer ante los tribunales, ante la prensa, ante la opinión pública.

—Y ¿entonces?

—Entonces se produce un intercambio de lo más honrado. Intercambiamos nuestras pruebas, con lo cual ninguno podrá hacerle daño al otro, y se establecerá definitivamente la paz. Sin embargo, si no ocurre así..., nadie podrá responder de la vida del conde. Naturalmente, no se trata de mí, ni tampoco de Eileen St. Claire. Sin embargo, a lo largo de los años, algunos elementos desesperados como el mismo Maloney se han mezclado en el asunto. Unos elementos capaces de utilizar cualquier herramienta para impedir que el conde haga públicas sus pruebas. Además —continuó—, me veo obligado a comunicarle que tampoco su vida está ya del todo asegurada. Se ha convertido usted en una persona demasiado importante como para seguir leyendo tranquilamente sus libros en la biblioteca del British Museum. Se trata de una de las mayores fortunas de Inglaterra. Usted estará constantemente bajo vigilancia. La amenaza que ya existe sobre el conde y sobre Osborne, como heredero suyo, acechará también a sus espaldas. Sólo quería advertirle.

—Me dice todos estos horrores aquí —protesté gritando—, en medio de la noche londinense... Yo pensaba que las infamias de este tipo había que proferirlas en una cueva, al lado de una lámpara de aceite. ¿No le da miedo que alguien pueda oír?

—Pues sí, debería usted hablar más bajito —replicó Morvin sonriendo y continuó así—: Esté donde esté, los espías de Seton estarán escuchando nuestra conversación. Por eso escogí este sitio donde cualquiera nos pueda ver. Aquí yo también puedo tener a la gente bajo control. Nadie puede oír nuestra conversación, salvo estas dos personas de color que no dejan de hablar en un idioma extraño. Seguramente estarán urdiendo planes para la liberación de la India. Y usted sigue sin responder a mi propuesta.

—No pienso responderle. Dígame mejor en qué condiciones me devuelve usted el manuscrito. Con lo demás, no tengo nada que ver.

—Si llegamos a un acuerdo en otras cosas, le devolveré el manuscrito. Es un detalle sin importancia.

—¿Lo tiene usted aquí?

—Sí.

—¡Enséñemelo! ¿Cómo puedo saber que me dice la verdad?

Morvin sacó el manuscrito de su bolsillo, entre sonrisas. Lo mantenía, con cautela, bien lejos de mí.

«Si yo tuviera un carácter más batallador... podría dar un salto de tigre..., pero no, no voy a saltar.»

Morvin se reía otra vez sin emitir sonido alguno y me dijo:

—Ya sé que usted no es de carácter violento...

De repente tuve una idea que me parecía genial y le dije, muy tranquilo:

—Es mejor que me entregue el manuscrito y se vaya. Doctor Morvin, ha caído usted en una trampa. Dispuse desde esta mañana que vinieran dos detectives al Café Royal. Están aquí. En el instante en que usted pretenda salir de este lugar, lo cogerán y lo conducirán a la policía. Sin embargo, si me entrega el manuscrito, nada de esto ocurrirá.

Morvin estuvo riéndose durante varios minutos sin emitir sonido alguno, sin decir palabra. Al final preguntó:

—¿Se cree usted que estoy loco? Bien. Ya puede imaginarse que lo hemos seguido desde que volvió usted a su hotel. Sé que no ha salido en todo el día. Ni siquiera bajó a llamar por teléfono. Mandó un telegrama y una carta urgente, ambos a Llanvygan. Por otra parte, nos hemos asegurado de que no llegaran a su destino. El joven mozo de su hotel no es tan inabordable como usted, amigo mío... No se imaginará que hubiese venido a negociar sin asegurarme de todo. La gente de Seton lo sigue a usted, no a mí...

Solté un profundo suspiro.

—La cosa no me gusta en absoluto —le dije, y le pregunté—: ¿Quiere usted decirme algo más o ya me puedo ir?

—¿A qué viene tanta prisa? Usted sólo tiene que decir sí, como una bella señorita cuando le piden la mano. Tampoco tiene que responder de inmediato. Aunque yo no entiendo cómo puede estar dudando.

—Necesito el manuscrito —le insistí.

—Querido doctor, creo que es usted un poco lento de reflejos. No tiene por qué sentir vergüenza por ello, suele ocurrir así con muchos científicos de renombre. Muchas veces la franja que separa la mente abstracta de la razón práctica es sumamente ancha. Váyase usted a su casa, consulte con la almohada. Se le ve un poco cansado. Ya buscaré otra ocasión para continuar nuestro intercambio de ideas. No tengo ni la más mínima duda de que tarde o temprano hará suyo mi punto de vista... Piénselo bien, por favor.

Con esto se dirigió hacia la salida. Se detuvo para pagar en la caja y desapareció.

Yo seguía sentado al lado de la mesa, completamente aturdido. Efectivamente, la franja que separa la mente abstracta de la razón práctica es sumamente ancha. Casi me dolía haberme mostrado tan idiota, tan poco práctico.

La sala se iba quedando vacía. Los dos hindúes habían desaparecido de la mesa contigua. En el centro del local había un grupo de unos veinte turistas norteamericanos, vestidos con traje y corbata, algunos con esmoquin, las damas de largo, todos muy alborotados.

Recogí mi abrigo del guardarropa y me dirigí a la salida, cabizbajo.

En la puerta, alguien me llamó por mi nombre. Levanté la cabeza.

Vi a los dos hindúes que tenían a Morvin sujeto por los brazos.

—¡Doctor Bátky! ¡Acerqúese, por favor! —me dijo la mujer en alemán.

Al acercarme, rae di cuenta de que los dos hindúes altos y fuertes mantenían a Morvin asido por la fuerza, y que éste no conseguía liberarse, por más que lo intentaba.

—*Ruhe, Ruhe* —decía la dama, con la voz de un granadero de Federico el Grande—. No le conviene montar una escena aquí en plena calle. El doctor Bátky va a llamar al policía que está montando guardia aquí en Piccadilly Circus. Somos tres personas que hemos sido testigos de que usted ha robado el manuscrito que tiene en su poder. Si es necesario, podemos llamar por teléfono al director del British Museum, quien certificará haberle entregado el manuscrito al doctor. Sin embargo, usted puede ahorrarse todas estas molestias, de paso ahorrárnoslas a nosotros y al director del British Museum, absolutamente inofensivo, si nos entrega inmediatamente el manuscrito.

—¿Cómo quieren que se lo entregue si me tienen agarrado por ambos brazos?

—Díganos en qué bolsillo lo tiene. El doctor Bátky se lo sacará de allí.

—En el derecho —confesó Morvin entre gemidos.

Con sumo placer saqué el manuscrito de su bolsillo y lo metí en el mío.

—Con esto queda zanjada la primera parte del negocio —dijo el hombre—. Señor Morvin, debo advertirle que tengo un revólver en mi bolsillo derecho. No haga usted ninguna tontería, vayase lo antes posible de aquí.

Dejaron que Morvin se fuera; éste cogió un taxi y desapareció en el acto del lugar.

—Soy János Bátky —dije, todavía fuera de mí.

—Mucho gusto. Soy Lene Kretzsch.

—Y yo soy Banerjee Sadh Mukerjee Osborne Pendragon —dijo el hombre, quitándose el turbante y la barba postiza.

—Vamos a tomar algo —propuse cuando logré reponerme.

Sin embargo, tomar algo en Londres después de las once no es una tarea fácil. Nos vimos obligados a entrar en el Lyon's Corner House, o sea en la casa del mismísimo león, donde a esas horas de la noche te dan de beber si también pides algo para comer.

Nos sentamos en el salón del piso inferior de los cuatro niveles, donde —en un ambiente barato, de decoración de mal gusto y entre columnas de falso mármol— tocaba muy alto una orquesta de cuatro músicos, y donde los vecinos más pobres de Londres perseguían sus ilusiones, al encontrarse en un decorado digno de una película de tintes melodramáticos.

Osborne se ajustaba el cabello y la corbata con gestos refinados, mientras Lene lo observaba con entusiasmo. La mujer hizo un ademán de querer abrazarle por el cuello, con lo que Osborne alejó ligeramente su silla. Yo comprendí de inmediato la situación.

—¿Qué vamos a tomar? —les pregunté.

—Cerveza —eligió Lene, muy convencida—, cerveza alemana, para celebrar la ocasión.

Osborne se puso pálido bajo la pintura parda que le cubría el rostro.

—Yo no he tomado cerveza nunca en mi vida. Preferiría tomar otra cosa.

Y para nuestra mayor decepción, pidió champán, de la Veuve de St. Cliquot.

—Usted pensará que yo he sido su ángel de la guarda que el cielo le ha enviado —me dijo Osborne—. Como los que suelen aparecer en las pinturas renacentistas, por encima del hombro derecho del mártir.

—Más o menos —tuve que reconocer, y le rogué—: Dígame algo más sobre los caminos de la Providencia.

—Lo más extraño de todo es que se trata de algo muy sencillo —empezó a decir Osborne—. No veo ninguna razón para no contarlo brevemente. Anteayer, después de que usted saliera de viaje, mi tío me mandó llamar. Mantuvimos una larga conversación, algo que, para mayor pena de ambos, suele ocurrir en pocas ocasiones. Como yo tenía la intención de venir a Londres, mi tío me encargó que fuera a ver a su abogado, Mr. Alexander Seton, y que le informara sobre los acontecimientos de los últimos días. Creo que pretendía ahorrarse el tener que escribir una carta, algo que aborrece. Prefiere mandar emisarios y mensajeros: éste es otro rasgo suyo, digno de un monarca. Sin embargo usted, como historiador, se interesará también por los componentes psicológicos de los acontecimientos. Cuando escriba la crónica de nuestra familia, deberá empezar con unas frases así:

Durante los últimos días del mes de julio de 1933, se produjo una extraña transformación en el interior del retoño más joven de la familia Pendragon, en cuya alma ardía un afán de aventura que por no encontrar un terreno donde desarrollarse lo consumía por dentro. Durante aquellos días de verano, el joven comprendió su misión histórica. Se dio cuenta de que le esperaba la tarea difícil y arriesgada, pero siempre gloriosa, de desenmarañar el complicado tejido de fantasmas y de pecados que había ensombrecido el nido familiar durante el primer decenio del segundo cuarto del siglo XX.

—Habla como si lo estuviera leyendo —observó ella, totalmente embelesada.

—Como punto de partida, nos puede servir una observación mía propia de un Sherlock Holmes: Maloney no había recibido ni una carta durante su estancia en el castillo, y mandaba las suyas desde la oficina de correos de Conven. Estuve con él en dos de estas ocasiones, pero las dos veces lo esperé fuera. No me pareció imposible que en tales ocasiones también hubiese recibido alguna carta poste restante. Así que por la mañana temprano me acerqué a la oficina de correos. La muerte de Maloney estaba envuelta todavía por el velo del secreto. Pregunté si había alguna carta para mi amigo. La empleada me conocía y me entregó sin problemas una carta que había llegado para Maloney. Como yo estaba decidido a todo, me sentía como un pirata de los mares del Sur; había roto mis lazos con la moral convencional, y sin ninguna lucha interior abrí la carta. Estaba escrita a máquina, sin firmar, y el tono era más bien antipático. La carta amenazaba a nuestro desgraciado conocido, que a esas alturas se encontraba ya seguramente en alguno de los círculos del infierno, con que, en el caso de que no ocurriera cierta cosa definida, no solamente no le enviarían más dinero, sino que también lo denunciarían a la policía, probablemente por algo que había cometido en el pasado. La carta me dio la impresión de que no era la primera amenaza que Maloney recibía. Con lo cual se comprende el intento desesperado que Maloney ejecutó en la última noche de su vida.

—Eso ya lo sabía yo también.

—Al llegar a Londres, fui a ver inmediatamente a Seton. Ese *gentleman*, de una manera incomprensible para mí, parecía haber llegado a la conclusión de que yo había madurado, puesto que me habló en serio por primera vez en la vida. Nuestra conversación ha sido una verdadera revelación para mí. Seton me explicó que mi tío sólo tendría que tender la mano, es decir tender la mano y propinar una bofetada, para hacerse con una fortuna más que considerable. Desde hace algunos meses, tiene en su poder las pruebas de que William Roscoe fue asesinado por su médico. A decir verdad, no se trata de una prueba, sino de un descubrimiento científico, del cual yo no entiendo ni una palabra, pero que prueba, sin duda alguna, que se trató de un asesinato. Según el romántico testamento de Roscoe, la herencia le correspondía al conde de Gwynedd si él moría asesinado.

—Lo sé también.

—Sin embargo, mi tío, para mayor desesperación de Seton, se resiste a encargarle a Seton que dé los pasos necesarios. Mi tío realizó sus experimentos junto con un tal doctor McGregor, quien murió en un accidente automovilístico.

—Creo que ese accidente también fue obra de Morvin.

—¿Por qué lo cree así?

—Porque antes de viajar a Llanvygan, un desconocido me amenazó por teléfono, diciéndome que correría la misma suerte yo también. Ahora ya lo comprendo. Al principio, Morvin y los suyos me tomaban por médico, y pensaban que viajaría a

Llanvygan para continuar lo que el pobre McGregor había empezado... Pero ¿por qué no quiere el conde hacer públicas todas estas cosas?

—Su resistencia se basa, según se desprendía de las palabras de Seton, en razones de tipo sentimental. Mi tío, por más improbable que suene, estuvo enamorado de la dama que ahora es la viuda y única heredera de William Roscoe. Parece que todavía le guarda cierta simpatía, puesto que está convencido de que ella es inocente de la muerte de William Roscoe, y si el testimonio se ejecutara, se perjudicaría a una persona inocente. Osborne continuó sus explicaciones:

—Morvin y los suyos también conocen la existencia del descubrimiento porque mi tío informó de alguna manera a Mrs. Roscoe, para conseguir que ella rompiera con Morvin a quien mi tío considera el único culpable. Seton le hizo llegar el mensaje, por esto está enterado de todo. Sin embargo, Seton cree que la viuda de Roscoe sabía que iban a asesinar a su marido. Piensa que la única manera de convencer al conde de que tiene que actuar sería probándole que Mrs. Roscoe sabía todo sobre los atentados que han ocurrido contra la persona del conde desde la existencia de las pruebas biológicas, y que también conocía todo acerca de la misión de Maloney. Esto es lo que yo tendría que probar. Pero... ¿cómo? Ni siquiera el astuto Seton tiene idea de cómo empezar... Sólo tenía un nombre en la mano: Morvin. Lo mismo que sabía Seton. Me dijo incluso la dirección. Así queme fui a buscar la dirección. Era la hora del almuerzo. Fui a comer a un pequeño restaurante, en una de las calles más antiguas de la City, donde van todos los estudiantes y profesores universitarios húngaros que vienen a Londres. Es allí donde encontré a Lene Kretzsch, a quien conocía de Oxford como una de las atletas más excelentes del equipo de la universidad. *Well*, no quiero decir piropos, pero la verdad es que a Lene la he considerado siempre como una persona inteligente, dinámica y honrada, es decir como un hombre. Decidí por lo tanto rogarle que me ayudara. Y resulta que aceptó.

—Claro que acepté colaborar con un joven tan apuesto... —observó Lene.

Osborne ladeó la cabeza, muy avergonzado, y continuó así:

—Entonces empezamos a hacer planes juntos. Intentamos recurrir a nuestros recuerdos literarios y cinematográficos para inspirarnos. Lamentablemente, ninguno de los dos era conocedor del género de novelas o películas de detectives, puesto que no sabíamos lo útil que esto nos podría resultar. Pensamos estudiar la obra entera de Edgar Wallace, pero el asunto corría prisa. Ambos teníamos un solo recuerdo en el terreno de los detectives: la película alemana *Emil y los detectives*. Repasamos de memoria la película entera, buscando el método que ayuda al pequeño Emil, a Gustav der Hupe y a todos los demás niños a agarrar a aquel señor del sombrero de copa. Nos dimos cuenta de que la cosa era tan fácil y sencilla como suelen ser las grandes verdades: siguieron al señor del sombrero hasta que las cosas se pusieron en su lugar.

—Decidimos no dejarlo en paz ni un segundo —confesó Lene, como si se tratase de un axioma ético.

—Sin embargo —continuó Osborne—, me di cuenta de que Morvin podría reconocerme. Existen pruebas de que alguien le informa de todo lo relacionado con la familia Pendragon. Algo de lo que un asesino profesional tiene en todo caso que asegurarse. Decidimos, pues, disfrazarnos, yo para no ser reconocido y mi compañera por pura cuestión de estilo.

—El vestido hindú parecía muy apropiado —explicó Lene—, porque aquí no llama la atención, ayuda a esconderse y es muy decorativo. Yo tengo un montón de amigos hindúes, no nos ha sido difícil conseguir todo lo necesario.

—Nos disfrazamos, pues, y nos situamos delante de la casa de Morvin. Cuando éste salió, lo reconocimos inmediatamente por la descripción que nos había dado Seton, así que lo seguimos, en taxi y andando. Morvin fue primero al Grosvenor House, luego a su hotel de usted. Estuvo allí por un tiempo bastante largo, hablando con un hombre vestido de escocés. Será el que robó el manuscrito. Después fue a una fábrica de industria química, en Southwark. A continuación almorzó en El Elefante y el Castillo. Nosotros también. Posteriormente estuvo yendo de un sitio para otro, sin hacer nada en especial. Por la tarde estuvo tomando el té con una dama muy elegante en la cafetería del Grosvenor House.

—No era tan elegante... Sólo llevaba un vestido muy caro —observó Lene, molesta.

—Espero que se hayan fijado ustedes bien —les dije—. Era, muy probablemente, Mrs. Roscoe.

—Así son, pues, los gustos de mi tío... —dijo Osborne, con cara pensativa. No se sabía si compartía los gustos de éste.

—A mí me parecía una. señora más bien antipática —insistió Lene—. Tenía el cabello teñido de un rojo muy vulgar...

—Terminamos la noche en el Café Royal. Ya se puede imaginar usted cómo me sorprendió que Morvin se citara con usted. Le puedo asegurar que Morvin tenía razón. Si nosotros dos no hubiéramos oído su conversación, la verdad es que las apariencias hubiesen estado en su contra. Sin embargo, oímos cada palabra.

—Así que ha concluido también su misión, Osborne —le dije—. Usted y yo ya sabemos que Mrs. Roscoe formaba parte de la misión de Maloney. Yo lo sé mejor que nadie, puesto que estuve viajando con los dos desde Londres hasta Chester. ¿Ha oído usted las promesas que me hacía Morvin? ¿De dónde iba a sacar el dinero para todo lo que prometía, si no tuviera detrás de él toda la fortuna Roscoe? Habrán oído también que yo estuve con Mrs. Roscoe, y que en ese período de tiempo ella intentó convencerme de lo mismo que pretendía Morvin: de que firmara una declaración escrita acerca de la muerte de Maloney. Creo que si le explicamos todo esto al conde, él terminará por comprender que Mrs. Roscoe no es para nada inocente, y que su vida puede correr peligro.

—No estoy tan seguro. Mi tío es mucho más inteligente que cualquiera de nosotros, y una persona inteligente siempre es capaz de probar lo que sus instintos le dicen. Por más que usted le cuente todo esto, él le probará con toda seguridad

que Mrs. Roscoe es inocente. Por otra parte..., no sé..., en su lugar yo no le contaría al conde en qué situación íntima me he visto involucrado con Mrs. Roscoe... Considerando sus sentimientos de antaño o quizás incluso actuales, sería una cosa un tanto indiscreta.

—Es verdad. Pero ¿qué debemos hacer? Tengo la sensación de que no tenemos tiempo que perder. Tras su fracaso de hoy, Morvin intentará hacer lo que sea, incluso lo más desesperado. Creo que todos estamos en peligro.

—Aja. Pero yo no tengo miedo. Mañana me pondré otro disfraz. Y usted tiene que volver, mañana mismo, a Llanvygan, y esperar el curso de los acontecimientos. No diga nada sobre lo ocurrido aquí, cuente nada más los hechos: que le han robado el manuscrito, pero que lo ha recuperado, sin olvidar mis méritos personales en este punto. Yo me quedaré un par de días más, siguiendo a Mrs. Roscoe. A lo mejor tenemos otro golpe de suerte, como el que hemos tenido hoy.

—No dejarlo en paz ni un segundo —concluyó Lene.

Desde la ventanilla del tren veía las vacas pastar en los prados, mientras unas damas inglesas tomaban el té que el camarero les traía en bandejas. Me eché hacia atrás en mi asiento y me puse a leer las memorias de Lenglet du Fresnoy, recobradas tras muchas aventuras.

Lenglet du Fresnoy era una persona inquieta, un sacerdote renegado, ese tipo de hombre desgraciado que más adelante se denominaría «hombre buscador», aunque en el siglo XVIII, cuando él vivía, los «hombres buscadores» todavía no llevaban barba, ni cuestionaban la existencia de Dios. Lenglet du Fresnoy buscaba el secreto de cómo hacer oro y escribió la historia de la alquimia en un libro que se sigue utilizando hasta hoy en día.

En sus memorias se perfilaba la vida espiritual de la segunda mitad del siglo XVIII, esa época tan encantadora y turbulenta, muy querida por mí: los años de esa búsqueda de cómo hacer oro que al final forjaron los hierros de la Revolución; un mundo compuesto de impostores en las antiguas logias de los masones y tocado por el humanismo teatral que se conoce a través de *La flauta mágica* y de la historia de Cagliostro. Unas profundas ideas humanistas de tipo moral y religioso se mezclaban de forma pacífica en el manuscrito con otras historias que hoy se calificarían como frívolas, y también pasó por ese escenario el hijo más auténtico del siglo, Casanova. Hasta que de repente Lenglet du Fresnoy se topa con lo increíble en lo que él siempre creyó, con un horror en el cual la Naturaleza vence a la Naturaleza: y el relato inocente se transforma en unas cadencias de hombre profundamente trastornado, que ve las cosas transfiguradas entre las quimeras de su imaginación; pierde su credibilidad, o sea que la perdería si yo no me viera obligado a pensar que él no se hubiese alterado de tal manera sin alguna razón, y si sus afirmaciones más inverosímiles no concordasen perfectamente con mis experiencias más personales e irrefutables.

Pero vamos a dejar que hable el mismo Lenglet du Fresnoy. En Llanvygan preparé una traducción sumaria de la parte más importante de las memorias, desde su admisión como miembro de la logia denominada «A la esperanza» de los masones hasta su encuentro con el horror, y copio a continuación el texto casi íntegro:

Al insistir yo en repetidas ocasiones, el Gran Inquisidor de la logia, M. Ch., me prometió que después del siguiente «trabajo» empezaría los preparativos necesarios para que yo pudiera pasar a grados superiores.

Cuando me presenté en el Hotel V. V. y toqué a la puerta, repitiendo la señal secreta, el corazón me latía muy fuerte. «Hoy será, pues, el gran día —me decía—, en que puedas dar los primeros pasos por el sendero regio por el que deseabas caminar desde tu más tierna juventud.» Hice la solemne promesa de utilizar para el bien de la humanidad los tesoros que iba a conseguir con la ayuda del arte regio.

El trabajo de los hermanos era todavía más solemne y emocionante que en ocasiones anteriores. Después de la usual parte preliminar del ritual se abrió el telón que cubría el elevado escenario de la sala. En el centro del escenario, bajo guirnaldas de flores y faroles de todos los colores, al lado de una columna medio resquebrajada, había una dama muy afligida que simbolizaba a la humanidad. De repente, entró un soldado cojo que miró con desconcierto a la dama afligida, que a la vista del soldado cojo rompió en llanto.

Mi vecino me explicó que el soldado cojo era un tal Thibaud, un inválido herido cerca de Rossbach, que estuvo al borde de la muerte por inanición y que había solicitado la ayuda de la logia. Todos contemplábamos emocionados el triste estado en el que este héroe tan digno de admiración se encontraba.

Entonces apareció en el escenario un dragón, seguido por un caballero templario, ataviado con su armadura completa. El caballero templario mató con una lanza al dragón, tras lo cual se oyó una música muy suave que llegaba desde el exterior. El caballero sacó una bolsa de un extremo de su cinturón, llena con el dinero previamente recogido entre los hermanos de la logia, y se la entregó al soldado. Éste rompió en llanto, pues sólo así era capaz de expresar su agradecimiento más profundo, y la dama que simbolizaba a la humanidad abrazó al caballero templario que representaba la Gran Logia. Aparecieron unos angelitos que danzaban con verdadera gracia al son de la música. Tras el baile, el Maestro Mayor nos contó, con palabras emocionantes, la miseria del pobre soldado desgraciado, y nos alentó para seguir obrando en pos del bien de la humanidad. Los hermanos se abrazaron con los ojos llenos de lágrimas y se fueron a cenar.

Yo, sin embargo, no me uní a ellos, sino que me acerqué al Gran Inquisidor y de forma muy educada le recordé su promesa. El Gran Inquisidor me preguntó si había hecho los preparativos necesarios, a lo que le respondí que llevaba tres semanas sin probar carne ni tomar bebida alcohólica alguna, y que también me había abstenido de las tentaciones de Venus (para mayor pena de la pequeña Thérèse).

(Anotación al margen de la página:) *Más tarde me tuve que dar cuenta de que su pena no era en absoluto sincera, puesto que me engañaba con el joven carnicero de la rue St. Denis.*

—Bien. En este caso, ¡sigúeme!

Llegamos a una sala donde había unos cuantos caballeros con máscaras, reunidos alrededor de un pentagrama mágico. El Gran Inquisidor también se puso su antifaz, adornado con los símbolos del Sol y de la Luna. A mí me colocaron en el centro del pentagrama, sacaron sus espadas y las blandieron hacia mí. Encomendé mi alma a Dios, y no delaté mi miedo, puesto que sabía que esta ceremonia se repetía siempre antes de pasar de grado, y hasta entonces nadie había muerto asesinado.

El Gran Inquisidor me felicitó por mi valentía, murmuró algunas palabras mágicas en un idioma asiático y me colocó mi máscara. El y otro señor enmascarado me tomaron de la mano y me condujeron a través de unos pasillos cubiertos de negro hasta una pequeña sala en cuyo centro había un gigantesco ataúd. Tenía una puerta en uno de los lados, y por ella entramos en el interior.

Ahí se estaba completamente a oscuras. Estuvimos sin hacer nada durante unos minutos, y yo pude oír, por las respiraciones, que junto con nosotros había otras personas más. De repente se hizo la luz; yo me encontraba al lado de una pequeña mesa encima de la cual había, entre dos pistolas, un liguero y un frasco de cristal.

Del otro lado de la mesa había un hombre de aspecto maravilloso y rostro serio quien, por los emblemas que llevaba, no podía ser otro que el Gran Elegido, el grado superior de nuestra logia. A su lado, había otro hombre, y deduje por sus emblemas que se trataba del Caballero de Oriente.

—¿Conoces la confluencia de Oriente y Occidente? —me preguntó el Gran Elegido.

Yo estaba tan confundido que casi le respondo que no, que nunca había estado por allí, pero el Caballero de Oriente me dio un empujón para que dijera que sí, y así lo hice.

—¿Conoces las columnas hexagonales, las esferas y los animalitos de cabeza de basalto que hay en la antesala ?

—Sí —le respondí, y el Caballero de Oriente sonreía muy satisfecho. Lo reconocí por su gordura extrema: se trataba del caballero inglés llamado milord Bonaventura Pendragon.

—¿Sabes hacer girar un eje empezando por la izquierda? ¿Sabes sacarle punta a un sarmiento empezando desde la derecha ?

Como le respondí afirmativamente a ambas preguntas, el Gran Elegido disparó una de las pistolas, con lo cual el ataúd se levantó poco a poco en el aire y se detuvo a la altura del cielo raso, mientras nosotros nos manteníamos en la sala, incluidos el Gran Inquisidor y los demás caballeros que se habían quitado todos sus máscaras.

—Me he podido convencer de que el hermano Malakius (porque éste era mi nombre secreto) conoce los secretos de los grados inferiores —declaró el Gran

Elegido y continuó así—: Ahora voy a preguntarle al arcángel Uriel, que habla por medio de una voz de cristal, si por su moral es digno o no de ser admitido en el grado superior. Traed a la virgen.

Dos hombres condujeron a una muchacha encantadora de unos trece años.

—¿Es usted de verdad virgen?

La joven aseguró su virginidad, bastante molesta.

El Gran Elegido extendió sus brazos y rezó una oración, en un idioma desconocido por la muchacha, tras lo cual la condujo hasta la mesa y le pidió que mirara en el cristal. La muchacha obedeció.

—¿Ve usted al arcángel Uriel con la balanza, las esferas y la ballena de dos cabezas en su mano derecha?

—No lo veo —dijo la muchacha.

—Entonces usted no puede ser virgen —declaró el Gran Elegido, muy enfadado. Entonces la muchacha volvió a mirar al cristal y dijo:

—Ahora sí que lo veo.

—¿Ve al arcángel Uriel?

—Lo veo.

—¿Y qué está haciendo?

La muchacha calló unos instantes y luego dijo:

—Le está entregando un pésente a un ser pequeñito que está brincando.

—Correcto —dijo el Gran Elegido—. El ser pequeñito es el hermano Malakius, a quien el arcángel Uriel le va a regalar el Mercurio de los filósofos, la Piedra Filosofal, algo que todos nosotros anhelamos poseer.

A continuación me abrazó, y todos me felicitaron, menos milord Bonaventura que estaba conversando con la muchacha, muy animado.

El trabajo del día había concluido. Milord Bonaventura me cogió por el brazo y me invitó a cenar.

Sentados en su coche, me preguntó si la muchacha me había gustado, y la pregunta me pareció harto sorprendente, puesto que la consideraba poco apropiada para una ocasión tan solemne. Sin embargo, milord Bonaventura era un epicúreo depura cepa, y anhelaba tener la Piedra Filosofal exclusivamente para poseer mucho oro y poder multiplicar así sus placeres. Por esto fue por lo que nunca en la vida la encontró.

Mientras yo esperaba inútilmente que él, siendo Caballero de Oriente, me contara algunos secretos edificantes, él no dejaba de hablarme de la muchacha, urdiendo planes para ponerse en contacto con la madre de la joven, una señora de la nobleza, y me preguntaba una y otra vez cuántas monedas de oro pensaba que debería prometer para tener a la joven. Para mí, fue una gran decepción, pero para complacerle le prometí que intentaría ponerme en contacto con la madre de la muchacha en su nombre para convencerla.

Milord Bonaventura alquilaba un pequeño palacete en la lie St. Louis para sus estancias en París. Allí fuimos a cenar.

Después del banquete, cuando él ya estaba visiblemente de muy buen humor, dirigí nuestra conversación hacia el ritual. Le elogié el comportamiento serio y digno del Gran Elegido.

Milord se rió y me dijo que el Gran Elegido se llama conde de Saint-Germain, o por lo menos se hace llamar así. Es un hombre muy misterioso, nadie conoce sus orígenes, hay quien afirma que es hijo de la reina de España, viuda, y de un banquero judío. Lo que es seguro es que tiene mucha influencia en la corte de Luis XV, el rey se suele encerrar con él durante horas enteras, y los dos se dedican a estudiar alquimia. Sin embargo, milord no tiene mucha confianza en que estos estudios estén llevando a algo concreto, puesto que entonces las finanzas del reino no estarían tan mal.

De todas formas, algún secreto tiene, puesto que es capaz de ablandar los diamantes, tras lo cual éstos se hacen más grandes, y entonces Saint-Germain los vuelve a endurecer, y los diamantes no pierden su tamaño nuevo. De esto no hay ninguna duda, y el mismo milord Bonaventura vio algunos de estos diamantes transformados.

También está fuera de duda que posee una fortuna muy considerable, puesto que suele enseñar un cofre con joyas a sus amigos, un cofre que lleva siempre consigo.

Así que milord opina que aunque el conde de Saint-Germain sea un bribón, su propósito no es el de quitarle el dinero a nadie, sino que sólo hace sus pifias por puro placer.

Muy sorprendido, le pregunté a milord cómo podía suponer del Gran Elegido de la logia del rito escocés que fuera un charlatán. Tuve el miedo repentino de que en cualquier instante se abrieran las paredes, y que unos caballeros nos aniquilaran con sus espadas.

Sin embargo, milord me contó, con su sonrisa de siempre, que él ya era considerado un hombre mayor y que había estado buscando el Mercurio de los filósofos desde su más temprana juventud; se había encontrado en su camino con tantos charlatanes que le quitaron su dinero que a esas alturas, aunque se le apareciera el mismísimo arcángel Uriel para traerle testimonio de la existencia de Dios, no confiaría en él. Yo escuchaba sus palabras muy sorprendido.

Volviendo a Saint-Germain, milord me contó que el conde no comía nunca nada, que tan sólo se alimentaba con un líquido de su propia fabricación, pero que las mujeres, por el contrario, le gustaban mucho; y que afirmaba tener varios miles de años de vida, y que existen varios testimonios, entre otros el de una vieja condesa de cuyo nombre no me acuerdo, testimonios de gente que conoce al conde desde hace más de cincuenta años y que afirma que sigue teniendo el mismo aspecto que entonces. Parece que tiene efectivamente en su poder el elixir con el cual se puede conservar y recobrar la juventud.

Se cuenta también que en una ocasión le dio un frasquito a una dama cuyo contenido la hizo rejuvenecer haciéndola parecer veinticinco años más joven. La criada de treinta años se bebió el contenido del frasco, porque era muy golosa, y cuando su señora la llamó, apareció una muchacha de cinco años, vestida con una ropa de mujer que le quedaba demasiado grande, porque había rejuvenecido veinticinco años. Ahora va a tener que empezar otra vez a ir al colegio, ya está matriculada con las monjitas de la caridad.

Al día siguiente fui a ver a la noble dama cuya dirección me había facilitado milord Bonaventura, y le expliqué de una forma sumamente educada que su hija había conquistado el corazón del noble lord. Al principio, la dama no quería ni oír hablar del asunto, y me dijo que su familia era, en realidad, de la estirpe de los Valois y que su hija era todavía muy joven. [En la época de Lenglet du Fresnoy, una muchacha de trece años ya se consideraba madura, según se observa también en las preferencias de Casanova por esa edad. Ella tenía la edad de una «joven muchacha».]

Sin embargo, cuando le aclaré que milord estaba dispuesto a desembolsar dos mil libras en monedas de oro, y a entregar un regalo de igual valor en forma de piedras preciosas en el caso de que la relación llegara a buen término, el corazón tierno de la madre ya no puso más obstáculos a la felicidad de su hija, así que acordamos que al día siguiente ellas irían de paseo a los jardines del Palais Royal donde milord podría entablar una relación con ellas de una forma decente.

Milord agradeció mis esfuerzos y me regaló una tabatière *de esmalte, muy antigua, con la imagen del Templo de la Fraternidad. Más tarde, unos asaltantes de caminos me la robaron, junto con otras pertenencias de valor, cerca de Lichfield.*

Al día siguiente, nuestra sorpresa fue indescriptible, puesto que, llegados a los jardines delPalais Roy al, tuvimos que presenciar la escena de la joven muchacha que se agarraba del brazo del conde de Saint-Germain, se subía a su carroza, junto con su madre, y se iba sin ni siquiera saludarnos.

Milord Bonaventura soltó unas palabrotas muy a lo inglés y formuló una opinión muy desfavorable sobre los franceses que no conocían la virtud de mantener las promesas. Decidió presentarse de inmediato en casa de las dos mujeres y decirles su opinión.

Delante de la casa de las damas encontramos la carroza del conde de Saint-Germain y su famoso criado que montaba guardia, inmóvil, delante de la puerta.

—Oye, tú... —le dijo milord—, tu amo es un charlatán. Dice tener varios miles de años.

—No le crea nada, señor —respondió el criado—. Mi amo es muy astuto. Ya ve usted, cuando yo entré a su servicio, hace cien años, no tenía más que trescientos.

Milord empezó a tocar a la puerta con mucha insistencia, pero nadie la abrió, sino que en una de las ventanas del piso superior apareció la madre para tirarnos el

contenido de un orinal sobre la cabeza y para maldecirnos. Milord se fue ultrajado, y con razón.

Al día siguiente, estaba yo almorzando en la casa de milord, cuando el criado anunció la llegada del conde de Saint-Germain. El conde venía a excusarse. No sabía que la joven señorita había enardecido el corazón de milord, por decirlo así, y ahora se mostraba dispuesto a retirarse, puesto que a él sólo le ataban amistades platónicas a las mujeres, ya que durante los primeros quinientos años de su vida había tenido más que suficiente.

Milord agradeció la amabilidad del conde, tras lo cual declaró que después de la ofensa que acababa de sufrir, no tenía ni las más mínimas ganas de aliarse con ella, porque además sus tres amantes existentes le quitaban toda la fuerza que iba disminuyendo día a día. Le rogó a Saint-Germain que le ayudara con alguna de sus panaceas secretas, no fuera que quedara mal con esas mujeres. Saint-Germain le prometió su ayuda, y así empezó la amistad entre los dos hombres que llevó a ambos a numerosas aventuras.

El conde de Saint-Germain le regaló a milord un brebaje que multiplicó infinitamente su fuerza viril, de tal manera que cuando dejaba a su amante sola por la mañana, seguía sin haberse saciado de amor, así que se agarraba a tres prostitutas soñolientas en la calle, arrastrándolas hasta su casa donde les pagaba debidamente a cada una el tributo del amor.

Desde aquel día, milord confiaba ciegamente en el conde de Saint-Germain. Nos confesó a él y a mí —que me había convertido en acompañante y confidente suyo— que su situación financiera había empeorado tanto, por más tierras y haciendas que tuviera al otro lado del mar, que ya sólo podía confiar en el secreto de los alquimistas, y le pidió a Saint-Germain que le dijera por lo menos si él conocía tal secreto. Durante una larga conversación nocturna, el conde de Saint-Germain confesó saber mucho, pero admitió desconocer el Mysterium Magnum, el secreto, escondido ante los mortales, de hacer oro con metales viles. Según su opinión, ningún hombre vivo conocía tal secreto, no lo supo tampoco nadie en el pasado, aunque los rosacruces, a finales del último siglo, estuvieron muy cerca de descubrirlo. Los sabios más excelsos de los dos siglos anteriores —entre ellos el famoso Theophrastus Bombastus von Hohenheim, llamado Paracelso, y su discípulo y seguidor Robert Fludd— tan sólo esperaron el instante, el instante místico en el que, según afirmaban, aparecería el profeta Elias, para que se pudiera completar el Mysterium Magnum. Pero el profeta Elias no se presentó.

A todo esto milord Bonaventura observó que el conde de Saint-Germain conocía muchos secretos, pero que él también conocía uno que nadie más sospechaba, un secreto que se heredaba en su familia junto con el escudo del conde de Pendragon; y añadió que a lo mejor si los dos juntaban sus secretos, podrían descubrir el secreto mayor. Pero para esto teníamos que trasladarnos a Inglaterra, puesto que su secreto estaba guardado allí.

Saint-Germain se quedó reflexionando y a continuación se mostró dispuesto a viajar a Inglaterra, donde tenía numerosos amigos y conocidos; y yo también dije que sí a la invitación de milord, puesto que no tenía nada especial que hacer en Francia.

[Después de esto, Lenglet du Fresnoy cuenta largamente cómo rompió con Thérése que de todas formas empezaba ya a aburrirlo. La ruptura no fue del todo fácil. Tengo la impresión de que Lenglet du Fresnoy le debía cierta cantidad de dinero a Thérèse, y que se vio obligado a dejar todas sus pertenencias y a huir de París sin nada, para unirse a Bonaventura en Arras. El explica su huida diciendo que no quería que a la pobre Thérèse se le rompiera el corazón.]

Mi corazón empezó a latir muy fuerte cuando nos hicimos a la mar: para mí era la primera vez en mi vida. Al ver las enormes olas, tuve que darle la razón a Moisés, por esperar a que las olas se separaran, en vez de ponerse a viajar por su cresta insegura. Me invadió el mal de mar, así que el viaje transcurrió para mí entre reflexiones, contemplaciones y penitencias, mientras me atacaban las peores dudas sobre el final de nuestra aventura.

Sin embargo, de repente aparecieron entre las aguas las costas blancas de Albión, y al ver su belleza me invadió de nuevo una confianza total en la Divina Providencia.

Pasamos tan sólo un día en Londres, jornada que Saint-Germain ocupó con una visita al maestro principal de los masones de Inglaterra, mientras yo visitaba, junto con milord, cafés y tabernas.

Por la noche estuvimos los dos paseando por un jardín lleno de espectáculos y de atracciones, llamado Vauxhall, mirando a las mujeres, cuando se nos acercó un caballero de aspecto curioso. Por su manera de vestir, tenía el aspecto de un italiano que viaja al extranjero: sus vestimentas eran muy coloridas, llevaba los dedos llenos de anillos y varias cadenas de oro en el cuello, y mientras estuvimos juntos sacó de sus bolsillos cuatro relojes y tres tabatiéres. Su rostro no era para nada atractivo, pero su mirada y su mímica delataban a una persona tan viva y despierta como yo no había visto nunca en mi vida.

Saludó a milord como a un antiguo conocido, y como Saint-Germain acabó saliendo en la conversación, el caballero italiano quiso advertir a milord contra él. Sin embargo, milord cortó la conversación con una broma y empezó a interrogar al italiano sobre sus aventuras.

—Ya no soy el mismo hombre que usted conoció en París —dijo—. Creo que estoy empezando a fallecer, porque uno no muere de repente, sino poco a poco, a medida que sus sentidos envejecen y dejan de funcionar. Al mirar hacia atrás, a mi pasado, no sé si fui el primero entre los locos o bien el primero entre los sabios.

Milord observó, entre bromas, que un hombre tan famoso y tan sabio tenía que conocer forzosamente la pócima con la cual Saint-Germain se mantenía joven. A lo que el italiano protestó, con la cara enrojecida, diciendo que milord probablemente

se estaba refiriendo a la historia de que él mismo le había prometido la eterna juventud a Mme. D 'Urfé, y luego exclamó:

—Bien, pues quédese usted entre las garras de Saint-Germain. Los que se burlan de los demás sólo merecen ser burlados.

Y se fue sin despedirse.

A mi pregunta de quién era ese caballero tan curioso, milord me respondió que no sabía si ese hombre era más famoso por el número elevadísimo de sus charlatanerías o de sus amantes. Él se hacía llamar caballero de Seingalt, pero su nombre auténtico era Giacomo Casanova.

Así pues viajamos a Gales, puesto que las tierras de milord se encontraban allí. En el castillo de Llanvygan de milord, donde nos hospedamos, nos agasajaron con lo mejor de todo. El día siguiente transcurrió con las visitas de las damas y los caballeros de los alrededores a quienes Milord tenía que recibir, y sólo muy de noche tuvimos la ocasión de volver a hablar de cosas secretas, sentados alrededor de la chimenea.

Milord nos contó, con una voz temblorosa por la emoción, que uno de sus antepasados, Asaph Pendragon, que estaba enterrado muy cerca, debajo de las ruinas de la antigua fortaleza llamada Cabeza de Dragón, había sido el primer hermano rosacruz, fundador de la orden.

—¡Si eso es verdad —exclamó Saint-Germain—, entonces él tiene que estar todavía en la misma tumba, con el cuerpo incorrupto!

—La verdad es que hay más que eso —dijo milord susurrando, acercándose a nosotros—, puesto que el primer rosacruz sigue vivo, como Merlín el mago o como Owain el de las Manos Sangrientas, héroe de los galeses. Está en su tumba, esperando el momento de levantarse. La tradición familiar que se hereda de padres a hijos afirma que el primer rosacruz, al empezar a sentir el poder de la vejez sobre él, mandó llamar a su amigo y hermano rosacruz, el médico Robert Fludd. Éste le confió el gran secreto, llegado de Oriente, con el cual se puede fijar y eternizar la vida dentro de un cuerpo humano. Un cuerpo así se vuelve inmortal, y permanece acostado en la tumba, sin moverse, pero vivo, reflexionando sobre los misterios del cielo y de la tierra. Asaph Pendragon se acostó en la tumba que él mismo había preparado a semejanza del universo, tras lo cual Fludd hizo unos cuantos prodigios mágicos, necesarios para guardar la vida más allá de lo natural, cerró la tumba y se fue. Y como si hubiese cumplido con su misión, murió en el mismo año.

Saint-Germain y yo escuchábamos, atónitos, el relato de milord, y le preguntamos, temiendo la respuesta, qué deseaba de nosotros y cuáles eran sus planes inmediatos. Milord nos respondió que el primer rosacruz seguía vivo en su tumba, que sabía más que cualquiera de los mortales, puesto que en su vida ya sabía más, y llevaba ciento veinte años reflexionando, en un estado encantado, sobre los misterios del cielo y de la tierra. Si fuera posible despertarlo y pedirle consejo, quizás podríamos llegar más cerca del Mysterium Magnum de lo que nunca nadie

estuvo. Si Saint-Germain, capaz de devolver la juventud perdida, pudiera aplicar su ciencia afondo, quizás conseguiría hacer hablar al vivo enterrado muerto.

Saint-Germain tardó en responder, acabó levantándose, diciendo que tenía que reflexionar, consultar al oráculo de su espíritu de cabecera, y se retiró. Me quedé a solas con milord Bonaventura que desde ese momento empezó a despertar cada vez más miedo en mí. Su exagerada gordura —en la que yo no había visto, hasta entonces, otra cosa que una consecuencia más bien simpática de su epicureismo exagerado— le confería un aspecto absolutamente diabólico, como si se hubiese convertido de repente en el mismísimo diablo Mammón, el que era capaz de sacar de su tumba a sus antepasados.

Milord me preguntó si yo había sido un sacerdote ordenado al abandonar el ministerio, y cuando le dije que sí, manifestó una gran alegría. Porque si nada ayudaba, podía ayudar la magia negra, pero para esto se necesitaba a un cura ordenado y un trozo de hostia consagrada. Me dijo que si las pócimas de Saint-Germain no ayudaban, yo tendría que celebrar la misa del diablo encima de la tumba, sobre el cuerpo de una mujer desnuda, diciendo al revés las palabras sagradas de la misa.

Me invadió un pánico tal que me fue imposible protestar contra ese plan diabólico.

Entonces volvió Saint-Germain. Se había adornado con sus emblemas de masón, los del Gran Elegido, y mantenía en las manos una varita y un frasco de cristal tallado.

—Tenemos que darnos prisa —dijo—, si queremos hacer algo. Tiene que ser esta misma noche, puesto que es luna nueva y Venus está en el signo de Capricornio. En noches así, toda la magia es más fácil de realizar.

Entonces yo me eché de rodillas y les supliqué para que renunciaran a su terrible plan con el que podían jugarse la salvación de su alma, pero milord se reía, diciendo que él no daría ni una sola moneda de cobre por la salvación de las almas de nosotros tres. Entonces les rogué que me dejaran fuera a mí, que me permitieran quedarme o irme, puesto que sentía que algo terrible se estaba preparando. Tras lo cual milord desenvainó su espada y me amenazó, diciéndome que si les abandonaba una vez enterado de todos sus secretos, me mataría. Me obligó a ir con ellos.

En el patio nos esperaban tres corceles negros ensillados, y empezamos a galopar muy rápido detrás de milord. Nuestro camino nos llevaba por senderos serpenteantes, en la loma de un monte, en cuya cima se veían las ruinas de una fortaleza, seguramente habitadas por buhos, brujas y fantasmas. Atamos nuestros caballos a los restos que quedaban en pie bajo una bóveda, tras lo cual milord encendió las antorchas que traíamos, y entramos entre las ruinas.

A un movimiento secreto de milord se abrió ante nosotros una escalera de caracol, oscurísima. Yo bajaba con las piernas temblándome, y tuve una sensación de auténtico pánico al notar de repente que la escalera en la que me encontraba empezaba a hundirse. Quise agarrarme a una viga, pero ésta se fue volando, riéndose a carcajadas. Aterrorizado, llamé a milord, pero éste seguía corriendo a

toda prisa delante de nosotros, como un demente, haciendo girar su antorcha en círculo.

Llegamos a una sala enorme, desde cuyos lejanos rincones se oía un ruido como de mar o de otra cosa parecida.

La sala estaba llena de ataúdes, y las tapas de todos se levantaron de repente y se volvieron a cerrar de la misma manera, como si se tratase de unas bocas hambrientas, dispuestas a morder, que nos avisaban de que no siguiéramos nuestro camino.

Medio loco de pánico, llegué a la sala siguiente, donde nos esperaba algo todavía más horrible.

En el centro de la sala había un altar que milord movió, empujándolo hacia un lado, hasta que descubrimos la tapa de una tumba que Saint-Germain consiguió, mediante manipulaciones secretas, mover de su sitio.

En la salita inferior había un catafalco, con un anciano gigante acostado encima, vestido con ropa antigua y unas sortijas en los dedos con unas piedras que yo no había visto nunca antes. El gigante estaba acostado, sin moverse, con los ojos abiertos, pero parecía que estaba ciego y no podía ver. Milord y yo nos escondimos, asustados, detrás del altar puesto de lado, y hasta Saint-Germain estaba pálido y dispuesto a retirarse, pero le daba vergüenza hacerlo.

Paseó su varita a lo largo del cuerpo del hombre y a continuación vertió el contenido de su frasco sobre su frente.

Entonces aquel hombre dormido se estremeció, volvió la cabeza en nuestra dirección, y su expresión dejó comprender que nos estaba viendo. Levantó muy lentamente la cabeza, se apoyó en un brazo y de su boca salió un grito espantoso.

Al mismo tiempo, disminuyó la intensidad de la luz subterránea que iluminaba la sala, y empezaron a sonar unas campanas que había en los dos lados de la sala.

Nosotros, petrificados, contemplábamos cómo se levantaba el hombre que estaba acostado en la tumba de la que se disponía a salir.

Entonces Saint-Germain lanzó un grito y salió de la sala corriendo. Nosotros lo seguimos. Por la escalera de caracol resultaba muy difícil subir, puesto que milord se mostraba incapaz de avanzar, por estar paralizado por el pánico, y tuve que dejar que se apoyara en mí, algo que, visto su peso, era una tarea bien dura. Cuando llegamos de vuelta al castillo, ya estaba delirando.

Las medicinas de Saint-Germain no sirvieron de nada. Nos quedamos al lado de la cama de milord. Sufrió durante una semana antes de fallecer, sin haberse olvidado de nosotros dos en su testamento...

Cambié de tren en Rhiul, para adentrarme poco a poco en el corazón de las montañas del norte de Gales, atravesando paisajes oscuros y místicos. Los nombres de las estaciones me sonaban cada vez más extraños, bárbaros y ancestrales. Estaba en pleno bosque céltico, en la tierra de los cuentos de hadas, donde había nacido el

mago Merlín, el niño sin padre, cuya madre había quedado embarazada con las cenizas de los muertos. Hoy en día los galeses son ya racionales e irónicos... Pero han quedado los árboles, las rocas, los lagos y la atmósfera que antes producía milagros y que todavía salvaguarda la semilla de algún nuevo misterio.

En Corwen me esperaba el mismo conde, con su coche. Le entregué el manuscrito y quise explicarle de inmediato por qué había tardado un día más en regresar de Londres.

—Usted debe de estar hambriento y cansado —me dijo el conde—. Primero vamos a cenar.

Él mismo parecía cansado e inquieto. No dijimos nada hasta que llegamos al hotel de la ciudad, donde el conde fue recibido como si fuera el dueño del lugar. Cenamos en un pequeño apartado, sin hablar demasiado. Después del café y de la copa de coñac el conde me pidió que le contara mis aventuras.

Le conté más o menos todo lo que tenía que ver con el asunto. No le dije dónde había pasado la noche en que me robaron el manuscrito, sólo le dije que no había dormido en mi hotel.

Lo que más le sorprendió fue todo lo relativo a la carta que había informado a Morvin de que Maloney había forcejeado con alguien antes de caer.

—Ahora ya estoy seguro... Hay un espía en Llanvygan —exclamó y continuó así—: Alguien le escribe cartas a Morvin. Por eso sabía Morvin que usted viajaba a Londres para recoger un manuscrito. Pero... ¿quién puede ser? Nadie más conocía el motivo de esta misión que Cynthia y Osborne... ¿O quizás alguien estuvo escuchándonos?

Se quedó reflexionando y luego me preguntó:

—¿Es verdad que usted vio a alguien en el balcón desde el cual Maloney cayó?

—Así es, milord.

El conde giró la cabeza hacia un lado.

Estuvimos callados durante un rato.

Eileen St. Claire también había mencionado una presencia misteriosa e indefinible. Y las memorias de Lenglet du Fresnoy dan también una clave, tan terrible como enloquecedora, una clave que podría explicarlo todo: el jinete con la antorcha, el anciano de las orillas del lago, las voces en la fortaleza de los Pendragon, la que detuvo a Osborne delante de la puerta y el amenazador boquete, la misma muerte legendaria de Maloney con el cuello retorcido...

«¿Qué secretos esconderá el conde detrás de sus silencios?... O mejor dicho: ¿qué secretos desvelará?»

—Cuénteme más cosas, por favor —dijo el conde de repente. La atmósfera de secreto se había disipado.

Seguí contándole cosas. La milagrosa aparición de Osborne le divirtió mucho.

—¿Cómo se llamaba la dama?

—Lene Kretzsch.

—Deletréeme, por favor.

Lo hice.

—¡Magnífico! Con *t, z, s y ch*. ¡Cuatro consonantes para formar un solo sonido! Un procedimiento verdaderamente noble.

Continuó así:

—Me alegra que haya visto a Osborne en compañía femenina. Su misoginia me causa muchos quebraderos de cabeza, porque uno de los dos, él o yo, estamos obligados a casarnos, y yo preferiría que fuera él. ¿Cómo era la muchacha? Cuénteme para que conozca sus gustos.

—Creo que en este caso sólo se pueden hacer deducciones sobre los gustos de la dama. Mi impresión es que Osborne desempeña un papel muy poco activo en la amistad que les une. Por otra parte, Lene Kretzsch es una joven muy guapa, sana y de cuerpo perfecto, en el sentido clásico de la palabra...

—¿Quiere usted decir que tiene las manos y los pies grandes, como las estatuas griegas?

—Sí.

—Vaya. Y ¿cómo es de carácter?

—Muy emancipada.

—O sea... ¿de moral fácil?

—No. Es más bien objetiva. *Neue Sachlichkeit. Bauhaus. Nacktkultur*. Podría parecer una taxista. En el amor no ve otra cosa que los hechos psicofisiológicos. Nunca inventa complicaciones de tipo sentimental o romántico.

—¿Y usted llama a eso moderno?

—*Well*, según el consenso internacional establecido entre periodistas y escritoras, esa objetividad es la que caracteriza el amor moderno.

—Sin embargo, usted debería saber que ya desde la época de nuestras abuelas las mujeres se negaban a ocuparse a la vez de hacer ganchillo y de desmayarse. Eran mucho más activas y dominantes que las mujeres de hoy, sólo que lo hacían con más gracia. Mme. Pompadour o la reina Victoria no fumaban en pipa, sólo reinaban. Yo me suelo enfadar cuando me hablan sobre la leyenda de la mujer moderna. La mujer moderna no existe. Ni el amor moderno. Siempre hubo personas incapaces de entregar otra cosa al amor que su objetividad, como usted la llama. Antaño, la disciplina del espíritu era mucho mayor, y no permitía hacerle propaganda literaria a esa forma degenerada del amor. Éste era uno de los temas sobre el cual un escritor decente no debía pronunciarse. Y los que de verdad eran maestros del amor —continuó diciendo— nunca fueron objetivos. Para Casanova, la mujer era una diosa, cualquiera que se le cruzara en la calle, y todas eran más guapas que las anteriores. Éste era su secreto. Objetividad... El hombre se diferencia de los animales porque es capaz de ver, en cada cosa, más de lo que tiene en realidad. Objetividad... ¿Acaso existe tal cosa? Todos acabamos construyendo nuestro propio mundo, echando mano de nuestras manías, e intentamos comunicarnos con unas señales luminosas muy débiles. Pero dejémoslo... Así que usted tuvo que enfrentarse

a una serie de tentaciones como san Antonio en el desierto. El diablo apareció en el Café Royal y le prometió una revista literaria. Sólo quisiera saber qué habría hecho Morvin, si usted hubiese aceptado su propuesta. ¿De dónde habría sacado el dinero?

—De la fortuna de Mrs. Roscoe —dije sin querer.

Me arrepentí enseguida. Estoy seguro de que nadie se había atrevido, durante los últimos años, a mencionar a Eileen St. Claire en presencia del conde, así que ahora sintió como si le hubiesen dado una puñalada. Se llevó las manos a la garganta y se puso muy pálido.

—¿Qué dice? ¿Cómo se le ocurre pensar eso?

Me di cuenta de que se había puesto pálido por la furia que lo asfixiaba. Sin embargo, ya no había vuelta atrás.

—Me lo dijo Morvin. Siempre hablaba en plural: «Nosotros le compraremos un yate..., le estaremos muy agradecidos...».

El conde me miraba de un modo terrible. A continuación, bajó la cabeza y llamó al camarero. Le pidió que trajera una botella de whisky.

Más tarde volvió a hablar, ya más tranquilo y sosegado:

—La tentación de san Antonio. No olvide, sin embargo, que el diablo que le ha tentado es el padre de la mentira. Cada palabra de Morvin es pura mentira. Éste es su mayor pecado, no el asesinato. Para protegerse... para protegerse de mí, siempre consigue presentarlo todo como si Eileen St. Claire fuera su cómplice. Consigue engañar a cualquiera... Incluso a Seton, el escocés más astuto que jamás ha existido. Yo soy el único a quien no puede engañar. Yo... conozco bien a Eileen St. Claire.

Me acordé de sus palabras anteriores: «Todos acabamos construyendo nuestro propio mundo, echando mano de nuestras manías»... El conde había creado un mito alrededor de la persona de Eileen St. Claire y seguía amando a ese mito, aunque ya se hubiera alejado de la mujer. Sin embargo, no le dije nada de todo esto.

El conde continuó así:

—Eileen St. Claire... Mrs. Roscoe es, desde muchos puntos de vista, una persona desgraciada. Tiene algo propio de un autómata, algo inhumano, algo... como si estuviera constantemente en estado de hipnosis. Si le digo que es muy influenciable, me quedo corto. Nunca en su vida ha hecho lo que ha querido por ella misma, siempre ha obedecido la voluntad de alguien. Y si alguien quiso despertarla de su letargo, ella llegó a odiar a ese alguien. No sé por qué le estoy contando todas estas cosas, no sé por qué le estoy hablando de cosas de las que nunca hablo con nadie..., quizás porque usted es un completo desconocido. Hoy está aquí, mañana se va... Es como si estuviera escribiendo palabras en la arena... Bueno, sólo le quería decir que Morvin lo tiene muy fácil, si trata de despertar sospechas en contra de Eileen St. Claire.

—Milord, tales sospechas parecen más que fundadas...

—¿Por qué? —me preguntó el conde, muy ultrajado.

—¿Que por qué? Pues usted no alberga muchas simpatías por Morvin. Y sin embargo, no lo ha entregado a la justicia, aunque tiene todas las pruebas en su contra, probablemente porque teme que quizás Mrs. Roscoe también...

—¡No es verdad! —gritó el conde, perdiendo completamente el control—. ¿Cómo se atreve a hablar de cosas que desconoce por completo? ¿Cómo pretende comprender los motivos de mi comportamiento?

Entonces, de repente, en medio de esa manifestación espontánea del orgullo del conde, sí que llegué a comprenderlo. Él acababa de decir que el hombre se diferenciaba del animal por ver más en las cosas de lo que hay de obvio en ellas. El animal ve a su pareja sencillamente como otro animal. El hombre ve a su pareja como mucho más que humana.

Para un hombre extremadamente orgulloso, la mayor y la más horrible de las equivocaciones era tener que reconocer que se había equivocado, y que la mujer que había elegido para sí no era como él había pensado que era. El desengaño amoroso, para un hombre muy orgulloso, no resulta terrible por verse abandonado. Es mucho más terrible haberse equivocado, haber construido un mito que en realidad no tiene ningún fundamento. Si se trata de un hombre tan sumamente orgulloso como el conde de Gwynedd, entonces ese hombre mantendrá su mito, en contra de cualquier prueba, para no tener que reconocer ante sí el haberse equivocado.

Por eso este hombre tan disciplinado se sale de sus casillas cuando alguien ataca a su mito de Eileen. Si ahora le dijera que Eileen se ha convertido en mi amante, no se lo creería, o bien me traería pruebas de que Eileen no pudo haber hecho otra cosa. Que estaba hipnotizada, y que todo era obra de Morvin...

—Le pido disculpas, milord —le dije—, es verdad que me he mostrado demasiado atrevido al opinar.

—No, no, soy yo quien tiene que pedir disculpas por haber perdido el control —me dijo con voz bastante tranquila—. Discúlpeme por no ser del todo dueño de mí mismo en estos instantes. Mientras usted estuvo ausente, ocurrieron cosas.

—¿Cómo? ¿Un nuevo atentado?

—No. Se trata de otra cosa totalmente distinta. Ocurrió algo verdaderamente terrible.

—¡Por Dios, milord!

—El aprendiz de brujo de Goethe, doctor... *Die ich reif, die Geister*..., o sea el yo maduro espiritual... Yo llevaba una piedra de mucho valor en la mano que se me cayó, que empezó a rodar por la pendiente y que formó una avalancha... Pero es una historia bien distinta que usted no puede comprender. Perdóneme otra vez por haberme mostrado tan nervioso hace unos momentos... Me perdona por ello, ¿verdad? Mucha gente ataca a Eileen St. Claire, no solamente usted, hay muchas cosas que hablan en su contra. Pero yo no puedo permitir que se la juzgue a la ligera, puesto que ella es inocente. Y no son los hechos los que hablan, Bátky. Los

hechos se desprenden del ser humano, como el pelo cortado. Hay que mirar a la persona, independientemente de los hechos, tal como la ve Dios... Bueno, vamonos, por favor.

Cuando nos metimos en el coche, ya era de noche. El viento corría, impaciente, entre los árboles del bosque que bordeaba el camino, y en el cielo se veía a intervalos la luna llena, completamente roja. Entonces se podían ver correr las nubes hacia levante, persiguiéndose salvajemente, en éxtasis, y sin embargo en silencio.

El conde rumiaba su trágico conflicto. Callaba y daba la sensación de que no diría una sola palabra en varios meses. El camino serpenteaba como si estuviera vivo.

En una de las curvas, el conde disminuyó la velocidad del vehículo.

—¿No oye usted nada? —Sólo el soplar del viento.

Seguimos avanzando, pero sólo unos cuantos metros, y el conde frenó el coche en el borde del camino. Lo adentró en un campo y empezó a avanzar hacia atrás, a trompicones. Hasta que se detuvo definitivamente.

—Disculpe esta pequeña molestia —dijo, y salió del coche. El campo en el que nos encontrábamos estaba separado del camino por un seto. El conde se detuvo del otro lado, y se quedó observando el camino con mucha atención.

Bajo el viento húmedo del oeste el campo donde nos encontrábamos parecía muy poco hospitalario. Por aquí y por allá se distinguían unos árboles o algún matorral de aspecto fantasmagórico. Era el campo donde uno suele encontrarse en sueños, rodeado de serpientes que avanzan por todas partes.

¿Qué puede hacer uno en una situación de tales características? Encender un pitillo.

Pero apenas dada la primera calada, el conde se acercó a mí y me pidió no fumar durante unos minutos. Contrariado, tiré el cigarrillo.

Poco a poco empecé a oír lo que el conde estaba escuchando. Era un ruido apagado, rítmico, parecido a unos golpes, algo que identifiqué como el sonido de los cascos de unos caballos.

Al mismo tiempo, algo se acercaba con rapidez. Algo, digo, porque no eran jinetes, sino una bruma que avanzaba a mucha velocidad, como si el mismísimo diablo estuviera azotando a los caballos, a ambos lados del camino, por donde avanzaban como si fueran las locomotoras de unos trenes de vapor.

En unos minutos, la bruma nos alcanzó y nos cubrió. Me di cuenta de que no se trataba de bruma, sino de humo, un humo asfixiante cuyo aroma recordaba el del incienso.

Desde el coche no podía divisar el sendero en donde se encontraba el conde. No sabía siquiera si seguía allí. No tenía ni idea de dónde estaba en aquellos momentos, en medio de aquella niebla tan extraña.

Salí del coche a toda prisa, y me dirigí, en medio de la oscuridad más completa, hacia donde pensaba que debía de estar el conde. Extendí los brazos, pero sólo toqué el seto.

Me detuve.

El sonido de los cascos de los caballos se oía muy próximo, y yo creí oír también a un jinete que galopaba muy cerca de donde estábamos.

La bruma se disipó.

La luna brillaba, y se veía cómo la bruma avanzaba a lo largo de todo el camino.

«La invisibilidad de los rosacruces», pensé, «es un cuento sólo a medias».

El conde estaba sentado al volante, con la cabeza agachada y la frente apoyada en el mismo. No me atreví a molestarlo.

Me metí en el coche, y él arrancó y condujo hacia Llanvygan.

A la mañana siguiente, en el desayuno, le hice un breve resumen de las cosas a Cynthia. Naturalmente no le dije nada de Eileen St. Claire. Tampoco le conté la visión de Lenglet du Fresnoy, por llamarlo así. Y tampoco le mencioné mi encuentro con el jinete de la medianoche.

Hay algunas cosas que sólo existen de noche. Me sentía incapaz de hablar de ello. Me daba vergüenza. Uno siente vergüenza por lo incomprensible, por lo irracional, como si fuera una enfermedad de la psique. Intenté no pensar en ello.

De todas formas, era una preciosa mañana de verano. En el mundo sólo existía Cynthia, y los cochinitos de la granja, los favoritos de Cynthia.

Subimos a una colina, nos sentamos en la hierba y tomamos el sol.

Cuando Cynthia callaba, todo parecía maravilloso. En la cima de una colina que era de su propiedad, debajo del sol de Gales que era de su propiedad, con las torres de Llanvygan al fondo, ella era totalmente igual a la imagen que yo me había forjado de ella y que adoraba: la doncella del castillo, inocente, ajena a la miseria humana. Sólo los cochinitos, los pollitos y los robles son capaces de comprender de verdad el misterio conmovedor, ligeramente humorístico y sin embargo sublime y místico, de la juventud de esa muchacha extremadamente rica. Una muchacha pobre no es joven en realidad, y en medio de sus preocupaciones más bien parece un hombre.

Cynthia callaba maravillosamente bajo el sol. Era un día perfecto de verano, un día de esos en los que uno se imagina que el tiempo se va a detener y que sin embargo todo va a seguir en orden.

Se notaba que ella no tenía nada en la cabeza, que estaba totalmente entregada al bienestar de su cuerpo, de su piel. Yo también estaba muy contento y feliz.

Sin embargo, eso no duró mucho tiempo.

Cynthia se incorporó, se sentó y declaró lo siguiente:

—No piense que no tengo nada en la cabeza. No aguanto a las muchachas que viven sin preocuparse por nada en absoluto.

—¿Qué tiene en la cabeza, Cynthia?

—Esta mañana he leído en el periódico que ha vuelto a aumentar en un cinco por ciento el número de desempleados en el sur de Gales. Es horrible que yo esté aquí tomando el sol mientras...

—¡Basta! —grité, sin preocuparme por las formas.

Me sentí como si me hubiesen arrojado un jarro de agua fría. Puedo aguantar cualquier sentimentalismo, menos la compasión de los ricos por los pobres. Me parece algo tan antinatural como incómodo, como si un obrero dijera que no envidia la riqueza del dueño de una fábrica. Las clases sociales deben odiarse, así es el orden de las cosas, y a mí que me dejen disfrutar en paz del sol que es un fenómeno bastante escaso en Gran Bretaña.

—¡Oh, Cynthia!... —me parecía que eran dos jóvenes distintas... Las palabras que ella pronunciaba no tenían absolutamente nada que ver con el ser que yo imaginaba.

Mi Cynthia se desmayaba si pillaba á su bienamado comiendo salchichas, pero era capaz de propinar una buena bofetada a la criada si llegaba el caso, una joven señorita encerrada en su castillo, sentada en el trono de su vida llena de poesía y que no se da cuenta de que países enteros están muriéndose de hambre.

No quise abandonar la esperanza de que Cynthia fuera como yo la veía, sólo sucedía que la habían maleducado. Su madre debía de tener la culpa, ella debía de haberle inculcado, no se sabe bajo la influencia de qué desengaños, la superstición típica de la clase media, según la cual la inteligencia es un valor y todos los hombres somos iguales.

—Cynthia... Un pobre debe sentir compasión por los demás pobres... pero usted debe mostrarse orgullosa y cruel. Si yo estuviera en su situación... mi vida sería una comedia con tintes sadomasoquistas, un tratado sobre la despreocupación y el ocio. No cogería un libro ni por casualidad, jugaría al golf a diario, o si existe algún deporte todavía más aburrido, pues lo practicaría. Viajaría, coleccionaría obras de arte y diría que Leonardo no pintaba tan mal, aunque era un simple ciudadano. Hablaría poco, puesto que la vanidad se puede expresar mejor con gestos... No le digo que fuera una vida muy divertida, pero... cumplir con el deber nunca resulta demasiado apasionante...

—¿Usted cambiaría su vida por la mía?

—¿Yo? ¡Claro! ¡Sin pensarlo dos veces!

—No entiendo. Yo preferiría vivir la vida que usted lleva. Poder vivir para la ciencia..., al servicio de la verdad y de la humanidad...

—Puede estar segura de que la ciencia que yo cultivo nunca ha estado al servicio de la humanidad... Porque no existe la verdad, ni la humanidad. Sólo hay verdades y nombres. Y a mí siempre me ha causado gran satisfacción el hecho de que las cosas que estudiaba, por ejemplo los usos y costumbres de los maestros herreros ingleses de la Edad Media, nunca sirvieran absolutamente para nada.

—Usted habla como si no tuviera ideales...

—Efectivamente. Soy neofrívolo.
—¿Cuál es la diferencia con la frivolidad antigua?
—Pues la principal es que la primera palabra lleva la sílaba «neo». Es más excitante así.
Cynthia hacía una corona con algunas flores amarillas que en inglés se llaman *dandelion*, y miraba delante de sí pensativa y desanimada. Nuestra amistad había llegado a un punto decisivo. Yo empecé a sentir vergüenza por haber hablado tanto. ¿Para qué habla uno con su bienamada? Con ello sólo se suele causar malentendidos.
Para disculparme, empecé a besarle las manos. Cynthia me miraba con ternura, pero pronto arrugó el semblante y se puso de pie.
—Me temo que no nos comprendemos —me dijo en un tono abstracto, que seguro que habría oído a alguna actriz. Hubiera tenido que añadir «señor».
Empezó a contarme cosas sobre su amiga, con gran entusiasmo, sobre la única persona que la comprendía.
Volvimos hacia el castillo. Yo me mantuve callado, porque tenía la sensación de haber cometido muchas tonterías. Me sentía absolutamente desgraciado.
Sólo entonces me di cuenta de lo mucho que me importaba la doncella del castillo, aunque se hubiese desviado del buen camino.
Cuando llegamos al castillo, me aguardaba un telegrama.

Osborne apresado. No se lo diga a nadie. Importante. Venga enseguida.
Fdo: Kretzsch.

Me encontraba en plena guerra.
Morvin y los suyos probablemente habían reconocido a Osborne, mal disfrazado, mientras éste seguía a Eileen St. Claire. Habían logrado quitarlo de en medio, y ¿quién sabe qué le habrían hecho mientras? Puesto que también querían eliminar a Osborne...
Hice la maleta inmediatamente. Aunque no podía ni imaginarme lo que sería capaz de hacer, ardía en deseos por llegar a Londres.
No le dije nada al conde, ni a Cynthia, sobre los motivos de mi viaje, para no preocuparlos. «A lo mejor todo se arregla», me decía para animarme.
Logré tomar el tren de la tarde. Me pareció que Londres estaba muy lejos del norte de Gales. Además, había toda una serie de ciudades completamente inútiles entre los dos lugares.
Al llegar a Londres, me fui a mi hotel y pregunté por Lene.
—¿Miss Kretzsch?
Se pusieron a buscar a Lene sin mucho entusiasmo. No la habían visto ni a la hora del desayuno, ni en el momento de la comida. La mujer de la limpieza aclaró que Lene no había dormido en el hotel.

Llegó la hora de la cena. No había ni rastro de Lene. Esperé hasta las nueve, cuando ya no pude aguantar más. Le dije al portero que estaría de vuelta a las once. Y como el enamorado nostálgico que recorre los escenarios de su felicidad ya pasada, allí por donde estuvo con la dama de su corazón, recorrí todos los bares en donde había estado tomando cerveza con Lene.

Sabía que ella era incapaz de irse a dormir sin haberse bebido unas cuantas jarras de cerveza. «Si ella se encuentra en algún sitio accesible, la encontraré en alguno de los bares.»

Como me sentía afligido y como todo mi ser estaba centrado en Lene, me tomé un par de cervezas en cada lugar. No encontré a Lene y cuando llegué al hotel, un poco después de las once, estaba bastante aturdido por tanta cerveza y tenía la esperanza de dormir bien.

—¿Nadie ha preguntado por mí?

—Sí. Un señor.

—¿No lo reconoció? Seguramente habrá sido Lene, disfrazada de hombre.

—Puede ser, señor —me respondió el portero, muy educado—. Decía que venía de parte de Mr. Seton, con un mensaje muy importante.

«¡Fantástico! ¡Vaya con las ocurrencias de Lene!» pensé. «Debe de estar en su habitación.» Así que subí a toda prisa, muy contento.

Toqué a la puerta de Lene, pero no hubo respuesta. Toqué más fuerte y empecé a llamarla en alemán:

—¡Lene! ¡Lene! ¡Abra la puerta! ¡Soy yo, Bátky! ¡Abra de una vez!

Con mis gritos bárbaros desperté a la dueña que subió de inmediato, vestida con su bata.

La dueña del hotel tenía una moral muy estricta. Su hotel disfrutaba de una fama impecable, algo que resultaba muy difícil de conservar. Cuando vio que yo estaba tocando a la puerta de una dama, palideció y me miró de tal manera que me habría preocupado si no hubiese estado ebrio.

—¡Mr. Bátky!

Acentuaba la primera sílaba de mi apellido con mucha severidad.

Sin embargo, yo había bebido demasiada cerveza, así que tenía disminuidas mis facultades de percepción, tanto en el sentido visual como en el auditivo. También me sentía muy optimista.

—*Hello*, Mrs. Stewart! ¿Cómo está usted? —la saludé con alegría, y constaté que ella había engordado todavía más.

—En mi hotel, las damas no suelen recibir visitas en sus habitaciones, y menos a estas horas. Mr. Bátky, está usted alterado. Baje inmediatamente. Y por favor, búsquese otro hotel cuanto antes.

Me tuve que inclinar bajo el peso de su autoridad, volví a mi habitación y me quedé dormido casi enseguida.

A la mañana siguiente me desperté temprano y cuerdo, me vestí con rapidez y fui a ver al portero. Mi cabeza hervía con las ideas de qué debía hacer y qué no había hecho la noche anterior.

—¿Miss Kretzsch no volvió anoche? —le pregunté al portero.

—No, señor.

Me acordé vagamente de que alguien había preguntado por mí la noche anterior, así que pregunté:

—¿Quién preguntó por mí anoche?

—Un caballero que venía de parte de Mr. Seton.

—¿Y qué dijo?

—Dijo que esta mañana vendría de nuevo, y que hiciera usted el favor de esperarlo.

En cierto modo, la noticia me tranquilizó. De todas formas, el único error que había cometido era no haber avisado a Seton de lo que había ocurrido. Sin embargo, él parecía estar enterado. Lene se habrá puesto en contacto con él. Ya me lo contará todo.

Desayuné y pasé el rato bastante nervioso, leyendo los periódicos. Sólo me fijaba en los titulares, hasta que encontré de repente uno que me llamó la atención:

CHILD KIDNAPPED
MYSTERY RIDER IN ABERSYCH
(Niño secuestrado. Un jinete misterioso en Abersych.)

En la noche de ayer ocurrieron algunas cosas inexplicables en Abersych (condado de Merionethshire). Sian Prichards, un granjero de 36 años, se despertó a medianoche, al oír que alguien lo estaba llamando por su nombre desde delante de su casa. El granjero dudó en salir, puesto que no conocía la voz de la persona que lo estaba llamando y porque tuvo un mal presentimiento. Al final sí se decidió y salió. Delante de su casa, había un anciano vestido de negro, montado a caballo. Su figura imponente, su vestimenta inusual y su rostro pálido inspiraban miedo. El anciano pronunció unas palabras incomprensibles. El granjero no recuerda nada más. Cuando volvió en sí, delante de la puerta de su hogar, el anciano había desaparecido, y con él el hijo de diez años del granjero. La policía tomó con ciertas reservas la declaración de Prichards. Al principio, pensaron que tenían delante a un demente. Sin embargo, a Prichards lo conocen en su pueblo como una persona sensata y normal que nunca ha llamado la atención demasiado. En todo caso, la repentina desaparición de su hijo da cierta credibilidad a sus palabras. La policía se encuentra impotente ante el caso. No se ha encontrado el menor rastro del jinete, a quien solamente vio el granjero.

Abersych se encontraba a unos diez kilómetros del castillo de los Pendragon...

Yo no albergaba ni la más mínima duda sobre la identidad del secuestrador. Pero ¿por qué lo hizo?

No me rompí la cabeza para tratar de averiguarlo. De todas formas, todo el asunto estaba fuera de cualquier lógica. Sólo por el hecho de haberse producido, se situaba fuera de cualquier racionalidad. Si es que se había producido de verdad...

A continuación, en mi conciencia acostumbrada a asociaciones de tipo histórico, se dibujó una escena temible: la del castillo de Barba Azul. Creí haberlo comprendido todo.

No se trataba del Barba Azul de la leyenda, el que asesinaba a sus esposas, sino del personaje histórico.

Ese Barba Azul se llamaba en realidad Gilíes de Rais. Era mariscal de Francia en el siglo XV, en la época de la santa de Orléans y la Guerra de los Cien Años. Empleó toda su fortuna en experimentos alquímicos, sin resultado alguno. Al final decidió invocar los poderes nefastos para aliarse con ellos.

Para ganar los favores del diablo, capturaba y asesinaba a cientos y cientos de niños inocentes. Se quedaron despobladas regiones enteras, como cuando sobrevenía alguna epidemia de peste.

Según se desprende de los documentos de la Inquisición, sus asesinatos se hicieron cada vez más crueles y diabólicos. Al principio, torturaba y asesinaba a los infantes y los descuartizaba, pero más adelante empezó a quemarlos vivos a fuego lento. Posteriormente, los sodomizaba, los torturaba hasta la muerte, los violaba y él mismo confesaba que se deleitaba sentándose encima del cuerpo abierto de sus víctimas. Al final, acabó deshonrando los cadáveres de éstas.

Todo eso fue en vano. El diablo se le apareció en varias ocasiones, pero siempre se mostraba poco colaborador. En una ocasión, Satanás azotó casi hasta la muerte a un alquimista italiano, el mejor amigo de Gilíes de Rais.

Este acabó preso de la Inquisición, excomulgado como adepto de Satanás y entregado a la justicia que lo condenó a muerte. Gilíes de Rais se arrepintió de sus pecados y rogó, arrodillado, el perdón popular. Y aquel fabuloso pueblo de la Edad Media lo perdonó, aunque fuera el asesino de sus vastagos: acompañaron al mariscal al cadalso llorando a lágrima viva, implorando que Dios perdonara su alma...

—Está aquí el señor que ha venido a verlo —me comunicó el portero.

Me acerqué al vestíbulo.

Me esperaba un caballero de mirada muy severa, con aspecto de detective.

—¿Es usted János Bátky? —me preguntó. —Sí, soy yo.

—No se lo tome a mal, pero le ruego que me presente algún documento que dé testimonio de su identidad. La seriedad del asunto me obliga a pedírselo. Es un deseo de Mr. Seton que...

—Aquí tiene —le dije, y le dejé ver la tarjeta con fotografía que todo extranjero residente en Inglaterra debe poseer.

—*Thank you*. Usted sabe que Osborne Pendragon es actualmente prisionero de James Morvin y de sus socios. Miss Kretzsch ya lo ha informado.

—Así es.

—Por encargo de Mr. Seton estuvimos buscando al joven desde el mediodía de ayer. La suerte nos ha sido favorable, y sospechamos, desde anoche, dónde puede

estar preso. Morvin posee una fábrica de industria química en Southwark. Por los testimonios de gente que trabaja en dicha fábrica, pensamos que Osborne se encuentra allí. Esta misma mañana penetraremos en la fábrica sin llamar la atención, aprovechando que es domingo, día libre de los trabajadores. Mr. Seton desea que usted venga con nosotros. Seguramente se celebrará un juicio sobre todo este asunto, y Mr. Seton necesitará el mayor número posible de testigos. Él y miss Kretzsch ya se encuentran en Southwark, a la espera de su llegada. ¿Está usted dispuesto a acompañarnos?

—Por supuesto.

—Entonces vamonos.

Tomamos un taxi y nos trasladamos a la orilla opuesta del Támesis. Atravesamos el feísimo barrio de Southwark, un barrio industrial, lleno de fábricas. Las calles estaban desiertas, se notaba que era domingo.

Nos detuvimos en una pequeña calle lateral. Al salir del coche, se nos acercaron cuatro hombres. Uno de ellos, que llevaba un sombrero de copa y bigote blanco, se me acercó, me dio la mano y se presentó:

—Me llamo Seton.

—János Bátky.

—Podemos partir. ¿Tiene usted una pistola?

—Sí. Disculpe... ¿Dónde está miss Kretzsch?

—Llegará de un momento a otro. Vamonos, por favor.

Llegamos al lado de la verja de una pequeña fábrica. El portón estaba cerrado. Nos introducimos en el patio.

El primer edificio era el de las oficinas. El señor con aspecto de detective que me había invitado a venir abrió la puerta con una llave maestra. El edificio se componía de tres oficinas, y no encontramos nada especial en ellas.

—Debe de estar en uno de los almacenes —opinó Seton.

Uno de los almacenes, un edificio sólido, sin ventanas, oscuro y de alguna manera amenazador, me había resultado muy sospechoso desde el principio. Le comuniqué mis impresiones a Seton.

—Bien. Vayamos a verlo en primer lugar. Sheridan, vaya usted a montar guardia delante de la puerta.

La puerta del almacén tenía un candado. El hombre con aspecto de detective agarró un palo y quitó el candado propinando un golpe seco. Abrió la cerradura con otra llave maestra.

—Usted primero —le dije a Seton.

—Usted primero —me respondió en el mismo tono educado.

Con lo cual me agarraron y me empujaron sin más al interior del edificio a oscuras.

Bajé unas escaleras, casi rodando. La puerta se cerró detrás de mí. No me rompí nada.

Sin embargo, no tuve mucho tiempo de palparme y comprobar si estaba bien. De uno de los rincones salieron dos hombres altísimos de color que empezaron a estrangularme.

—¡Mr. Seton! ¡Mr. Seton! —llegué a gritar.

Los dos hombres me soltaron y me miraron muy sorprendidos.

—¿A usted también? —me preguntaron entre risas.

Eran Osborne y Lene.

—¿Cómo que a mí también?

—¿A usted también lo han cogido?

Yo seguía sin entender nada.

—Pero si yo... pero si yo he venido con Seton...

—¿Con Seton? ¿Qué aspecto tenía?

—Bueno, un hombre mayor, atractivo, con bigote blanco.

—Bien. Seton nunca ha tenido bigote —observó Osborne y me preguntó—: Pero ¿qué hace usted aquí? ¿Por qué ha venido desde Llanvygan?

—¿Que por qué he venido desde Llanvygan? Porque Lene me mandó un telegrama diciendo que lo habían capturado a usted y que tenía que venir enseguida.

—¿Yo? —preguntó Lene, muy sorprendida—. Yo estoy aquí desde ayer al mediodía, hablando de sociología con Osborne. Pero no consigo convencerlo. Y de paso me muero de hambre.

—¿Cree usted... que nos quieren matar de inanición?

—Parece que sí. Durante todo este tiempo sólo nos han arrojado unos cuantos bocadillos de jamón y queso y unas manzanas, como si fuéramos unos osos. ¿Qué se creerán?

—Pero... ¿qué hacen ustedes aquí? —les pregunté.

—Es muy sencillo... Según el plan elaborado, desde el día siguiente a nuestro último encuentro, hemos estado siguiendo a Mrs. Roscoe, disfrazados de negros. Por desgracia, no hemos descubierto nada de nada. Mrs. Roscoe se limitaba a llevar una vida muy mundana. Pero ayer por la mañana vino aquí, a esta fábrica, donde ya habíamos visto entrar a Mr. Morvin. La seguimos. Cuando Mrs. Roscoe entró aquí, Lene tuvo la idea de que nos presentáramos, como si estuviéramos buscando trabajo, para poder echar un vistazo.

—La idea resultó ser muy buena —aclaró Lene—. Nada más entrar, unos diez hombres se abalanzaron sobre nosotros, y nos arrojaron a este sótano, antes de que yo pudiera decir *Heil Hitler*! Desde entonces estamos aquí, a la espera.

—Y esto es todo —añadió Osborne—. El oficio de detective no carece de ciertos riesgos.

—Y ahora está usted también con nosotros —observó Lene—. Parece que Morvin busca la perfección.

—¿Qué querrán de nosotros?

—Creo que se trata de muerte por inanición —opinó Lene—. Dios mío, si pudiera volver a probar la col fermentada que preparan en el restaurante de Schmidt...

—A lo mejor quieren chantajear a mi tío —añadió Osborne.

Callamos los tres.

—Según las novelas que he leído —les dije—, en circunstancias así los prisioneros buscan la manera de escapar.

—Pues busquémosla.

—Las recetas clásicas no nos servirán —dijo Osborne con un suspiro—. No podemos excavar la pared, ni destruirla, puesto que nos encontramos bajo tierra.

—Quizás podríamos derrumbar la puerta —propuso Lene.

—No creo que lo consigamos.

Estuvimos barajando varias posibilidades. Mis compañeros estaban agotados, se notaba que les había afectado el hecho de estar presos, aunque los dos fueran optimistas por naturaleza. Era la hora de comer. Incluso la comida del hotel se me hacía bastante apetecible en esas circunstancias, y según pasaban las horas, cada vez más. Echaba de menos una merienda, por lo menos...

—Tenemos que intentar forzar la cerradura —les dije. Aunque no entiendo nada sobre los logros de la técnica moderna, sí que conozco los trucos de los antiguos cerrajeros ingleses. Quizás podría solucionarlo.

Subí y empujé ligeramente la empuñadura de la puerta.

La puerta se abrió. No estaba cerrada con llave.

Esto me causó gran sorpresa. Estuve allí de pie, delante de la puerta abierta, sin poder decir ni pío.

A continuación, sacamos nuestras pistolas y salimos al patio.

Miramos hacia la derecha y hacia la izquierda. No había nadie. Corrimos hacia la verja. Abrimos el portón y salimos a la calle. Entonces vimos el letrero que había en la verja y que decía:

TO LET (Se alquila)

Sin embargo, no disponíamos de mucho tiempo para intentar resolver el misterio. Llamamos un taxi desde la primera cabina telefónica, y nos trasladamos al palacete de Eaton Square de los Pendragon, donde Lene y Osborne se quitaron su disfraz, se asearon, y a continuación nos fuimos a comer.

Lene no quiso aceptar la invitación de Osborne para el Ritz.

—No puede ser. Ya les explicaré por qué.

Fuimos a un pequeño restaurante del Soho. Cuando estábamos comiéndonos el plato de pasta, Lene pidió otro plato de sopa. Repitió también el plato de carne. Así que al final se comió dos menús completos, con rapidez, sin decir palabra.

Luego, se recostó en su asiento y dijo:

—Ahora vamos a reflexionar.

Reflexionamos.

—El misterio no es que nos hayan apresado —dijo Osborne, siguiendo las leyes de la lógica—. El misterio es que nos hayan soltado. ¿Por qué? ¿Por qué nos soltaron tan rápido, una vez que nos tenían apresados?

—Probablemente nos hayan soltado porque habían desaparecido las razones para tenernos apresados —opiné—. ¿Cuál es la explicación a todo ello? Mientras estábamos presos, ha ocurrido algo.

Una enorme intranquilidad se apoderó de mí. ¿Qué les habría ocurrido al conde y a Cynthia?...

—Os propongo que llamemos inmediatamente por teléfono a Llanvygan.

Pagamos y salimos a la calle.

Mientras estábamos esperando nuestro turno para la conexión telefónica en la oficina de correos, Lene pareció darse cuenta de algo:

—La cosa es sencilla. Nos apresaron porque no querían que los siguiéramos. Nos apresaron durante un día para que perdiéramos su pista.

Esto sonaba lógico. Nos consiguieron por fin la conexión con Llanvygan, y Osborne fue a hablar. Esperamos con impaciencia hasta que salió de la cabina.

—He hablado con Rogers. Mi tío está bien, se encuentra en su laboratorio y no quiso bajar para hablar conmigo. Sin embargo, por otra parte...

—¿Qué ha ocurrido?

—Cynthia se fue ayer por la tarde, en coche, llevándose una maleta, y todavía no ha regresado. Rogers no sabe dónde ha podido ir. Había recibido un telegrama.

Empecé a preocuparme. Un telegrama... ella también. Probablemente también la engañaron con alguna falsa noticia. «Y aquí estoy yo, su caballero oficial, con su cinta en mi escudo, incapaz de salvarla.»

Lene me acariciaba la cabeza.

—Pobre doctor. De todas formas, no vaya a desfallecer. Veamos... Suponiendo que a ella también la hayan engañado Morvin y sus secuaces, tampoco le habrá ocurrido nada, lo mismo que a nosotros. Ella es la que menos motivos tiene para que nos tengamos que preocupar.

—*Well* —dijo Osborne—, de las muchas posibilidades para actuar que se nos presentan, la única posible es que nos traslademos al Grosvenor House, para ver qué está haciendo Mrs. Roscoe.

Le hicimos caso y nos trasladamos en coche al Grosvenor House. El Delage adornado con el escudo de los Pendragon tuvo su efecto. El personal nos recibió con especial atención.

Osborne se dirigió al mostrador de recepción y le preguntó al empleado:

—¿Mrs. Roscoe, por favor?

—Mrs. Roscoe se fue ayer.

—*I'm Sorry*. ¿Adonde ha ido?

—Ahora mismo se lo diré.

Y se puso a buscar en el libro de registros.

Pero en este punto otro individuo, más alto y más agresivo, lo apartó y nos espetó:

—Mrs. Roscoe no dijo adonde se trasladaba.

Probablemente tenía instrucciones de no revelar la dirección de Eileen.

Salimos a la calle, y empezamos a andar, muy nerviosos, por Park Lañe. Una serie de coches elegantes con damas bellísimas desfilaban ante nuestros ojos. Oh, Londres... Bueno, digo «oh, Londres» ahora, en aquel momento no tuve tiempo de pensar en nada parecido.

De repente, Lene se detuvo y se puso a gritar:

—¡Ayayay!

—¿Qué?

—¡Ya está! Escúchenme: ya sabemos por qué nos apresaron a Osborne y a mí. Para que no pudiéramos seguir sus huellas. Pero esto no explica por qué han hecho que el doctor y Cynthia abandonaran Llanvygan, si es que es verdad que a Cynthia la han sacado de allí también ellos. Ambos sucesos se relacionan así: a nosotros, nos apresaron, para que no pudiéramos ver cómo ellos se iban, y a ustedes los alejaron de allí para que no pudieran ver cómo ellos llegaban. Es indudable que su propósito era llegar a Llanvygan y que querían encontrar al conde solo.

—¡Qué terrible! —exclamé.

—De momento no es tan terrible. Hace media hora, el conde estaba trabajando pacíficamente en su laboratorio. A mí me gusta la gente que trabaja en un laboratorio... Pero no quería decir esto. Si partimos ahora mismo, estaremos en Llanvygan antes de medianoche.

La idea nos pareció más que sensata. Subimos al Delage y nos dirigimos hacia el oeste.

A las once y media estábamos en Llanvygan. El personal del castillo se encontraba profundamente dormido. Tuvimos que insistir repetidamente en llamar a la puerta hasta que nos oyeron. Le dijimos a Rogers que informara al conde de nuestra llegada.

—Lo siento mucho, pero no es posible —nos respondió Rogers—. El conde se ha tomado esta noche una pastilla para dormir y nos ha dicho que no lo molestáramos bajo ningún concepto. Lo siento muchísimo, pero me tienen que comprender: me jugaría mi puesto...

Conocíamos el carácter terco y testarudo de Rogers, así que nos conciliamos con la idea de no poder ver al conde hasta la mañana siguiente.

De repente, Osborne se dirigió a Rogers con estas palabras:

—*I say*... ¿Ha venido alguien a ver al conde mientras yo estaba fuera?

—Sólo el reverendo Dafyd Jones.

—¿Nadie más?

—No, señor, nadie más.

Yo me acosté en mi cama de índole histórica, de la época de la reina Ana, me imagino. La habitación me resultaba familiar. Un dormitorio un tanto intranquilo. Encima de mi cabeza, los enormes ajolotes nadaban en sus acuarios. Delante de mi ventana estaba la terraza desde donde había caído Maloney. Y alrededor del castillo, el fantasma del jinete de la medianoche. Mi hogar actual parecía más bien una trinchera en un campo de batalla. Me escondí debajo del edredón.

Tocaron a mi puerta, y entró Osborne.

—Con perdón. Rogers ha mentido. Me he dado cuenta por cómo se acariciaba la barba.

—¿Cómo?

—Desperté a Griffith y le hice unas cuantas preguntas. No es verdad que nadie haya venido a ver a mi tío. Ha venido una dama, en coche, en dos ocasiones. Con la descripción dada he deducido que se trataba de Mrs. Roscoe. Ha venido por la mañana temprano, pero el conde no estaba. Anoche no durmió en casa. Pasó la noche y también el día de hoy fuera. La dama dijo que volvería por la noche. Ha vuelto, pero el conde no ha querido recibirla.

—¿No la recibió? ¡Vaya noticia excelente! Entonces no hay ningún peligro. Es decir...

—Es decir quién sabe. Son tan astutos, se aferran tanto a sus planes... Parecen muy tercos. Pero ahora ya estamos aquí. Ya lo cuidaremos nosotros. Lene es tan perfecta en saber cuidar...

Nos deseamos buenas noches. La mía no resultó ser muy buena. Imaginaba a Cynthia a merced de mil peligros, entre las garras de Morvin o de los ajolotes...

A la mañana siguiente, el conde se presentó en el desayuno. Lene tardó en bajar. Mientras la estuvimos esperando, informamos al conde de todo cuanto había ocurrido. Lo escuchaba sin prestar demasiada atención. Parecía estar preocupado por otra cosa distinta. De repente me acordé del niño desaparecido, y tuve una sensación de tristeza y de pesantez.

—*Uncle*... —preguntó Osborne—, ¿adonde ha ido Cynthia?

—¿Cynthia? —repitió el conde sin prestar atención, y añadió—: Cynthia se ha ido a Londres. Vuestra tía, la duquesa de Warwick, le mandó un telegrama, diciéndole que estaba mala y que le gustaría que cuidara de ella. Habrá sufrido un ataque de gota...

Osborne se levantó de un salto y dijo:

—Voy a llamar a la tía Doris. Me temo que ni una palabra de todo esto es verdad...

Y se fue a llamar.

Entonces entró Lene, ataviada con un vestido un tanto curioso, de muy mal gusto, un vestido que hubiese cosechado muchos éxitos en Berlín.

El conde recibió a Lene con amabilidad pero también con distanciamiento. Ella parecía enojada: esas maneras herían muy probablemente su objetividad.

—Usted me recuerda a mi tío Otto —sentenció.
—¿Sí?
—Muchísimo. El también tiene la costumbre de hablar con alguien y mirar mientras las moscas que revolotean alrededor de la cabeza del otro. No aguanto que alguien no me mire a los ojos cuando le hablo.
El conde la miró con sorpresa.
—Vale. Así es mejor. Vaya, si tiene una mirada bastante inteligente. Parece que los miembros de su familia son más bien inteligentes. Yo pensaba que las familias antiguas sólo tenían miembros idiotas.
—Osborne ya le enseñará el jardín, es bastante bonito —concluyó el conde, concentrado en su taza de té.
Volvió Osborne, muy pálido, para decir:
—Algo va mal. La tía Doris goza de excelente salud.
—Que Dios se la conserve —dijo Lene.
—Espere. El telegrama que recibió Cynthia debe de haber estado equivocado. La tía dice que Cynthia llegó a su casa anteayer por la noche. Durmió allí y a la mañana siguiente dejó Warwick House muy temprano, diciendo que regresaba a casa. Ayer por la mañana. Y todavía no ha llegado.
Miré al conde. Estaba acariciándose la frente.
—¿Dónde puede estar? —preguntó en un tono apagado. Debía de tener alguna preocupación tan grande que ya nada parecía importarle o interesarle.
No sabíamos qué hacer, estábamos todos bastante desesperados. Ni siquiera Lene tenía una frase grosera para tranquilizarnos, como solía ocurrir.
Osborne se llevó a Lene para enseñarle el jardín. Yo estaba recorriendo la terraza de arriba abajo cuando apareció de repente el reverendo Dafyd Jones.
—¡Doctor! Me alegro mucho de verlo. Usted es tan sensible. Tengo que hablarle ahora mismo.
Me arrastró a un rincón apartado fuera de la casa, sin decir nada, con cara de susto.
—¿Qué opina usted? —me preguntó cuando estuvimos ya lo suficientemente apartados del castillo—. ¿Verdad que es horrendo?
—Sí —le respondí—. No tenemos ni idea de dónde puede estar.
—Claro. Es así. Así ha tenido que ser. Ya le dije yo que todo esto no llevaba a nada bueno. Todos esos experimentos.
—Pero ¿qué tiene que ver miss Cynthia con los experimentos?
El reverendo no me escuchaba, sino que seguía con lo suyo:
—Claro que es así. Primero animales. Ajolotes... —dijo estremeciéndose—. Y por supuesto, luego personas.
—¿De qué me está hablando?
—Del niño que secuestró en Abersych.
—Claro..., el niño... ¿Qué está usted diciendo? ¿Quién lo secuestró?
—El conde —me confesó el reverendo, susurrando.

—¡Qué dice! ¿Por qué lo había de secuestrar el conde?
—Para sus experimentos, señor, para sus experimentos. Para matarlo y resucitarlo. Ya se habrá aburrido de los animales que no pueden hablar, ni contarle nada.
—Pero si al niño lo secuestró un anciano vestido de negro. El jinete la de medianoche.
—El jinete de la medianoche es el conde de Gwynedd. Ya se lo dije. Yo lo sé. Y si no es el conde de Gwynedd, es otro similar.
—Otro conde de Gwynedd —le dije.
—Desde que ocurrió, el conde no se encuentra en su casa. Está vagando. Y está enfermo. Es su conciencia. Al niño, no lo tiene aquí. Lo tiene escondido en algún lugar entre los montes.
—Ni hablar. Yo he visto con mis propios ojos que el conde y el jinete de la medianoche son dos personas distintas.
—No se crea lo que ve, doctor. Intente imaginarse en mi situación... Creo que debería rezarle alguna oración para alejar el diablo de su cuerpo. Tendría que hacerlo de tal manera que no se diera cuenta. Porque se enfadaría conmigo. Al fin y al cabo, él es el dueño de Llanvygan, y yo dependo totalmente de él.
En ese momento oí claramente el claxon de un coche que estaba llegando. Dejé al reverendo y me fui corriendo al castillo.
El pequeño Rover estaba delante de la puerta.
Entré al castillo y encontré a Cynthia desayunando, muy animada y alegre.
—¡Cynthia! ¿Dónde ha estado?
Cynthia me miró muy sorprendida.
—¿Cómo se atreve a preguntarme algo así?
—Perdóneme, querida, perdóneme... Casi nos morimos del susto. Osborne llamó a la duquesa de Warwick, y ella le dijo que no había mandado ningún telegrama para usted, y que usted había dejado su casa ayer por la mañana. Creíamos... creíamos que había caído en las garras de Morvin.
Cynthia se rió.
—¡Qué va! ¿Qué podría querer Morvin de mí? Estoy muy bien. Me he divertido mucho. Ya que está usted siendo tan curioso, le diré que de la casa de la tía Doris rae fui directamente a ver a mi amiga. Resulta que ella misma había enviado el telegrama, porque me echaba mucho de menos y quería engañarme para que fuera a Londres. La encontré en su casa, tan guapa como nunca. Se estaba preparando para pasar el domingo en Llandudno. Así que me fui con ella a Llandudno y ahora ya estoy aquí... ¿Se ha quedado satisfecho?
Ocurrió algo verdaderamente incalificable. Yo que soy tan precavido como cualquier ingeniero miope, esta vez no me preocupé por nada, rae acerqué a ella y le di unos cuantos besos. Me reconfortó que por lo menos ella estuviera bien.
Cynthia se liberó de mis brazos, un tanto asustada. Antes incluso de recobrar el aliento, me dijo que había leído un ensayo sobre Iván el Terrible.

Pronto llegó la hora de la comida.

No puedo remediarlo: me encantan las mujeres que comen mucho y con placer. Uno de los mayores fallos de Cynthia, a mis ojos, era que —al considerarse un ser espiritual— no consideraba como algo digno de ella entregarse a los placeres de la comida. Siempre comía con una cierta expresión de estar ausente, como si estuviera haciendo trabajos manuales. El tenedor llegaba a su boca por pura casualidad; hubiera podido salir volando, como una mariposa.

Lene era el extremo opuesto. Ella no comía, sino que se alimentaba. Alimentaba con pasión febril la enorme máquina en crecimiento vital que era su cuerpo. Me di cuenta de que el conde, por más que lo intentara, no era capaz de mirarla. ¡Y lo que ella bebía de los vinos franceses peligrosamente pesados del castillo! Se comportaba cada vez de manera más dicharachera, se puso a contar sus experiencias en la universidad, y yo esperaba con verdadera angustia que empezase a contarnos sus historias de amores, que empezara a darnos lecciones de moral, diciendo que eran «cosas que se comprenden perfectamente».

Osborne y yo nos mantuvimos callados, esperando que se desatase la tormenta. Sin embargo, el conde parecía deleitarse como un auténtico masoquista con el estilo campechano de Lene, puesto que no dejaba de hacerle preguntas.

—Todavía no me ha dicho si le gusta el castillo —observó.

—Pues, para ser breve, le diré que no me gusta en absoluto. Ya desde la entrada con tantas columnas..., ¿para qué tanta columna si la casa no se cae? Y cada piso tiene un tipo distinto de decoración. Y esa cantidad de muebles. Que no tienen nada que ver los unos con los otros. Una habitación es de estilo Reina Ana, otra es *chippendale*, todo mezclado. El edificio carece por completo de *leitmotiv*, de centro metafísico. Además... dígame: ¿para qué necesita una casa tan grande? Sesenta habitaciones... Una falta increíble de toda lógica.

—Creo que antes todo eso se resolvía como la cuestión de las mujeres de los príncipes de Oriente —observó el conde y añadió—: Ellos tampoco tenían trescientas sesenta y cinco esposas porque de verdad las necesitaran, sino simplemente por ser príncipes.

Por la tarde, nosotros, los jóvenes, bajamos andando al pueblo. Un camino bordeado de árboles conduce al pueblo desde el castillo: por ese camino fuimos.

Viniendo hacia nosotros, se aproximaba una persona extraña, andando despacio, apoyada en su bastón; la seguían otras personas, más bajitas. Con mis ojos miopes no pude distinguir quiénes eran. Sólo me di cuenta cuando mis compañeros empezaron a preguntarse lo mismo.

—¿Qué tipo de procesión es ésa? —preguntó Osborne—. ¿Acaso lo sabes tú, Cynthia? ¿No se tratará de alguna fiesta popular?

—Es el flautista de Hamelín y los niños que lo siguen —opinó Lene.

—¡Qué va! —exclamó Osborne de repente—. ¡Si es Pierce Gwyn Mawr, el viejo vidente! ¡Vaya! No le debe de ir muy bien...

Nos adelantamos un poco para recibir a los que se aproximaban. Yo también pude ver al vidente. Recordaba más que nunca a un profeta. San Juan Bautista debe de haber tenido un aspecto así. Iba ataviado a la manera de los anacoretas de los desiertos. Sólo llevaba un trapo atado a la cintura. Por lo demás, iba completamente desnudo, como nadie se atrevería a andar, siendo de día, en las Islas Británicas. Llevaba un grueso bastón en la mano, los pelos de su barba y sus cabellos alborotados al viento, lo que le confería un aspecto fantástico, terrible y amenazador. En su cabellera había algunas briznas de paja, obligatorias desde el ejemplo del rey Lear para cualquier loco inglés que se precie.

Lo seguían en procesión los niños del pueblo. No se burlaban de él, más bien parecían serios y asustados, listos para darse la vuelta y salir corriendo al menor movimiento en falso del vidente.

—Hola, Pierce Gwyn Mawr —le interpeló Osborne y le preguntó—: ¿Cómo van las cosas del mundo?

El vidente no le respondió; nos miró pero a mí me dio la impresión de que no nos veía. Sus ojos estaban como ausentes, como si estuviera en éxtasis, y también reflejaban un temor poco humano. El pánico que sienten los niños y los locos ante el mundo de los demonios. Tampoco puedo afirmarlo con una certeza total, puesto que no soy experto en miradas.

Cuando Cynthia le habló en gales, el vidente se detuvo, la reconoció, y un pánico todavía mayor se apoderó de él. Seguía sin decir nada.

Cynthia le volvió a preguntar algo, tras lo cual el vidente se dio la vuelta y echó a correr hacia el pueblo. Los niños lo siguieron.

—Por Dios, Cynthia... ¿Qué le ha dicho usted para asustarlo tanto?

—Nada —respondió Cynthia, también asustada—. Sólo le pregunté si tenía hambre...

—Es curioso —observó Lene—, pero más bien parecía que le preguntaba usted por la ubicación del infierno.

—El idioma galés es maravilloso —observó Osborne—. Todo suena completamente diferente, como si la voz viniera de ultratumba. ¿Pueden ustedes imaginar un idioma en el que la cerveza se llame *cwrw*?

Al mismo tiempo, a mí se me ocurrió pensar varias cosas que me tenían preocupado, puesto que sabía que Pierce Gwyn Mawr era el único que había hablado con el jinete de la medianoche. Además del conde, quizás... Aquella escena en el lago de la fortaleza...

Nosotros también íbamos en dirección al pueblo. Hacia la mitad del camino el conde nos alcanzó en su automóvil.

—¿Han visto ustedes a Pierce Gwyn Mawr? —nos preguntó.

—Sí. Se ha ido hacia el pueblo.

Subimos todos al coche.

En la calle principal del pueblo encontramos reunida una multitud. Todos hablaban a la vez, todo estaban alborotados. A la llegada del conde se callaron y se separaron para abrir camino.

Nos bajamos del coche.

—¿Quién ha visto al viejo Pierce Gwyn Mawr?

—Lo hemos visto todos —respondió uno de los granjeros—. Lo hemos visto saltar la valla del cementerio y desaparecer.

Nos dirigimos al cementerio. El reverendo Dafyd Jones venía de frente.

—Desapareció —nos dijo—, desapareció como si se lo hubiese tragado alguna tumba.

El conde llegó hasta el cementerio. Al pasar por delante de la iglesia, vimos a John Griffith, apoyado en la puerta de entrada, saludándonos, triunfante, haciendo un gesto de victoria.

—Ya lo tengo —nos gritó—. Yo lo he cogido. No pienso dejarlo salir.

—¡Claro! —exclamó el reverendo—. La iglesia tiene otra entrada, desde el cementerio. No pensé que estuviera abierta.

El viejo estaba sentado en uno de los bancos de la iglesia, completamente agotado, cabizbajo e inmóvil. Cuando el reverendo le habló en gales, levantó lentamente la cabeza y miró a su alrededor. Parecía no ver nada. Luego, su mirada cayó sobre el conde, y el rostro del viejo se desfiguró.

Se levantó de un rápido salto, tan ágil como un mono, saltó por encima de unas sillas y se dirigió al exterior. Sin embargo, Lene ya lo esperaba a la salida, lo agarró por el cuello y no lo soltó hasta que estuvimos todos a su alrededor.

—¡Agarradlo! —dijo el conde a Griffith y a otro guardián del castillo que se encontraba cerca y a quien yo no había visto.

Los dos sujetaron al viejo, lo sacaron de la iglesia y lo metieron en el coche. El conde también se metió y se despidió de nosotros con un ademán, para volver solo al castillo.

Nosotros nos encontrábamos delante de la iglesia, mirándolos. La captura del vidente se había desarrollado de una manera muy extraña, como si se tratase de algún vestigio del pasado más feudal. Los otros no entendían nada de nada.

Sin embargo, yo tenía mi propia teoría sobre el asunto. Ya de por sí tengo una inclinación innata para encontrar una explicación para cada cosa, y mi capacidad de especulación se había desarrollado con el entrenamiento al que había sido sometido durante los días previos.

El vidente era la última persona que había visto al jinete de la medianoche. Pudo haber servido para él en la época de la fortaleza de los Pendragon. Tenía que haber ocurrido algo terrible para que Pierce Gwyn Mawr se volviera loco. El niño secuestrado, Gilíes de Rais... Y el espanto de Pierce parecía haber calado hondo en los miembros de la familia Pendragon, hasta en Cynthia...

Al volver al castillo, nos enteramos de que el conde se estaba preparando para un viaje.

—Miss Lene, lo siento muchísimo, pero me tengo que ir, aunque esté usted como invitada en el castillo. Debo ir a Caerbryn. Que me envíen allí el correo —le dijo a Osborne—. Estaré en casa del viejo Mansfield, en la granja de Oaklea.

—Querido conde. Me siento ultrajada por no haberlo conquistado con mis encantos femeninos —le respondió Lene—. Dejando esto a un lado, le ruego en su propio interés que no se vaya de Llanvygan. Ya ve, aquí hay sesenta habitaciones. Y por lo menos treinta alabarderos. Y también estoy yo. Aquí podemos cuidar de usted. Pero en una granja... ¿Quién irá con usted?

—Nadie. El viejo Mansfield sabrá atenderme en todo. Ya he estado en su casa en otras ocasiones.

—Vaya, qué puritano es... ¿No teme que sus enemigos se vayan a aprovechar de la situación? No sé si es usted tonto o es que no le importa nada. Parece como si no le importara nada.

El conde sonrió.

—Es donde mejor me puedo esconder de mis enemigos. Si ustedes no se lo dicen a Morvin, nunca se enterará de dónde estoy. Por precaución, ni siquiera a Rogers le diré dónde voy a estar. ¿Está bien así? ¿Me deja usted ir?

—Que vaya con Dios. Sin embargo, le aseguro que iré a ver si está usted bien.

—La recibiré encantado.

Yo tenía alguna que otra sospecha sobre el repentino viaje del conde. Se habría enterado, por boca del vidente, de dónde se encontraba el jinete de la medianoche desde que había abandonado la fortaleza de los Pendragon. Iba a buscarlo. Querría salvar al niño. Y por eso se enfrentaba a todas las amenazas irracionales, misteriosas y fantasmagóricas.

Nosotros, losjóvenes, nos quedamos solos en el castillo. Nos lo pasamos bien; Morvin parecía estar muy lejos, y la otra amenaza era tan irreal que no pude tomarla en serio.

A la mañana siguiente, Osborne se reunió conmigo.

—Dígame, doctor..., ¿no tendrá usted ganas de una pequeña excursión en coche? Deberíamos dar una vuelta por los alrededores. Confiemos en la suerte y en encontrar algún rastro de Morvin. Es muy probable que los encontremos si andan por los pueblos cercanos. Si todavía siguen en Gales. Llevamos varios días sin tener noticias suyas.

—Lo acompaño con mucho gusto —dije, y le pregunté—: ¿No deberíamos llevarnos a Lene?

—La verdad es que... miss Kretzsch me ha dicho que se levantaría tarde. Es mejor que vayamos nosotros dos.

Recorrimos los pueblos de los alrededores. Estuvimos en Conven, en la estación de ferrocarril, luego en Abersych, el pueblo en donde el niño había sido secuestrado. Nos topamos con muchos policías que nos aseguraron haber descubierto algunas huellas del secuestrador y que lo iban a encontrar muy pronto. «¿Qué ocurrirá si lo capturan de verdad? Ocurrirán tantas cosas absurdas, completamente ajenas a nuestro mundo civilizado, que todo el mundo hablará de lo mismo... El conde de Gwynedd deberá hacer alguna declaración sobre el asunto, Osborne también, quizás incluso yo mismo. Saldrá a la luz el suceso de la muerte de Maloney... El conde no podrá soportar que estas cosas se conviertan en una distracción para los vecinos de Londres, ansiosos por devorar las noticias periodísticas sobre el caso.»

Regresamos al castillo para comer, sin que nuestra excursión hubiese tenido resultado alguno.

Cuando, tras despertar de mi breve siesta, bajé al jardín, me encontré a Lene. Estaba muy alegre, se estaba comiendo un melocotón que había cogido de una cesta colocada sobre una mesa del jardín. Tras interrumpir su alimentación por unos momentos, me cogió del brazo y me condujo a un sitio apartado del jardín para decirme:

—¡Qué bonito es todo por aquí! Totalmente en armonía con mi estado de ánimo. Estoy muy contenta y muy feliz.

—Esto no se oye todos los días. ¿Qué es lo que le gusta tanto aquí, en Llanvygan?

—Todo. Son gente muy amable, muy directa y poco complicada. Aunque el conde está un poco mal de la cabeza, por más bonita que la tenga. La muchacha es encantadora, aunque muy convencional. Me sorprende que no se aburra usted en su compañía. Bueno, no quería hablarle de esto... Ya sabe que nunca me meto en sus asuntos. Estoy feliz. Ha ocurrido. —¿El qué?

—¿Cómo que el qué? ¿Qué cree? ¿Por qué he venido yo a Llanvygan?

—Para salvarle la vida al conde de Gwynedd. —También para eso. Pero sólo en segundo lugar. Al fin y al cabo... ¿qué tengo yo que ver con el conde de Gwynedd y demás aristócratas ancianos? No son mis favoritos.

—¿No querrá decirme que ha venido por Osborne? —Ya ve. Tampoco es que sea usted completamente idiota. Y le tengo que decir, puesto que usted es mi amigo y mi protegido, que mi viaje ha tenido sus resultados. Anoche...

—¡Oh, Lene! ¡La felicito! En comparación con Osborne, aquel teólogo virgen y cuarentón se podría calificar como un apasionado italiano del Sur...

—¡Ya ve cómo soy!

—¡Maravillosa! Pero confiese que Osborne sólo ha cedido bajo presión. Lo habrá obligado a punta de pistola...

—No tanto. Bueno, tampoco resultó muy fácil. Si quiere conocer los detalles, le contaré algunos. Para empezar, debe saber que hasta ayer Osborne se comportaba conmigo de una manera muy reservada. Es decir, no reservada, sino educada, como cuando un joven trata con sus amigos. Si yo fuera sensible, como lo eran nuestras

madres, habría sufrido mucho. Pero, gracias a Dios, no soy demasiado sensible. Al contrario, me alegraba que me tratase como si yo fuera un hombre. Sabía que, como primer paso, ya era todo un logro que no me repudiara.

»De todas formas, cuando le cogí de la mano, se ruborizó y empezó a hablarme de las obras de los dramaturgos contemporáneos de Shakespeare. «Vale. Ya pasarás tú por mi calle», pensé.

»Poco a poco comprendí que con él no valían los trucos femeninos de siempre. Simplemente, por ser tan puro de corazón, no se da cuenta de ellos. Estando en Londres, en vano me mostraba ante él vestida tan sólo a medias, cuando nos disfrazábamos. Cuando me cambiaba, él quería salir de la habitación, y cuando le aseguraba que a mí no me importaba, prendía un cigarrillo y se quedaba. Desde entonces consideró como una cosa natural verme desnuda. Yo veía en su rostro que no tenía ningún pensamiento de tipo viril. Sin embargo, su virginidad y su inocencia despertaban en mí sentimientos muy femeninos. Le puedo asegurar que sufría mucho, pero sólo por dentro, sin demostrar nada exteriormente.

«Aunque es algo totalmente contrario a mis principios, también recurrí al truco del sentimentalismo. Le conté lo que se suele contar en estos casos: le dije lo sola que estaba, lo tristes que resultaban mis noches, lo poco que me habían amado hasta ese momento y lo mucho que me pesaba el corazón. El me escuchaba con compasión y me prometió introducirme en los mejores círculos de Oxford (puesto que se cree que todos somos tan esnobs como él). También me aconsejó que estudiara las novelas contemporáneas inglesas, puesto que el libro es el mejor amigo.

»En ésas estábamos al llegar a Llanvygan. A mí ya me daba vergüenza. En un período de tiempo como el transcurrido, ya habría conseguido convertirme en la *maîtresse* todopoderosa de cualquier rey francés de antaño. Habría podido conquistar a tres jefes de tribus de película o a dos embajadores. Cuando anoche conseguí sacarlo al jardín, pensé que tenía algunas posibilidades. A los ingleses les gusta la naturaleza.

»Le propuse que nos sentáramos en el césped. Pero Osborne estaba preocupado por si estaba húmedo. Así que nos sentamos en un banco. Yo incliné la cabeza sobre su hombro, y empecé a besuquearle la oreja. El callaba, muy educado. Cuando me harté y paré, me dijo entre sonrisas que seguramente se trataba de una antigua costumbre alemana. Le dije que no lo sabía pero que estaba muy bien. El opinó que sí, que era muy interesante. Le pregunté si tenía ganas de besarme. Me respondió que sí, muy educado, y me besó en la frente. Le dije que si yo fuera hombre, le hubiese besado en la boca. Me dijo que eso era muy poco higiénico. Me preguntó si me gustaría ser hombre. «¿Ya usted le gustaría que lo fuera?», le pregunté.

»Parecía estar muy sorprendido, pero tuve que reconocer que por ahí no llegaríamos a nada. Entonces tuve una idea genial. Le dije que me apetecía subir a un árbol y le pedí que me echara una mano. Subí a una rama, y Osborne me sostuvo.

Entonces cogí aire, solté un grito y me dejé caer encima de él. Ya se imaginará usted qué ocurre si yo caigo encima de alguien con todo el peso de mi cuerpo...

»Caímos los dos al suelo. Así que tras unos cuantos moratones, habíamos llegado por fin a los besos. Me dolía todo el costado, pero ya estábamos en el buen camino.

»No tengo ni que decirle que Osborne mantenía las formas incluso en esa situación. No se podía esperar nada de él, ninguna iniciativa. Media hora después, cuando nos despegamos un poco el uno del otro, le pregunté si le había gustado, a lo que me respondió que mucho, y lo decía con bastante convicción. Me dijo que se alegraba de haber adquirido otra experiencia vital. Y también de tener su primer amante.

»Con lo cual me enfadé muchísimo y le dije que los ingleses eran todos unos tarados, por creer que tenían un *lover* por unas tonterías parecidas. Y le dije que no, que nunca sería su amante. Con lo que se quedó muy pensativo y me dijo: *I'm Sorry*. Y quiso levantarse. Pero yo le agarré por el borde del abrigo, como se suele aconsejar en estos casos, y le dije que no se preocupara, que si me lo pedía, podía convertirme en su amante, y así él adquiriría otra experiencia vital. Lo comprendió enseguida. Sin embargo, se quedó sentado, reflexionando.

»Tras unos momentos le pregunté qué esperaba. Me dijo que no sabía qué había que decir en esas circunstancias. Le dije que lo que importaba eran los hechos, no las palabras. Respondió que bien, y que no se le ocurría nada en absoluto. Le aconsejé que pasáramos a los hechos, y que se mostrara un poco más apasionado. Entonces me agarró y me sacudió.

»No quiero aburrirle con más detalles, puesto que sé perfectamente que usted sí hubiese sabido perfectamente a qué me estaba refiriendo. Y no tengo ni las más mínimas ganas de experimentar con usted. Dedicaré el día de hoy a la monogamia, por primera vez en mi vida. Le seré fiel a Osborne.

—*Well*... —la interrumpí para sugerirle—: Deje usted que me imagine el resto...

—Bien. La escena siguiente ya no se desarrolla en el jardín, sino en mi propia habitación, y dura toda la noche. De todas formas... Osborne no me dejó insatisfecha. Y él también quedó muy contento y satisfecho. Me dijo que hacía mucho que no se había divertido tanto. Y añadió que esperaba que celebráramos nuestra boda en breve.

»Me asusté. ¡Qué *mésalliance!* Mi humilde corazón esnob se desangraba. El pobre conde... Sólo le faltaba esto... para colmar el infortunio de los Pendragon. Con esto sí que se acaba todo.

—¡La felicito! —le dije, con la voz casi quebrada por el llanto.

—¡Vaya! ¡Qué idiota es! ¡No se imaginará que me voy a casar con él!

—¿Por qué? Es bastante buen partido...

—¡Qué va! ¡No estoy loca! ¿Casarme con un aristócrata degenerado? ¿Qué dirían mis amigos de Berlín? De todas formas, todavía soy muy joven. Apenas tengo suficientes experiencias vitales... Me aguardan muchas cosas. Por ejemplo, nunca he

tenido una relación amorosa con un tenor. Ni con un Hohenzollern. Y con un negro tan sólo una vez. Todavía no me puedo casar.

—Tiene usted toda la razón —le dije, muy aliviado—. Tiene usted toda la vida por delante.

—Sólo me gustaría saber si Osborne cambiará, por poquito que sea, bajo esta «experiencia vital»... Saber si se convertirá en un hombre...

—Con usted sí —opiné—, mientras usted quiera. Ni un segundo más. Cuando usted se vaya, todo volverá a ser como antes. Se lo digo yo, que conozco a los ingleses. Más adelante, en algunas ocasiones, cuando pase alguna noche en vela, en compañía de sus amigos más íntimos, cuando hablen de mujeres, él también contará, sin mencionar el nombre, que una vez tuvo una amiguita y que aquello supuso una experiencia maravillosa. Vivirá con ese recuerdo durante los próximos diez años, hasta que aparezca otra Lene para seducirlo.

—¡Dios mío! —exclamó Lene y añadió—: ¡Qué idiota! ¡Qué inmoral! ¡Qué estúpido! Sin embargo... ¿no cree usted que hay algo de hermoso en un estado de pureza tan virginal?

No le respondí. Me acordé de un hecho, de un momento de nuestra excursión matutina, al cual no le había otorgado ni la más mínima importancia. Nuestro camino iba paralelo a un arroyo del monte, a través del bosque. Osborne detuvo el coche, se quitó la ropa y se bañó, aunque la mañana era más bien fresca. Se vistió, tiritando, y dijo:

—¡Ay, doctor! Si uno pudiera refugiarse en una isla deshabitada..., en un atolón de coral de la Polinesia..., donde sólo pudiera hablar con los pájaros y los peces... como los santos franciscanos... y no hubiera hombres... ni sobre todo mujeres..., entonces uno sería capaz de salvaguardar su dignidad...

Me acordé de que sus ojos brillaban muy tristes, como los de un perro engañado.

Pasé la noche angustiado. Soñé con Eileen St. Claire: ella era una prostituta del lejano barrio portuario. Ocurrían cosas obscenas y a la vez horribles. Me desperté preocupado y nervioso, con la extraña sensación de haber comprendido por qué el conde amaba tanto a Eileen St. Claire, aunque hubiese tratado de olvidar ese motivo después.

Durante el desayuno, Cynthia se mostró muy contenta y alegre; su cabello rubio relumbraba con intensidad, llevaba un hermoso vestido sin mangas y dejaba ver sus brazos bronceados de bellísima muchacha en flor. Por encima de su taza de té, me hacía muecas y me criticaba por estar tan triste, y cuando nos quedamos solos —Osborne y Lene se habían ido a bañarse— se me acercó, se me restregó como una gatita, y me preguntó por qué estaba tan afligido.

—He soñado cosas muy extrañas —le dije.

—¡Cuéntemelas!

—No me pida cosas indecentes.

—Ajá —concluyó Cynthia—, entonces hay una mujer...
—Pues sí.
Cynthia estuvo triste y callada unos momentos, pero luego insistió:
—¿Yo? —me preguntó.
—Lamentablemente no.
—¡Pérfido! ¡Traidor! ¿Entonces quién?
—Usted no la conoce.
—¿Cómo es? ¡Dígamelo!
—Es más alta que usted, entre rubia y pelirroja, de figura esbelta e impecable, y su rostro recuerda a veces el de una estatua etrusca.
—¡Dígame cómo se llama!
—Usted no la conoce... Sin embargo, puede haber oído hablar de ella... —dije de repente y le confesé—: He soñado con Eileen St. Claire...
—¿Eileen St. Claire? ¡Pero si es mi mejor amiga! ¡El otro día estuve con ella en Llandudno! —exclamó Cynthia muy entusiasmada, y me preguntó—: ¿Usted también la conoce? ¿Verdad que es un ángel?
Dejé mi pipa encima de la mesa y de repente no supe cómo reaccionar, así que pregunté balbuceando:
—¿Qué está diciendo? ¿Su mejor amiga?
—Pues sí..., es la mujer de la cual tantas veces he hablado, sin mencionar nunca su nombre. Es mi mejor amiga, mi única amiga.
«¡Dios mío! ¡Qué estúpida! ¡Quién sabe cuántas tonterías habrá cometido por ser tan inocente!»
—¿Cómo es que la conoce? —le pregunté.
—Hace dos años pasé el verano en Bretaña, y ella ocupaba el chalet de al lado. Yo estaba todavía muy afectada por la muerte de mi madre. Ella me devolvió las ganas de vivir. Por ser tan guapa. Por haber sido tan buena conmigo. Y no solamente conmigo. Eileen St. Claire conoce muy bien a mi tío. Hace años fueron muy amigos. Sólo ella sabe lo excelente que es mi tío. Pero... ¿por qué me mira con esa cara de jefe de policía?
—Nada, nada... Por favor, continúe...
—¿Qué quiere que le cuente? Ya le dije lo mucho que la quería y apreciaba. Le dije que significaba muchísimo para mí, que gracias a ella había cambiado mi vida...
Poco a poco empecé a comprender las cosas. Cynthia no tenía ni la más mínima idea de quién era en realidad Eileen St. Claire. No se atrevía siquiera a pronunciar ese nombre delante del conde, y el tabú abarcaba a todos los habitantes del castillo de los Pendragon. Nadie le había dicho a Cynthia que Eileen St. Claire y Mrs. Roscoe eran la misma persona.
Hasta ahora, yo sólo se la había mencionado como Mrs. Roscoe. No le había dicho nunca qué aspecto tenía, ni que la conocía, ni nada de nada. No quería hablarle de

la noche que había pasado con Eileen St. Claire, así que no le dije más de lo estrictamente necesario.

Y como Cynthia era romántica y soñadora, como todos los demás Pendragon, ella también había proyectado todos sus fantasmas sobre la belleza de Eileen.

—Dígame, Cynthia..., ¿sigue usted en contacto con ella? ¿Le escribe cartas? —le pregunté, muy preocupado, y le insistí—: ¿Le cuenta cosas acerca del conde?

—Pues sí... No se lo he dicho a usted, pero la verdad es que le prometí que la informaría de todo lo relacionado con mi tío, y así lo hago. Ahora dígame usted cómo es que la conoce.

«¡Ella era la espía que informaba de todo a Morvin y a los suyos!», pensé para mí.

Me levanté de un salto y di dos vueltas completas al comedor.

—Le he informado de todo —continuó Cynthia, con aire de soñadora despreocupación—. Le he escrito también cosas sobre usted. Antes de que viniera, le dije que vendría. Sentía que usted iba a significar todo un acontecimiento. Cuando se fue a Londres, le conté por qué razón iba. Le he contado todo sobre usted. Ya se lo dirá ella cuando la vuelva a ver. Pero... ¿qué le ocurre? ¿Qué tiene? No se ande con bromas.

—Cynthia... ¿También le ha dicho a su amiga dónde estaba el conde ahora mismo?

—Claro, también le he dicho eso, con toda exactitud, porque Eileen siempre me pide que sea muy exacta.

—¿Cuándo le ha contado que el conde se iba de viaje?

—¿Pero qué ocurre? ¿Por qué me pregunta todo esto? Se lo dije en una carta que le mandé ayer por la mañana.

—¿Adónde?

—A Llandudno, al Hotel Palace.

Empecé a echar cuentas. «La carta puede haber llegado a Llandudno anoche. Así que puede que estén ahora mismo intentando localizar al conde.» No había tiempo que perder. Si es que había todavía algo que perder...

—Cynthia, querida... Llame usted inmediatamente a su amiga. Tenemos que saber si ella sigue todavía en Llandudno.

—¿Por qué?

—Ya se lo explicaré todo más adelante. Ahora haga esa llamada, por favor. Diga lo que quiera. Venga ya...

La arrastré al teléfono.

—En unos minutos nos pusieron con el Hotel Palace de Llandudno. Mrs. St. Claire no estaba. Se había ido la noche anterior. No dijo cuándo volvería.

«Claro, se habrá ido tras recibir la carta de Cynthia...»

—Recoja usted unas cuantas cosas para el viaje —le dije—, y pida que dispongan el todoterreno. De inmediato.

Cynthia se fue con cara de susto. Yo llamé a uno de los criados y le mandé al arroyo donde Osborne y Lene estaban bañándose, para pedirles que vinieran enseguida. Y me fui a mi habitación, para recoger algunas cosas.

Me sentía enérgico, decidido y rebosante de fuerzas. No me reconocía. Sabía que nos estábamos acercando a la batalla decisiva. Si acaso no era demasiado tarde... Si acaso no era demasiado tarde... El conde se encontraba entre dos corrientes, y no se sabía cuál era la más peligrosa: si la persona que evocaba al diablo o si la persona fría y calculadora, la asesina moderna. El jinete, la muerte y el diablo...

En media hora estábamos todos reunidos en la sala de la entrada. Les conté de lo que se trataba. Cynthia se puso pálida y rompió en llanto. Un mundo se acababa de derrumbar en ella.

Sin embargo, todo concordaba a la perfección. Cynthia se acordaba de que durante el día que había pasado en Llandudno, en compañía de Eileen St. Claire, ésta se había ausentado, yéndose sola en su coche, por la mañana y también por la noche, dejando a Cynthia en compañía de unos conocidos. Exactamente a las mismas horas en que había intentado entrar en el castillo de Llanvygan.

Nos metimos en el todoterreno los cuatro, nerviosos y sin saber qué hacer, como cuatro niños abandonados por sus padres, obligados a enfrentarse solos con la muerte y con el mismísimo diablo.

—Ojalá supiera dónde se encuentra el pueblo de Caerbryn —dijo Osborne, que conducía—. Debe de ser un pueblo perdido entre los montes.

Empezamos a estudiar el mapa. Al final localizamos el pueblo y descubrimos el camino más rápido para llegar. Corrimos a ciento veinte por hora. Sin decir palabra, aplacando nuestros miedos con la sensación mágica de la velocidad.

En media hora estábamos entre los montes. Teníamos que ir menos rápido. El camino asfaltado se había acabado, y a veces tuvimos que pasar por sitios muy poco apropiados para un automóvil, incluso para un todoterreno. También teníamos que fijarnos constantemente en el mapa.

Mientras, el cielo tan despejado por la mañana se iba cubriendo de espesas nubes.

No me hubiese imaginado que existían sitios tan inhóspitos en Gales, ni en toda Gran Bretaña. No había ni rastro de casas ni de seres humanos. Unas rocas de formas fantásticas bordeaban el camino, junto con árboles llenos de musgo y bosques enormes.

Nos sentíamos impacientes, y el paraje se tornaba cada vez más salvaje. Al final salimos del bosque.

No sabíamos bien dónde estábamos, el hecho es que el camino terminaba de repente. El coche se encontraba en medio de un valle, al lado de un lago de aguas negras y turbias. Unos árboles de tronco retorcido dejaban caer sus ramas sobre el espejo de las aguas, y los juncos se movían con el viento.

A orillas del lago, había una anciana sentada sobre una de las rocas. Seguramente habría estado en el mismo lugar desde la época del primer conde de Gwynedd. La

anciana ni siquiera nos miró, sino que siguió remendando una red que estaba rota por todas partes. De vez en cuando, arrojaba un guijarro a las aguas.

—¡Señora, por favor! ¿Por dónde se va a Caerbryn? —le preguntó Osborne.

La anciana levantó la mirada, pero no dijo nada. Cynthia le preguntó algo en gales, pero tampoco respondió. Era obvio que no nos hacía ni el más mínimo caso.

Ninguno de nosotros queríamos decirle a los demás lo preocupados que estábamos con la presencia de aquella mujer en la orilla.

—Este lago no figura en el mapa —nos dijo Osborne—. A lo mejor en 1928, cuando el mapa fue dibujado, no existía todavía.

—O bien no lo está buscando en el sitio donde realmente está —opinó Lene—. No estamos donde usted se cree. Ha equivocado el camino.

—Entonces éste es el lago de Llyn-Coled. Tenemos que dar la vuelta.

—¡El lago de Llyn-Coled! —exclamó Cynthia.

Yo sabía que seguramente se estaba acordando de alguna leyenda, de alguna oscura superstición que no quería contarnos. Pensé en todas las supersticiones posibles, y mis preocupaciones no hicieron más que aumentar.

Conseguimos dar la vuelta a duras penas.

—Hemos perdido por lo menos tres cuartos de hora —murmuró Osborne—. Ahora vamos a tirar hacia la derecha, y buscaremos un atajo.

Avanzamos entre dos paredes rocosas, en una oscuridad casi completa, por un camino lleno de baches.

De repente, el coche dio un bote, y nosotros por poco nos caímos hacia delante. Osborne había frenado demasiado bruscamente, y sin embargo en el último instante posible. Una roca procedente de un derrumbe cerraba el camino delante de nosotros.

Tuvimos que bajar y avanzar a pie, cerca del vehículo, por un camino estrecho y serpenteante donde era imposible dar la vuelta.

Empezó a llover. La excursión —si hubiese sido una excursión— había sido un fiasco.

Cynthia sufrió un ataque nervioso. Se detuvo en medio del camino, bajo la lluvia, y empezó a llorar a lágrima viva.

—Váyanse ustedes... —decía—. Vayanse... Déjenme a mí. Regresaré al lago y buscaré el pueblo de Llyn-Coled. ¡Déjenme! ¡Déjenme en paz! —exigía.

Osborne y yo la mirábamos impotentes. Pero Lene era como un ángel del Señor. Soltó unas cuantas barbaridades llenas de cariño, y consiguió enderezar el estado de ánimo de Cynthia, así que reunimos todas nuestras fuerzas para quitar de allí la roca caída, y nos pusimos en marcha de nuevo en el vehículo.

Por fin dejamos atrás las rocas y llegamos a un camino más ancho que nos condujo hasta una especie de meseta donde habríamos podido incluso orientarnos si no hubiese estado lloviendo tanto.

Al cabo de unos minutos divisamos en el horizonte un pueblo en la ladera de uno de los montes.

—Aquello debe de ser Caerbryn —opinó Osborne.

Avanzamos a marchas forzadas, según nos permitía el camino embarrado. Tras Cynthia, ahora era el todoterreno el que sufrió un ataque nervioso. Soltó una queja aguda y se detuvo.

Osborne se metió debajo del coche y Lene lo siguió pronto. Bajo el vehículo se oía una fuerte discusión.

Al cabo de un cuarto de hora, aparecieron de nuevo los dos, tan sucios que no se los reconocía.

—No sé qué le pasa —dijo el que parecía ser Osborne.

—No importa —dijo Lene—, aquello es Caerbryn, a unos tres kilómetros. Iremos andando. El coche lo podemos dejar aquí, es imposible que alguien se lo lleve.

Nos pusimos a caminar. Las casas de Caerbryn se distinguían cada vez más nítidamente. Semejaba un pueblo romántico de montaña. Las casas se apoyaban en la ladera del monte, y en la cima había unas ruinas, probablemente de una fortaleza, bajo la lluvia que parecía eterna.

Eran las tres de la tarde, y ni se nos ocurría pensar en la comida. A las cuatro llegamos al pueblo, cansados y calados hasta los huesos.

Por lo menos estábamos en un mundo civilizado. La gente hablaba inglés y nos enseñaron las tierras que poseía el viejo John Mansfield.

Tocamos insistentemente a la puerta, hasta que salió un hombre muy viejo, pero atractivo.

—¿Mr. Mansfield? —le preguntó Osborne.

—Sí, señor —respondió el anciano que miraba muy impresionado a Osborne y a Lene.

—Mr. Mansfield, por favor, no haga caso de las apariencias. Yo soy Osborne Pendragon y esta dama es mi hermana Cynthia. El caballero y la otra dama son amigos nuestros.

—¡Entren, por favor! —dijo el anciano, muy satisfecho—. ¡No se queden ahí fuera! El fuego está apagado, pero ahora mismo lo encenderé para que puedan secarse. Por favor, coman algo. ¿Un poco de queso?

—Con mucho gusto —aceptó Osborne—. Pero díganos primero... dónde está el conde.

—El conde no está. Se fue hace una hora o algo así. No dijo cuándo vendría.

—¿No dijo adonde iba?

—No, no dijo nada. Vino una dama a buscarle, en coche, se fueron juntos.

—¿Una dama? ¿Cómo era esa dama?

—Muy alta y muy guapa, entre rubia y pelirroja. Una auténtica dama de Londres, ya saben ustedes...

—¡Eileen St. Claire! —exclamó Cynthia.

—No dijo cómo se llamaba...

—Dígame, Mr. Mansfield... —le pregunté—, ¿no sabe usted si acaso el conde esperaba la visita de la dama?

—No, señor, no la esperaba. Se quedó muy sorprendido al verla. Yo diría que estaba conmovido... Bueno, en realidad no lo puedo saber...

—¿Por dónde se han ido? —preguntó Lene.

—No sé. No tengo ni idea.

Celebramos de inmediato un consejo.

—Hemos llegado tarde —dijo Osborne—. Se nos han adelantado. Lo han engañado. Se ha acabado todo.

Cynthia suspiró. Lene la abrazó.

—Todavía no sabemos nada —dijo—. No hay por qué pensar en lo peor. Puede ser que Mrs. Roscoe sólo pretendiera mantener una conversación amistosa con el conde. A lo mejor hasta se reconcilian y se ponen de acuerdo en el asunto de la herencia. Ella eligió el momento en que el conde estaba solo para que no hubiese nadie que los molestara. Por eso, el conde no pudo decir que no la recibía.

Yo no quise opinar, pero la teoría de Lene me parecía muy poco probable. Si se trataba de una conversación amistosa..., ¿por qué no se quedaron aquí? No, no había ninguna duda de que le habían tendido una trampa.

Entramos en la casa y nos sentamos alrededor de la enorme mesa de roble. El viejo Mansfield trajo queso y sidra, y Lene se puso a comer para recobrar su aliento vital. Nosotros tomamos un poco de sidra.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Osborne—. No podemos volver a casa hasta que alguien nos repare el coche.

—Tenemos que esperar —dijo Lene—, esperar con calma y tranquilidad. El conde volverá pronto. Entonces nos enteraremos de todo.

Así que esperamos. No como si hubiéramos tenido grandes esperanzas, sino porque no se nos ocurría nada mejor. Osborne se sentó en un sillón viejo, sumido en sus pensamientos, en silencio. Cynthia lloraba y Lene la consolaba. Yo me sentía como paralizado. No se me ocurría nada, no podía pensar nada, ni decir nada en absoluto. Sólo podía pensar que ya era demasiado tarde. Que ya era demasiado tarde para lo que fuera...

«La lluvia sigue cayendo, las setas crecen en el bosque, la mala yerba lo cubre todo. Lo malo se ha desatado, se ha hundido hasta el último bastión. El asesino de niños seguirá actuando por los bosques, y también el que invoca al diablo, porque se ha muerto el único que hubiera podido enfrentársele...»

—Los arrojaron al lago de Llyn-Coled... —dijo Cynthia de repente—. Los ingleses arrojaron allí los cuerpos de quinientos galeses, en la época del levantamiento de lord Marsher, Llewelyn ap Griffith... Desde entonces, el lago llora en galés...

Al final, resultó ser Lene la que no pudo esperar más.

—Deberíamos hacer algo. Al fin y al cabo estamos en un país civilizado, y no en un castillo de Maeterlinck... La policía... ¿Dónde se encuentra el puesto de policía más cercano?

—En Bala —respondió Osborne—. A una hora de camino en coche.

—Tenemos que ir allí. Tenemos que avisar a la policía y al ejército. No podemos seguir aquí, esperando con los brazos cruzados. Hubiésemos tenido que ir antes.

—Pero ¿cómo llegaremos hasta allí? —le pregunté y me dirigí al anciano—: Dígame, Mr. Mansfield... ¿Hay alguien en el pueblo que tenga un automóvil?

—No, señor, éste es un pueblo muy atrasado —me respondió.

—¿Y alguien que tenga un carruaje?

—Eso sí. Algún campesino tendrá disponible alguno, de los que usan para acarrear las manzanas.

—¿A qué distancia hay un sitio donde podamos encontrar un vehículo o un mecánico que nos pueda reparar el coche?

—Pues depende, señor..., hay muchos lugares por aquí, Merionethshire es un condado bastante grande.

—Es cierto. Pero ¿cuál es el sitio más cercano?

—Ya le digo, señor, que eso depende... Yendo en coche, lo más cercano es Abersych, y andando Betws-y-teg.

—¿Cómo es eso posible?

—Pues porque el camino que lleva de aquí a Betws-y-teg para ir en coche rodea el monte, pero el sendero para ir andando lo atraviesa. Andando se puede llegar en una hora y media.

—Y de los dos pueblos..., ¿en cuál podemos encontrar un vehículo?

—En ambos. Merionethshire es un condado muy desarrollado.

—Entonces lo más seguro sería que fuéramos a los dos pueblos, y que nos encontrásemos en Bala, en el puesto de policía. Mr. Mansfield nos buscará un carruaje que nos lleve a Abersych. Y uno de nosotros irá andando a Betws-y-teg, a través de la montaña.

Los demás aceptaron mi propuesta, y Mr. Mansfield se fue a buscar el carruaje. Tuvimos que decidir quién iría en coche y quién andando. Entonces nos dimos cuenta de que Cynthia estaba tan alterada que no podía salir de allí. No participaba ni siquiera en la conversación, se había quedado en un rincón y estaba temblando sin parar. Tampoco podíamos dejarla sola. Lene tenía que quedarse a su lado, porque ella era la única capaz de calmarla. En el caso de que nosotros dos no volviéramos, Lene también se encargaría de arreglar el coche averiado y de hacerlo llegar a casa.

Quedábamos, pues, Osborne y yo. Hubiese sido más sensato que Osborne fuera andando, puesto que era más deportista que yo, y siendo gales, tenía más sentido de la orientación.

Comimos un poco de queso para reponer fuerzas.

Llegó Mr. Mansfield con el carruaje, y Osborne se dirigió en él hacia Abersych. Yo me despedí de Cynthia, que miraba ausente delante de sí con expresión de apatía, y también de Lene y me puse en camino con Mr. Mansfield.

El anciano me acompañó hasta el límite del pueblo, me enseñó el camino y me explicó por dónde tenía que seguir. Aquello no me gustaba en absoluto. Las explicaciones de Mr. Mansfield se centraban en caminos que pasaban por bosques de hayas, de abedules y de encinas, cuando yo soy un hombre completamente urbano, y dedicado exclusivamente a las ciencias abstractas, así que me siento completamente incapaz de distinguir un árbol de otro.

Sin embargo, no me atreví a reconocerlo ante Mr. Mansfield, con lo cual me despedí de él y me puse en camino. «Al fin y al cabo», pensé, «sólo se trata de atravesar el monte que tengo delante».

Al principio, todo iba bastante bien. La importancia y el carácter aventurero de mi misión me llenaban de un orgullo infantil. Subí el monte a grandes zancadas, silbando. Pensé que desde arriba se vería algo y que una vez allí me podría orientar. Al llegar arriba, estaba agotado. Entonces me di cuenta de que no se trataba de un solo monte, sino de varios, y que sólo desde abajo se veía como un único monte. Además, estaba oscureciendo.

Me acerqué a un árbol, e intenté determinar qué tipo de árbol era. No fui capaz. Era un árbol, un árbol cualquiera.

«No importa», pensé, «vamos a seguir todo recto». Encendí un cigarrillo y empecé a bajar, andando en la dirección que me parecía la continuación lógica del camino que había seguido hasta entonces. Mantenía ciertas sospechas, puesto que era perfectamente consciente de que no tenía ni el más mínimo sentido de la orientación.

Proseguía mi camino con calma y tranquilidad. Solamente empecé a preocuparme al llegar al valle, al ver que el monte que tenía delante era demasiado escarpado y rocoso como para que yo pudiera pensar en escalarlo, y percibir que no había ni un solo sendero en los alrededores. El viejo me había dicho que había un camino en buenas condiciones hasta llegar a Betws-y-teg, pero yo no veía ninguno. Así que había perdido completamente la orientación.

«Sería mejor dar la vuelta y buscar el camino desde allí arriba... Pero un legionario romano nunca se echa para atrás. Además, volver a subir a un monte del cual uno acaba de bajar es algo difícilmente aceptable.»

En el valle donde me encontraba, había un sendero que llevaba hacia la izquierda. «Si sigo este sendero, a lo mejor rodearé el monte y llegaré a algún sitio.» Seguí el sendero.

Se hizo de noche. No era noche cerrada, puesto que las nubes habían desaparecido del cielo, la luna llena brillaba en el firmamento, y se veían también algunas estrellas. Yo avanzaba, guiado por la luz incierta de la luna, como dice Virgilio, experimentando a fondo lo de «incierta».

Todo me parecía absolutamente incierto. En lo más hondo de mi conciencia, vibraba lo incierto de todas las cosas, era incierto el destino del conde, era incierto el desenlace de nuestra aventura. Sin embargo, sólo me sentía capaz de concentrarme en lo incierto de mi camino: quería saber por dónde tenía que seguir.

Sin embargo, no había nada que pensar: sólo tenía que avanzar por donde me condujera mi instinto, aunque me sintiera preocupado y totalmente incierto.

Aquello no me gustaba en absoluto. Tras llegar a Londres, durante las dos primeras semanas me perdía cada vez que intentaba llegar del British Museum a mi hotel, que se encontraba a diez minutos del museo. ¿Cómo podía orientarme en medio de aquel bosque celta que no conocía de nada?

Mi situación era tan delicada y tan divertida como cuando, en la escuela secundaria, el profesor de matemáticas escribía una ecuación tras otra sobre la pizarra, y nosotros, los alumnos, nos mirábamos riéndonos, totalmente desesperados, puesto que no entendíamos nada en absoluto.

Poco a poco se disipó mi entusiasmo. El bosque parecía cada vez más inhóspito a medida que aumentaba mi agotamiento y avanzaba la noche. Tuve que sentarme unos momentos en un tocón. Encendí una cerilla y miré la hora. Eran las ocho. Llevaba caminando una hora.

Luego, volví a mirar el reloj, y eran las ocho y media, y volví a mirar el reloj, y eran las nueve. Me senté, me levanté y avancé sin detenerme, porque seguía teniendo el mismo bosque a mi alrededor.

Por fin vi una luz y me acerqué. Tenía delante un prado más o menos iluminado por el resplandor de la luna. Cuando estuve más cerca, vi que la claridad de la luna se reflejaba en las aguas de un lago. Los árboles dejaban caer sus ramas encima del lago, muy tristes, y los juncos parecían susurrar, queriendo decirme algo.

Era el lago de Llyn-Coled o su hermano gemelo.

Me acordé de lo que nos había contado Cynthia: de los quinientos galeses que habían sido arrojados al lago en la época de Llewelyn ap Griffith, y de que las aguas del lago lloraban en gales por las noches. Efectivamente, los juncos parecían llorar, suspirar y quejarse como seres humanos...

A orillas del lago estaba sentada la misma anciana, remendando su red, como si fuera el destino, arrojando guijarros al agua. Ni se me ocurrió preguntarle por dónde tenía que seguir. Al contrario, la idea de que ella me pudiera ver me provocaba pánico. Me di la vuelta y me adentré en el bosque.

A esas alturas se habían esfumado ya todas mis ganas de excursión. Lo que siguió después me pareció una pesadilla.

El agotamiento y el hambre se apoderaron de mis pensamientos. Ya no andaba, sino que más bien huía.

Me encontraba en medio de un bosque celta, donde toda improbabilidad se vuelve probable. Cada diez minutos me esperaba un sobresalto nuevo. Había matorrales que parecían ancianas, rocas que podían ser gigantes acurrucados, arroyos de aguas

negras, árboles caídos; y lo más espeluznante eran los buhos que se iban despertando.

Eran las once y yo me encontraba vagando por la meseta. Por lo menos ya no había bosque. Ni árboles ni buhos, sólo se veía el resplandor de la luna. No era posible que aquel camino me llevara a Dunshinan, y me sorprendía que por todas partes hubiese unos pequeños montones de piedras que parecían ser los huesos de la tierra que atravesaban su piel. Más allá se alzaba un montículo más grande: podía ser un monumento funerario de la época de los celtas, por lo menos así se representaban éstos en los dibujos de los libros.

Cuando llegué más cerca del montículo, aquello resultó ser, para mi mayor tranquilidad, un edificio. Se trataba de una tranquilidad relativa, puesto que me resultaba imposible imaginar una amable pareja de ancianos como inquilinos de ese edificio, así que me esforcé por no imaginar nada en absoluto, para evitar pensar en fantasmas y poder seguir adelante con valor.

Me aproximé al edificio que no era una casa, sino que más bien parecía un cubo enorme. No veía ni ventanas ni puertas. Di toda la vuelta a su alrededor, pero no había nada en el primer muro, ni en el segundo, ni en el tercero, ni en el cuarto. Cuando reparé en ello, me entró pánico. No hay nada más terrible que lo incomprensible.

Quise alejarme corriendo. «Prefiero el misterio natural de los árboles al misterio artificial de los humanos...» No sé por qué, si por cansancio o por excitación, no me fui, sino que me quedé allí, como sucede en un sueño, cuando uno se queda paralizado y no puede moverse. Miraba los muros pintados con cal, como si estuviera bajo los efectos de la hipnosis.

Y el muro se movió, se retiró lentamente, y del otro lado sólo se veía la oscuridad más completa. De la oscuridad salió alguien, una persona muy alta, vestida de negro, con el cuello blanco y el cabello canoso.

Pegué un grito.

Unos círculos luminosos de todos los colores se movían delante de mis ojos, encogiéndose y ensanchándose, morados y rojos, y uno de los puntos se iba haciendo cada vez más brillante.

Me encontraba entre cuatro paredes. Estaba a oscuras, y sólo palpando a mi alrededor me di cuenta de que estaba encerrado. Había un silencio espantoso.

«¿Cómo puedo saber que no me he muerto todavía?», pensé. Me acosté en el suelo de piedra y me quedé profundamente dormido.

Mis recuerdos ulteriores son muy confusos. Incluso en circunstancias normales suelo tener sueños muy reales y a veces confundo las imágenes de mis sueños con la realidad. En medio de aquella extraña aventura, perdí por completo la noción de la realidad. No quiero mentir, así que tengo que ser muy cauto al relatar los acontecimientos que siguen a continuación.

Aparte de estar completamente agotado y preso de una terrible tensión nerviosa, me había resfriado allí en medio del bosque y tenía hasta fiebre. Mi capacidad de raciocinio estaba disminuida, y cada imagen que yo veía en aquel estado febril se revestía con los colores de la realidad.

Sin ir más lejos, parece que yo hube de comer y de beber algo, puesto que no me acuerdo de haber sufrido hambre o sed. Pero no me acuerdo en absoluto de lo que encontré de comer o de beber.

Lógicamente no tenía ni la menor idea del período de tiempo que llevaba allí encerrado. Mi reloj se había parado. La habitación en la que me encontraba carecía por completo de puertas o ventanas, así que no podía advertir el paso del día a la noche. Mis estados periódicos de sueño tampoco me indicaban cuándo era de noche, puesto que dormía y dormitaba sin darme cuenta de nada, y apenas había diferencia alguna con mis estados de vigilia. Seguramente hubo algunas horas que me parecieron minutos, de la misma forma que hubo breves momentos que me parecieron largas horas. Es conocido por todos el hecho de que la fiebre altera la percepción del tiempo.

Los recuerdos más sólidos de mi cautiverio son la lluvia y un cierto olor. Un olor a humo, presente en todo el habitáculo. Se parecía al incienso, pero era un olor más amargo y más embriagador. Sé que se suelen quemar todo tipo de hierbas para acompañar los rituales de magia, y aquel olor parecía pertenecer a alguna quema ritual. Habrá sido un olor a cualquier hierba de las que yo conocía por mis lecturas sobre temas ocultistas: verbena, mirra, alguna yerba caribeña, áloe o ámbar. No puedo saberlo. Como solamente conocía esas sustancias por mis lecturas, no sabía asociar el olor con el nombre. Había sentido el mismo olor en el momento de sentir al jinete de la medianoche galopar por el camino.

En la habitación había una extraña luz verdosa y un pequeño ser que se balanceaba ante mis ojos. Sería difícil describir aquella figura minúscula: era tal como yo suelo imaginar a los gnomos. Llevaba un traje de minero o algo así, y una gorra de piloto en la cabeza, así que sólo destacaba su rostro inteligente, malvado y de aspecto desagradable. Su voz chillona era lo más real en él.

Yo era perfectamente consciente de que mi visitante no poseía un cuerpo real, puesto que cambiaba constantemente de forma y de tamaño, de una manera sumamente grotesca: parecía una llama ardiendo. A veces agitaba las alas y cantaba como un gallo, otras veces sus alas desaparecían.

—Sea usted bienvenido, Benjamin Abravanel. Ahora mismo le traeré sus vestimentas —me dijo para empezar.

—Debe de haber alguna equivocación —objeté—. No me llamo Abravanel. Y no me acuerdo de haber pedido ninguna prenda de vestir.

—Eso no importa —me respondió el gnomo, y se puso a cantar como un gallo: algo que yo encontraba de lo más normal.

El gnomo se sentó en un taburete que acababa de aparecer en la habitación, y echaba llamas de verdad.

—Saludos y honores al Gran Adepto —me dijo.

—Bien —consentí—, saludos y honores.

—El Gran Adepto se está preparando para ejecutar la Gran Obra. Así lo determinan las estrellas, las estrellas, las estrellas...

De una forma extraña, yo podía ver todo lo que decía. Las estrellas del firmamento daban vueltas y de repente se detenían.

—El Gran Adepto necesita un ayudante —me comunicó el gnomo—. Le ha escogido a usted, Benjamin Abravanel.

—Pero si yo no entiendo de estas cosas... —protesté.

—Siempre sabrá más que cualquiera de los vecinos del condado de Merionethshire.

Me sentí halagado.

—Pero... ¡ayayay! —dijo de repente el gnomo.

Echaba chispas como un tronco húmedo al arder.

—La Gran Obra se encuentra paralizada en cierto punto. ¡No hay manera de seguir adelante! ¡No hay manera!

Yo veía de nuevo lo que él decía: una maquinaria enorme, detenida, iluminada por su propia luz. Se componía de tubos de vidrio, de alambiques, de manivelas, de retortas y de frascos; era una cosa bastante destartalada y daba la impresión de ser el cuerpo de un animal bellísimo. Por los tubos, los alambiques y las retortas, fluía un líquido dorado.

—La Gran Obra se encuentra detenida en esta fase —me explicó el gnomo, indicándome un punto determinado de la maquinaria—. Aquí, en este punto. No es posible proseguir. ¿Ve usted el color dorado? Pero todavía no es oro. No lo es.

En ese momento, el gnomo desapareció, junto con la máquina. Yo tenía un fuerte dolor de cabeza.

Al cabo de unos minutos, el gnomo volvió a aparecer. Se comportaba con solemnidad e iba vestido de negro.

—Acerqúese, Benjamin Abravanel. Debo comunicarle un secreto horrible. El Gran Adepto se ve obligado a recurrir a la magia negra para proseguir con la Gran Obra. Puesto que El Más Alto no ha querido ayudar, ahora se invocará a El Más Bajo. Y usted, Maestro, será el ayudante. Deberá participar en la ceremonia. Levántese y prepare el altar. El tiempo ha llegado. El momento se aproxima.

De repente vi un reloj de arena: estaban cayendo los últimos granos. Me levanté y me fui detrás del gnomo.

Nos encontrábamos en una sala pentagonal, iluminada desde arriba por una luz parecida a la que había visto en la fortaleza de los Pendragon.

Yo iba vestido con una capa negra de corte sencillo, sin mangas. Mis zapatos pesaban muchísimo, creo que eran de plomo y llevaban grabados unos símbolos de astrología.

Empecé inmediatamente a preparar la sala. Había allí una varita que cogí, sumergiendo la punta en un líquido parecido a la sangre, para dibujar dos círculos concéntricos sobre el suelo, con un triángulo en el círculo interior. En el interior del triángulo, tracé otros tres círculos, pero no concéntricos.

En uno de estos círculos puse un incensario y en los otros dos, dos palmatorias negras en forma de media luna, con sus velas correspondientes. En un punto del círculo exterior, coloqué un murciélago muerto cuyo cuerpo fijé con una chincheta, y en otro punto puse una calavera: el primer punto representaba el Norte y el segundo el Poniente. En el Sur puse la cabeza de un macho cabrío y en el Levante el cadáver de un gato negro.

Mientras, el humo del incienso se iba haciendo más denso, por lo que tuve que salir de allí. Toda la casa retumbaba de una manera extraña.

Volví a la habitación donde había estado antes y encontré un sofá muy cómodo, cubierto con una tela negra. Me recosté.

¿Cómo podría explicar las aventuras que siguieron a partir de entonces? En aquellos momentos no intentaba explicar nada, sino que lo estaba viviendo, y todo me parecía tan lógico como si estuviera tratando de colocar los muebles en una casa recién adquirida. Desde entonces he reflexionado mucho, y he podido encontrar dos explicaciones posibles:

La primera, la más sencilla, es que estuviera soñando. Más adelante encontré de nuevo la descripción exacta de los detalles de los preparativos, los dibujos en el suelo y los accesorios en el libro de Eliphas Levi, es decir del abad Alphonse-Louis Constant, con la mención fantástica de que las velas tenían que estar hechas con grasa humana, de que el gato negro tenía que haber sido alimentado con sangre humana durante los cinco días anteriores a su sacrificio, de que el murciélago tenía que haberse ahogado en sangre y de que el macho cabrío tenía que ser uno que hubiera poseído a una muchacha..., *cum quo puella concubuerit*, tal como lo describe Eliphas Levi, quien también apunta que la calavera debe ser la de un parricida ejecutado. Yo había leído la obra de Eliphas Levi un par de años antes de mi viaje a Gales y había olvidado por completo todos estos detalles. Es posible que tanto aquel ambiente extraño como los acontecimientos fabulosos de mi sueño despertaran en mí aquellos pasajes del libro en cuestión. Uno es capaz de recitar, en sueños, poemas completos que sólo ha leído una vez y que creía olvidados.

La segunda explicación podría ser que yo me encontrara bajo hipnosis. El ser que yo identificaba como un gnomo era en realidad una imagen creada por mi subconsciente, despegada de mi «yo» en aquel trance y que cobraba vida propia: los psicólogos han descrito ese estado de mediumnidad que suele ir acompañado por el desdoblamiento del yo.

El edificio entero había recobrado vida a mi alrededor. Del otro lado de las paredes se apreciaba una actividad febril, aquello parecía una colmena. Se oían pasos, objetos pesados arrastrados de un lado para otro, se oía el crepitar del fuego, unos

cuantos silbidos y de vez en cuando sonaba un gong que parecía indicar un momento especial de oscura renuncia.

Se abrió una de las paredes de mi habitación, y entró una mujer envuelta en una capa negra. Al verme, se cubrió el rostro con la mano y empezó a chillar como una loca, repitiendo:

—¿Quién es usted? ¿Quién es usted? ¿Quién es usted?

Por su voz reconocí a Eileen St. Claire. Me fui corriendo a su lado y la agarré por el brazo.

—¡Eileen! —le grité—. ¿Qué hace usted aquí?

Eileen estaba fuera de sí, se apartó de mí y se fue corriendo al otro extremo de la habitación.

—¡No tenga miedo de mí! —le dije—. ¡Si me conoce! ¡Míreme bien! Soyjános Bátky, el húngaro que entregó su anillo al conde de Gwynedd.

Eileen se calló y me miró fijamente. Se veía que no era completamente dueña de sí.

—Pero si es el doctor del manuscrito... —dijo, y soltó una risa histérica.

—¿Cómo ha llegado usted hasta aquí? —le pregunté—. ¿Y qué está haciendo en este lugar?

Eileen se acercó a mí, se agarró de mi brazo y me susurró con verdadero pánico:

—¿Quién es ese hombre? ¿Quién es? El propietario de la casa... El anciano...

—Es el... No sé... No lo sé...

—¿Está usted seguro de que... no es el conde de Gwynedd, dentro de cincuenta años?

—¡Eileen! —grité de repente—. ¿Dónde está el conde? Usted ha sido la última en verlo... Se fue con usted, en su coche... ¿Dónde está?

—No lo sé. No sé dónde está el conde, ni lo que le ha ocurrido. Yo lo traje hasta aquí, donde ya estaba todo preparado. Pero no sé lo que le ocurrió después. ¿Está usted seguro de que ese hombre no es el conde de Gwynedd?... Tengo mucho frío... Déme la mano... ¿Usted tiene la sangre caliente? Sí. Por favor, siéntese a mi lado, muy cerca, para darme calor. Tengo mucho frío... Muchísimo frío...

Estaba tiritando, y eso que allí no hacía frío.

—Cuando yo era una niña, cuando vivíamos en Connaught —empezó a contar Eileen—, hacía un frío así... Se congelaban los ríos... Acerqúese más, por favor... Nosotros teníamos muy poco dinero entonces. Éramos diez hermanos... ¿Qué podía hacer yo, una pobre chica? —preguntaba en un tono apagado de autómata, y continuó así—: Le confesé al reverendo Considine para qué quería el dinero... Por favor, no se aleje..., tengo tanto frío... No le había robado las cinco libras a aquel anciano porque quisiera su dinero, sino porque hacía tanto frío... No aguanto el frío... ¿Por qué me mira así? ¿No me cree? Pues no me crea... La verdad es que sí que necesitaba el dinero. Estaba ahorrando todo el dinero que pudiera conseguir. Entonces no sabía lo mucho que iba a tener. Tengo muchísimo dinero. Gano cincuenta libras cada minuto, y sin embargo tengo frío... Por favor, acerqúese más...

¿Cuánto dinero quiere? ¿Dónde está mi libreta de cheques? ¡Dios mío! ¿Dónde está? —repitió y se puso a llorar.

Poco a poco se fue calmando.

Decidí preguntarle de nuevo lo que supiera sobre el conde. Eileen me contó todo lo que sabía. Me acuerdo perfectamente de todo lo que dijo, de sus palabras, de cómo sonaba su voz. No pudo haber sido un sueño. Aunque... también me puedo acordar perfectamente de todo lo que me había dicho el gnomo...

Ella me contó lo siguiente:

—Cuando nos enteramos por Cynthia de dónde se encontraba el conde, yo fui a verlo enseguida. No iba a poder decirme que no me recibía. Él mismo abrió la puerta. Yo sabía que si me veía cara a cara, no tendría la fuerza suficiente para echarme de allí. No me resultó demasiado difícil convencerlo de que viniera conmigo. Me creyó todo lo que le dije. Que había roto con Morvin, que le tenía miedo, que necesitaba que él me protegiera. Subió al Hispano, dócil como un carnero que se deja conducir al matadero. Por favor, no se aleje... Tengo tanto frío... Esta noche... no la olvidaré mientras viva... Dígame... ¿Existe de verdad el diablo?

Le dije que me contara más cosas.

—Vinimos aquí. Imagínese... En la primera habitación encontramos a Morvin, acostado en el suelo, aunque se suponía que no debía mostrarse ante el conde. Sin embargo, no pudo remediarlo, puesto que estaba muerto.

Y empezó a reírse a carcajadas.

—¿De qué se ríe?

—Si me acuerdo, me tengo que reír. Todo era tan extraño. Morvin tenía el cuello retorcido, estaba acostado boca abajo, pero miraba hacia arriba. Cuando lo vi, me reí. El conde me miraba, como preguntándome de qué me reía. Me dijo que tuviera cuidado, que Maloney había muerto de la misma forma... Pero yo estaba contenta. Pensé que así me podría deshacer de los dos. Y así viviría tranquila. Pero el conde... es mucho peor de lo que... ¡Doctor! Dígame..., ¿por qué mi cuerpo está casi helado?

—Cuénteme más cosas... ¿Qué le ha ocurrido al conde? —le volví a preguntar lo mismo, como si repitiera un estribillo.

—Sí, el conde. Pensé que aquello era una complicación, porque al ver que Morvin estaba allí, el conde podía sospechar algo. Se sentó en una silla y se cubrió el rostro con las manos..., así... Yo saqué mi revólver, ese pequeño revólver que había comprado en París... Es muy bonito..., de esmalte blanco... Quise ponerme detrás del conde y dispararle en la cabeza, ya sabe usted, allí donde es más blanda... Sabe, estando en Marruecos, un día vi a un hombre a quien reventaron los sesos... ¡Qué calor hacía allí!... Y todas aquellas mujeres con velo... Iremos juntos a Marruecos, ¿quiere? ¿Cómo escaparemos de aquí?

Yo me encontraba en medio de un cúmulo de sentimientos contradictorios. Tenía en mis brazos a alguien a quien estaba abrazando, todo mi ser experimentaba un

enorme placer: mis brazos, mi cuerpo entero..., mientras mi razón no hacía más que repudiarlo todo...

—¿Qué le ha ocurrido al conde? —le volví a preguntar a gritos.

—No me grite, por favor, no me grite... No sé lo que le ha ocurrido... Allí estaba aquel hombre que me quitó el revólver. No pude ni moverme. Me cogió como si fuera un saco y me arrojó a una habitación..., una habitación enorme..., no sé cuál, hay tantas en este edificio, todas muy frías... ¿Está usted seguro de que aquel hombre no era el conde de Gwynedd?

—No estoy seguro de nada. ¿De qué puede estar uno seguro hoy en día? Puede que sea el conde de Gwynedd. Ha habido muchos. Dieciocho. Puede que éste sea uno de ellos. Pero usted... ¿por qué piensa eso?

—Por el rostro. Tiene el rostro idéntico, y al mismo tiempo totalmente diferente. Como si estuviera del revés, con la parte interior hacia fuera.

Eileen empezó a tiritar de nuevo, de manera muy brusca, sacudida por el llanto. Estaba muy mal. Tenía que frotarle el cuerpo, parecía el cuerpo de un ahogado sacado de las aguas. Terminó por recobrar el conocimiento.

Y a continuación se durmió.

Fuera seguía el ir y venir, el humo del incienso penetraba en la habitación, cubriéndolo todo con una bruma. Delante de la puerta que yo no podía ver, delante de la puerta por la cual Eileen había entrado... había seguramente alguien que nos observaba. Yo tenía cada vez más miedo. Me volvió a subir la fiebre. Eileen gemía, pegada a mí. Como dos animales en peligro, nos pegamos el uno al otro. «Prefiero a esta mujer pecadora, a esta criatura malvada y cruel, la prefiero mil veces antes que al que está del otro lado, puesto que ella es humana...»

Me dormí.

Cuando me desperté, Eileen también estaba despierta. Su capa estaba abierta, ella estaba acostada, totalmente blanca, sobre la cubierta negra, luciendo toda su belleza letal.

—Eileen...

Me cubrió con su belleza, como una nube. El barrio del puerto, el fin del mundo...

Me abrazó por el cuello y me besó.

Es difícil explicarlo. Eileen estaba acostada ante mí. Me eché sobre su cuerpo que cubrí de besos, en medio de un éxtasis creciente, con una pasión que nunca había experimentado en mi vida fría y ordenada.

—Qué agradable..., qué caliente es su boca... —me decía Eileen, muy contenta. Nos abrazamos para no separarnos.

¿Que si yo no tenía otra cosa que hacer? El miedo, las experiencias horribles, la amenaza que se cernía sobre mí..., todo esto no pudo paralizarme. No. No tenía otra cosa que hacer. Estaba en el fin del mundo, más allá de los límites de mi vida, un instante antes de que todo se derrumbara, a años luz de todo lo que tuviera algún sentido. No quedaba nada más que la atracción del cuerpo por otro cuerpo. Las

capas más ocultas, más profundas y más auténticas del ser resurgían en medio de aquel terremoto místico. Quizás pretendiera yo redimir todos los momentos de mi vida en los que no me había dedicado a los placeres del cuerpo. Sé que estuve gritando y gimiendo, yo que suelo estar tan callado como una mariposa. Ya ni siquiera era yo mismo, tan sólo era una corriente desbordada de vida, un instante antes de aniquilarse, en un estado impersonal.

De repente, como si obedeciéramos una orden, nos separamos. Nos palpamos la cara y nos pusimos en pie.

La puerta invisible se abrió y nosotros empezamos a andar lentamente, con movimientos hieráticos.

Todo lo que hice después lo hice como obedeciendo a esa misma orden. No dudé un instante en ejecutar todo lo que me sugería. Y lo comprendía y lo sabía todo, estaban claras para mí las conexiones entre las cosas, como si alguien me lo hubiese explicado todo, por una vía de comunicación interna, desconocida para mí.

Sabía que ella iba a ser la víctima en el altar que yo mismo había preparado.

Era más que consciente de que ella debía morir allí, en aquel momento, con su cuerpo besado, mordido y ensuciado, tras haber cometido un pecado mortal, para que el sacrificio fuera así del agrado de Satanás.

Lo más extraño era que no tuviera miedo alguno. Me notaba fuera de cualquier apariencia humana. Mis sentimientos estaban paralizados, no funcionaban. Actuaba como un autómata. Me alegro de ello porque, si no hubiese sido así, habría acumulado seguramente un montón de traumas y un gran choque nervioso, producidos por la tensión de aquellos momentos.

Atravesamos unas salas vacías, repletas de una vida de carácter indeterminado, como si hubiese una gran caldera muy cerca de nosotros. Sin embargo, las salas estaban todas vacías, y no había nada por allí que se moviera. Había mucho humo, avanzábamos en medio de una niebla, parecida a la que cubría el lago nocturno.

Tropecé con algo y me incliné para ver lo que era. Era el cuerpo muerto de un hombre acostado en el suelo, con el cuello retorcido. Sabía que se trataba de James Morvin. Pasé por encima del cuerpo y seguí avanzando.

Llegamos a la sala pentagonal. Todo estaba tal como lo había dispuesto o creía haberlo dispuesto en mis sueños: los círculos concéntricos, el triángulo con los otros círculos, el incensario y las palmatorias, además de los cuatro objetos simbólicos, el murciélago, el gato, la cabeza del macho cabrío y la calavera.

Nos detuvimos.

Se abrió la pared de enfrente de nosotros, y apareció el fantasma. Llevaba una capa negra y un birrete negro y tenía en la mano una espada de aspecto extraño. Su rostro era tan inexpresivo como inhumano.

Eileen se acercó a él lentamente, cabizbaja, con los brazos caídos. Yo me apoyé en una columna, con la sensación de no poder ni moverme.

El gnomo brincaba, llameaba y silbaba delante de mis narices. Por momentos, su cabeza llegaba hasta el techo, otras veces se reducía al tamaño de la de un perro. Su rostro se parecía cada vez más al mío.

Alguien se detuvo entre las dos palmatorias negras y abrió los brazos. Eileen... Sus manos tocaban las llamas de las dos velas, pero no se inmutó. ¿Lo habrá sentido?

La espada mágica del mago se levantó en el aire. El gnomo intentaba mantener el equilibrio encima del incensario, con movimientos grotescos, llenos de dolor. La mujer cayó sin rechistar. El gnomo recogió su sangre derramada en el cuenco formado por sus manos, y luego la vertió encima de una placa de mármol.

El fantasma encima de la placa de mármol..., los brazos abiertos..., la espada en la mano...

Las palabras de la invocación satánica..., unas palabras bárbaras, sin sentido..., la espada describiendo distintas figuras en el aire...

El humo era cada vez más denso, apenas podía ver lo que ocurría al otro lado de la sala. Las palabras de la invocación satánica retumbaban en mis oídos como si oyera a unos lobos aullando cada vez más cerca.

Se oyó un grito aterrador, el grito de un animal herido que subía hasta las estrellas, crueles en aquel momento...

El fantasma tiró la espada y desapareció a toda prisa por la pared que se abría.

En ese mismo momento terminó la pesadilla o visión, no sé cómo llamarlo... De repente estaba yo absolutamente cuerdo, como se dice que se vuelve cualquier humano ante un peligro inminente.

Sabía también que ante quien había estado invocando al diablo había aparecido una visión tan terrible que aquello le hizo perder su valor, tirar la espada y desaparecer a toda prisa, dejando atrás sus poderes. Huía del ser que había invocado.

Sabía también que yo tenía que huir del mismo modo.

Salí corriendo por la rendija por la cual él también había desaparecido. Llegué pronto al exterior, y dejé atrás el edificio.

Era noche cerrada. Me encontraba en la meseta, mi último recuerdo del mundo exterior. Era un paraje desolador, las piedras blancas brillaban como si los huesos de la tierra hubiesen atravesado su piel.

¡Y yo estaba libre! ¡Libre! Huía.

Me puse a caminar en medio de la noche, sin saber por dónde iba, puesto que ya no me podía ocurrir nada peor. Huía y quería llegar entre la gente.

Cuando llegué al final de la meseta, miré hacia atrás y vi que el edificio estaba en llamas. Penetré en el bosque y empecé a bajar, muy contento.

Más adelante me acosté rendido encima de la hierba en un prado acogedor.

Cuando me desperté, el sol ya estaba muy alto, como se suele representar en los libros. Me levanté y seguí mi camino. Tenía mucha hambre, pero estaba de buen humor.

En poco tiempo llegué a una granja. La mujer del granjero me miró muy sorprendida, mi traje estaba hecho harapos, arrugado y sucio, y tenía barba de varios días. Era una mujer muy amable, así que me dio queso y leche en abundancia, a cambio de mi dinero. Sentí un alivio enorme por llevar unas cuantas monedas en el bolsillo, y porque el dinero —es decir algo humano— se hubiera convertido de nuevo en el centro del mundo que me rodeaba.

La mujer me indicó el camino que llevaba a Abersych.

Caminé una hora, o algo así, bajo el calor del sol, cuando divisé una figura altísima que me hacía señas. Cuando estuvo más cerca, reconocí a John Griffith, el mismo que me había asustado tanto en mi primera noche en Llanvygan, a causa de su vestimenta medieval.

—¡Gracias a Dios que lo encuentro, doctor! —me gritó—. Todos los habitantes del castillo y hasta los vecinos del pueblo están buscándolo, doctor. Recibirá diez libras el primero que lo encuentre. O sea que seré yo, si usted no ha visto a nadie hasta ahora.

—No, Griffith, no he visto a nadie. Enhorabuena por las diez libras. ¿Qué le ha ocurrido al conde?

—¿Al conde, señor? Nada que yo sepa. Está en casa, en Llanvygan. Pero vamonos a Abersych. Allí nos están esperando el señorito Osborne y la señorita alemana. Ellos también lo están buscando a usted, doctor.

Así hicimos. En Abersych me afeité y me senté en la posada a comer. Estaba tomándome la sopa cuando se presentó Lene y me saludó calurosamente.

Por ella me enteré de lo que había ocurrido.

Cuando yo daba inicio a mis extrañas andaduras, Osborne llegó en el carruaje a Abersych y de aquí se fue a Bala, a la policía. La policía no sabía nada de Morvin, ni de Eileen St. Claire. Osborne tuvo entonces la idea desesperada de llamar al castillo de Llanvygan. Se enteró así de que el conde acababa de llegar a su casa, sano y salvo, pero muy alterado, por lo que se había encerrado en sus aposentos. Con lo que Osborne se quedó tranquilo, volvió a Caerbryn y se llevó de regreso a casa a Lene, a Cynthia y el todoterreno.

—Desde entonces, no hemos vuelto a ver al conde. Parece ser que está guardando cama, debido a una fiebre nerviosa. Naturalmente nadie tiene ni idea de cómo transcurrió su encuentro con Mrs. Roscoe. Dispusimos que lo buscasen a usted. El pueblo entero se ha movilizado, los vecinos llevan dos días buscando por los montes cercanos a Caerbryn. Pero se me ha olvidado contarle lo más importante. El conde trajo consigo al niño misteriosamente desaparecido, supuestamente secuestrado por un jinete. El asunto no se ha aclarado lo más mínimo, puesto que el conde mandó al muchacho con su padre, antes de que nadie pudiera hablar con él. Lo que

pasa —exclamó de repente— es que me está entrando hambre. Yeso que acabo de almorzar. Quizás sea por la emoción de que usted haya reaparecido. ¿Qué podría comer? Voy a probar el welsh rarebit. Es lo mejor que hay por estos parajes fantasmagóricos.

Y se puso a comer con mucho apetito el pan con queso derretido, esa comida tan buena, típica de los galeses.

Yo me puse muy contento viendo el apetito que tenía Lene, la salud de su cuerpo de adolescente. Con cuatro bocados acabó con todo, y tengo que admitir, sin exagerar en absoluto, que me emocionó tanto que se me saltaron las lágrimas. Lene me dio unos golpecitos en la espalda para animarme.

Entonces llegó Osborne. Estaba muy pálido y tenía el traje arrugado, su corbata se había movido hacia un lado y parecía haber pasado a través de una tormenta.

—¡Hola, doctor! ¡Así que ha reaparecido! ¡Gracias a Dios! Estábamos un poco preocupados. ¿Saben ya lo que ha ocurrido? —preguntó y se dejó caer en una silla.

—¡Cuéntenos de una vez! —le espetó Lene.

—Es la disciplina la que trajo la gloria al Imperio británico, Lene. Pero no es eso lo que quiero decir. Escúchenme bien.

—¡Hable ya o lo mato! —gruñó Lene.

—La policía ha encontrado esta mañana el lugar donde estaban Morvin y Mrs. Roscoe. Cerca de Betws-y-teg, en una meseta apartada de todo, habían hecho construir, en cuestión de unos cuantos días, un edificio muy extraño. Un edificio parecido a un cubo que no tenía ni puertas, ni ventanas. Los operarios que lo construyeron se sintieron muy incómodos: parece que el edificio fue erguido exactamente en el sitio donde los antiguos reyes galeses enterraban a sus muertos, y es allí donde suele aparecer el fantasma del perro de orejas rojas, el tal Cwn Annwn. Esta mañana subieron hasta allí dos policías, para ver si encontraban a Bátky. Imagínense..., el edificio se había incendiado. Por el aspecto que tenían los restos, había ardido hacía poco..., esta misma noche. Entre las ruinas descubrieron los cuerpos quemados de un hombre y de una mujer. Sin embargo, no estaban completamente calcinados, así que los operarios, a los que hicieron subir, los reconocieron: eran Mrs. Roscoe y Morvin.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó Lene.

—Lo más verosímil es pensar en un suicidio —opinó Osborne—. ¿Quién sabe cuándo el pecado se convierte en un insoportable remordimiento de conciencia?

—Entonces —concluyó Lene— Llanvygan se ha librado. Mi misión ha terminado. Pero... ¡qué extraño! ¿Qué le parece, doctor? Además, usted no nos ha dicho nada de lo que ha estado haciendo durante los últimos dos días. ¿Ha conocido a alguna mujer galesa?

—No he dicho nada, Lene, porque no puedo decir nada. Existen ciertas cosas que son verdaderas en el interior, pero que al aparecer en el exterior, en forma de palabras, se convierten en una locura increíble. Son cosas que no se deben

explicar... Vivimos en dos mundos paralelos, y todo tiene un doble sentido: uno de ellos es fácilmente comprensible para cualquiera, pero el otro está más allá de las palabras y es terrible.

—Está siendo muy filosófico —opinó Lene—. Por otra parte, para ser doctor en filosofía, dice cosas bastante banales, dignas de un diletante. Pero vamos a dejar sus secretos en paz, y nos olvidaremos de esa mujercita galesa que se esconde detrás de palabras tan metafísicas.

Osborne levantó la cabeza de repente y dijo:

—Si Mrs. Roscoe está muerta, creo que la herencia de Roscoe corresponde automáticamente a la familia Pendragon. Una nimiedad. Incluso aunque Asaph Pendragon, el sexto conde de Gwynedd, hubiese llegado a descubrir el secreto de cómo hacer oro, tampoco seríamos ahora tan ricos. ¿Se da cuenta, Lene?

—No se crea que me pongo muy contenta —dijo Lene—. Yo no soy partidaria de la acumulación de capitales. Es una lástima, Osborne. Si usted no tuviera ni un penique, podría ser un chico muy simpático. No podría desear yo mejor esposo. Sería un placer poder mantenerlo.

Osborne llamó por teléfono para disponer que detuvieran la búsqueda y avisó también al castillo de Llanvygan de mi reaparición. Subimos a su coche y nos trasladamos al castillo, cuya vista me causó una sensación agradable.

Me bañé, me cambié y bajé a tomar el té. Encontré a Osborne y a Lene en el salón *chippendale*. Osborne se paseaba de arriba abajo, muy excitado, con un sandwich en la mano, hablando para sí.

—En el momento en que dispongamos de pruebas fehacientes de la muerte de Mrs. Roscoe, yo viajaré a Londres, por encargo de mi tío, para ir a ver a Mr. Seton. Lamentablemente no conozco suficientemente bien las expresiones jurídicas para denominar la acción que emprenderemos, pero lo que importa es que el resultado consista en que la herencia de Roscoe, minas, haciendas, bosques, fábricas en la India y todo lo demás, pase a manos de los miembros de la familia Pendragon. Mi tío no va a querer ocuparse de asuntos tan terrenales, así que todo el peso de la administración de esa enorme fortuna caerá sobre mis débiles hombros.

Sus ojos brillaban de felicidad y de entusiasmo. Me di cuenta de que detrás de la máscara del joven afeminado se estaba dibujando el rostro del hombre británico activo, práctico y poderoso.

Lene lo escuchaba muy afligida, y hasta dejó caer un par de lágrimas de cocodrilo. Ella sabía que podía amar a Osborne, siempre que éste fuera un pobre muchacho indefenso.

Osborne se detuvo de repente, con aire preocupado, luego miró a Lene y exclamó:

—¡Lene! ¡Si usted es economista! ¡Además de ser un genio, claro está! ¿No tiene ganas de convertirse en mi secretaria personal?

Lene reflexionó y dijo:

—Podemos hablar de ello.

—Pero... ¿dónde está Cynthia?

Para decir la verdad, esto era lo que yo quería preguntar desde que llegué a Llanvygan. Sin embargo, me lo había impedido el pudor del enamorado.

—Cynthia debe de estar ya en Suiza —dijo Osborne—. Se marchó al día siguiente de nuestra excursión a Caerbryn. Estaba destrozada, parecía bastante afectada. Nuestra tía, la duquesa de Warwick, vino a buscarla y se la llevó con ella.

En ese instante se abrió la puerta y apareció en ella la alta figura del conde de Gwynedd. Su rostro parecía atormentado, sus ojos echaban chispas, no tenía nada de su tranquilidad usual, todos sus rasgos se mostraban muy marcados, como los de los fallecidos por muerte violenta. Presentaba un aspecto tan sorprendente que ni siquiera Lene se atrevió a dirigirle la palabra.

—Amigo Bátky —dijo en voz baja para saludarme. Y empezó a andar de arriba abajo, con pasos agigantados que sonaban y resonaban con el eco.

De repente se detuvo y nos miró para preguntarnos:

—¿Sabían ustedes que se ha muerto... que se han muerto los dos?

—Sí, señor... Yo... yo mismo...

Pero me callé. Delante de Lene y de Osborne, no me apetecía hablar de aquella historia llena de visiones extrañas en la que había participado. El conde me miró y me preguntó:

—János Bátky... ¿Dónde ha estado? Estábamos todos muy preocupados.

—Le explicaré todo, señor. Pero sólo a usted.

—Venga a la biblioteca.

Sentado en su sillón, escuchó sin decir palabra la historia que yo le contaba, balbuceando, titubeando. No se mostró nada sorprendido. A veces asentía con la cabeza, como para dar a entender que tenía que haber ocurrido así. Sólo lo delataba el hecho de agarrarse con todas sus fuerzas al brazo de su sillón. Y cuando llegué a relatar la muerte horrorosa de Eileen St. Claire, me miró fijamente y luego bajó la vista, como si un meteorito cayera en las aguas más profundas del mar.

Cuando terminé mi relato, permaneció callado durante largos minutos.

—¿Y ya no volvió a ver usted al... fantasma? —me preguntó.

—No.

—Ni nadie. No lo ha visto nadie. No pudo ser otra cosa que... Por favor, Bátky, venga usted conmigo a la fortaleza. Si nos vamos enseguida, llegaremos antes de que anochezca.

Subimos en el coche del conde y llegamos en breve a las ruinas. Bajamos corriendo por las escaleras, abrimos la puerta secreta marcada por la Rosa Cruz, y el conde se dirigió directamente a su meta. A lo más profundo de la fortaleza, al sótano, donde se encontraban las tumbas de los Pendragon. Bajamos por el mismo sitio por donde habían bajado Saint-Germain y Lenglet du Fresnoy, siguiendo a Bonaventura Pendragon, presas del pánico. Yo ya no sentía miedo alguno. Ya había visto, cara a cara, lo Imposible, así que mis parámetros sobre el miedo habían cambiado. Los

sacerdotes egipcios deben de haber recorrido sus templos de salas secretas, habitadas por dioses y espíritus, como yo andaba.

Nos encontrábamos debajo del misterioso cuerpo que arrojaba luz sobre el altar. El conde lo apartó y levantó la losa de la tumba. Miramos al interior.

Dentro del féretro estaba la figura vestida de negro. Sus manos estaban entrelazadas encima de su pecho, como las de los muertos piadosos, con todos sus anillos. Su rostro estaba rígido, exangüe, muerto... pero su rigidez ya no reflejaba la tranquilidad perfecta de un dios del Norte, sino una quietud amarga y dolorosa, muy oscura. Me di cuenta de que llevaba clavado un antiguo puñal en el pecho...

El jinete inmortal se había suicidado.

El conde dejó caer una lágrima. Cerró el ataúd.

Subimos y salimos al exterior. Estaba anocheciendo,, los colores se volvían más vivos de repente, delante de nosotros se extendían los montes y los valles, los prados y los bosques, todo el precioso imperio de los condes de Gwynedd. Todo el paisaje era tan melancólico como si la condición mortal de los humanos se hubiese convertido en el paisaje mismo bajo el manto de la noche que se acercaba.

—Me siento muy cansado —dijo el conde, así que nos sentamos en un banco de piedra cubierto de musgo.

Estuvimos allí sentados durante largo rato. Aparecieron las estrellas y la cara amistosa de la luna. El conde empezó de repente a contarme cosas. No sé lo que le había hecho salir de su introspección. Podría deberse al cansancio que sentía, a las preocupaciones de los últimos días, o quizás a que ya todo se había acabado de todas formas.

—Han estado esperando un momento preciso —dijo—, una constelación de las estrellas que se produce en contadísimas ocasiones o una señal de algún tipo que nosotros no podemos conocer. Tal momento anuncia la llegada del profeta Elias. Este mismo momento era el que esperaba Asaph Pendragon, en la tumba que él mismo había preparado para sí. El momento ha llegado... justo ahora, cuando no existen ya los rosacruces, cuando el mundo ha olvidado toda su ciencia secreta, por cierto bastantes veces burlada. El momento concordaba con el de la prueba que yo tenía que pasar. El jinete de la medianoche, inmortal defensor de la verdad, ha vuelto a salvar la vida de sus descendientes. Pero la Gran Obra no avanzaba. Sólo podía ayudar la magia negra, la invocación del diablo. Y para eso hace falta una víctima para el sacrificio. Raptó al hijo del granjero. Estuve buscando durante días entre los montes, desesperado, sin encontrar nada. Tenía que salvar al muchacho. Al final, me lo encontré en el edificio que había hecho construir Morvin. Tuve que elegir: me dijo que sacrificaría a la mujer o al muchacho. Ha sido un combate terrible. Y al final... elegí al muchacho, por ser él inocente. A la mujer, la abandoné a su destino que la alcanzó. Sin embargo, la Gran Obra no se ha podido completar... Si ha sucedido como usted me lo acaba de contar, se le apareció Satanás..., bueno...,

no podemos saberlo. Sólo sabemos que ha muerto desesperado. Venga usted conmigo, doctor Bátky.

Más tarde, tras salir de la biblioteca, el conde cambió, y se dirigió a mí en un tono sosegado y neutro:

—Querido amigo, quisiera pedirle un último favor. Vaya usted de nuevo a Londres, y póngase en contacto con el profesor Julian Huxley, en el Instituto Zoológico del King's College. Dígale de mi parte que le hago donación de los ajolotes gigantes. Y de mi laboratorio completo. También de todos los documentos sobre mis investigaciones. Que sigan con ellas, si quieren, y que publiquen los resultados.

—Abandona usted sus estudios, milord...

—¿Para qué seguir con ellos? De todas formas, mis experimentos son ridículos en comparación con lo que sabían los rosacruces, con lo que ocurría ante sus ojos. Yo... creo en la resurrección de los cuerpos. Si otros creen en ello o no, me importa poco. Amigo Bátky..., mi historia ha llegado a su fin. Lo que me queda es tan sólo un período de tiempo, unos meses, tal vez unos años, reservado a un anciano que ya no busca consuelo en la resurrección, sino en la muerte eterna.

Y con esto ha terminado la historia galesa.

Al día siguiente, el conde se trasladó a vivir a Escocia.

Lene regresó a Oxford, mientras que Osborne y yo viajamos a Londres. Me puse en contacto con el biólogo Julian Huxley, a quien apreciaba muchísimo, por su nivel científico y porque era pariente de Aldous Huxley, el escritor de novelas más entretenido de todos los tiempos.

Como embajador de Llanvygan, conseguí cierta popularidad en círculos científicos, algunos biólogos me celebraban como si yo hubiese creado los ajolotes. Yo me lo pasaba muy bien, las ciencias de la naturaleza producían un efecto balsámico en mí —al igual que un paisaje de los Alpes suizos— después de todos los horrores que me había tocado vivir.

Veía a Osborne a menudo, y él me comunicó, al cabo de unos días, que había recibido una carta de Cynthia. Ella había superado la crisis, estaba bien y preguntaba por mí.

Escribí enseguida una carta a Cynthia, sin decirle que pensaba viajar a Suiza para encontrarme con ella. Por otra parte, el viaje siempre se posponía. Uno de mis nuevos conocidos, un señor muy distinguido, me invitó a que le acompañara a América, a un congreso sobre Historia de la Ciencia, para dar una conferencia acerca de Lenglet du Fresnoy y la masonería en el siglo XVIII.

La idea del viaje a América me resultaba más que atractiva. Mis viajes anteriores habían tenido por único escenario el continente europeo.

También la razón me dictaba que era mejor olvidarme de Cynthia. Nuestra historia de amor —o cómo llamarla— carecía por completo de cualquier futuro. Yo no podía casarme con Cynthia. Mi propio esnobismo me impedía pensar que una joven

como ella, pariente de la época de Shakespeare y de Milton, se convirtiera en la «compañera» de un burgués de poca monta como yo.

«Y si por algún milagro fuera posible que ella se convirtiera en mi esposa», pensé, «nuestro matrimonio no podría ser feliz. Porque Cynthia, al convertirse en mi esposa, perdería lo que más me gusta de ella, aunque a lo mejor ni siquiera lo posee: el carácter inaccesible de la extremadamente orgullosa doncella del castillo».

Mientras me sumía en estas reflexiones, recibí una carta de Cynthia que decía así:

My Dear Friend,

ha sido muy amable por su parte que se haya acordado de mí. Más que nada porque en estos días he empezado a leer de nuevo, y me gustaría oír sus comentarios sobre los libros que tengo entre manos. Leo sobre todo libros de autores franceses. Me gustaría que estuviera usted a mi lado, puesto que hay muchas cosas que no comprendo.

Ya estoy perfectamente bien de salud, y salgo a pasear entre los montes. Me gustaría encontrar una imagen para describir esas montañas suizas, pero no se me ocurre nada. Por favor, recomiéndeme algún libro bueno sobre etnografía.

Aquí disfruto de una compañía muy agradable. He encontrado a mi compañera de colegio, Daphne Fitz William, y he conocido a su hermano, capitán de marina. Es un joven muy agradable y muy inteligente. Ustedes dos serían seguramente muy buenos amigos. El capitán Fitz William ha pedido mi mano.

Le ruego que me haga saber sus planes más inmediatos, y que me cuente en qué está ocupado. No se olvide de esta amiga suya que lo será para siempre. No deje de escribirme.

Yours.

Cynthia Pendragon.